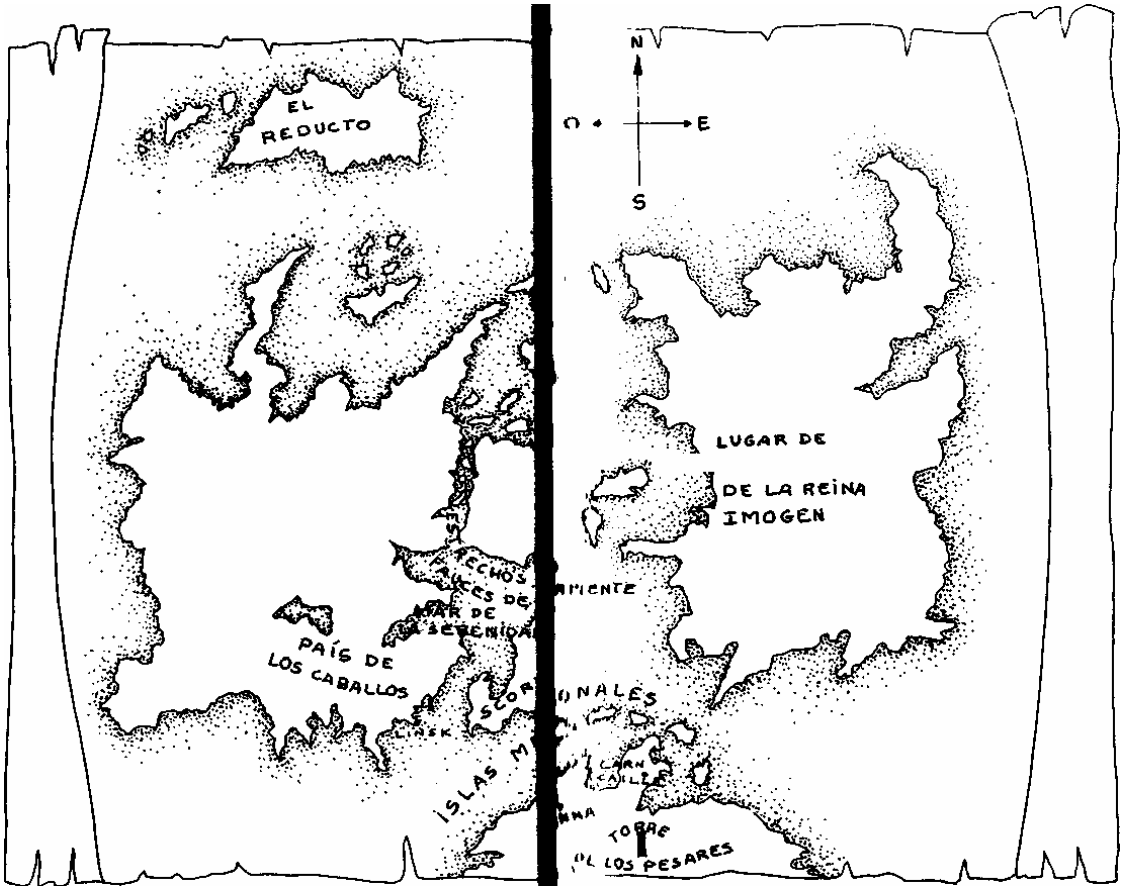
INDIGO III –INFANTA
Louise Cooper



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Las estrellas se mueven aún,
el tiempo pasa,
el reloj va a dar la hora.
Marlowe: *Doctor Fausto*

Para Tanith Lee,
en reconocimiento de su
auténtica amistad.



Librodot

PRÓLOGO

En un solitario y yermo pedazo de tundra, allí donde los límites de un pequeño reino se encuentran con las enormes murallas heladas de los glaciares meridionales, las ruinas de una torre solitaria arrojan su perversa sombra sobre la llanura. La Torre de los Pesares —no tiene ningún otro nombre— fue la obra de un hombre cuyo nombre quedó olvidado hace muchísimo tiempo; ya que, según cuenta la historia barda, la suya fue una época antiquísima, anterior incluso a aquella en la que los que ahora vivimos bajo el sol y el firmamento empezamos a contar el tiempo.

En aquella época remota, la estupidez y la codicia de la humanidad condujeron a este mundo al borde de la ruina, hasta que al fin la misma Naturaleza se alzó contra ella y la Madre Tierra descargó su venganza sobre los hijos que habían traicionado su confianza. Pero durante la sombría noche de su desquite, la torre permaneció incólume. Y cuando todo hubo terminado, y una humanidad más sabia levantó la cabeza de entre los restos de su propio desatino para iniciar la vida en un nuevo mundo purificado y sin mácula, la torre se convirtió en un símbolo de esperanza, pues entre sus muros estaban encerrados por fin los demonios que el hombre había creado.

Durante siglos, pues, la Torre de los Pesares se alzó solitaria sobre la llanura, y ningún hombre ni ninguna mujer se atrevieron a volver la cabeza hacia ella por temor a la antigua maldición contenida en su interior. Y así habría continuado de no haber sido por la imprudencia de la temeraria hija de un rey.

Su título era en aquel entonces princesa Anghara hija-de-Kalig; pero ahora ha perdido el derecho a ese nombre y a su herencia. El motivo es que violó una ley que había perdurado desde los albores de la historia de su pueblo, al quebrantar la santidad de aquella torre antiquísima en un intento de descubrir su secreto.

Oh, sí; la princesa obtuvo su deseo, y descubrió el secreto. Pero al soltarse sus cadenas la Torre de los Pesares se partió en dos y la antigua maldición de la humanidad surgió de entre las tinieblas profiriendo alaridos para aferrarse de nuevo al mundo y al espíritu de Anghara.

En aquella lóbrega noche en que la maldición volvió a despertarse, Anghara perdió todo lo que quería frente a aquel siniestro poder. Su padre, Kalig; su madre, Imagen; su hermano, Kirra. A buenos amigos, a compañeros de diversión. Y, por encima de todo, perdió a aquel a quien más quería: a su adorado Fenran, hijo del conde Bray de El Reducto, que iba a convertirse en su esposo. Tras la destrucción, tomó sobre sus jóvenes hombros el peso que ahora la atormenta de día y de noche, dormida y despierta. La Madre Tierra ha decretado que debe reparar su crimen, buscando y eliminando a los siete demonios que cayeron sobre el mundo entre obscenas carcajadas cuando la Torre de los Pesares se derrumbó. Anghara ya no es Anghara. Su nombre es ahora Índigo —el color del luto— y su hogar es el mundo entero, ya que hasta que no haya terminado su misión no podrá regresar al hogar donde nació. Tampoco puede envejecer, ni morir, hasta que la búsqueda haya finalizado. Y cuando por las noches grita en sus desdichadas pesadillas: «¿Hasta cuándo? Madre Poderosa, ¿hasta cuándo?», escucha de nuevo la respuesta del resplandeciente emisario, avalar de la misma Diosa de la Tierra, inflexible, implacable, y ala vez impregnada de piedad.

«Cinco años. Diez. Un centenar. Un millar. Hasta que se haya acabado, Índigo. Hasta que se haya acabado. »

Uno de los demonios ha muerto ya. Índigo utilizó el fuego como arma, y los fantasmas de muchos inocentes la siguen ahora. Entonó una elegía en su honor, y luego volvió el rostro hacia el sol que se alzaba en el horizonte, siguiendo la certera guía de la piedra-imán regalo de la Madre Tierra. Medio mundo y siete años más la han traído a las costas de un nuevo país, y ha llegado el momento de que dé comienzo su segunda búsqueda: una responsabilidad que no puede ni se atreve a rehuir.

Pero no está totalmente sola. Con ella viaja una amiga leal, la cual, aunque no pertenece al género humano, ha escogido compartir con ella su maldición y su compromiso; porque esta amiga sabe también muy bien lo que es ser una paria entre los suyos. Y con ella viaja una imperecedera chispa de esperanza de que un día, en un inimaginable futuro lejano, pueda liberar al hombre al que ama de los tormentos de la vida dentro de la muerte a que lo ha condenado el delito cometido por ella.

Pero mientras su tarea continúa incompleta, Índigo tiene también una eterna enemiga. Esta enemiga seguirá sus pasos adonde quiera que ella vaya, ya que es parte de sí misma, creada a partir de las profundidades más tenebrosas de su propia alma y que ha adquirido vida independiente: Némesis, quien acecha en las sombras y su distintivo es el color plateado. Y Némesis es una enemiga realmente mortal.

Durante trece años una nueva dinastía ha gobernado en Carn Caille, la fortaleza de los reyes de las Islas Meridionales y antiguo hogar de Índigo. La leyenda de la Torre de los Pesares ya no existe, ya que la Madre Tierra decretó que todo recuerdo del propósito de la torre, y de su caída, quedase borrado de la memoria de la gente. Así pues, Kalig y su familia viven sólo en las tristes baladas que rememoran las fiebres que, según la creencia popular, acabaron con sus vidas. Y el rey Ryen envejece en paz y rodeado del respeto de sus súbditos, sin sospechar ni por un instante que la hija de Kalig sigue viva y que sobre sus hombros descansa el destino del mundo...

CAPÍTULO 1

Los jefes de muelle habían establecido un estricto orden de preferencia para el atraque y descarga de navíos que hacían escala en el puerto de Huon Parita. Las facilidades del embarcadero eran limitadas, los trabajadores honrados difíciles de encontrar, y la multitud de vendedores ambulantes, estafadores, echadoras de cartas, oportunistas itinerantes y mendigos sin más representaban un peligro constante para cargamentos y pasajeros por igual. En circunstancias normales, los tres cargueros procedentes del oeste hubieran debido permanecer fondeados en la bahía durante dos o más días antes de que se les designara un lugar de amarre. Pero cuando llegó a la orilla la noticia de que los cargueros procedían de las Islas de las Piedras Preciosas, enseguida se hicieron los arreglos oportunos, y al cabo de una hora de la llegada de los barcos los bracos de madera del semáforo situado encima de la torre de los encargados dieron la señal para traerlos a ellos y a su cargamento de piedras preciosas al interior del puerto.

Mientras los enormes cargueros atracaban, un navío de líneas más finas y elegantes, con una balista montada sobre la cubierta de proa y la feroz cabeza de un ariete centelleando justo por debajo de la línea de flotación en la proa, penetró también a su sombra para atracar en las aguas poco profundas de un muelle contiguo. Un gentío empegaba a congregarse ya alrededor de los cargueros, pero el *Kara-Karai —La Pequeña Madre del Mar* en el idioma de su país de origen— fue ampliamente ignorado. Todos los que sabían algo de flotas mercantes reconocían el característico casco amarillo y negro de un buque escolta davakotiano, y conocían muy bien la temible reputación de tales barcos y de sus tripulaciones. Sólo un oficial, un joven cuyo fajín y gorra de esplendoroso color escarlata no parecían servir de mucho a la hora de elevar su moral, se colocó al pie de la plancha que empezaba a hacer su aparición; aparte de las formalidades imprescindibles, al *Kara-Karai se* lo dejaría absolutamente en paz.

El primero en desembarcar fue el capitán davakotiano. Como máximo tendría unos treinta años. La cabeza de la mujer llegaba justo a la altura del hombro del oficial, y eso que éste no era un hombre alto; pero la diminuta figura de ella poseía una bien desarrollada musculatura. Su rostro de piel ambarina tenía un aspecto tan duro como el de la madera seca, y en ambas mejillas, justo debajo del ojo, llevaba implantado en la carne un pequeño diamante rodeado por un pliegue de tejido cicatrizado. Bajo la fresca brisa sus cortos cabellos negros se encrespaban como un halo estrafalario y rígido. Su aparición —sin mencionar el hecho de que se tratara de una mujer, y de que aquí en el este el lugar de una mujer no estuviera precisamente al timón de un barco— trastornó el sentido del decoro del joven; mientras tartamudeaba su petición de ver los documentos de la mujer, descubrió a la tripulación del *Kara-Karai,* en su mayor parte formada también por mujeres, que apoyadas sobre la barandilla del barco lo miraban maliciosamente divertidas ante su embarazo mientras esperaban a que finalizaran los trámites. La mayoría estaba fuertemente armada. Sudoroso, el oficial selló a toda prisa los documentos de embarque, y apenas si esperó el tiempo suficiente para que el capitán pusiera la huella de su pulgar en el registro de asignación de amarres antes de saludar de forma brusca y desaparecer enseguida con una explosión de estridentes carcajadas procedente de la cubierta del navío resonando en sus oídos.

La tripulación se dispersó en cuestión de minutos. Escoltar a los mercaderes de piedras preciosas resultaba siempre un cometido provechoso, y éste había sido un viaje con

Librodot

incidentes; tenían monedas que gastar y siete días para divertirse antes de volver a embarcar. La mayoría se desvaneció rápidamente en la frenética confusión de color y ruido y actividad humana que aguardaba como una marca más allá de los muelles, hasta que los únicos miembros de la tripulación que quedaron sobre el malecón fueron el capitán y una joven alta que había estado entre las últimas personas en desembarcar.

La recién llegada no era davakotiana. Al igual que la mayoría de sus camaradas, el capitán no estaba muy interesado en los orígenes de su tripulación; el *Kara-Karai* presumía de tener reclutas de una docena de lugares diferentes del mundo. Pero esta mujer, con sus ojos azul-violáceo, sus cabellos cobrizos prematuramente encanecidos, resultaba mucho más contradictoria que la mayoría. Su piel estaba muy tostada por el sol y las manos encallecidas por el trabajo duro; sin embargo, sus facciones poseían el sello inconfundible de la aristocracia. Y aunque su rostro y su figura eran juveniles, había algo en su semblante que hacía que los extraños desistieran pronto de un escrutinio demasiado minucioso: una sombra de experiencias que era mucho mejor dejar inexplorada, una insinuación de algo viejo y desolado detrás de la máscara de juventud.

Durante algunos instantes las dos permanecieron una junto a la otra al pie de la pasarela; luego el capitán dijo:

—¿Estás segura de que no cambiarás de idea y te quedarás con nosotros, Índigo?

—Tanto tú como el *Kara-Karai* habéis sido muy buenos conmigo, Macee —dijo la muchacha y sonrió—. Pero no: debo seguir en dirección a Simhara.

—¡Muy bien! —Macee alzó los hombros—. Entonces di una oración por todos nosotros en el Templo de los Marineros, ¿lo harás? Hará que continúe nuestra buena suerte. —Bajó la mirada, luego hizo una mueca—. Apostaría a que *Grimya* se sentirá feliz de perder de vista el océano al menos durante un tiempo. ¿No es así, *Grimya?* —E, inclinándose, acarició la cabeza de la enorme criatura de pelaje leonado sentada a los pies de Índigo.

La lengua de *Grimya* se balanceó entre sus mandíbulas y emitió un satisfecho sonido desde el fondo de su garganta. Aquellos que no estaban en el secreto —Macee incluida— la tomaban por una perra enorme, muy peluda y extraordinariamente inteligente; una impresión que *Grimya* e Índigo se habían esforzado por mantener. Pero cualquiera que se hubiera criado en las frías tierras del lejano sur, en Scorva, o en el País de los Caballos o en las Islas Meridionales, habría reconocido el pelaje gris y la figura característica de un lobo de bosque.

—Si me aceptas el consejo, lo mejor que puedes hacer es unirte a una de las caravanas que van hacia el sur —continuó Macee—. Son lentas, pero resultan mucho más seguras que viajar solo. —Indicó con la cabeza en dirección al gentío—. Sobre todo para una mujer. Los países del este no comparten nuestra forma de ser davakotiana; en cuanto te introduzcas en esa multitud se te considerará como una presa fácil.

—Puedo cuidarme —respondió sonriente, Índigo.

—Oh, ya lo sé. Y *Grimya* se ocuparía de dejar las cosas bien claras para cualquiera que se hiciera una idea equivocada. Pero de todas formas, ten cuidado. ¡Si caes presa de un ladrón o de un traficante de esclavos diría muy poco en favor de mis enseñanzas! —Sonrió" de oreja a oreja—. Además, tengo planeado estar en Simhara en un futuro quizá no muy lejano, y, si todavía estás allí, te quiero de nuevo entre mi tripulación.

—Lo recordaré. Gracias.

—Bien, pues. Será mejor que te pongas en marcha, ¿eh? —Macee extendió la mano y pellizcó a Índigo en el antebrazo; un gesto de despedida— Que tengas mucha suerte, Índigo.

Que las mareas de la Madre del Mar te sean propicias.

—Y también a ti, Macee, —Índigo posó las manos sobre los hombros de la menuda davakotiana y la besó en ambas mejillas, sintiendo el arañazo de las agudas facetas de los diamantes sobre su piel—. ¡Buena caza!

Colocó mejor los dos bultos sobre su espalda y, con G*rimya* pisándole los talones, empezó a alejarse. Macee la observó durante algunos instantes, luego le gritó en una voz que resonó estridente por encima de la algarabía general:

—¡No pagues más de cinco zozas por una montura! ¡Y no dejes que te vendan un mestizo; asegúrate de que obtienes un chimelo de pura raza!

Índigo volvió la cabeza, sonrió y agitó la mano como respuesta. Luego la multitud se mezcló como una marea *A* su alrededor y la absorbió.

Huon Parita era en cierta forma una paradoja. Durante siglos el profundo puerto natural de la costa norte del Golfo de Agantine había permanecido deshabitado, porque aunque las aguas eran casi un fondeadero perfecto para las embarcaciones, el terreno circundante era demasiado escarpado y accidentado para poder construir un puerto de buen tamaño. Pero los reinos del golfo, perfectamente situados para comerciar con el norte, el oeste y el sur por igual, se estaban convirtiendo a gran velocidad en el centro comercial del mundo, y a medida que su prosperidad e influencia crecían, también aumentaba la necesidad de acomodar a más y más de las grandes flotas mercantes. Así pues, la conveniencia dio paso a la necesidad, y nació Huon Parita.

Las grandes ciudades costeras del sur eran famosas en todo el mundo por su belleza, civilización y sofisticación; pero Huon Parita no podía vanagloriarse de poseer tales cualidades. Incluso después de doscientos años seguía siendo poco más que un lugar destartalado de casas amontonadas, que consistía en una mezcolanza de muelles en el lado del puerto, un mercado cubierto flanqueado por un agradable pero mal conservado barrio comercial, e, irradiando de este centro de actividad, un conglomerado de cabañas, chabolas e incluso tiendas que servían de hogar a la población itinerante del puerto.

Las ganancias eran escasas en las ciudades para los parásitos humanos que se aprovechaban de la debilidad y credulidad de otros; pero aquí la milicia era tan reducida y tan incompetente que podían ejercer sus artes sin interferencias. Y así, a medida que Índigo se sumergía entre la multitud, se encontró inmersa en un mar de ruido y color y excitada actividad. De todas partes surgían manos que le ofrecían fruta, baratijas o amuletos de la suerte, mientras voces desconocidas la exhortaban a comprar, comer, beber, descubrir su destino, e incluso a vender sus cabellos. Alertada por un subrepticio tirón a la correa de su mochila se volvió deprisa enfadada, pero el supuesto ladrón se escabullía ya entre el gentío. Un reducido grupo de mujeres jóvenes, escasamente vestidas y llenas de rutilantes sartas de cuentas de cristal, se abrieron paso junto a ella con un aire de descarada seguridad, y el hombre de ojos pálidos, mentón prominente y suntuosas ropas que iba detrás de ellas se detuvo un instante para observar especulativo a Índigo; antes de que pudiera hablar, sin embargo, *Grimya* lanzó un gruñido y, al darse cuenta de la presencia de la loba, el alcahuete hizo gesto de disculpa y siguió adelante a toda prisa. No muy lejos de allí, acababa de estallar una disputa entre dos marineros y una arrugada y diminuta echadora de cartas: Índigo esbozó una sonrisa al reconocer a la musculosa y temperamental segundo piloto de Macee en medio de la refriega.

Todo aquel apiñamiento de gente empezó a aligerarse por fin cuando el puerto dio paso al

Librodot

menos frenético barrio comercial. Aquí se había establecido una cierta apariencia de orden; los comerciantes autorizados se esforzaban denodadamente por mantener a raya a la competencia de charlatanes y timadores, y era posible pasear con relativa tranquilidad, Índigo se alegró de dejar atrás todo aquel caos. Durante los últimos dos años, desde que se enrolara con Macee, apenas si había conocido otra cosa que no fuera el mundo cerrado y de camaradería del *Kara-Karai,* con el mar como único horizonte, y encontrarse en medio de tanto gentío y animación tras una larga ausencia de tierra firme le resultaba desconcertante.

Deseó no haber tenido que abandonar el barco. Durante aquellos largos viajes había estado cerca de hallar una liberación de la negra sombra que pesaba sobre su vida, pero siempre había sabido que el interludio no podía durar. En sus sueños, y aun despierta, en momentos de desmido, había sentido el acicate de una obligación que no podía rehuir ni discutir, y con la llegada del barco al este se había visto conminada a enfrentarse a su destino, a cortar los lazos y seguir su camino.

Índigo se llevó una mano al pecho de forma inconsciente y jugueteó con la pequeña bolsa de cuero que colgaba de una tira también de cuero atada alrededor de su cuello, y que llevaba bien escondida debajo de su camisa. Sus dedos se cerraron sobre el contorno duro e irregular de una pequeña piedra, y sintió cómo una familiar mezcla de agradecimiento y aversión penetraba en su mente. La piedra, con el diminuto punto de luz que siempre se movía en su interior, había sido su guía durante casi doce años: allí donde indicaba ella no tenía más remedio que ir. Y en el caos de Huon Parita sintió que su destino se cerraba en torno a ella, igual que lo hacía la ciudad, como un ataque sofocante y claustrofóbico sobre su mente.

Sus intranquilos pensamientos se vieron interrumpidos por una voz que habló silenciosa en su cabeza.

«¿Índigo? Estoy hambrienta. Y no creo que éste sea un buen lugar para que nos quedemos más de lo necesario.»

Índigo bajó la cabeza y vio que *Grimya* la contemplaba esperanzada. Mutante de nacimiento, la loba poseía una extraordinaria —quizás única— capacidad para comunicarse con la mente de los seres humanos y hablar en las diferentes lenguas de éstos. Ella e Índigo compartían un lazo de comunicación telepática desde su primer encuentro casual, ocurrido hacía casi trece años; era un secreto muy bien guardado, como el gran vínculo que existía entre ambas.

La muchacha sonrió, contenta de poder quitarse de encima aquellos negros pensamientos y dedicarse a cuestiones más mundanas.

«Recuerda la recomendación de Macee, Grimya», fue su respuesta mental. *«No es aconsejable que viajemos solas; y puede que tardemos algún tiempo en encontrar una caravana que se dirija al sur.»*

«Lo *sé, y el consejo de Macee es muy acertado. Ni siquiera yo podría protegerte de una flecha o de una saeta. Pero de todas formas preferiría que nos diéramos prisa, si podemos.» Grimya* vaciló, luego añadió con cierta timidez: *«Si te sientes... reacia a ponerte en marcha, lo comprendo».*

«No, no me siento reacia.»

Pero a pesar de su tono tranquilizador, Índigo sintió como una aguda punzada de dolor en su interior. La verdad es que habría preferido casi cualquier otro destino en el mundo al que tenía ante ella; ya que aunque nunca antes había pisado aquellas costas, el continente oriental —y en particular la acaudalada ciudad de Khimiz— guardaba recuerdos que le desgarraban el

alma. Su propia madre, Imogen, había sido khimizi de nacimiento: Imogen, esposa del rey Kalig de las Islas Meridionales, quien con su esposo y su hijo Kirra y tantos otros había muerto de una forma horrible en Carn Caille, cuando la Torre de los Pesares se derrumbó. Su hija, la princesa Anghara, debiera haber perecido junto con su familia en aquella misma carnicería ocurrida trece años atrás. Pero Anghara había sobrevivido, para adoptar el nuevo y amargo nombre de Índigo —el color del luto— y soportar la maldición que la había convertido en inmortal, en un ser eternamente joven e inmutable, hasta que reparara los horrores que había provocado.

Imogen, a quien indirectamente Índigo había asesinado. Los límites de la tierra natal de su madre estaban a lo mejor a doce días de viaje en dirección sur desde Huon Parita. E Índigo sabía con un instinto certero y terrible que la piedra-imán que llevaba la conducía de forma inexorable hacia Simhara, la primera y más importante ciudad de Khimiz.

Grimya, consciente de la naturaleza de sus pensamientos, la contemplaba llena de ansiedad, e Índigo aspiró con fuerza, paladeó los mezclados vestigios de polvo, agua salada y especias que flotaban en el aire, y arrastró sus pensamientos, con un gran esfuerzo, al momento presente. Forzó una sonrisa, esquivó el tema deliberadamente, y regresó a la primera protesta de *Grimya.*

«*Yo también tengo hambre. Compremos algo para comer antes de decidir qué hay que hacer.*»

En el extremo opuesto del mercado, los vendedores de fornida de Huon Parita anunciaban sus productos a voz de grito. La mayoría de los puestos estaban muy concurridos; la gente regateaba por frutas confitadas, porciones do pastel de azúcar, gruesas rebanadas de una pegajosa confitura que despedía un olor empalagoso. Varios mercaderos colocados ante una hoguera al aire libre cocinaban y vendían pedazos de carne picada envuelta en unos delgados y bien dorados círculos de pasta. *Grimya* olfateó apreciativa, e Índigo —que había aprendido de Macee lo suficiente del idioma local como para poder regatear— compró cuatro paquetes de carne, que el hombre del puesto envolvió con esmero en un fino papel blanco de una calidad que ella nunca había visto.

Tras abandonar el puesto, buscaban un lugar relativamente tranquilo donde pudieran comer sin que las molestaran cuando una voz chilló muy cerca:

—¿Queréis averiguar vuestro futuro, señora de cabellos cobrizos? ¿Queréis saber qué os reserva Huon Parita?

Sobresaltada, Índigo se volvió y vio a una anciana sentada en una estera multicolor y rodeada de amuletos de la buena suerte. La vieja sostenía en una mano el cañón de una pipa de incienso, mientras que con la otra le indicaba que se acercara, con movimientos bruscos acompañados de gestos de asentimiento de su cabeza.

—Tan sólo una bocanada de mi poción, mi señora, ¡y se os revelarán todos vuestros sueños!

Índigo sacudió la cabeza.

—No. No, gracias.

Pero la adivinadora no se desanimaba fácilmente.

—¿Cartas, pues, hermosa señora? —Insistió—. Cartas roías, cartas amarillas, cartas azules como vuestros ojos. —Su amplia sonrisa mostró unas resecas encías marrones—. ¿O plata? ¿Cartas plateadas para mi señora, y su hermoso perro gris?

La sangre desapareció del rostro de Índigo, y sintió cómo oí sudor empezaba a bañar su

cuerpo.

—¿Qué habéis dicho? —susurró.

—Cartas plateadas, señora. Mis mejores cartas. Jamás mienten.

Se trataba de una horrible coincidencia, se dijo Índigo; nada más. Desde luego que no podía tratarse de nada más... —No. —Escuchó su propia voz, cortante, con una involuntaria punzada de temor—. ¡He dicho *no!*

Las rugosas manos realizaron un complejo gesto conciliador en el aire.

—Lo que mi señora quiere, mi señora lo hace. Pero tened cuidado, forastera. Tened cuidado de a quién otorgáis vuestra sonrisa en vuestro viaje al sur. ¡Y tened cuidado con el Devorador de la Serpiente! El pelaje de *Grimya* se erizó y mostró los dientes. *«¡Índigo!»,* su voz mental era apremiante. *«¡No me gusta esto! ¡Sabe a dónde vamos y ha mencionado la plata!»*

—Chisst —dijo Índigo en voz alta al tiempo que posaba suavemente su mano en la cabeza de la loba a modo de advertencia.

Durante algunos instantes siguió con los ojos fijos en la vieja, que seguía asintiendo con la cabeza, en busca de algún rasgo familiar en las arrugadas facciones, una pista mediante la cual pudiera identificar algo menos humano al acecho detrás de la máscara. Pero no había nada. Excepto por el detalle de que en el pulgar, la adivina llevaba un anillo de plata...

Índigo se dio la vuelta. Le costó un gran esfuerzo no salir huyendo de la criatura sentada en la estera, y *Grimya* tuvo dificultades para mantenerse a su lado en medio de la muchedumbre. Pero por fin la aglomeración de gente disminuyó, e Índigo se detuvo. Se volvió para mirar de nuevo al centro del mercado, pero la anciana ya no era visible.

—¡Maldita sea! —siseó Índigo—. ¡Maldita sea! *Grimya* levantó la cabeza para contemplar preocupada las tensas facciones de su amiga. *«Podría haber sido una co... coin...»* —Coincidencia. Sí; podría haberlo sido. O podría haberse tratado de Némesis.

La loba parpadeó mientras bajaba la cabeza. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que se habían encontrado con aquel ser diabólico que era, en cierta forma, el alter ego de Índigo, pero ambas sabían que en su momento y a su manera Némesis regresaría para atormentarlas de nuevo. El demonio era capaz de adoptar cualquier forma que deseara —aunque en sus pesadillas Índigo lo veía siempre en su primera manifestación: una criatura de rostro perverso y dientes afilados— pero la única constante que nunca podía disfrazar, y que era una advertencia de sus maquinaciones, era la plata. Ojos plateados, cabellos plateados, un broche de plata o incluso de color plateado... Índigo se quitó aquel recuerdo muy pronto de la cabeza, antes de que pudiera instalarse e incluirla. Ahora se había encontrado con cartas plateadas y un anillo de plata. Y una advertencia que parecía llevar más que una sombra de ironía. Podría tratarse, como había dicho *Grimya,* de una coincidencia. O podría haber sido una señal de que el segundo de los siete demonios que habían convertido su vida en una maldición estaba peligrosamente cerca.

Se alejó del bullicio del mercado y se dirigió junto con *Grimya* a las sombras de una arcada cuyo techo era un enrejado en la que una fuente de agua potable se derramaba perezosamente en un estanque de azulejos. La loba sació su sed y luego, un poco como excusándose pero con gran fruición, comenzó a devorar la carne de dos de los paquetes, Índigo, sentada en el reborde elevado del estanque, mordisqueó el tercero, pero su encuentro con la echadora de cartas le había quitado el apetito: al cabo de algunos minutos lo dejó a un lado y sacó la bolsa de cuero que contenía la piedra-imán. No podía decirle nada que ella no supiera ya; pero por enésima vez desde que la costa oriental había aparecido en el horizonte del *Kara-Karai,* quería

volver a mirarla para estar segura.

Al sur, el diminuto punto de luz dorada brillaba en el extremo de la piedra en una clara señal. Hacia el sur, por la gran carretera comercial que llevaba a Simhara.

Y Némesis le pisaba los talones.

Grimya levantó los ojos. Tenía las mandíbulas grasientas a causa de los jugos de la carne, y ya casi había consumido los dos paquetes. Se relamió las mandíbulas y luego dijo en voz alta:

—¿Es ... igual que antes?

Sus palabras eran guturales y entrecortadas; su laringe y su garganta no habían sido diseñadas para enfrentarse a las complejidades del lenguaje humano, pero se sentía orgullosa de hablar en voz alta a Índigo cuando no había nadie que pudiera escucharlas, Índigo asintió.

—Igual que antes. —Deslizó la piedra-imán de nuevo al interior de la bolsa—. Hacia el sur. Y tengo el terrible presentimiento, *Grimya,* de que Némesis sabe a dónde nos dirigimos.

—Eso no tiene por qué ser ver... dad. La anciana era una vi... dente.

—Lo sé. Pero mi intuición me dice que esa mujer era algo más, también. O el agente de alguna otra cosa...

Grimya dejó escapar un suave gañido.

—Si lo... era, no po... demos cambiar... las cosas. Y sabíamos, creo, que algo así tenía... que suceder. El demonio no nos de...jará tran... quilas.

Tenía razón. Desde un punto de vista lógico, no podían haber esperado menos, y posponer lo inevitable parecía un ejercicio inútil. Lo mejor era ponerse en marcha; no tenía el menor deseo de permanecer por más tiempo en Huon Parita.

Índigo suspiró, y miró a la comida que permanecía sobre su regazo casi intocada.

—Deberías co... mer —dijo *Grimya—.* La carne está muuuy buena, aunque me da... sed.

Se podría obligarla comer el tercer paquete, y eso la haría sentirse mejor, Índigo lo sabía; así que lo tomó, y le entregó el cuarto a *Grimya.*

—Toma, cariño. Yo no tengo mucha hambre. Nos los terminaremos entre las dos, luego nos pondremos en marcha.

—¿Es... tas segura?

Sin saber si la loba se refería a la comida o al viaje que les esperaba, Índigo sonrió:

—Si, estoy segura.

—¿Y el... demonio?

La muchacha volvió la cabeza sobre su hombro para volver a contemplar el bullicio del mercado, y sus ojos se entrecerraron.

—Esperaremos a ver qué sucede. En este momento, no podemos hacer nada más.

CAPITULO 2

El susurro de las altas palmeras que bordeaban la playa fue el primer anuncio de la brisa, y una señal bien recibida para que se iniciaran las actividades vespertinas. La caravana —unos veinte carros, setenta animales de monta y de carga y el variopinto conjunto de seres humanos cuyos negocios estaban conectados de una forma u otra con el convoy— se había detenido una hora antes, pero nadie había hecho gran cosa hasta entonces excepto sentarse bajo aquellas sombras que pudieran encontrar, aplacar su sed y permitir que los músculos doloridos por el ejercicio de todo el día se relajaran. Con la llegada de la brisa, no obstante, el improvisado campamento empezó a ponerse en movimiento. Se encendieron faroles, anticipándose a las tinieblas que comenzaban a caer sobre ellos desde tierra adentro, y cuando el sol empezó a deslizarse bajo la línea del horizonte y la enorme extensión del mar se volvió del color de la plata fundida, las pequeñas y fieras llamas de las hogueras hicieron su aparición en la creciente oscuridad. Los pucheros entrechocaban con agradable familiaridad, los animales pateaban el suelo y resoplaban, las conversaciones y algún que otro estallido de risa rompían la quietud.

Mientras ascendía con *Grimya* la suave ladera que conducía de la carretera a la orilla, Índigo dio gracias a su suerte —y no por primera vez— de que la caravana de Vasi Elder hubiera visto su salida de Huon Parita retardada un día más de lo previsto, y que debido a ello la joven hubiera llegado a tiempo de unirse a ella. Le había tomado simpatía de inmediato al estrambótico Vasi, el cual, a pesar de su aspecto infame y estilo extravagante, poseía un estricto código de honor y una eficiencia que resultaba extraña entre los suyos. El infalible instinto de *Grimya* había respaldado su opinión, y así pues durante los últimos nueve días habían viajado en dirección sur con la caravana, siguiendo la amplia carretera de la costa que las conduciría hasta Simhara. Resultaba un viaje lento pero seguro; la carretera era buena, el clima benigno, y no habían encontrado señales de los abrasadores vientos tórridos que a menudo rugían desde el gran desierto del Palor, situado a unos veinte kilómetros hacia el este.

Estos paseos al anochecer por la orilla se habían convertido en una agradable costumbre. Con la llegada de la brisa marina que siempre refrescaba el ambiente al ponerse el sol, resultaba muy tonificante estirar los músculos y pasear a grandes zancadas por la playa, y contemplar a *Grimya* corriendo con toda la velocidad y elegante energía de los de su raza sobre la dura arena de la orilla. Ante ellas se extendía espectacular toda la inmensidad del golfo de Agantine, bordeado por una bahía que se curvaba hacia el norte y el sur hasta donde alcanzaba la vista. En este lugar, el mayor continente de la tierra se encontraba con su mayor océano; y la serenidad y la impresionante belleza de la escena poseían un poder purificador que hacía que Índigo se sintiera en paz, aunque fuera sólo por un corto espacio de tiempo.

Existía, también, otro tiempo de paz en las amistosas reuniones nocturnas alrededor de las hogueras del campamento. Vasi no había tardado mucho en descubrir que Índigo no sólo hablaba su idioma sino que también dominaba la elegante lengua de Khimiz, tal y como se hablaba en las grandes ciudades del sur. Como había muchos mercaderes khimizi viajando con la caravana, los conocimientos de la muchacha estaban muy solicitados, y cuando Vasi descubrió también que uno de los bultos que ésta llevaba contenía un arpa, no perdió el tiempo en convencerla.

Cada noche, después de que se hubiera terminado de comer y beber y se hubieran pisoteado

las hogueras para extinguirlas, ayudó a los viajeros a conciliar el sueño con sus canciones y su música.

El agradable chisporroteo de las hogueras y el ruido de los utensilios de cocina les dio la bienvenida cuando regresaron al campamento. Durante los últimos minutos el sol se había hundido en la ininterrumpida línea del mar hasta quedar convertido en un diminuto pedazo de un violento rojo anaranjado, y la oscuridad penetraba rápidamente desde el este para teñir el cielo sobre sus cabezas de un apagado tono violeta. Fuera del alcance de la luz de las llamas la gente no era más que un conjunto de meras siluetas indefinidas; alguien saludó a Índigo y ésta devolvió el saludo con una sonrisa y un gesto de la mano antes de encontrar un lugar cerca de uno de los fuegos comunales mayores. A poca distancia, el elevado cono de la tienda de seda de Vasi se destacaba con claridad en el horizonte; una hoguera más pequeña ardía en sus proximidades y escuchó la característica risa del propietario de la caravana entre el pequeño grupo reunido a su alrededor.

Se sirvió la cena, y durante un rato todo el campamento quedó en silencio mientras todos saciaban su apetito, Índigo estaba terminando el contenido de su plato de dátiles azucarados, con *Grimya* ahíta y medio dormida a su lado, cuando unos sonidos procedentes de los límites del campamento llamaron su atención. El golpeteo de cascos de caballos, el tintineo de los arneses; levantó los ojos y vio que un grupo de hombres montados en chímelos había surgido de la oscuridad y desmontaba cerca de la alta tienda de seda. *Grimya* se puso tensa mientras olfateó el aire; pero entonces les llegó la voz de Vasi a través de la corta distancia que mediaba entre ellos, y ambas se tranquilizaron al escuchar el insulso y vagamente congraciador tono de bienvenida de su voz. La loba regresó a su somnolencia, pero Índigo continuó observando durante algunos minutos cómo las siluetas de los recién llegados se reunían alrededor del fuego de Vasi y se sentaban, inmersos, al parecer, en animada conversación. Supuso que lo más probable era que fuesen falorim. Los orgullosos, autosuficientes y serenos nómadas de una u otra manera conseguían sobrevivir en el hostil desierto situado tierra adentro del que habían tomado el nombre. Consideraban a los habitantes de la costa como seres débiles y degenerados, pero esto no impedía que comerciaran con cualquiera si podían ganar algo con ello, y aunque no hablaban el mismo idioma que Vasi, el lenguaje de los signos del trueque era universal. Sin duda se lo pasarían regateando, y beberían hasta bien entrada la noche, e Índigo bostezó, perdiendo ¡interés. Las transacciones no eran cosa suya, y mañana se pondrían en marcha muy temprano; lo mejor era seguir el ejemplo de *Grimya* y dormir un poco.

Terminó su comida, enjuagó plato y cuchillo en uno de los cubos de agua dispuestos para este propósito, y se volvió hacia la pequeña tienda que compartía con la loba. Pero antes de que pudiera apartar el faldón y deslizarse a su interior, se vio alertada por una voz que pronunciaba su nombre, y al alzar la cabeza descubrió a alguien, irreconocible en la oscuridad, que se dirigía con prisa hacia ella. Suspiró y se puso en pie para ir a su encuentro.

Se trataba de Vasi, y parecía agitado. Le besó la mano según era costumbre en el este, aunque no era más que una cortesía, sin la exagerada ostentación de siempre.

—Índigo, te pido disculpas por molestarte, pero necesito extraordinariamente de tus servicios. —Echó una rápida mirada por encima del hombro, inquieto—. Tenemos visitantes, van grupo de falorim, y parece poseer información urgente; pero me es imposible entender lo que dicen. ¿Puedes ayudarme?

—Si, desde luego. Iré enseguida.

Librodot

Sin un motivo que pudiera percibir, algo se agito en lo más profundo de su mente; una veloz y cortante sensación de incertidumbre: y percibió el rápido destello telepático de la curiosidad de *Grimya.*

Vasi se apresuró a su lado mientras ella avanzaba a grandes zancadas hacia la tienda con *Grimya* detrás. Al acercarse a las figuras reunidas junto al fuego, Vasi posó una mano sobre su brazo, obligándola a ir más despacio.

—Me perdonarás, espero, por mencionar esta cuestión, pero... los falorim no son lo que uno podría considerar personas ilustradas. Adoptan unas actitudes muy peculiares con aquellos que consideran extranjeros, y un código de comportamiento estricto y formal. También tienen una tendencia a considerar a las mujeres de forma muy parecida a como consideran a sus chímelos. —Se encogió de hombros a modo de disculpa, e Índigo sonrió con cierta malicia.

—No como los hombres de Huon Parita, ¿verdad, Vasi?

Vasi se mostró ofendido.

—¡No puedo hablar por la escoria del puerto, pero en círculos más elevados, te aseguro que no hay ni punto de comparación!

Divertida, lo dejó pasar y tan sólo añadió:

—Comprendo. Tendré buen cuidado de no ofender a sus invitados.

—Gracias, Índigo. Bajo estas circunstancias creo que sena prudente no despertar su ira.

Las falorim no se levantaron para saludarlos cuando se acercaron. Eran cinco en total, todos hombres de gran tamaño pero sin un gramo de grasa, y las similitudes entre ellos sugerían que podían ser hermanos o al menos parientes próximos. Todos tenían el cabello aclarado por el sol y rostros ásperos y huesudos, de un marrón cobrizo a causa de la exposición a los vientos del desierto, y sus ojos eran asombrosamente oscuros, casi negros. Uno de ellos, que parecía ser el portavoz, echó hacia atrás la capucha que llevaba y clavó una mirada fría y hostil en Índigo antes de dirigirse a Vasi.

—¿Quién es ésta? —Hablaba en la lengua de Huon Pauta pero con un acento tosco.

Vasi se inclinó.

—Señor del desierto, puedo presentarte a mi gran amigo Índigo, que es la única de nosotros que habla con fluidez tanto tu lengua como la mía.

A todas luces, el falor no comprendió por completo la respuesta, pero asintió con la cabeza, luego su penetrante mirada se dirigió de nuevo a Índigo.

—¿A cuál de los hombres de aquí perteneces? —preguntó en_ khimizi.

Índigo enrojeció de furia. Vasi percibió su expresión y, frenético, le dirigió un gesto negativo de forma subrepticia, Índigo se tragó su réplica. Obligó a relajarse a los músculos de su rostro y sonrió con frialdad.

—Entre mi gente, que venera sus tradiciones de la misma forma en que vos veneráis las vuestras, señor, no existe tal distinción —repuso—. No pertenezco a ningún hombre, soy simplemente una sierva de la Madre Tierra.

Vasi paseó de un rostro severo a otro su mirada nerviosa, incapaz de seguir la conversación. Entonces, de repente, el falor asintió.

—Muy bien. Podemos sentir lástima de la ignorancia de un forastero, pero la piedad no es enemistad. —Indicó ciruelo—. Siéntate.

Índigo ocupó un lugar delante de él en el lado opuesto de la hoguera, y tan pronto como se hubo sentado el falor dijo:

—Dile al hombrecillo que lo mejor sería que no continuara con este viaje.

Índigo tradujo sus palabras, y vio crisparse el rostro de Vasi.

—¿Por qué? —preguntó éste. Y, en un suspiro que sólo ella pudo oír, siguió—: ¿Sucede algo, o es un intento de amenazarnos? ¡Pregúntale, rápido!

Índigo miró al falor y escogió sus palabras con cuidado.

—Vasi Elder os da las gracias por vuestro consejo, señor, y ruega saber el motivo de éste, de modo que pueda actuar de la forma más sensata.

El nativo fulminó a Vasi con la mirada.

—No es una cuestión de sensatez, sino de hechos. Esta caravana viaja en dirección a Simhara, ¿verdad?

—Sí.

—Puede que no encuentre el buen recibimiento que espera. Han invadido Khimiz, y durante los tres últimos días la ciudad de Simhara ha estado bajo asedio. Creemos que a estas horas puede haber caído ya.

Vasi se aferró al brazo de Índigo.

—¿Qué es lo que dice? ¡Dime!

Se lo contó, y Vasi se quedó mirándola por un buen rato, luego se agarró al pequeño amuleto que llevaba alrededor del cuello.

—¡Madre de Todo lo Vivo! ¿Simhara *asediada?* ¡Es imposible!

—Espera. —Índigo le indicó con un gesto que guardara silencio y se volvió de nuevo al falor—. Vasi Elder se siente terriblemente desolado ante esta noticia. Pregunta quién es el responsable de tal invasión.

El nativo se encogió de hombros de forma muy elocuente.

—Los detalles no son asunto nuestro. Creemos que el invasor es un jefe militar de la parte más oriental, pero no tenemos más información.

—¿Y no habéis enviado ayuda a los khimizi? ¿Ni siquiera a exploradores o a espías? —Índigo ignoró los apremiantes murmullos de Vasi; la despreocupada actitud de los falorim reavivaba su cólera.

El portavoz sonrió desdeñoso.

—No sentimos ningún interés por las disputas entre las ciudades-estado, y no tenemos motivo alguno para pelear con el invasor a menos que éste nos ofenda. No obstante, tampoco tenemos nada en contra de los que utilizan las rutas de las caravanas, y por lo tanto nos ha parecido justo dar a conocer la noticia.

Índigo comprendió. Los falorim eran muy conscientes del valor de los cargamentos que atravesaban estas rutas, y lo que su pérdida significaría para los comerciantes. Esta información se merecería una recompensa sustanciosa.

Indignada, se volvió por fin hacia el agitado Vasi, y le contó lo que el nómada le había dicho. Cuando hubo terminado, Vasi se acarició la barbilla.

—Esta es una situación muy desafortunada —dijo en voz baja—. Me sentiría inclinado a descartarlo como un rumor infundado, pero los falorim no son embusteros, aparte de cualquier otra cosa que puedan ser. —Suspiró—. Supongo que esperan que se les recompense ampliamente por sus molestias...

—Ésa viene a ser la insinuación.

—Ah, bien. —Era evidente que a Vasi no le gustaba desprenderse de su dinero—. Creo que debo tomarlo como una inversión útil. Estoy en deuda contigo, Índigo; aunque desearía que las noticias hubieran sido mejores, me alegro de saberlas.

—¿Qué harás? —inquirió ella.

—Debo consultar con los mercaderes que viajan con nosotros. Es su oro el que está en peligro, después de todo. —Dejó escapar otro suspiro aún más prolongado—. Satisfaré las necesidades de nuestros amigos aquí presentes y los despediré, luego lo mejor será que dé a conocer la mala nueva. Gracias por tu ayuda, Índigo.

Ella asintió.

—Sólo lamento que las circunstancias no sean favorables. Lo mejor será que regrese a mi tienda y te deje con tus regateos. Buenas noches, Vasi.

—No es una buena noche. Pero acepto la buena intención.

Mientras se alejaban de la tienda de Vasi, *Grimya* levantó los ojos hacia Índigo, con expresión preocupada.

«Esto no son buenas noticias», comunicó. *«Esta ciudad* —aún no había conseguido aprender a decir Simhara— *es el lugar al que creemos que debemos ir. No obstante, si no podemos llegara él...»* Se pasó la lengua por el hocico. *«¿Qué dice la piedra?»*

No parecía necesario consultar de nuevo la piedra-imán, pero de todas formas Índigo la sacó de su bolsa. El diminuto ojo dorado le dedicó un guiño, y la muchacha meneó la cabeza.

«No ha cambiado.» Consciente de que había gente cerca que podría oírlas, también ella utilizó la telepatía. *«Sigue indicándonos dirección sur.»*

«¿Entonces ¿qué haremos?»

«No estoy segura aún.»

Pero fingía y lo sabía. Fuera lo que fuese lo que Vasi y sus mercaderes decidieran, su propio camino estaba claro. Asedio o no, invasión o no, debía llegar a Simhara, incluso aunque ello significara abandonar la caravana y viajar solas.

Y a lo mejor, pensó, el demonio que buscaba encontraría que a sus propósitos les iba muy bien las ambiciones de un invasor...

En menos de una hora todo el campamento era un alboroto. En medio de todo el caos se encontraba Vasi, que había dado a conocer la noticia a sus compañeros y ahora intentaba conseguir que todo aquel farfulleo de preguntas y discusiones adquiriese alguna apariencia de estar bajo control. A Índigo se la arrastró al centro de toda aquella confusión para actuar como traductora ante los mercaderes khimizi, y poco a poco, a medida que los detalles de la noticia traída por los falorim iban quedando más claros para todos, surgió un consenso de opinión. Los khimizi, al tiempo que proclamaban su preocupación por su país natal y su lealtad a su gobernante, el Takhan, eran pragmáticos por encima de todo y, al igual que los comerciantes del norte, se sentían reacios a arriesgar tanto su piel como sus cargamentos. Vasi, con el oído muy atento en busca de voces disidentes y secretamente aliviado al no escuchar ninguna, volvió al orden todo aquel barullo, con los brazos en alto y agitando las manos en demanda de silencio. Se hizo la tranquilidad, y todo el mundo clavó los ojos en el rostro sombrío del jefe de la caravana.

—Amigos míos —gritó Vasi—. No tenemos ningún motivo para dudar de la palabra de los falorim: debemos dar por supuesto que Khimiz ha sido invadida, y que la ciudad de Simhara ha caído. En mi opinión no tenemos elección, y creo que todo el mundo está de acuerdo conmigo. ¡Debemos dar la vuelta, y regresar a Huon Parita!

Se alzaron voces en vehemente asentimiento, e Índigo y *Grimya* intercambiaron una

mirada. *Grimya* dijo en silencio:

«¿Y nuestro camina..?»

No esperaba una respuesta. Ya la había visto en los ojos de Índigo.

Razonó con ella, discutió, la amenazó incluso; pero Índigo estaba decidida. La caravana estaba casi lista para ponerse en marcha, y Vasi no podía creer que ni ella ni *Grimya* fueran a regresar con ellos. Lo que iba a hacer, le dijo, era un suicidio.

—¡Mujer, te has vuelto loca! Este país está en guerra. *Guerra.* ¿Comprendes lo que eso significa? Tu perra no podrá protegerte de un ejército invasor: caerás en las garras de alguna banda de soldados borrachos, o te capturarán como a una espía, o te encontrarás en medio de una batalla: morirás, ¿me entiendes?

Pero sus súplicas cayeron en saco roto, y por fin Vasi tuvo que admitir su derrota. Con una ceñuda impasibilidad nada característica en él y que Índigo encontró muy conmovedora, le hizo entrega de uno de sus mejores chimelos, y comida y agua suficiente para varios días. Por si esto fuera poco, se negó a aceptar ni una sola zoza de ella a cambio, refunfuñando que el aceptar dinero de los muertos traía mala suerte y que para él Índigo ya era como si estuviera muerta desde aquel mismo instante. Cuando comprobó que esta lóbrega predicción no causaba el menor efecto, Vasi se rindió definitivamente. La besó, en toda la boca y con considerable fruición; luego se secó los ojos, le hizo saber que era una loca que lo mejor que habría podido hacer era quedarse en su casa y traer hijos al mundo, y se alejó golpeando el suelo con fuerza al andar, al tiempo que chillaba a sus mayorales que empezaran a moverse.

Índigo y *Grimya,* desde el borde de la carretera, contemplaron cómo se alejaba la caravana, lenta y zigzagueante. Algunas personas se volvieron para mirarla; ella las saludó con la mano, y éstas se dieron la vuelta de nuevo rápidamente, mientras sacudían la cabeza. Por fin la última carreta pasó junto a ellas, y la joven tiró de las bridas del reacio chimelo para hacerlo girar hacia el sur.

Grimya contempló la carretera que se extendía hasta perderse en la lejanía, a lo largo de la amplia curva de la bahía. El paisaje aparecía sereno por completo; el mar reverberaba bajo la brillante luz del sol y las palmeras se agitaban levemente bajo la brisa; no había nada que indicara que esta paz pudiera ser una ilusión.

—Re... sulta dif... fícil creer que los nóma... das dijeron la verdad —dijo la loba.

—Sí. —Índigo refrenó su montura, a la que no gustaba en absoluto haberse separado de la caravana e intentaba dar media vuelta y seguir a las carretas que se alejaban—. Pero como dijo Vasi, no tenemos ningún motivo para dudar de ellos. A medida que vayamos hacia el sur no tardaremos en ver las primeras señales con nuestros propio ojos.

—¿Estás segura de que nues... tra elec... ción es acertada?

Índigo siguió con su mirada en la tranquila carretera. Luego sonrió con algo más que un asomo de ironía.

—No, *Grimya.* No creo que haya sido nada acertada.

Sus talones golpearon los flancos del chimelo, y el animal se puso en marcha.

Se encontraron con los primeros refugiados antes del mediodía: una columna sombría y silenciosa que se arrastraba con estoicismo en dirección norte con las pocas pertenencias que habían podido llevarse en la huida, Índigo quiso hablar con ellos y pedir información, pero pareció como si la visión incluso de un solo jinete los aterrorizara, de modo que en lugar de ello condujo al chimelo lo más lejos posible de la carretera para demostrar que no

representaba ninguna amenaza para ellos. Desde una cierta distancia observó que la patética procesión se desperdigaba, y su sensación de pena aumentó al darse cuenta de que entre ellos no había ningún hombre en edad de luchar. Sólo había mujeres, niños y ancianos... Cualquier hombre que pudiera empuñar un arma, supuso, había marchado en ayuda de su país.

Se encontró con la misma escena tres veces durante aquel día, y cuando ya oscurecía, Índigo y *Grimya* llegaron al pueblo —o a uno de los pueblos— que aquella gente que huía había abandonado. Existían muchos poblados pequeños como aquél en las orillas del golfo, hachados por pescadores y pequeños propietarios que cultivaban estrechas franjas de tierra a lo largo del fértil litoral. Pero ahora no había señales de ocupación aquí. Las casas parecían intactas, las cosechas seguían también intactas en los campos, y había varios botes de pesca varados entre las dunas. Un pequeño rebaño de cabras se agolpaba a la puerta de su recinto cercado, balando hambrientas en busca de atención, y algunas gallinas escarbaban en el polvo; un cachorro de perro bastante flaco salió disparado a esconderse cuando ellas se acercaron, pero no se veía ni a un solo ser humano.

Índigo se quedó contemplando durante un buen rato el poblado abandonado. Parecía que el invasor no había llegado a esta zona; sin embargo, si los aldeanos se habían decidido a abandonar sus hogares, el ejército enemigo no estaría lejos. No le hacía la menor gracia la idea de seguir viajando mientras oscurecía, y por lo tanto sugirió a *Grimya* que podrían improvisar un campamento entre las dunas, donde quedarían bien ocultas a la vista de cualquiera que pasase. No se atrevieron a encender un fuego, de modo que pasaron la noche comiendo frugalmente y sólo alimentos crudos, y luego durmieron y montaron guardia por turnos. Durante su primera guardia, informó *Grimya,* un nuevo grupo de refugiados había pasado por allí, aunque no podía decir cuántos habían sido; pero aparte de ello la noche pasó sin incidentes, y con la llegada del amanecer se pusieron de nuevo en marcha.

El segundo poblado abandonado apareció ante sus ojos a media mañana. Al igual que el primero, los edificios estaban intactos; pero la atmósfera de desolación que reinaba aquí se veía incrementada con un desagradable matiz por el hedor de la comida abandonada por los aldeanos y que ahora empezaba a pudrirse bajo el fuerte calor Por todas partes se veían zumbantes nubes de moscas, e Índigo y *Grimya* se desviaron hacia la playa para evitar el poblado.

—Esto es sólo el principio —dijo, sombría, *Grimya* mientras contemplaba las casas vacías y silenciosas—. Em... empeorará a medida que avan... cemos por la car... retera.

Índigo no miraba el pueblo sino al paisaje que tenían delante. A lo lejos, una grasienta cortina de humo teñía el cielo; su origen quedaba oculto detrás de unas colinas bajas, pero ella tenia más que una ligera idea de lo que podía ser, y se la indicó a la loba.

—Si Simhara ha caído, encontraremos más que hogares abandonados dentro de poco —le informó—. Incluso aunque no haya soldados en la región, habrá bandidos en busca de todo lo que puedan conseguir. Vasi tenía razón; la carretera no es segura.

Grimya captó su idea.

—¿El desierto? —sugirió vacilante.

Índigo dirigió una rápida mirada especulativa en dirección al este. Desde aquella distancia no era posible ver dónde la tierra fértil daba paso al desierto del Palor; pero podía percibir su presencia más allá de la línea del horizonte, una sensación de hostilidad, aridez, vacío.

No obstante todo ello, el desierto resultaría ahora menos peligroso que la carretera. Tenía mapas que había comprado en Huon Parita: sin duda no serían exactos, pero le servirían de

ayuda. Y la piedra-imán no le fallaría. Era mucho mejor, pensó, enfrentarse a los peligros del Palor que arriesgarse a seguir por su ruta actual.

Dijo a la loba:

—Tenemos comida suficiente para varios días. Y existen oasis en el desierto. Si viajamos hacia el interior durante un día o dos y luego giramos, deberíamos llegar a Simhara por el nordeste. Ningún invasor se molestaría en poner centinelas en el desierto.

—Puede que no po... damos acercarnos a la ci... ciudad —observó *Grimya.*

—Lo sé. Pero tengo que intentarlo. Tengo que hacerlo. Lo comprendes, ¿verdad, *Grimya?*

—Claro que sí. Y adonde vayas, yo te se... seguiré.

Índigo se sintió avergonzada, y no era la primera vez. De nuevo conducía a la loba a privaciones y peligros, pero ni un solo instante había flaqueado la lealtad de *Grimya* para con ella. No tenía derecho a esperar tal devoción, ya que no había hecho nada para merecerla, y repuso con voz suave:

—*Grimya...,* ésta es mi batalla, no la tuya. No existe ningún motivo por el que debas arriesgar tu vida para permanecer a mi lado. Y si tú...

La loba la interrumpió.

—No, Índigo. Ya has dicho lo mismo o... tras veces. No hice caso de ellas en... entonces, y no lo ha... re ahora. Soy tu a... miga. Eso es todo lo que im... importa.

—No merezco una amistad así.

—Eso lo decido yo.

Índigo sabía —como le había sucedido en otras ocasiones— que no habría forma de hacer cambiar de opinión a su amiga. Y aunque saberlo no tranquilizó su conciencia, alegró su corazón.

—*Grimya,* me parece que eres una insensata. —Parpadeó, para luego echarse a reír con timidez para encubrir la emoción que sentía—. ¡Escúchame: empiezo a hablar como Vasi! Pero es cierto. —Sonrió en dirección a la loba—. Y me siento más agradecida por ello de lo que puedo expresar.

De repente sopló una ardiente brisa procedente de tierra adentro, que agitó sus cabellos y trajo un seco y penetrante aroma que desterró parte del hedor del poblado. Un soplo procedente del desierto que era como una invitación... Índigo decidió pensar que era un buen presagio.

Hizo girar la cabeza del chimelo, y vio cómo sus orejas se volvían hacia adelante cuando, también él, olió el desierto. Entonces lo azuzó ligeramente con los talones y, con *Grimya* a su lado, le dio la espalda a la carretera y se puso en marcha en dirección este.

Librodot

CAPÍTULO 3

El sol empezaba a moverse hacia poniente detrás de ellas, aunque todavía no soplaba la menor brisa que mitigara el terrible calor, cuando *Grimya* avistó por fin una mancha verde en la distancia que interrumpía la interminable monotonía de la arena.

Habían viajado por el desierto durante un día y medio, e Índigo empezaba a comprender el significado de la frase «locura del desierto», que había oído de labios de algunos de los mercaderes de Huon Parita. Hasta donde podía ver en cualquier dirección, no existía nada excepto el implacable vacío del Palor, arena amarillenta confluyendo con un cielo amarillento en una total y tersa unidad. El sol se reflejaba sobre el árido terreno en enormes y temibles oleadas que difuminaban el paisaje bajo una ondulante neblina de calor, y tan sólo a la llegada de la noche surgían del cegador resplandor las formas ondulantes de dunas y montículos y devolvían a Índigo su sentido de la perspectiva. En las Islas Meridionales, su país de origen, había oído relatos de personas atrapadas en la tundra sin un lugar donde refugiarse durante las terribles ventiscas invernales. Personas que habían perdido el rumbo, el sentido de la orientación y por último la cordura cuando tierra, cielo y nieve se convirtieron en una sola cosa y sus mentes no pudieron resistir el impacto del blanco total a su alrededor. El desierto resultaba muy parecido a aquella letal ilusión, y dio gracias por no estar sola.

Hasta ahora, el viaje había transcurrido sin incidentes. Viajaban durante las horas más frescas de la mañana y la tarde, y bajo la luz de las estrellas durante gran parte de la noche, para descansar —aunque resultaba casi imposible encontrar una sombra— durante la parte más tórrida del día. El chimelo parecía incansable; eran animales criados en el desierto, y aunque a simple vista parecían caballos de piernas y cuellos extraordinariamente largos, sus pies planos y almohadillados, el pelaje pálido y ralo y la habilidad que poseían para avanzar durante horas —incluso días— sin beber, los convertían en seres adaptados a la perfección a la dura vida del desierto, Índigo se había acostumbrado ya al casi hipnótico trote peculiar del chimelo, y calculó que a su actual velocidad podrían virar hacia el sudoeste a la mañana siguiente y avistar las murallas de Simhara al cabo de otro día de viaje.

Acababan de escalar la ladera de una amplia duna, los pies del chimelo se movían sin dificultad sobre la suave y amontonada arena, cuando *Grimya* ladró un aviso. La loba estaba parada en la cima de la duna, su sombra se proyectaba muy alargada frente a ella, y su voz le llegó con gran claridad.

—¡Hay algo ahí delante! ¡Es verde!

Índigo forzó la vista, pero la interminable arena le devolvió su brillo y no pudo ver nada. Se frotó los ojos, los resguardó con una mano y, tras gruñir una maldición, lo intentó de nuevo. Y esta vez le pareció ver una mancha oscura en el horizonte, una salpicadura de color que rompía la monotonía del desierto.

El chimelo tiró de la brida, en un intento por seguir adelante, pero ella lo retuvo. Cuando volvió a mirar, la mancha seguía allí. Podía tratarse de un espejismo. O podía ser un grupo de falorim. O un campamento de soldados...

De repente empezó a soplar el viento y arrojó contra su rostro desprotegido partículas de arena que picaban como avispas. *Grimya alzó* la cabeza y paladeó el agitado aire; luego lanzó un grito con voz excitada y apenas descifrable:

—¡A... gua! ¡Huelo a... gua!

Librodot

Un oasis, Índigo se echo a reír de alegría, al recordar la última vez que había consultado el mapa que llevaba. Había visto la señal verde que representaba una charca, pero había decidido muy a su pesar que visitarla las alejaría demasiado de su camino, y había lamentado luego su decisión cuando sus reservas empezaron a volverse más salobres y desagradables con cada hora que pasaba. Ahora, no obstante, parecía como si sus cálculos hubieran estado equivocados, y habían ido a parar al ansiado oasis después de todo.

Recuperó la calma, apresuró al chimelo para que fuera hasta donde los esperaba *Grimya* balanceando la cola excitada.

—Lo mejor será que vayamos con cuidado, cariño —aconsejó a la loba—. Si hay alguien más allí, puede que no le guste nuestra presencia.

La lengua de *Grimya* colgaba fuera de su boca.

—No hay... nadie —dijo—. ¡Lo veo. Y... quiero be... ber!

La idea de conseguir agua fresca y potable, de poderse lavar la arena de los cabellos y las ropas, resultaba maravillosa. Podía confiarse en la agudeza visual de *Grimya.* Además: no había necesidad de pensárselo, e Índigo espoleó al chimelo duna abajo.

La amorfa mancha que tenían delante cambió rápidamente, convirtiéndose en un conjunto de árboles larguiruchos y matorrales a través de los cuales se divisaba con claridad el centelleo del agua. El oasis era grande; estaba situado en una hondonada natural en la que crecía un poco de hierba, y a medida que se acercaban incluso Índigo con sus inferiores sentidos humanos, pudo oler el cambio en el aire cuando el viento transportó indicios de humedad hacia ellas. El sol era una vivida llamarada naranja a sus espaldas; el cielo que tenían delante empezaba a cambiar de un tono dorado y verde a un suave púrpura, con algunas débiles estrellas brillando en el horizonte. Estaban solo a unos cien metros de los árboles cuando *Grimya* se detuvo de repente.

—¿Que sucede?

Índigo tuvo que luchar con el chimelo para que redujera la marcha; también él había olido el agua y estaba ansioso por llegar a ella.

La loba tenía las orejas pegadas a la cabeza; mostró los dientes en un gruñido vacilante.

—No... lo sé. Pensé que no había nadie aquí, pero... estaba... equivocada.

El pulso de Índigo se aceleró y miró con atención hacia adelante.

—No veo nada.

—No puedes, aún no. Pero hay... un animal... —*Grimya* olfateó el viento—. Espera aquí. Iré a ver.

—¡Grimya!

Pero su protesta no fue escuchada; la loba corría ya a toda velocidad por la arena, Índigo vio cómo se acercaba al oasis y se dejaba caer sobre el suelo, arrastrándose hacia adelante sobre el vientre mientras el terreno empezaba a descender en dirección a los árboles. Diez pasos, doce... entonces se quedó inmóvil. Su cabeza se levantó despacio, las orejas se movieron hacia adelante... y se puso en pie de un salto. Su voz telepática gritó en la mente de la muchacha.

«¡Índigo! ¡Ven, rápido!»

Había urgencia en la llamada de *Grimya* pero no temor; más bien una nota de sorpresa, Índigo dio rienda suelta al chimelo y éste echó a correr a un medio galope. Llegaron a la parte alta de la hondonada, y al ver lo que *Grimya* había visto Índigo tiró con fuerza de las riendas, deteniendo de golpe a su montura en medio de una oleada de arena.

Librodot

—¡Por la Gran Diosa!

El inmóvil espejo del oasis con su reborde de vegetación quedaba muy claro ahora en todos sus detalles. En su lado sur, a unos veinte metros del agua, un chimelo yacía inmóvil. Y debajo de él, sujeto por su cuerpo, había lo que desde la distancia parecía un fardo de ropa de brillantes colores.

Sin detenerse a reflexionar, Índigo espoleó a su montura ladera abajo y a través de la hierba hasta donde yacía la bestia caída. Se deslizó fuera de la silla y, con *Grimya* detrás de ella, corrió hacia el animal. Una vez junto a él, bajó la mirada, y maldijo entre dientes al verse confirmados sus temores.

El chimelo estaba muerto, los cestos de su silla desperdigados a su alrededor. El accidente debía de haber sucedido hacía muy poco, ya que el cadáver estaba aún caliente y no había aparecido el *rigor mortis.* Sin lugar a dudas había tropezado y, por un auténtico golpe de mala suerte, caído de tal manera que su cuello se había roto cerca de la nuca. Y, tal y como Índigo había sospechado, el fardo de trapos atrapado debajo era el cuerpo de su jinete. Estaba envuelto en los pliegues de una especie de ropa ligera, y yacía boca abajo de modo que no podía ver un aislado mechón de cabello rubio. Entonces vio el brazo extendido que sobresalía de los pliegues de la ropa, y se dio cuenta de que el jinete no era un hombre.

Se agachó con rapidez para tomar la delgada muñeca de la mujer y palparla con cuidado. Se percibía un pulso, irregular pero bastante fuerte...

—Está viva. —En su voz se pintó el alivio.

Grimya miró con atención a la figura caída.

—¿Es... tá... muy malhe... rida?

—No lo sé. Tendremos que intentar mover el cuerpo del chimelo y sacarla de ahí.

—No será fácil. Puede pro... ducirle heridas pe... peores.

—Lo sé. Pero tenemos que arriesgarnos; no podemos dejarla tal como está.

Índigo contempló especulativa al chimelo. Era lo bastante fuerte para levantarlo algunos centímetros quizás y sólo durante algunos segundos; pero con la ayuda de *Grimya* podría ser suficiente.

—Sujeta las ropas del jinete, en la parte del hombro —dijo—. Y en cuanto yo levante al animal, tira tan fuerte como puedas.

Grimya parecía tener sus dudas, pero se dispuso a obedecer. Tan pronto como hubo sujetado entre sus dientes las ropas de la figura caída, Índigo colocó su hombro bajo el peso muerto del chimelo y, utilizando toda la fuerza que pudo reunir, tiró hacia arriba. En un principio creyó que no podría conseguirlo; pero entonces el cuerpo del animal se movió, se alzó apenas, y con un terrible tirón *Grimya* sacó a la mujer de allí.

—¡Madre Tierra!

Con una considerable sensación de alivio Índigo dejó caer el cuerpo, y se dirigió a cuatro patas hasta donde *Grimya* estaba ya olfateando indecisa al jinete inconsciente. Con tanto cuidado como pudo giró el cuerpo de la mujer, y apartó el velo que ocultaba su rostro. Era joven —no tendría más de unos veinticinco años— y una khimizi auténtica. Los cabellos eran de un dorado oscuro y se enroscaban alrededor de sus mejillas y su frente; su piel tenía el color de la miel, y su boca de labios gruesos mostraba una expresión ligeramente quisquillosa. Una aristócrata, adivinó Índigo, y sus ropas lo confirmaron. Fajas de seda de delicados colores, espléndidamente bordada con perlas marinas; anillos en cada uno de los dedos, adornos de oro en la frente y en las muñecas, que tintineaban por la brisa nocturna que había

empezado a soplar... Nadie en su sano juicio llevaría tales galas en el desierto, y le era imposible creer que aquella mujer fuera un viajero corriente. Si, tal y como sospechaba, la mujer provenía de Simhara, entonces debía de tratarse de una fugitiva.

Se volvió hacia *Grimya* y estaba a punto de decir en voz alta sus pensamientos cuando, de algún lugar al otro lado del chimelo muerto, se elevó un débil y agudo vagido.

Grimya lanzó un gañido de alegría, y el sobresalto hizo que Índigo se girara bruscamente. Buscó con la mirada el origen del gemido, y entonces *Grimya* exclamó:

—¡El cesto! ¡He visto mo... verse algo!

Índigo se puso en pie precipitadamente, impulsada por una sospecha irracional que fe costaba reconocer. Rodeó al chimelo deprisa, y cuando *Grimya* la alcanzó tenía los ojos clavados con expresión incrédula en un bebé que yacía en uno de los cestos entre los restos desperdigados, y que aún pataleaba débilmente y agitaba sus diminutos puños.

La criatura abrió la boca y gritó de nuevo, al tiempo que cerraba los ojos con fuerza y golpeaba el aire. Por un milagro, el cesto debía de haber salido despedido cuando el chimelo cayó, y el bebé no había sufrido ningún daño; de hecho parecía como si hubiera estado profundamente dormido y acabara de despertarse, Índigo recogió el cesto y la criatura calló de inmediato y abrió los ojos de nuevo para contemplarla con solemne interés.

Grimya le dijo:

—¿Una mujer y su hijo, solos en el desierto? No tiene sen... sentido.

—No. A menos que estuvieran con un grupo de refugiados, y de alguna forma se separaran.

Pero la teoría no era convincente, Índigo llevó con cuidado a la criatura hasta donde yacía la mujer; y cuando depositaba el cesto en el suelo; ésta se agitó. Intentó levantar la cabeza y sus manos se clavaron en la hierba reseca, en busca de un punto de apoyo, pero estaba aturdida y no podía coordinar sus movimientos. De improviso empezó a dar arcadas, y mientras Índigo acudía en su ayuda empezó a vomitar en el suelo.

—Jess... ¡Oh!

La mujer cayó hacia adelante mientras Índigo la sujetaba por los hombros. Una mano se cerró débilmente alrededor de la muñeca de la joven y el contacto pareció sacar bruscamente de su aturdimiento a la mujer, ya que todo su cuerpo se puso rígido de pronto. Apartó la mano como si la hubieran pinchado, y su cabeza giró en redondo con los ojos llenos de terror.

—¿Quién sois? —inquirió en khimizi.

—Todo va bien: soy una amiga —le respondió Índigo, conciliadora—. No voy a haceros daños; estáis a salvo ahora.

—¿Sois... de Simhara?

—No. Vengo de Huon Parita; iba de camino a la ciudad cuando me enteré de que había problemas en Khimiz. Me llamo... —pero no pudo continuar pues la mujer estalló en un torrente de lágrimas.

—¡No, no, nooo! —Su voz se alzó en un agudo lamento puntuado por violentos sollozos, y se balanceó hacia adelante y hacia atrás, tirándose de los cabellos—. Poderosa Madre del Mar, por favor, haced que sea un sueño, haced que sea una pesadilla, ¡oh, por favor!

Volvió a sentir náuseas y empezó a dar boqueadas; Índigo le hizo una frenética señal a *Grimya* y la loba corrió al lugar donde su chimelo pastaba tranquilamente, se alzó sobre los cuartos traseros y tiró de la correa que sujetaba uno de los frascos de agua de Índigo. Regresó con el frasco entre los dientes, e Índigo lo acercó a los labios de la mujer. A causa de su angustia, ésta apenas si podía tragar y se perdió buena parte del agua, pero por fin la suficiente

cantidad consiguió bajar por su garganta para sofocar el ataque.

—Gra... gracias...

Tosió y consiguió incorporarse más con un esfuerzo. No parecía estar malherida, por lo que Índigo se sintió aliviada; podría haber un poco de conmoción pero nada peor.

Se agachó y tomó las manos de la mujer entre las suyas.

—¿Qué os sucedió? ¿Podéis contármelo?

—Yo... —arrugó la frente; luego de repente la expresión frenética regresó a sus ojos—. ¡Je... Jessamin! Mi hija, ¿dónde está?

Índigo dirigió una rápida mirada al cesto. El bebé no había hecho el menor ruido durante el ataque de su madre y, al igual que antes, parecía contemplar los acontecimientos con infantil fascinación.

—La niña está aquí, y no ha sufrido el menor daño —repuso Índigo, con suavidad.

—¡Dádmela!

El cuerpo de la mujer se agitó espasmódicamente mientras intentaba alcanzar el cesto¿ pero lo único que consiguió fue rodar sobre la hierba, Índigo la ayudó a sentarse, y, cuando intentó levantarse de nuevo, apoyó con suavidad pero con firmeza las manos sobre sus hombros para impedírselo.

—Tranquila —dijo—. No os alteréis. Vuestra hija está bien, os lo juro. Ahora, ¿podéis decirme que ha sucedido en Simhara?

La mujer aspiró entrecortadamente.

—Acabada —respondió—. ¡Está acabada!

—¿Acabada? —Índigo estaba asombrada.

—Ha ca... caído. Nos asediaron, y nosotros... no teníamos defensas. Nuestro ejército estaba desperdigado por Khimiz, intentando rechazarlos, y... y... —Desasió sus manos de las de Índigo y se cubrió el rostro—. Derribaron las murallas y penetraron en el interior como una oleada, y nosotros... ¡oh, Gran Diosa! Nosotros...

Aspiró con dificultad.

—Tenía que sacar a mi hija. *Tenía* que hacerlo, ¿comprendéis? Mi tío, él consiguió sacarnos minutos antes de que nos invadieran, me envió al desierto, ¡y ya... ya no sé qué sucedió después de eso!

—¿Quiénes son ellos? —Índigo se odió por tan cruel persistencia frente a la congoja de la mujer, pero tenía que saberlo: algo que no comprendía la empujaba a hacerlo y no podía contenerse—. Los invasores, ¿quiénes son?

—¡No lo sé! ¡Maldita sea, *no lo* sé! No es suficiente que nos destruyeran, y nos asesinaran y... y... ¡Oh, Gran Madre, me siento mareada!

Intentó ponerse en pie, una mano presionada sobre el estómago. Por un instante permaneció erguida, balanceándose, luego se dobló hacia adelante y al final se derrumbó en el suelo, inconsciente.

Índigo la contempló, horrorizada por lo que había oído. Sólo tenía una muy pobre imagen de lo que esta mujer había tenido que pasar, pero su mente evocaba ya terribles analogías mientras recordaba Carn Caille, su propio hogar, y la monstruosa horda que había destruido su mundo. El desagradable ensueño se rompió sólo cuando *Grimya* presionó con ansiedad su hocico contra la mano de Índigo y la devolvió a la realidad, con un sobresalto.

«¿Se ha desmayado?», comunicó la loba en silencio.

—Sí...

Librodot

Índigo obligó al recuerdo a regresar a la parte más recóndita de su ser a la que había aprendido a desterrarlo, se inclinó sobre la mujer y apartó los enmarañados cabellos de su rostro. Estaba inconsciente, y su piel tenía una enfermiza frialdad. La muchacha levantó la mirada hacia el cielo. El sol se había desvanecido ya casi por completo; las sombras se convertían en oscura penumbra y la noche caía rápidamente. La mujer necesitaba con urgencia cobijo y calor, si es que quería sobrevivir a la fría noche del desierto.

Se volvió hacia *Grimya.*

—Tengo que encender un fuego. Vigílala, y avísame si se despierta.

Había gran cantidad de maleza seca entre los árboles y matorrales que rodeaban el oasis, y para cuando la mujer empezó a recobrar el conocimiento, Índigo tenía ya un buen fuego ardiendo. Estaba desensillando el chimelo cuando el silencioso aviso de *Grimya* la alertó, y corrió de regreso al círculo iluminado por la luz de la hoguera, a tiempo para ayudar a la mujer cuando, mareada, abrió los ojos e intentó incorporarse.

—¿Qué...? —Una mano se extendió hacia adelante, pero sin coordinación, y parpadeó indecisa ante las llamas—. ¿Qué sois...?

—Os desmayasteis —le dijo Índigo—. Todo está bien; no pasa nada. Mirad. —Indicó el cesto y a la criatura, la cual con extraordinaria placidez se había vuelto a dormir—. Vuestra hija duerme profundamente, y tenemos un fuego para calentarnos. Hay comida en mis alforjas; podemos descansar aquí a salvo durante la noche.

—¡No! —Los ojos de la mujer se desorbitaron al comprender—. ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Me estarán buscando..., debemos huir!

—¿Buscándonos? —Índigo se sintió perpleja.

—¡Sí! Oh, ¿es que no lo comprendéis? ¿No sabéis quién soy? —Y cuando la expresión de Índigo continuó en blanco, ella añadió—: Soy Agnethe. ¡Soy la Takhina!

Índigo la miró anonadada. La Takhina, esposa del actual Takhan de Khimiz, alrededor de cuya corte giraba toda la ciudad de Simhara. Con la caída de la ciudad había dado por supuesto que la familia gobernante debía de haber muerto o había sido capturada.

Más lágrimas empezaron a caer sobre las manos entrelazadas de Agnethe.

—¿Comprendéis ahora? —dijo con desesperación—. ¡No hay tiempo para hogueras, ni para descansar! No me atrevo a quedarme aquí: ¡debo ir hacia el norte, antes de que me encuentren! Y me estarán buscando. —Su rostro se contrajo en una mueca de amargo odio—. ¡Madre del Mar, ya lo creo que me estarán buscando!

Índigo se agachó delante de ella.

—¿Qué hay del Takhan? —preguntó apremiante—. ¿Está vivo?

—No lo sé. —Agnethe sacudió con fuerza la cabeza—. Pero si está muerto... ¡Oh, por la Diosa, si está muerto, entonces Jessamin, mi bebe, ella es nuestro único hijo!

Índigo comprendió. Si habían matado al Takhan, entonces la criatura que dormía en el cesto a pocos pasos era el legítimo gobernante de Khimiz. Y si los invasores la encontraban antes de que Agnethe pudiera llevarla a lugar seguro, era improbable que cualquiera de las dos volviera a ver otro amanecer.

—¡Por favor! —le rogó Agnethe—. ¡Debéis llevárosla lejos de aquí, muy lejos de Khimiz! *¡Por favor!* Os daré lo que sea, todo lo que tengo; ¡pero hay que llevarse a Jessamin de aquí *ahora!*

Índigo sabía que debía ayudarlas si le era posible. Su misión se había convertido en cenizas: acercarse a Simhara ahora sería una total estupidez, y nada perdía dando media vuelta. Una

vez que la Takhina y su hija hubieran sido puestas a buen recaudo, ella y *Grimya* tendrían que hacer nuevos planes, pero por ahora tenía que pensar en el futuro próximo.

—Takhina, no quiero ni vuestro dinero ni vuestras joyas —repuso—. Pero no podemos marchar de aquí antes de la mañana. No estáis en condiciones de viajar...

Agnethe la interrumpió.

—¡No, no! ¡Debéis dejarme y llevaros la niña! Buscad a los falorim, contádselo...

—¡No puedo abandonaros! —Índigo estaba anonadada—. Si los que os buscan vienen...

—¡No me importa! ¡Todo lo que importa es mantener a Jessamin fuera de su alcance a cualquier precio! ¡Tomad vuestro chimelo ahora mismo, y partid! —La voz de Agnethe se elevó histérica—. ¡Debéis hacerlo! ¡Debéis hacerlo!

—No, Takhina. ¡No os abandonaré a la muerte!

Agnethe apretó los puños y se los llevó a las sienes.

—Oh ¿por qué no lo comprendéis? —Agarró las manos de Índigo—. La matarán, ¿no os dais cuenta? ¡Matarán a mi niña! Nació antes del amanecer del decimocuarto día bajo la constelación de la Serpiente: *¿sabéis lo que esto significa?*

—Takhina, no... —empezó a decir Índigo.

Pero antes de que pudiera seguir, *Grimya* se puso en pie de un salto con un gruñido. La loba había permanecido sentada al otro extremo del fuego: no quería asustar a Agnethe quien, al parecer, aún no se había dado cuenta de su presencia; ahora estaba con los ojos clavados en la oscuridad más allá del pulido espejo del oasis, con los pelos erizados.

—*¿Grimya?* —La voz de Índigo estaba llena de inquietud.

Grimya separó los labios para mostrar los colmillos.

—Sssshh... ¡olor!

La palabra surgió como un gruñido de advertencia, apenas reconocible.

—¿Qué? —chilló Agnethe—. ¿Qué sucede?

Y en ese mismo instante *Grimya* gritó en voz alta:

—¡Al... erta! ¡Al... erta!

Índigo se incorporó de un salto, al tiempo que su mano se movía instintivamente hacia el lugar donde el cuchillo de afilada hoja que había sido el regalo de despedida de Macee colgaba de su funda. Vislumbró un movimiento borroso en la traidora oscuridad que envolvía los árboles, pero sus pupilas estaban contraídas de mirar el resplandor del fuego, y varias manchas brillantes danzaron ante sus ojos, desconcertándola.

—*¡Grimya,* no!

Vio cómo la loba intentaba saltar hacia adelante y corrió hacia ella; la sujetó por el cogote y la echó hacia atrás. Entonces Agnethe lanzó un grito y una docena o más de hombres montados en chímelos surgieron de la negra maraña de la vegetación.

—¡Jessamin!

La Takhina empezó a aullar como una demente y se arrojó en dirección al cesto. Se abalanzó a gatas, lo tomó entre sus brazos y se puso en pie tambaleante. Unas voces masculinas empezaron a gritar en una lengua desconocida mientras Agnethe comenzaba a correr enloquecida en la dirección al oasis, y algo silbó en el aire con un zumbido maligno y siseante que sonó terriblemente familiar a los oídos de Índigo. El arquero erró el blanco y se escucharon más gritos; Índigo vio cómo una figura era derribada de su montura por uno de sus compañeros, luego otro hombre había saltado ya de su silla y corría tras Agnethe. Oyó gritar a la Takhina cuando éste la alcanzó y la arrojó al suelo, y el débil berrido de protesta del

bebé al tumbarse el cesto.

Índigo sacó su cuchillo con un rápido movimiento mientras la rabia y el temor estallaban en una terrible confusión en su mente. Se lanzó hacia adelante sin detenerse a pensar, empujada por el deseo de ayudar a Agnethe, y otros tres hombres surgidos de la oscuridad le cerraron el paso, Índigo se detuvo en seco. Jadeante, esgrimió el cuchillo en alto, pero entonces *Grimya* giró en redondo con un gruñido, y se dio cuenta de que había más soldados a sus espaldas, atrapándola.

Índigo se volvió muy despacio. La luz de la hoguera caía sobre sus asaltantes, les daba un misterioso resplandor e iluminaba las armas que apuntaban a su estómago. Con una extraña sensación de vértigo, Índigo reconoció las delgadas formas metálicas, las cuerdas tensas y las pesadas saetas listas. Eran ballestas. Conocía muy bien su mortal precisión y su eficiencia, ya que la ballesta había sido siempre su arma favorita. Y éstas eran enormes, bestiales, letales. No tenía la menor esperanza contra ellas.

Uno de los guerreros sonrió y, apuntando todavía con la ballesta sujeta en una sola mano, le hizo señas. *Grimya* gruñó, pero él la ignoró y volvió a hacerle señas para que se acercara, esta vez más imperiosas, Índigo no se movió. Oía sollozar a Agnethe, pero el sonido parecía provenir de otro mundo y no podía relacionarse con él. Miró atenta el arco, luego muy despacio, consciente de que un movimiento malinterpretado podía significar una saeta en el pecho, empezó a bajar el cuchillo. Su movimiento fue, al parecer, demasiado lento para el gusto del soldado, ya que de repente éste se abalanzó hacia ella como si fuera a arrebatarle el arma de la mano, y *Grimya,* incapaz de controlar sus instintos, lanzó un furioso y retador gruñido y saltó hacia su cuello.

—*¡Grimya,* no! —chilló Índigo, aterrorizada, pero fue demasiado tarde.

El peso del cuerpo de *Grimya* derribó al hombre y éste cayó al suelo, agitando los brazos en el aire, con la enfurecida loba sobre él. Sus compañeros corrieron en su ayuda e Índigo se arrojó, también, en medio de la refriega, intentando frenética llegar hasta *Grimya y* arrastrarla fuera de allí antes de que le hicieran daño. Algo —un codo, un hombro, no supo el qué— se clavó en su cuerpo, y le hizo perder el equilibrio, y cayó cuan larga era en medio de un revoltijo de pies enloquecidos. Antes de que pudiera intentar incorporarse, una bota le dio en la sien, aturdiéndola; por entre una neblina de náuseas su cerebro registró los sonidos de un ruido sordo y el gañido de un animal; luego unas manos fornidas la sacaron de la confusión y la arrojaron sin miramiento contra el duro suelo.

Debía de haber estado inconsciente durante algunos minutos, ya que cuando recuperó el sentido la reyerta había finalizado. Mientras el mundo volvía a recuperar su nitidez ante sus ojos, Índigo escuchó el sordo murmullo de voces a poca distancia en el que destacaba el sonido de una mujer que sollozaba. Agnethe... pero ¿qué había sido de la criatura? Y *Grimya...*

De repente recordó el gañido que había escuchado, y el pánico se apoderó de ella.

«¡Grimya!», llamó en silencio, luchando por superar la vertiginosa inercia de su cabeza. «Grimya, *¿dónde estás?»*

«Estoy... aquí. Me golpearon.»

El mensaje de respuesta de la loba sonaba muy débil, pero con gran alivio por su parte Índigo escuchó la soterrada indignación que le indicaba que *Grimya* estaba ilesa.

«Han atado mis patas», dijo *Grimya. «No puedo ir hasta ti. Índigo, ¿estás bien?»*

«Sí.»

Los soldados podían haberlas matado a las dos fácilmente, pensó: el hecho de que estuvieran relativamente ilesas debía de ser una buena señal.

«No te resistas a menos que intenten hacerte daño», añadió Índigo. *«Me parece que será mejor esperar y ver qué quieren de nosotras.»*

Antes de que *Grimya* pudiera contestar, una sombra arrojada por la luz de la hoguera cayó sobre Índigo, y comprobó que dos de los hombres habían visto cómo despertaba y estaban ahora de pie junto a ella. Uno de ellos le habló, pero aunque captó la nota interrogante de su voz no conocía el idioma, y sacudió la cabeza para dar a entender que no comprendía. El hombre refunfuñó impaciente, y unas manos se extendieron para tirar de ella y ponerla en pie. Todavía mareada y sintiendo náuseas, intentó contener las ganas de vomitar mientras la conducían hacia los chimelos que estaban reunidos bajo los árboles.

El ataque, por lo que parecía, había sido tan eficiente como veloz, y los guerreros estaban dispuestos para partir. Agnethe, callada ahora, estaba sentada delante de uno de los soldados sobre la montura de éste; a Índigo le pareció que estaba atada pero no pudo estar segura. Un segundo jinete llevaba el cesto de la criatura entre sus brazos, con gran cuidado, pero Índigo no pudo ver la menor señal de *Grimya.*

Se revolvió hacia sus capturadores, olvidando en su furia y su temor que no podrían comprenderla.

—¿Dónde está *Grimya?* —inquirió en su propia lengua—. ¿Qué le habéis hecho?

Los hombres intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros, e Índigo maldijo en voz baja.

—Animal —dijo, cambiando al idioma khimizi en la esperanza de que pudieran comprenderla—. ¡Perro! ¡Mi perro! —E intentó liberar sus brazos para imitar a una criatura de cuatro patas.

Uno de los soldados la sacudió para detener su forcejeo, pero el segundo *comprendió* y sonrió. Señaló en dirección a otro chimelo, e Índigo vio un bulto gris atravesado sobre la silla del animal. A *Grimya* la habían atado como si se tratase del trofeo de un cazador. Le habían quitado toda su dignidad, y la cólera de Índigo reapareció. Pero antes de que pudiera dar rienda suelta a su furia sobre sus capturadores, la voz mental de *Grimya* resonó en su mente.

«No, Índigo. Recuerda lo que me dijiste, y no hagas nada aún.»

Índigo reprimió su arrebato con un esfuerzo y se obligó a relajarse. Aparte de la dignidad, ni ella ni *Grimya* estaban bajo una amenaza inmediata, y por lo tanto se sometió en silencio mientras los dos soldados la conducían a su propio chimelo y, una vez hubo montado, ataban sus manos al pomo de la silla. Colocaron a los animales en hilera, y su mirada se cruzó con la de Agnethe por un breve instante antes de que se separaran. El rostro de la Takhina era una máscara hermética y desdichada y no hizo el menor intento por hablar; pero cuando empezaron a ponerse en movimiento se produjo un pequeño disturbio en la cabeza del grupo. Un chimelo se apartó lateralmente de la fila, como si algo lo hubiera asustado, e Índigo oyó lanzar a Agnethe un grito acusador:

—¡Traidor!

Sólo pudo ver por un instante al jinete del chimelo descarriado, pero fue suficiente. Un joven, cuyo rostro quedaba desfigurado por una herida de espada que justo ahora empezaba a cicatrizar, que mantenía el cuerpo encorvado y a la defensiva. Y cuyos cabellos y piel poseían el inconfundible color miel de un aristócrata khimizi.

Librodot

Librodot

CAPÍTULO 4

Las murallas de Simhara aparecieron ante ellos a últimas horas de la tarde del día siguiente. Bajo otras circunstancias Índigo se habría sentido extasiada ante su primera visión de los enormes torreones de Simhara recortándose contra el brillante cielo: a Simhara se la había apodado «La Joya del Este», y el epíteto le hacía justicia, ya que las innumerables vidrieras de sus edificios relucían con diferentes tonalidades de rubíes, topacios, zafiros y esmeraldas en sus monturas de piedra color pastel, y el bronceado brillo de los metales semipreciosos que adornaban los tejados de espiras y minaretes reflejaban el sol poniente como un centenar de refulgentes heliógrafos. Aunque su madre había nacido en Simhara, la familia de ésta había vivido en una de las ciudades de menor importancia de Khimiz, situada más al sur. No obstante, Imogen había visitado a menudo su ciudad natal, y de niña, sobre las rodillas de su madre, Índigo se había sentido cautivada por los relatos que había escuchado sobre su magnificencia. Pero ahora se sentía demasiado cansada y desalentada para hacer otra cosa que no fuera contemplar estúpidamente las brillantes paredes y las refulgentes espiras y el reluciente brillo de piedra preciosa del mar que formaba el telón de fondo de Simhara, y lo único que fue capaz de sentir fue un gran alivio porque el viaje ya tocaba a su fin.

Los guerreros habían avanzado a través del desierto con una marcha agotadora, sólo se habían detenido tres veces, y por muy breve espacio de tiempo, para refrescarse. A Índigo y a *Grimya* se les había dado agua pero no comida; el interés de sus capturadores por su bienestar, por lo que parecía, se extendía tan sólo a asegurarse de que seguían con vida. Pero de todas formas los hombres no les mostraban una hostilidad abierta; en varias ocasiones, el guerrero que tiraba de la montura de Índigo había vuelto la cabeza y le había sonreído alentador, aunque ésta lo ignoraba por completo, e ignoraba, también, el intermitente sonido de los sollozos de Agnethe y los ocasionales pataleos de Jessamin. Se había comunicado, aunque sin orden ni concierto, con *Grimya,* pero a medida que avanzaba el día y el calor se intensificaba, incluso ese esfuerzo se volvió excesivo, y un agotamiento paralizante y soporífero se apoderó de ella, eclipsando a cualquier otra sensación.

No obstante, al ir acercándose a Simhara su mente se vio arrancada por la fuerza de su sopor al hacerse aparente los estragos que el asedio de los invasores había causado en la ciudad. A más de un kilómetro de distancia de las murallas de la ciudad la arena del desierto era un caos, y las señales de campamentos recientes —restos de hogueras, utensilios de cocinar abandonados, excrementos de animales, incluso algunas tiendas— se veían por todas partes. Una amplia sección de la cara norte de la muralla, allí donde las enormes y elegantes puertas principales habían estado, estaba convertida en un revoltijo de escombros. Se habían derrumbado piedras enormes convirtiéndose en restos ennegrecidos, y las mismas puertas, destrozadas y retorcidas hasta resultar casi irreconocibles, yacían en medio de los escombros como las alas rotas de algún fabuloso pájaro de bronce.

Había centinelas en la destrozada entrada, y los jinetes se detuvieron por un instante para hablar con ellos. El sol era como un horno incandescente, e Índigo, cubierta de sudor, se removió en su silla y se agarró con más fuerza al pomo; esperaba tener las fuerzas suficientes para mantenerse a lomos del chimelo hasta que llegaran a su destino final, y deseaba no sentirse tan mareada.

A los pocos momentos se pusieron en marcha de nuevo; y al entrar en la ciudad, Índigo se

Librodot

dio cuenta de que el caos que ya había visto no era más que una mínima parte del total. Simhara había sido asolada. Aunque los elevados torreones y los minaretes que se veían más allá de sus muros estaban indemnes, poca cosa más había escapado sin daños al asedio y a la batalla que le había seguido. Las amplias avenidas estaban cubiertas de cascotes, y los árboles que las habían bordeado yacían desgarrados y arrancados en las cunetas. Las elegantes mansiones se habían convertido en cascarones de la noche a la mañana, sus balaustradas aplastadas, sus fachadas derrumbadas, sus interiores consumidos por los proyectiles llameantes arrojados por las ballestas de los invasores. Y de los cincuenta bazares de Simhara, con sus murales de mosaico y sus toldos de seda y pérgolas emparradas, no quedaba más que un feo erial de piedras chamuscadas y desnudas adornadas con restos deshilachados de ropa como si se tratara de los lúgubres estandartes de un ejército fantasmal.

Las señales de muerte estaban por todas partes.

Se había hecho desaparecer lo peor de la carnicería, pero todavía había evidencia más que suficiente del gran número de bajas que los combates habían producido. Pasaron junto a dos de las cuadrillas de esclavos que trabajaban, bajo el mando severo y silencioso de los guardias del invasor, para recoger de las calles los cadáveres de ambos bandos y cargarlos en carretas mortuorias. Las cuadrillas hicieron un alto en el horrible trabajo para dejar pasar a los jinetes, y los ojos resentidos de nobles y campesinos khimizi se alzaron por igual para contemplarlos. Algunos se cubrieron el rostro en señal de respeto o hicieron signos religiosos al reconocer a su Takhina: un hombre intentó liberarse y correr hacia ella, pero fue devuelto bruscamente a la hilera por dos soldados que portaban garrotes. Agnethe dejó caer la cabeza y empezó a llorar de nuevo, en silencio y llena de desesperación; mientras el grupo seguía su camino, Índigo intentó no bajar la vista a los oscuros riachuelos de sangre seca que se escondían en las cunetas, intentó no prestar atención al humo acre y grasiento que se alzaba en los extremos mas alejados de las avenidas por las que traqueteaban las carretas tiradas por bueyes. Se sentía enferma ya, tanto de espíritu como de cuerpo, y mantuvo la mirada firme enfocada en el cuello oscilante de su chimelo mientras intentaba controlar el sudor frío y los escalofríos que amenazaban con dominarla cada vez que respiraba.

Pronto se hizo evidente que la destrucción más terrible había quedado confinada a los límites exteriores de Simhara, ya que a medida que el grupo que regresaba se acercaba al centro de la ciudad, una peculiar tranquilidad se fue adueñando del paisaje. Tenía más la naturaleza de un vacío que una auténtica sensación de paz; pero aun así la devastación parecía menor; la realidad de la guerra y los combates, más remota. Y cuando por fin llegaron al palacio del Takhan, en el corazón mismo de Simhara, daba la impresión de que los viejos edificios se mantenían aparte y sin ningún contacto con la más mínima señal de disturbios.

Mientras contemplaba las elevadas paredes enrejadas de mármol con su verde capa de follaje trepador que rodeaban el palacio, para luego observar cómo se abrían las puertas de bronce y vislumbrar los jardines y el silencioso manar de las fuentes al fondo, los recuerdos que Índigo tenía de los relatos de su madre resurgieron como un viejo y querido sueño. *Los* guardias de las puertas —que no eran khimizi sino forasteros, totalmente fuera de lugar allí— apenas si habían intercambiado unas pocas palabras con el jefe de los jinetes: la noticia de su llegada los había precedido, y se los esperaba.

Y se les daba la bienvenida. Ya que los guardias se inclinaron ante Agnethe cuando ésta pasó, y se inclinaron de nuevo ante la pequeña Jessamin en el interior de su cesto, Índigo no

Librodot

lo comprendía; era como si el tiempo y las circunstancias hubieran perdido su alineación correcta y estuviera presenciando nada más y nada menos que el regreso de la Takhina de Khimiz de algún acontecimiento social, en lugar de la entrega de una fugitiva en manos de sus enemigos.

Pero no tuvo tiempo de recapacitar sobre las implicaciones de lo que había presenciado, ya que los chimelos, oliendo el agua, atravesaban aprisa las puertas, y cuando éstas se cerraron tras ellos, apagando los sonidos de la ciudad y del mar hasta convertirlos en un vago murmullo, fue como si Índigo hubiera abandonado la realidad para penetrar en el exclusivo mundo de los sueños.

El asedio y los combates no habían tocado el palacio de Simhara. Se encontraban en un patio lleno de flores y refrescado por el centelleante correr de una docena de fuentes y pequeñas cascadas que alimentaban un estanque artificial rodeado de plantas trepadoras, Índigo tuvo una fugaz visión del centelleo dorado y plateado de peces en el estanque, despreocupados y tranquilos, y al levantar los ojos, descubrió una sombreada avenida de columnas que bordeaba la pared del palacio, y apagados movimientos que se reflejaban en el cristal multicolor mientras los criados se dirigían apresurados a sus ocupaciones, en silencio. Era como si la invasión y el asedio y los combates no hubieran tenido lugar jamás; como si esta regia mansión continuara con su rutina, libre de cualquier trastorno.

El guerrero que conducía su montura volvió la cabeza, sobresaltado por la inarticulada exclamación que brotó de los labios de la persona que tenía a su cargo. Lo hizo justo en el momento en que Índigo se balanceaba sin control en su silla al verse derrotado finalmente su autodominio por el agotamiento, la confusión y el entumecimiento de sus músculos, pero no llegó a tiempo de sujetarla antes de que resbalara del lomo del chimelo y fuera a caer totalmente inconsciente sobre las elegantes losas de mármol del suelo.

Se despertó con una sensación de aire más fresco en el rostro y el sonido de algo que crujía débil y rítmicamente. Por un instante pensó que se encontraba aún en el desierto, y abrió los ojos esperando ver el resplandor de interminables acres de arena bajo la luz de la luna lejana.

Pero no había arena, ni un paisaje enorme y vacío. En lugar de ello estaba tumbada en una cama baja, con la cabeza y los pies posados sobre almohadones de seda, y la luz que encontraron sus ojos no provenía de la luna, sino de una ornada lámpara con un tubo de cristal ámbar que brillaba tenue en el extremo opuesto de una habitación amplia y de techo alto.

Desconcertada, Índigo se incorporó en el lecho y miró a su alrededor. Aunque era noche cerrada ya y el resplandor de la lámpara suministraba la única iluminación, pudo ver que la habitación estaba amueblada con un gusto ascético pero suntuoso. Un friso pintado recorría toda la parte superior de las blancas paredes desnudas, alfombras tejidas cubrían el suelo, y entre las borrosas sombras pudo discernir la silueta de otro lecho, y una mesa redonda cuya superficie de cobre relucía vagamente como una enorme y bruñida moneda. Y en el suelo, a menos de un metro de distancia, *Grimya* dormía un sueño profundo sobre otro montón de almohadones.

Índigo se puso en pie despacio. Al llegar a la ciudad había estado demasiado agotada para especular siquiera sobre el tipo de tratamiento que podría recibir a manos de los invasores; pero desde luego no hubiera esperado nada como aquello. Era como si, en lugar de una prisionera, fuera una invitada distinguida.

Un movimiento apenas entrevisto por el rabillo del ojo la sobresaltó, y se volvió de nuevo,

encontrándose con que a sus espaldas había unos enormes ventanales dobles que se extendían desde el suelo hasta el techo. Estaban entreabiertos, y las ligeras cortinas que colgaban sobre ellos se balanceaban a causa de la suave brisa que venía del exterior. Con cuidado para no molestar a *Grimya,* Índigo rodeó el lecho —las piernas le Saqueaban, pero esto pasaría pronto— y salió a un balcón con balaustrada que, descubrió, daba a uno de los muchos patios interiores del palacio. La luz de la luna se derramaba sobre las pálidas baldosas, y proyectaba complejas sombras entre los arbustos y las enredaderas que envolvían el patio; diminutas luces artificiales situadas entre el follaje aumentaban el brillo de las luciérnagas, destacando un macizo de madreselvas aquí, los pétalos aterciopelados de la adelfa del hibisco allí; y aunque su origen resultaba invisible, Índigo escuchó el débil tintineo del agua al discurrir entre guijarros a no mucha distancia.

Aspiró con fuerza para paladear la aromática dulzura de los perfumes florales al mezclarse con el apenas perceptible sabor del mar. La noche era cálida pero no sofocante, y el palacio parecía estar bañado en la armonía y la paz. Rodeando por completo el patio pudo vislumbrar otros ventanales con balcones, la mayoría a oscuras ahora pero uno o dos revelaban el débil resplandor de la luz de una lámpara detrás de sus cortinas descorridas. La atmósfera resultaba tan apacible que por un momento se preguntó si seria un sueño, si no estaría dormida aún y se fuera a despertar de repente para hallarse en una húmeda celda y esa mágina escena se convirtiese en un fugaz recuerdo. Pero en aquel instante sintió un familiar cosquilleo en su cerebro, y una voz que conocía bien se introdujo silenciosa y con suavidad en su conciencia.

«¿Índigo? ¿Estás ahí?

Grimya se había despertado, y se acercó a la ventana con paso lento para saludarla, Índigo se agachó y abrazó a la loba, contenta de ver que no había sufrido ningún daño.

—*Grimya.* —Sumergió el rostro en el pelaje de su amiga y le rascó el cuello de la forma en que más le gustaba a la loba—. ¿Estás bien, cariño?

—Es... toy... muy bien —repuso *Grimya* en voz alta—. Y des... cansada. —Se aventuró a salir al balcón y olfateó el aire delicadamente—. Es un lugar extrrrraño. Pero creo que... me gus... ta.

—Un lugar extraño y una rara forma de tratar a los prisioneros. No lo comprendo, —Índigo se incorporó—. Si tienes en cuenta que se nos cogió ayudando a la Takhina, no tiene el menor sentido.

—Lo... sé. Cuando te des... mayaste, los hombres se mos... tra... ron muy sol... sol... —*Grimya* sacudió la cabeza, enojada—. ¡No puedo recordar la palabra!

—¿Solícitos?

—Sí. Ésa es la palabra. Llamaron a los cri... criados, y nos tra... je... ron a las dos aquí y se ocuparon de que es... estuvieras cómoda. Me dieron a... agua, y un poco de carne. Y hay un ex... trrrraño aparato en la habitación, que la mantiene fresca. No sé cómo funciona, pero no deja de crujir, como un árbol viejo a punto de... caer.

¿Un ventilador? Índigo había oído hablar de tales cosas a su madre; alas de seda o de plumas sujetas a los techos de las casas pudientes y que funcionaban mediante un complejo sistema de poleas conectadas a una noria o movidas por los criados. Cuando era niña había suplicado tener uno, pero no se necesitaban tales cosas en Carn Caille; habría sido mucho mejor, había dicho su padre con tristeza, si los artesanos de Khimiz se hubieran dedicado a inventar algo que calmara el aire, en lugar de impulsarlo a mayor actividad.

Aquel recuerdo no deseado le produjo un aguijonazo de dolor y le dio la espalda al patio.

Cuando regresaba al lecho, escuchó el sonido de una llave al girar en la cerradura, y al levantar la cabeza vio entrar a tres mujeres. Por sus vestidos supo de inmediato que se trataba de sirvientas; dos andaban descalzas con los rostros cubiertos por velos semitransparentes, mientras que la tercera —bastante más vieja— llevaba sandalias de cabritilla y el rostro descubierto, e iba vestida con unos ligeros pantalones amplios en lugar de las faldas plisadas de hilo de las otras. Se veía a las claras que estaba al cuidado de las otras dos muchachas, y al ver sus cabellos oscuros y el rostro moreno, Índigo comprendió que aquella mujer no era khimizi sino que tenía un gran parecido racial con los soldados invasores.

Las muchachas le dedicaron graciosas reverencias, mientras que la mujer de más edad se quedó con la mirada clavada en Índigo con una mezcla de sospecha e incertidumbre. Índigo le devolvió la mirada y, tras entrecerrar los ojos con instintivo disgusto, dijo en khimizi:

—¿Qué queréis?

Las cejas de la mujer se fruncieron, pero aparte de ello su expresión no experimentó ningún cambio, y una de las muchachas —una esbelta criatura con ojos de cervatillo, cuyo rostro mostraba las señales de haber padecido viruela en la infancia— respondió con deferencia:

—Os pido disculpas, señora, pero ella no habla khimizi. —La recelosa mirada de la mujer se volvió hacia ella; la muchacha vaciló, en espera del permiso para continuar, y recibió un lacónico pero indeciso asentimiento—. Se nos dijo que viéramos si estabais despierta, y que os trajéramos un refrigerio y ropa nueva.

Índigo dirigió la mirada hacia la mujer mayor, quien observaba la conversación con gran atención.

—¿Servías en la casa del Takhan? —preguntó a la muchacha.

Se produjo otra vacilación. Luego, cautelosa, la joven respondió:

—Sí, señora.

—Entonces dime qué ha sucedido aquí. ¿Dónde están la Takhina y su hija? Y el Takhan... —Vio cómo los ojos de la muchacha se dilataban de miedo, y añadió con mayor vehemencia—: ¡En nombre de la Gran Diosa, muchacha, no voy a traicionarte! Mi propia madre era de Simhara; ¡no soy ningún traidor!

La joven sacudió la cabeza con nerviosismo.

—No puedo deciros nada, señora —respondió en voz baja—. ¡No me *atrevo!* —Hizo un ademán, perdida toda su anterior gracia y coordinación—. Por favor..., comed, bebed...

Índigo suspiró. De nada servía apremiarla; estaba demasiado asustada para hablar con libertad. Le dio la espalda y se dejó caer de nuevo sobre el lecho, tras lo cual, con evidente alivio, la muchacha hizo una señal a su compañera. Se escuchó el tintineo del hielo contra el cristal mientras la otra muchacha avanzaba con una bandeja de cobre, que depositó sobre una mesita baja.

—Hemos traído zumo helado de lima y miel, señora, y torta de sésamo, y aceitunas y dátiles. —La segunda muchacha dirigió una rápida mirada furtiva en dirección a su guardiana, luego añadió en un susurro—. El Takhan ha muerto, señora, y Au... —Se interrumpió precipitadamente, consciente de que había estado a punto de pronunciar un nombre que la mujer de más edad hubiera reconocido—. Otro gobierna aquí ahora. No puedo deciros nada más. Lo siento.

Era muy poco, pero confirmaba los peores temores de Índigo. Bajo los ojos al suelo.

—Lo comprendo. Gracias.

Librodot

La alimentaron y la bañaron, y la instalaron con tanta comodidad como podía esperar cualquier dama de la nobleza en una casa donde su nombre era respetado. Sólo una cosa traicionaba su auténtica posición: el silencioso pero enfático chasquido de la llave al girar de nuevo en la cerradura cuando sus ayudantes la abandonaron.

Índigo se recostó en la cama y empezó a sorber su tercer vaso de zumo de fruta helado y azucarado. Se sentía realmente limpia por primera vez desde que dejara a Macee y a su tripulación; su hambre estaba saciada, sus ropas nuevas eran suaves y cómodas, y la atmósfera de la habitación soporífera; todo ello contribuía a adormecerla. Y hasta que no pudiera averiguar más cosas sobre sus carceleros y sus intenciones para con ella —lo cual, comprendió, no lo conseguiría hasta que ellos decidieran revelar la verdad— parecía totalmente inútil permanecer despierta sólo para atormentarse con preguntas incontestables.

El punto de vista de *Grimya* era claro y pragmático. Tal y como la loba le dijo, esperar era su única opción. Y la espera pasaría *mucho* más deprisa si dormían todo lo que les fuera posible. A Índigo le habría resultado imposible discutir su lógica aun si su propio instinto no la hubiera instado a llegar a la misma conclusión, y así pues, cuando las suaves pisadas de las sirvientas se perdieron en el silencio al otro lado de la puerta, dejó su vaso en el suelo y se tumbó. Cerró los ojos y dejó que el silencio de la noche la envolviera.

Se quedó dormida en cuestión de segundos, y tuvo sueños inconexos de barcos y desiertos y marchitas adivinadoras. Las pesadillas y el calor le hicieron pasar una noche agitada; se despertó varias veces y permaneció echada durante un rato en la sofocante y oscura habitación, escuchando el continuo crujir del ventilador hasta que volvía a dormirse. Pero los sueños regresaban cada vez, y al final culminaron en una odiosa imagen fragmentada de unos ojos plateados inhumanos que la miraban desde la asfixiante oscuridad, y le sobrevino la sensación de que un peso enorme e inamovible oprimiera su cuerpo, la sofocara, le quitara el aire de los pulmones...

Se despenó con un violento sobresalto, reprimiendo su grito de auxilio antes de que éste pudiera adoptar una forma física, y se encontró con que el sol de la mañana penetraba a raudales en la habitación. Se incorporó; apretó las palmas de las manos contra los ojos irritados, y entonces, al aclararse su visión, vio que *Grimya* estaba también despierta y bostezaba.

—Tengo ham... brrrre —dijo la loba en voz alta.

La prosaica queja liberó la tensión de Índigo en una oleada de alivio que desterró las pesadillas convirtiéndolas en recuerdos fragmentados. Le dedicó una sonrisa.

—Quizá deberíamos llamar a las sirvientas. Si hemos de guiarnos por lo sucedido anoche, parece que aún no han decidido si somos prisioneras o invitadas, por lo tanto creo que debiéramos aprovechar su indecisión mientras podamos.

Grimya clavó los ojos en ella.

—No creo que esto sea algo para tomar a bro... ma. Allí junto al agua, no había la men... menor duda de nuestra po... sición. —Se puso en pie y se sacudió—. Sí; nos han trrra... tado bien desde que llegamos a la ciudad. Pero no confío en ellos. Y luego está la pi... piedra-imán...

Índigo se serenó de repente al comprender lo que *Grimya* quería decir. Con la barriga llena de comida y bebida, ropas limpias sobre su espalda, y un lecho cómodo en el que descansar, había resultado fácil olvidar las circunstancias en que las habían traído allí. Y fácil también olvidar la difícil situación de la Takhina Agnethe y de la pequeña Jessamin, las cuales se

Librodot

habían ido de su pensamiento con la misma facilidad con que podría haber desechado un zapato viejo. Pero la loba le había recordado con toda claridad que este seductor intervalo no era más que eso: un intervalo.

Tocó la tira de cuerpo que pendía de su cuello y sintió el peso de la piedra-imán en el interior de su bolsa. Una intuición que no le gustó nada le dijo lo que la piedra indicaría, sin necesidad de mirarla. El dorado punto de luz estaría inmóvil, colocado en el corazón de la piedra; le diría que el demonio que buscaba estaba aquí en la ciudad, y que no debía, ni *podía,* permitirse un solo instante de autocomplacencia.

Entonces, como si algún poder caprichoso hubiera leído su mente y escogido con un amargo sentido de la ironía dar más énfasis a su conclusión, alguien golpeó con fuerza la puerta cerrada.

Índigo dio un brinco como si la hubieran golpeado a ella. Esperó a escuchar el chirrido de la llave, a ver abrirse la puerta; pero en lugar de ello el silencio siguió a la llamada. *Grimya* tenía los pelos del lomo erizados, su postura era defensiva y agresiva a la vez; luego, después de pasado tal vez medio minuto, los invisibles nudillos golpearon de nuevo.

—¿Qui...? —La voz se le ahogó en la garganta; tragó saliva y recuperó el control—. ¿Quién es?

—Señora. —Era una voz masculina; un oriundo de Khimiz a juzgar por su idioma—. ¿Tengo vuestro permiso para entrar?

Una vez más aquella cuidadosa cortesía, como si ella fuera una invitada distinguida... Índigo dirigió una rápida mirada a *Grimya,* como transmitiéndole una muda advertencia, y luego respondió:

—Sí. Adelante.

La puerta se abrió. Había dos hombres en el umbral e Índigo reconoció al primero de ellos en cuanto lo miró. Un hombre joven de cabello color miel, ojos atormentados, y una herida, tal vez producida por el golpe de una espada, que empezaba a cicatrizar en el rostro. Ella había visto aquella cara ya en una ocasión, en el desierto, bajo la luz de la luna; la había visto volverse con expresión culpable mientras Agnethe chillaba «¡traidor!».

Se tragó la sorpresa, ocultándola por el sencillo procedimiento de agacharse para posar una mano sobre el lomo de *Grimya* como si quisiera contenerla.

—¿Sí? —repitió—. ¿Qué es lo que queréis de mí?

Se mostraba menos respetuoso que las mujeres. Pero sus ojos seguían exteriorizando, el dolor que aparecía en ellos era amargura; real.

—El Takhan nos ha dado instrucciones para que os llevemos...

Índigo lo interrumpió.

—¿El Takhan?

El rostro del hombre enrojeció.

—El Takhan Augon Hunnamek, señora, nuevo Señor Supremo de Khimiz y protector de nuestra querida ciudad.

Ella se quedó mirándolo con fijeza mientras el significado de sus palabras penetraba en su cerebro. El *nuevo* Takhan. El jefe guerrero. El invasor. El usurpador.

El compañero de su visitante, que tenía los cabellos oscuros y el rostro moreno y llevaba una espada corta al cinto, extendió una mano y la posó sobre el hombro del joven.

—No pierdas tiempo.

Las palabras mostraban un fuerte acento pero eran claramente khimizi, poseían el tono

entrecortado de un extranjero que aprendía con rapidez, Índigo empezó a comprender.

—Tendréis que acompañarnos, señora. —Sus palabras fueron seguidas de un veloz movimiento de soslayo de los ojos del joven, que su compañero no debía ver—. El Takhan tiene muchos asuntos que atender y preferiría que no se lo hiciese esperar.

El pulso de Índigo empezó a latir lleno de nerviosa excitación.

—Muy bien —dijo, y se levantó.

Grimya también dio un paso hacia adelante, pero el hombre moreno se interpuso.

—No. El animal quedar aquí.

Se volvió para cortarle el paso, y *Grimya* le mostró los dientes con un gruñido.

Índigo sujetó a *Grimya* rápidamente por el collar antes de que ésta hiciera cualquier tontería, y le dijo en silencio, apremiante:

«Todo va bien, cariño. No me pasará nada.»

«¡No confío en ellos!», arguyó la loba.

«No *tenemos otra elección, de momento. Espera aquí, por favor.»*

La loba cedió de mala gana, e Índigo siguió a los dos hombres fuera de la habitación. Volvieron a cerrar con llave la puerta, y un débil gañido surgió del otro lado antes de hundirse en el silencio.

La condujeron por iluminados y amplios corredores cuyas paredes exteriores eran mosaicos de cristales multicolores, descendieron una ancha escalinata de pálidos escalones de mármol decorada con urnas de plantas colgantes, y siguieron aún por nuevos corredores en los que móviles de cristal pintado colgaban delante de las ventanas y repiqueteaban suavemente movidos por el aire caliente que penetraba por ellas. En el exterior, Índigo vio patios llenos de flores, y detrás de ellos las elegantes e intrincadas líneas de muros, torres y minaretes recortadas en el compacto y deslumbrante azul del cielo: y a pesar del calor se estremeció. Ésta era la Simhara que su madre le había descrito con tanto amor tiempo atrás, y aunque nunca antes había puesto los pies en la ciudad, su familiaridad resultaba desconcertante. Sintió como si una parte de ella hubiera regresado a casa, y la sensación despertó recuerdos que estaban mejor enterrados y olvidados.

Cuando su escolta giró con brusquedad en dirección a otra escalinata, que esta vez subía, comprendió que debían de estar cerca de su destino; en la parte alta de la escalinata el paso quedaba cerrado por una doble puerta de bronce cubierta de filigrana de oro y custodiada por dos soldados invasores. Y sobre la superficie de ambas puertas Índigo reconoció las formas estilizadas de una red, un tridente y un áncora: el triple emblema de Simhara.

Se los esperaba. Los guardias se hicieron a un lado, uno de ellos extendió las manos para abrir las puertas. Ambas se abrieron de par en par, e Índigo se encontró en el umbral de una habitación sorprendentemente pequeña pero opulenta. Sobre las paredes de estuco colgaban tapices bordados y orlados, las ventanas estaban cubiertas de pesadas cortinas de terciopelo, que impedían el paso de la luz del sol; una neblina de perfumado incienso colgaba inmóvil en el aire, difuminando el suave resplandor amarillo de las lámparas de aceite y daba a la escena una atmósfera irreal, como si se tratara de un sueño.

Había dos personas en la habitación. Una estaba sentada con las piernas cruzadas sobre un almohadón a los pies de un sillón tallado; cuando ésta, que era una mujer, levantó la cabeza, Índigo tuvo la impresión de un rostro huesudo y envejecido, de unos ojos firmes e inteligentes, de cabellos grisáceos recogidos en una compleja trenza en la nuca. Pero su

Librodot

escrutinio duró tan sólo un instante antes de que el otro ocupante de la habitación se alzara del sillón y captara toda su atención.

Era un gigante, de más de dos metros de altura y cuerpo musculoso, con una resplandeciente tez oscura y unos cabellos que, en sorprendente contraste, eran casi por entero blancos. Unos ojos pálidos y cansados se detuvieron fríos sobre Índigo, y la gruesa y sensual boca se ensanchó en una débil sonrisa. Una mano poderosa, el brazo adornado con varios pesados brazaletes enjoyados, se extendió hacia ella en un gesto de cortesía.

—Bienvenida. —Hablaba en khimizi, aunque con un acento que ningún nativo habría podido reconocer como propio del país—. Soy Augon Hunnamek.

Índigo lo miró fijo y, surgiendo de la nada, una sensación de repugnancia intensa, sofocante y totalmente irracional se alzo para apoderarse de ella. Abrió la boca, pero las palabras se negaron a salir: la conmoción de su violenta reacción, surgida sin ton ni son, la había cogido totalmente desprevenida.

Y una voz en su cerebro dijo: *¡demonio!*

Librodot

CAPÍTULO 5

Se trataba de un hombre astuto e inteligente: no pudo evitar reconocerlo, fuera lo que fuese lo que su instinto pudiera decirle. Y desde el primer momento en que se dirigió a ella, Índigo supo también que Augon Hunnamek no era ningún despreciable tirano. Despiadado sí; lo veía con toda claridad en sus ojos, y él no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo. Ambicioso también; pero al contrario que muchos hombres ambiciosos poseía la fuerza *y* la habilidad para conseguir que sus ambiciones dieran fruto. Y carismático. Su carisma era casi una aureola física, y supo al instante que era ésa la fuente de la que Augon Hunnamek obtenía su poder. Poder para dirigir, poder para ordenar e inspirar... El suficiente poder como para haber aplastado Khimiz en el espacio de unos pocos días, y colocarse en el trono más rico del mundo.

Pero debajo de aquella refulgente superficie había algo más, algo lo bastante fuerte como para haber desencadenado una intuición que hizo que Índigo deseara darse la vuelta y huir de allí. ¿Vulgaridad? ¿Lascivia? Eran ambas cosas y ninguna de las dos; no podía indicarlo con precisión, pero algo acechaba detrás del frío escrutinio, estaba implícito en cada pequeño movimiento de sus miembros y de su torso. Y cuando le sonrió a la muchacha, sin pasión y sin embargo con una oculta implicación que ésta no podía definir, unas frías garras parecieron arañarle la espalda.

Las elaboradas puertas se cerraron a su espalda y la escolta que la había acompañado salió en silencio.

—Por favor, siéntate. —Augon Hunnamek le indicó un almohadón que había en el suelo cerca de los pies de la joven—. Tengo preguntas y me harás el favor de responder a ellas con la verdad. —Hizo girar la palma de la mano hacia arriba para realizar un gesto cortés en el que Índigo creyó detectar la sombra de una amenaza.

Inclinó la cabeza y se sentó. Estaba nerviosa y sus manos empezaban a sudar; subrepticiamente se las frotó sobre la falda; no quería descubrir su intranquilidad y aumentar de esta forma su situación de desventaja.

El tirano volvió a acomodar su corpulento cuerpo en el sillón, y golpeó ligeramente en uno de sus brazos con una mano cubierta de anillos. La mujer de más edad contempló a Índigo con cierto interés, pero no dijo nada.

—Para empezar, dejaremos a un lado formalidades —dijo Augon—. Tengo entendido que eres forastera. ¿Es eso correcto?

Índigo asintió.

—Sí.

—¿Tu nombre? ¿Y tu casa?

La miraba fijamente, con la barbilla apoyada en un puño apretado, y cuando los ojos de Índigo se encontraron con los suyos, por un instante reconoció algo que no era precisamente platónico en su expresión. La evaluaba como podría hacerlo con una prostituta en un prostíbulo, o con una esclava en el mercado, y sintió que la cólera empezaba a hervir en su interior; y junto con ello vino un imprudente impulso de ponerse en pie de un salto y maldecir a aquel advenedizo, decirle que ella no era ninguna campesina con la que divertirse, sino que pertenecía a la realeza, con un rango que él jamás podría alcanzar, la hija de un rey, una reina por derecho...

Librodot

Y una paria que nunca podría reclamar su trono.

La golpeó como un chorro de agua fría, y su furia se evaporó en un instante y dio paso a un gélido y triste desaliento, cuando se percató de que había estado a punto de perder el control y romper el tabú al que estaba ligada. Anghara hija-de-Kalig, princesa de las Islas Meridionales, llevaba muerta mucho tiempo, Índigo había perdido nombre, identidad y rango, y el trono que por derecho de sangre debiera haber sido suyo pertenecía ahora a un extraño. Y así era como debería ser siempre...

Desolada, recuperado el autocontrol, respondió:

—Mi nombre es Índigo. Vengo de las Islas Meridionales.

El hombre enarcó las cejas, inquisitivo.

—¿Índigo? No es un nombre que haya oído antes.

—Es el único nombre que tengo.

Se encogió ligeramente de hombros.

—Como quieras. ¿Y qué es lo que te trae a Simhara?

A pesar del efecto calmante del error que había estado a punto de cometer, todavía le quedaba a Índigo una chispa de cólera, y respondió con cierta brusquedad.

—Sin querer ser descortés, señor, creo que esto es cosa mía.

La mujer levantó los ojos hacia Augon, y el guerrero sonrió con suavidad.

—Índigo. —Esta vez pronunció su nombre con puntillosa cortesía, no obstante una nota sensual apareció en su voz, como si acariciara cada una de las sílabas—. Estoy seguro de que comprenderás mi posición. Eres una extranjera, y sin embargo se te encontró en el desierto, en compañía de la Takhina Viuda. Tienes, por lo tanto, algo que ver con el desafortunado episodio de su intento de huir de la ciudad. Simplemente deseo establecer la naturaleza de esa implicación.

La mujer la miraba con más atención ahora, e Índigo no consideró sensato mentir. Era posible —no seguro, pero sí posible— que esta compañera o consejera o lo que fuera poseyese alguna habilidad como vidente; había percibido un indicio de ello en la primera mirada que le había dirigido la mujer. Y a Augon Hunnamek no se le engañaría con facilidad. No; lo mejor sería que dijera la verdad. O al menos tan buena parte de la verdad como se atreviera a revelar.

Por tanto se obligó a enfrentarse al pálido y franco escrutinio de aquellos ojos y explicó que su encuentro con Agnethe había sido una circunstancia totalmente fortuita; que, cuando se dirigía a Simhara, ya enterada de la conflictiva situación, había cabalgado a través del desierto para estudiar la situación con sus propios ojos, y se había encontrado con la Takhina en el oasis, aprisionada bajo su chimelo muerto.

—Ya comprendo. —El guerrero asintió con la cabeza, y su sonrisa se ensanchó un poco—. Y si mis hombres no te hubieran interceptado, Índigo, ¿qué habrías hecho entonces?

Índigo sentía la mirada de la mujer como si fuera hielo, como si fuera un fuego. Repuso:

—Habría hecho lo que cualquier hombre o mujer civilizados en las mismas circunstancias, señor: me habría ocupado de que a la Takhina no le ocurriera nada.

Augon lanzó una risita ahogada, un extraño sonido que emanó de su estómago y pulmones, en lugar de surgir de su garganta.

—Una respuesta diplomática, me parece. —La mujer también sonrió, pero de forma más reservada—. Muy bien: no volveremos a hablar de este episodio, Índigo, ya que creo que me has hecho un buen servicio con tu preocupación por el bienestar de la Takhina Viuda. Tengo

otra pregunta más. ¿Con qué propósito deseabas visitar la ciudad de Simhara? ¿Tienes amigos en la ciudad?

—No, señor. —Índigo lo miró impertérrita.

—Entonces, ¿por qué has venido aquí?

La muchacha sabía lo que iba a decir, y creía que la respuesta satisfaría al hombre. Y si sus suposiciones sobre la mujer no andaban erradas, ella también la aceptaría de buena gana.

—Señor, me gano la vida como marino —respondió—. Pertenecía a la tripulación del *Kara-Karai,* que atracó en Huon Parita hace algunos días y...

—¿De dónde provenía? —inquirió la mujer, interrumpiéndola.

—El *Kara-Karai* es un buque escolta davakotiano. —El recuerdo del pequeño rostro severo de Macee centelleó por un breve instante, lleno de nostalgia, en la mente de Índigo—Nuestro último encargo fue en las Islas de las Piedras Preciosas, y desembarqué con las ganancias de un año en el bolsillo.

La mujer miró a Augon, y tomó la palabra para dirigirse a él.

—Se han examinado sus pertenencias —dijo en khimizi. Su voz era ronca pero con menos acento que la de su señor—. Lo que dice es verdad.

De nuevo apareció un ligero centelleo de cólera, pero Índigo se dominó.

—Entonces, si sabéis algo de las costumbres de los marinos, sabréis que el Templo de los Marineros de Simhara es un lugar de peregrinaje para nosotros. —Observó los ojos de la mujer con mucho cuidado, y vio lo que había esperado: un momentáneo ablandamiento, un apenas perceptible brillo de camaradería. Bajó la mirada—. Aquellos de nosotros que surcamos los mares lo hacemos sólo gracias a la indulgencia de la Gran Madre. Su templo más importante está en Simhara, y yo quería hacer una ofrenda en el templo, dar las gracias por los viajes llevados a buen término y pedir Su bendición para el futuro —Levantó los ojos de nuevo, con expresión cándida—. Ésa ha sido mi única razón para venir a la ciudad.

El hombre y la mujer intercambiaron otra mirada. La mujer volvió a hablar:

—Y cuando hayas hecho tu ofrenda —dijo, y su tono había cambiado, se había ablandado—, ¿qué harás entonces?

Índigo levantó los hombros como para indicar la inevitabilidad de su posición en el mundo.

—Buscaré otro barco.

El silencio descendió sobre la habitación durante algunos momentos. Entonces la mujer se volvió hacia Augon, quien se inclinó hacia ella, y le habló al oído con rapidez y en voz baja. Éste asintió, la sonrisa presente todavía en sus labios, mientras Índigo los contemplaba a los dos e intentaba en vano adivinar la naturaleza de su conversación. Por fin Augon volvió los ojos de nuevo hacia ella.

—Muy bien, Índigo. La historia que nos has contado parece satisfactoria. No obstante, como estoy seguro de que comprenderás, estoy en una posición en la que por el momento debo tener el mayor cuidado, y por eso tendrán que comprobarse algunos datos antes de que pueda autorizar tu libertad. —Hizo un gesto que quería dar a entender su propia impotencia—. Es por eso que debo insistir en que te quedes en palacio un poco más; pero te aseguro que se te tratará como a un huésped respetado. Espero que eso te satisfaga.

Tan preciso, tan puntilloso; y, sin embargo, Índigo sabía que no le ofrecía otra alternativa. Pero se trataba de mucho más de lo que hubiera esperado y —por el momento— estaba dispuesta a aceptarlo.

Sacudió la cabeza.

Librodot

—Desde luego.

Sus ojos se encontraron con los de la mujer de pelo gris, y vio en ellos un nuevo interés que no supo cómo interpretar.

—Entonces te deseo muy buenos días. —Augon Hunnamek se levantó, y tiró de una cuerda de hilos de oro que colgaba junto a su sillón. Una campana resonó con fuerza en algún lugar a lo lejos, y la doble puerta se abrió—. Se te escoltará de regreso a tu habitación. Y... —sonrió, y la sombra de lascivia presente en la sonrisa hizo que a Índigo se le helara la sangre en las venas— ... estoy en dejada contigo por tu cooperación.

Índigo se puso en pie. Aquella mirada medio clandestina era como un soplo de aire caliente sobre las últimas brasas de su cólera, incitándola a contestar al desafío de los ojos del hombre. Sonrió, sólo con los labios, y repuso:

—Una pregunta, señor.

Él inclinó la cabeza.

—Pregunta.

—La Takhina Agnethe, y su hija. —Se negaba a utilizar la palabra «viuda», y un tono acerado se había deslizado en su voz—. ¿Dónde están? ¿Qué les ha sucedido?

Augon le dedicó una amplia sonrisa.

—Índigo, tu preocupación te honra. Están bien, y están a salvo, y reciben todos los honores que les son debidos. Puedes estar segura de ello, de la misma forma en que puedes estar segura de que no redundaría en mi interés hacerles ningún tipo de daño. —La sonrisa se desvaneció en una mueca de regocijo, y ladeó la cabeza burlón—. ¿Os satisface esto, señora?

El rostro de Índigo palideció por completo, a excepción hecha de dos manchas rojas en las mejillas. Su mirada podía hacer bajar los ojos a muchos hombres, pero bajo las firmes pupilas de Augon fue ella la primera en ceder.

—Gracias por vuestras garantías —respondió distante, y giró sobre sus talones.

Tuvo la impresión, mientras las puertas de bronce se cerraban tras ella, de haber oído el sonido de unas carcajadas ahogadas antes de que éste quedara tapado por las pesadas pisadas de los hombres que la escoltaron fuera de la habitación.

Augon Hunnamek contempló cómo las puertas se unían para cerrarse nuevamente, luego se recostó en el sillón cincelado, se pasó una mano por la boca y paladeó con indiferencia el sabor de su propia saliva. El incienso que había ardido sin cesar en esa habitación durante las últimas veinticuatro horas empezaba a perder su eficacia, y había rechazado las sugerencias para volver a llenar los recipientes de cobre. El humo dulce y embriagador había hecho su función, le había ayudado a permanecer despierto a pesar de las demandas de descanso de su cuerpo; pero ahora que la tarea principal había concluido: tenía el trofeo fundamental, y dentro de algunos minutos podría descansar.

La perspectiva de irse a dormir despertó en él una agradable y sensual sensación de anticipación, y estiró sus musculosos brazos como un enorme e inmoderado felino. Había ordenado que la cama del antiguo Takhan fuese llevada fuera del perímetro de la ciudad y quemada; la superstición le impedía dormir entre las sábanas de alguien que había muerto. Pero la habitación privada del Takhan era otra cuestión. Era una lástima, pensó Augon, que estuviera demasiado cansado para disfrutar con plenitud de tales incentivos en aquel momento. Mañana, o al día siguiente, todo sería diferente...

Se dio cuenta entonces de la presencia de un vórtice de silencio a su izquierda, y bajó los

Librodot

ojos hacia la mujer que seguía sentada con las piernas cruzadas a sus pies. En su pecho se formó un suspiro, pero lo sofocó y se irguió para echar a un lado uno de los pesados cortinajes. La luz del sol penetró a raudales en la habitación, contrastando con fuerza con el resplandor artificial de las lámparas, y Augon abrió la vidriera que conducía a un balcón más ornado que la mayoría de los del palacio. Permaneció allí por unos momentos contemplando el patio que tenía a sus pies —el santuario privado del Takhan, cuidado por criados que podían esperar la pérdida de un dedo, o incluso la de la mano entera, si se dejaba que una sola flor se marchitara antes de tiempo— y aspiró el aire tórrido pero más puro, hasta que por fin habló.

—¿Bien? —Utilizó su propia lengua, orgulloso de forma indirecta al saber que ningún oriundo de Simhara podría comprenderla—. ¿Qué piensas?

La mujer se incorporó con cierta rigidez y fue a reunirse con él en la ventana.

—Ha dicho la verdad, al menos en parte. No tuvo nada que ver en la huida de Agnethe, y no creo que tenga la menor idea de la importancia de la criatura. Pero hay algo mas...

—¿Qué? —Y, al ver que la mujer no le respondía, puso un dedo bajo la barbilla de ésta y le hizo girar la cabeza, obligándola a mirarlo—. Phereniq. Dímelo. O me enfadaré contigo.

Un parpadeo de emoción que parecía combinar resentimiento y resignación apareció por un momento en los ojos de Phereniq antes de que sus hombros se relajaran y se decidiera a responder.

—No lo sé; aún no. Pero hay algo en ella que me preocupa; algo que nos esconde. —Se estremeció, mirando al cielo sin verlo—. He de consultar mis augurios.

—Como sólo tú puedes hacerlo. —Mantuvo su dedo en la mandíbula de ella y la atrajo hacia él, besando levemente su boca, de una forma fraternal que hubiera podido, bajo otras circunstancias, prometer algo más—. Eres mis oídos y mis ojos, Phereniq. Eres mi buena suerte. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Levantó la cabeza para liberarse de él.

Augon se echó a reír, en voz muy baja.

—No tienes nada que temer de ella. No es más que un simple marino; eso sí que podemos creerlo, aunque me parece un vergonzoso desperdicio que un rostro y un cuerpo así deban estar confinados a la cubierta de un barco. —Vio cómo Phereniq se quedaba rígida, y su sonrisa se volvió lobuna—. Puede que sea conveniente hacer lo que sugieres e investigarla más estrechamente.

—¿Conveniente? —La voz de Phereniq mostró una cierta amargura.

—Si.

Los dedos de Augon siguieron la línea de los agarrotados músculos de su nuca.

—No olvides el valor de la conveniencia, mi querida vidente. Te aconsejo que lo recuerdes *siempre.* Y, además, estaré muy interesado en enterarme de los resultados de tus adivinaciones.

Phereniq dejó caer la cabeza y cerró los ojos. Tan sólo cuando la mano de él la soltó se atrevió a respirar de nuevo. Escuchó sus pisadas mientras él cruzaba el suelo alfombrado —aunque se movía con gran suavidad, el oído de la mujer era muy fino— y cuando juzgó que había abandonado la habitación se arriesgó a mirar por encima del hombro.

La estancia estaba vacía, las puertas de bronce basculaban en silencio sobre sus bisagras. Phereniq dirigió la mano a un bolsillo que colgaba de su cintura, y sacó un pequeño frasco de cristal tallado, cerrado con un tapón de amatista. Se trataba de uno de los muchos regalos que

Librodot

Augon le había dado, y también sabía la utilidad que ella le había dado en los últimos años.

Destapó el frasco y se lo llevó a los labios. No demasiado; ni tampoco demasiado poco. Justo lo suficiente para calmar la sobreexcitación que sentía.

El cordial —su propio eufemismo— era empalagosamente dulce. Dejó que éste formara un pequeño charco sobre su lengua, luego lo tragó y guardó el frasco, sintiendo cómo una cálida sensación empezaba a cosquillearle en la garganta. Dirigió una última mirada en dirección al patio soleado... Luego, Phereniq empezó a andar, con los hombros caídos como si sintiera algún dolor, en dirección a la puerta, y abandonó la habitación.

Librodot

CAPÍTULO 6

Durante los dos días siguientes, Índigo y *Grimya* vivieron en un curioso limbo mezcla de encierro y de honores en el palacio real de Simhara.

No les faltaba de nada, Índigo no tenía más que tirar de la orlada cuerda de la campanilla de su habitación, y las sirvientas le traían comida, vino, ropas limpias, agua caliente y aceites perfumados para que se refrescara. En apariencia era algo idílico, pero Índigo se sentía perseguida constantemente por la reacción que Augon Hunnamek había provocado en ella. Había intentado explicárselo a *Grimya,* pero le faltaban las palabras, y sus esfuerzos por definir las peculiares sutilezas de lo que había sentido no eran comprendidas por la loba. No obstante, el mal sí era un concepto que *Grimya* comprendía bien: y cuando Índigo describió la instantánea alarma que había sonado en su mente al mirar por primera vez a Augon a los ojos, la mirada de la loba se llenó de inquietud.

—Si, por lo tanto, el demonio está aquí, como creemos —dijo sombría—, quizá ya lo hemos *en... contracto.*

Índigo cerró los ojos y recordó el rostro del hombre, su sonrisa, su mirada pálida y peculiarmente intensa, el gran carisma que irradiaba. No quería que fuese verdad, ya que no veía la forma de destruirlo. Elevado como estaba ahora al trono más poderoso del mundo, se necesitaría un ejército mucho mayor que aquel con el que él había usurpado el poder en Khimiz para derribarlo.

Pero si aquella afable máscara civilizada ocultaba realmente el horror que ella buscaba, entonces no tendría más elección que enfrentarse a ello. Y el precio del fracaso era impensable.

Intentó no pensar demasiado en sus temores, pero resultaban insidiosos, sorprendiéndola en momentos de descuido, acechando sus sueños, rondando en las sombras. Tampoco podía olvidar, por desgracia, que su futuro era aún muy incierto. Pensaba que Augon había creído su historia —o, si dudaba de ella, no la consideraba una amenaza suficiente como para que valiera la pena erradicarla— pero era muy consciente de que confiar en tal supuesto era muy peligroso. Hasta que le concedieran la libertad, su destino estaba por completo en las manos del tirano; y aquella idea no era nada reconfortante.

En sus esfuerzos por distraerse, Índigo pasaba la mayor parte de sus horas vigiles bien tocando el arpa, que le habían devuelto junto con el resto de sus pertenencias, u hojeando la docena de libros que había encontrado en la habitación. Los libros resultaban fascinantes en sí mismos: el texto de cada una de las gruesas páginas de pergamino había sido marcado con tinta mediante bloques de madera tallados, un ingenioso proceso inventado en Simhara que aún se utilizaba muy poco fuera de Khimiz; luego las páginas terminadas se sujetaban con un lomo de hueso y se cubrían con delicada piel teñida. La mayoría eran libros de religión o astrología, con una historia de Khimiz que no parecía hacer otra cosa que enumerar y alabar las virtudes de los sucesivos Takhanes. Pero a pesar de que los temas tenían poco interés para Índigo, los libros la ayudaban a mantener a raya pensamientos menos agradables.

Entonces, justo antes de la puesta de sol del segundo día, llegó un mensaje de Augon Hunnamek, y junto con él una curiosa invitación. El Takhan le enviaba sus saludos, y lamentaba que se hubiera visto incomodada durante tanto tiempo. A partir de aquel momento, Índigo podía considerarse libre de cualquier coacción u obligación.

Librodot

No había ninguna advertencia; no había condiciones.

Índigo se quedó estupefacta; a pesar de sus esfuerzos por darse ánimos, no había esperado que se la dejara marchar con tanta ligereza. Y su liberación traía consigo un nuevo problema; ya que una vez abandonara el palacio real, ya no volvería a tener el menor contacto con el tirano.

El que le había traído el mensaje —un joven khimizi acompañado por el inevitable invasor de aspecto hosco— habló de nuevo.

—El Takhan confía, desde luego, en que le haréis el honor de aceptar su hospitalidad al menos por una noche más. Y tengo otro mensaje, éste de la dama Phereniq Kala.

El nombre no le dijo nada.

—¿La dama...?

—Phereniq Kala. Astróloga y consejera del Takhan.

Claro: la mujer que se había sentado a los pies de Augon durante su entrevista, Índigo arrugó la frente.

—¿Qué es lo que quiere de mí?

—Tengo entendido, señora, que expresasteis vuestra intención de visitar el Templo de los Marineros. La dama Phereniq también tiene pensado visitar el templo mañana por la mañana, y pregunta si os gustaría acompañarla.

Aquella invitación tenía una segunda intención; Índigo lo percibió al instante. Y sospechó que la mano de Augon Hunnamek estaba detrás de ello. No se le ocurría cuál podría ser el motivo, pero dudó de que significara ninguna amenaza para ella. Puede que averiguara muchas cosas sobre Phereniq Kala; y cualquier información, por insignificante que fuera, podía resultar valiosa.

Miró al mensajero, quien le devolvió la mirada con estoicismo.

—Por favor, dadle las gracias al Takhan por su amabilidad —repuso—. Y podéis decir a la dama Phereniq que acepto gustosa su invitación.

Se encontraron a la mañana siguiente junto a una de las puertas laterales del palacio. El sol se elevaba por un deslumbrante cielo sin nubes, y el calor seco del verano era ya muy fuerte. *Grimya* acompañó a Índigo; aunque la temperatura no era precisamente la que más le gustaba se había negado a considerar toda sugerencia de que se quedara en palacio.

Phereniq la esperaba a la sombra de una higuera junto a la muralla. Iba vestida con una amplia túnica de seda de diseño khimizi, y llevaba un bastón de caoba incrustado en plata. Se saludaron cortésmente pero con cierto embarazo; Índigo, que todavía sospechaba alguna intención oculta, no estaba dispuesta a ofrecer una amistad sin reservas hasta que no viera cómo estaban las cosas, y la otra mujer reaccionó a su reserva con cautelosa formalidad.

—El Takhan ha sugerido que tomáramos una litera hasta el templo —dijo—, pero respondí que en un día tan espléndido como éste prefería andar. Espero que no os importe...

—En absoluto. —De modo que él sabía de su encuentro.

Atravesaron la puerta, y salieron a una amplia avenida cuyos árboles, plantados muy cerca unos de otros, facilitaban una agradable sombra. Dos gatos salieron disparados al ver a *Grimya,* pero aparte de ellos la avenida estaba tranquila, y, al igual que el mismo palacio, extrañamente indemne de los horrores de los últimos días, Índigo recordó su primera, terrible visión de la ciudad con las desastrosas secuelas de la batalla, y dirigió una rápida mirada a Phereniq.

Librodot

—¿No tenéis miedo de salir sin escolta?

—¿Miedo? —Los ojos de Phereniq, que, como pudo observar, eran de un cálido tono castaño, se clavaron en su rostro con bondadoso regocijo—. No, no tengo miedo. —Hizo un gesto con su bastón para indicar a su espalda, e Índigo volvió la cabeza por encima del hombro.

Dos hombres de piel oscura las seguían, manteniendo una discreta distancia. Iban armados con cuchillos y ballestas, y aunque su comportamiento era desenfadado su propósito era evidente.

—Tengo mis leales perros guardianes, como vos tenéis al vuestro —repuso Phereniq—. No os preocupéis; no nos molestarán, y no atraerán la atención sobre nosotras. Son simplemente una precaución.

—Una muy sensata.

—Quizá. —De nuevo apareció aquella curiosa media sonrisa—. Aunque creo que encontraréis la ciudad menos amenazadora de lo que imagináis.

Siguieron avanzando. Poco a poco la tranquilidad y el silencio empezaron a dar paso a la actividad y a un creciente murmullo de sonidos entremezclados a medida que se acercaban al final de la avenida y llegaban a las calles más pobladas de Simhara. Allí había más gente de la que Índigo había esperado encontrar, y, a pesar de que khimizi e invasores por igual se mezclaban en las vías públicas, vio pocas señales de tensión u hostilidad. Comprendió, con curiosa fascinación, que la vida en Simhara empezaba ya a regresar a la normalidad. Y tras su veloz, completa y brutalmente eficiente conquista, daba la impresión de que Augon Hunnamek hacía todos los esfuerzos posibles por reparar los daños que su ejército había ocasionado. Los cadáveres de ambos bandos hacía tiempo que habían desaparecido; todos los escombros, con excepción hecha de algunos pocos restos que aún quedaban, habían sido retirados de los caminos enlosados; y entremezclados con los sonidos más mundanos de la ciudad se escuchaba el ruido de martillos y sierras y los gritos de los hombres que se dedicaban a reconstruir las casas destrozadas y las fachadas derrumbadas. Pero ahora ya no había cuadrillas de esclavos, ni sombría labor; de hecho la mayor parte de las figuras de trabajadores que Índigo vio pertenecían más a invasores que a habitantes de Khimiz. Y en la principal de las muchas plazas de Simhara, los toldos de seda volvían a estar en sus lugares, y —aunque en pequeño número todavía— unos pocos comerciantes se sentaban en sus alfombras bordadas y anunciaban sus mercancías a todo el que pasaba.

Índigo oyó una suave risita ahogada junto a su hombro, y se volvió para ver a Phereniq que la observaba.

—¿Estáis sorprendida? —inquirió la astróloga.

Índigo sacudió la cabeza, no como negativa sino para indicar su confusión.

—No esperaba tanto... orden.

—Ni la pacífica reanudación de la vida cotidiana, ¿verdad? —La astróloga paseó su mirada por la plaza con, eso fue lo que pensó Índigo, un aire satisfecho y vagamente posesivo—. No sois la única en caer en ese error, Índigo. La gente de Khimiz tiene mucho que aprender sobre su nuevo Takhan.

Su voz era afectuosa y un poco ardiente cuando habló de Augon, e Índigo captó una insinuación de algo más que respeto en su tono. Consciente de que se trataba de la primera de las claves que buscaba, decidió incitar a su compañera a que continuara, pero Phereniq no necesitaba que la empujaran.

Librodot

—La gente espera que su nuevo señor sea un bárbaro —siguió con algo más que una sombra de acritud—. Pero pronto descubrirá que está equivocada. Augon puede que sea un guerrero, pero desde luego no es un bárbaro.

Apareció de nuevo aquel orgullo defensivo, Índigo no dijo nada.

—Mirad a vuestro alrededor. —Phereniq indicó la escena con un movimiento de su bastón—. Nuestro ejército y los ciudadanos de Simhara codo con codo. ¿Veis lucha? ¿Veis hostilidad? ¿Veis odio? No; no lo veis. Lo que contempláis es a hombres que trabajan por una causa común: devolver a Simhara su belleza. Y eso es exactamente lo que Augon quiere, porque sus deseos y los deseos de todos los khimizi son una misma cosa.

Fue un discurso lleno de pasión, e Índigo no supo cómo responder sin arriesgarse a parecer escéptica o condescendiente. Decidió que una discreta honestidad podría resultarle más conveniente, y por eso repuso:

—Comprendo lo que queréis decir. Pero ¿creéis que todos los khimizi lo verán de esa forma? No podéis negar que Augon es, después de todo, un usurpador.

—Sí, lo es. —Phereniq la miró de soslayo, *y* sonrió—. No temáis ofenderme con vuestra franqueza, Índigo. Soy tan realista como vos: pero también poseo la ventaja de saber qué nos depara el futuro.

—¿En vuestra calidad de vidente?

—Exacto; aunque mi visión proviene de la ciencia que estudia las estrellas más que de una auténtica clarividencia. Pero yo hablaba en un sentido más mundano. —La sonrisa adquirió un tinte de superioridad—. Como consejera y astróloga de Augon, comprendo sus intenciones mejor quizá que cualquier otra persona. ¿Sabéis?, Augon valora por encima de todo las cualidades más refinadas de la vida. Arte, música, belleza, erudición, invención: todas las cosas que son el epítome de la cultura khimizi. Para él, Khimiz no es tan sólo una conquista; y para los khimizi él no será simplemente un conquistador, sino un gobernante cuyo amor por todo lo que representa Khimiz es igual al de ellos. —Sus ojos adoptaron una curiosa mirada distante—. Augon Hunnamek gobernará con justicia y sabiduría, y bajo su liderazgo Khimiz alcanzará tal apogeo en su prosperidad y gloria que se convertirá en la envidia del mundo.

Índigo la miró fijamente, estupefacta ante el tono de enojo de su voz. Entonces, antes de que pudiera pensar una respuesta apropiada, la voz mental de *Grimya* se introdujo suavemente en su cerebro.

«Ama al usurpador, como la hembra ama, al macho, aunque él no es su compañero. Lo veo en su mente. Y ello le causa una gran pena. Eso, creo, es lo que hace que se levante tan rápidamente en su defensa.»

Una sencilla observación, como sucedía tan a menudo; sin embargo, *Grimya* había dado con el fondo de la cuestión con su infalible instinto, Índigo miró de nuevo a Phereniq, y se preguntó cómo podía haber sido tan estúpida y no haber observado aquellas señales tan evidentes. Actitud defensiva, como había dicho la loba. Se enorgullecía de Augon Hunnamek, pero a la vez se ocultaba una cierta amargura tras ello, como si en un rincón de su cerebro que ella se negara a reconocer, Phereniq se sintiera ofendida por las emociones que la dominaban.

Y, al recordar la ardiente mirada especulativa de los ojos de Augon cuando los suyos se encontraron con los de él por primera vez, Índigo empezó a comprenderla un poco mejor.

Caminaron en silencio durante un rato, e Índigo se encontró contemplando a su compañera bajo una nueva perspectiva. Se dio cuenta de que era mayor de lo que había parecido bajo la tenue luz de la habitación del palacio; la fuerte luz del sol revelaba la verdad con mayor

crueldad, resaltaba las canas de sus cabellos y las líneas de su rostro. Y el bastón no era un capricho; aunque parecía gozar de buena salud, el paso de Phereniq era un poco envarado y el bastón le proporcionaba un cierto apoyo. Pero su boca tenía una expresión amable y en sus facciones se apreciaba la compostura propia de la sabiduría. Debía de haber sido muy hermosa en su juventud, y resultaba difícil imaginar que pudiera estar realmente enamorada de un hombre como Augon Hunnamek, que parecía ser su antítesis casi en todos los aspectos.

Se acercaban ya al puerto de Simhara, y el fuerte olor a mar se mezclaba con los olores de la ciudad. Aunque aún no podían ver el agua, la luz del sol iba tomando un brillo diamantino que por un instante hizo que Índigo se sintiera como si estuviese de regreso en la cubierta del *Kara-Karai* bajo un enorme cielo despejado. Sonrió melancólica sin darse cuenta, y Phereniq dijo:

—¿Os entristece algo?

—¿Qué? Oh! no. Era tan sólo un recuerdo.

—Me alegro. Éste no es un día para tristezas.

Índigo no pudo por menos que darle la razón. Esta parte de Simhara, que era la más alejada del desierto, apenas si había sido tocada por el asedio y los combates, y por lo tanto había pocas señales de los daños causados en otras partes. A pesar de su poderío comercial, Khimiz no poseía una fuerza naval militar importante; países más pequeños como Davakos o incluso las Islas Meridionales siempre podían facilitar navíos de guerra para proteger las flotas mercantes, y los prudentes comerciantes de Simhara estaban de acuerdo en que incluso los honorarios más generosos por tales servicios resultaban más baratos que el coste de mantener toda una armada. De esta forma, se daba el caso de que casi todos los días del año el enorme puerto natural de Simhara se veía lleno de barcos de todo tipo procedentes de todas las partes del mundo, desde los enormes cargueros de velas cuadradas, pasando por trirremes y galeones, hasta los navíos de guerra de escolta de una docena de países diferentes. Pero a medida que la calle empezaba a ensancharse y aparecía ante ellas el resplandor, se hizo evidente una gran diferencia entre este día y cualquier día corriente: el puerto estaba casi vacío.

Índigo y Phereniq llegaron al final de la calle, y se detuvieron mientras toda la panorámica del gran puerto se desplegaba ante ellas. Resultaba una visión impresionante: una amplia media luna enlosada de gran tamaño se extendía a ambos lados, flanqueada por imponentes edificios de pórticos, mientras avanzando en dirección al mar toda una red de escalinatas y rampas descendía hasta los muelles. El puerto en sí era gigantesco, dividido en secciones mediante espigones de piedra que se adentraban orgullosos en el mar; pero la tranquila superficie azul-verdosa de las aguas se veía alterada tan sólo por los cascos de apenas media docena de navíos costeros anclados en ellas. Los bergantines, los trirremes, los galeones, los buques de guerra, se habían ido.

—Las flotas mercantes y sus escoltas antepusieron el pragmatismo a la lealtad, según tengo entendido, y zarparon cuando se inició el asedio —comentó Phereniq con frialdad—. Ya se ha hecho correr la voz de que no tienen nada que temer; no creo que tarden en regresar.

Se volvió, mirando a derecha e izquierda y pareció embeberse en la atmósfera como si se tratara de un buen vino añejo. A pesar de la falta de embarcaciones, la enlosada media luna estaba atestada de gente, y el sol caía sobre un vivido panorama de formas que se movían, de colores que se entremezclaban, en medio de un zumbido de actividad.

—¡Hay tanto que ver! —siguió—. Podría quedarme aquí todo el día simplemente

Librodot

contemplando todo este bullicio. —Pasó su brazo libre alrededor del de Índigo en un gesto sociable—. No obstante, debemos resistir la tentación y dirigirnos al templo. Según se me ha dicho está a muy poca distancia de aquí.

Índigo dejó que la introdujera entre la multitud, con *Grimya* a su lado. A los pocos minutos llegaron a un lugar donde los edificios que bordeaban la media luna daban paso a una amplia escalinata que ascendía hasta una gran plaza semicircular, y ante ellas apareció el Templo denlos Marineros.

Índigo no pudo hacer otra cosa que contemplarlo llena de asombro. Los peldaños, que estaban tallados en mármol del color de la espuma marina, conducían la mirada hacia las enormes puertas dobles que permanecían eternamente abiertas. El templo se curvaba triunfante hacia el cielo, y cada centímetro de sus paredes exteriores estaba esculpido con imágenes del océano; olas enroscadas con enrejados rebordes de espuma, bancos de relucientes peces de cuarzo, delfines saltando exuberantes. Incluso caía agua auténtica por entre las esculturas y formaba centelleantes cascadas que creaban una sorprendente sensación de vida. Y coronando el techo, una gigantesca cúpula de brillante cristal refulgía como si se tratase de un enorme diamante.

Los dedos de Phereniq se cerraron con fuerza sobre el brazo de Índigo, y cuando ésta volvió la cabeza —aunque era casi imposible poder apartar la mirada del templo— vio que el rostro de la astróloga estaba como embelesado y sus ojos brillantes.

—No me había dado cuenta. —La voz de Phereniq era un suspiro; luego, con un gran esfuerzo, consiguió salir de aquella especie de trance y se obligó a clavar la mirada en el pavimento a sus pies—. Había oído hablar de su belleza, pero... —Sacudió la cabeza, incapaz de expresar lo que pensaba.

¿Belleza?, pensó Índigo. Sí, las historias que había oído eran auténticas; debía de tratarse de la cosa más bella jamás creada por la mano del hombre. Pero el templo le hablaba de otra forma, de una forma más profunda. Y le decía: *Paz.*

En su mente volvió a ver unos dorados ojos lechosos, unos cabellos castaños como el cálido suelo del bosque, una capa de hojas verdes recién salidas. El rostro del emisario de la Madre Tierra apareció en su mente, y percibió la agridulce sensación mareante del dolor de la Gran Diosa, y la cólera y el pesar que habían perseguido sus sueños durante tanto tiempo. Se sintió invadida por un deseo de correr escaleras arriba y a través de las siempre abiertas puertas, para arrojarse boca abajo sobre el suelo del templo y pedir la paz que sabía se encontraba en su interior, entregarse a la misericordia de la Gran Madre y suplicar el perdón.

Perdón. Su mente se vio arrojada bruscamente de regreso a la realidad cuando la palabra se alojó en su cerebro. No era perdón lo que buscaba: la Gran Madre se lo había concedido hacía mucho tiempo, aunque de una forma llena de ironía, cuando el emisario había tomado su mano y la había alejado de la carnicería de Carn Caille. Ansiaba *liberarse.* Liberarse de su vagabundeo, de su búsqueda, de su lucha. Liberarse de la maldición que había traído sobre sí misma y sobre el mundo.

Y el hechizo del templo se_ rompió cuando algo en el interior de la conciencia de Índigo le recordó, como lo había hecho tantas veces antes, que la llave de su liberación estaba en sus propias manos, y que así era la única forma en que podía ser.

Hasta que esté terminado, Índigo. Hasta que esté terminado.

La nítida escena que tenía ante ella volvió a aparecer ante sus ojos, y sintió la dureza de las losas bajo sus pies, la débil presión del brazo de Phereniq contra el suyo, el contacto del pelaje

de *Grimya.*

—... si no os importa esperarme.

No había prestado atención a las palabras de Phereniq, y se volvió, parpadeando confusa al regresar a la realidad.

—Lo siento..., ¿qué decíais?

Phereniq la observó con cierta curiosidad.

—Los vendedores de ofrendas. He traído las mías, pero me gustaría ver qué es lo que tienen.

El resto del miasma que envolvía a Índigo se disolvió, y se dio cuenta de que entre el gentío de la escalinata del templo había algunos buhoneros que vendían pequeños objetos para que los visitantes los ofrecieran en el Templo de la Madre del Mar. Phereniq se dirigía ya hacia ellos, e Índigo, con paso un poco inseguro, la siguió. Phereniq se agachó en mitad de la escalinata para hablar con un ciego sentado sobre una estera de algodón. Cuando Índigo llegó a su lado, Phereniq alzó la cabeza, con ojos brillantes.

—¡Mirad esto! ¡Está tan bien hecho...! ¿Habéis visto alguna vez algo parecido?

El ciego había tallado unos barcos diminutos que iban montados sobre ruedas y se arrastraban mediante cintas de colores. Los modelos eran birremes, y al moverse, las dos hileras de remos en miniatura se balanceaban arriba y abajo.

—Tengo que comprar uno —anunció Phereniq—. Para la pequeña Infanta.

—¿La Infanta? —Índigo se quedó perpleja.

—La Takhina-Infanta. Para Jessamin. —Y de repente arrugó la frente—. Ah, pero claro. Aún no lo sabéis, ¿no es así?

—¿Saber qué?

Phereniq vaciló, luego su expresión cambió de repente otra vez y forzó una sonrisa.

—Todo a su debido tiempo —dijo—. Hay muchas cosas que explicaros, pero éste no es el lugar apropiado para ello. —Sacó un portamonedas de debajo de su túnica, hurgó en su interior con cierta torpeza y entregó al buhonero ciego una zoza entera; cuatro veces el valor del pequeño juguete de madera—. Ahí tienes, artesano. Y ahora, amiga mía, debemos seguir. —Y se apresuró escaleras arriba.

Índigo hizo intención de seguirla, pero de pronto el ciego le habló:

—Un regalo para vos, señora.

Su voz era débil, a pesar de que no era viejo; y sus palabras eran una afirmación, no una pregunta, Índigo se volvió, y vio que le tendía lo que parecía una tela de araña delicadamente trabajada en la que relucían diminutas figuras de bronce.

—Huelo el mar en vuestros cabellos, señora, y ¿qué mejor regalo podría darle un marinero a la Madre del Mar que una red con la que adornar su nave?

La tela de araña estaba hecha de delicado hilo metálico, y las diminutas figuras de bronce eran peces, cada escama cuidadosamente modelada, y con pedacitos de zircón brillando en sus ojos, Índigo la contempló con admiración, y el ciego sonrió.

—Una red para recoger el regalo del mar, señora. Uno de los Tres Regalos que venera la leyenda. ¿Y quién si no la Madre conoce qué otra cosa puede atrapar cuando llegue el momento?

Índigo sintió una extraña opresión, como una mano inhumana y gélida que se aferrara a su columna desde dentro. Una insinuación, nada más. Pero...

«Cómprala.» Grimya levantó los ojos hacia ella, y el mensaje de la loba era categórico y

Librodot

apremiante. *«No sé por qué. Pero debes hacerlo.»*

Rebuscó en sus ropas en busca de la bolsa de las monedas, sintiendo de pronto que era más bien ella y no el buhonero el que estaba ciego.

—¿Cuánto es? —Su voz tembló.

—Lo que queráis, señora. Lo que la Madre desee a través de vos.

Sus dedos se cerraron sobre una moneda; no sabía su valor ni le importaba. Cambió de manos, y la muchacha sintió el contacto metálico y sedoso de la red mientras el buhonero la colocaba alrededor de su brazo.

—Que la Madre nos dé su bendición —dijo el hombre—. O estamos perdidos.

La piel de Índigo se quedó helada bajo el deslumbrante calor del sol, y giró sobre sus talones para correr tras Phereniq.

Librodot

CAPÍTULO 7

—He oído que por la noche, cuando sale la luna, la cúpula refleja su luz como un faro para llamar a los barcos que están en el mar. —Phereniq hablaba con gran respeto y su voz resonaba en una ahogada cascada de murmullos a través de la elevada cúpula del templo.

Índigo no contestó. Estaba de pie, inmóvil sobre el suelo de mármol, con los ojos levantados hacia el santuario, y se había quedado sin palabras. Había encontrado a Phereniq aguardándola junto a las puertas del templo, y juntas se habían sacado los zapatos y atravesado el estanque poco profundo y salpicado de flores que se extendía ante la entrada, para salir al fresco interior iluminado por una luz verdosa y encontrarse por fin ante ese increíble símbolo de la generosidad de la Madre del Mar.

El altar tenía la forma de un barco gigante. Lo sostenían unos pilones de mármol, y su casco estaba hecho de nueve clases diferentes de maderas nobles, que ahora, cientos de años después, eran casi invisibles bajo una capa de joyas y metales preciosos. Tres mástiles se elevaban hacia la cúpula del templo, adornados con toda una red de aparejos, y unas velas blancas de seda brillaban con misteriosa belleza en la penumbra. Junto al barco descansaba una enorme áncora apoyada en el suelo, tallada en madera y pulimentada hasta hacerla relucir, y sujeta al casco por una cadena pesada y exquisitamente forjada. Y en la proa un mascarón en forma de una mujer de mirada furiosa, brazos extendidos hacia adelante, cabellos ondeantes, y boca abierta como si entonara una canción interminable a las tempestades; sus devotos la habían adornado con guirnaldas de flores, colgado brazaletes de sus brazos extendidos, coronado y envuelto con cintas de seda. A la vista de aquella serena figura que volaba delante del barco, Índigo había olvidado la extraña alusión del buhonero ciego, y olvidado también las enigmáticas palabras de Phereniq y sus propias dudas y temores, y sintió algo parecido a la paz que había ansiado fluyendo en su interior. No podía durar —sabía que no podía ser así—, pero mientras el hechizo se mantuviera sobre ella, no quería más que sumergirse en él.

El templo estaba atestado de gente; una multitud mucho mayor, supuso Índigo, de lo que era normal, y una clara indicación de que bajo la tranquila superficie de Simhara aún acechaba una gran cantidad de temor e inseguridad a pesar de haberse restaurado el orden. Los servidores del templo —en su mayoría, según había oído decir, marinos retirados— se movían silenciosos entre la multitud, pasando por aquí y por allá para sonreír y contestar a una pregunta o guiar a alguna persona a la que fallaban las fuerzas hasta el altar, Índigo y Phereniq se vieron arrastradas por la multitud, hasta que llegaron a la escalera que las conduciría a la cubierta del barco.

La forma de efectuar una ofrenda en el Templo de los Marineros era muy hermosa en su simplicidad. Desde la creación del templo, todos los regalos ofrecidos a la Madre del Mar habían sido hechos en forma de algún adorno, grande o pequeño, para realzar el altar; así pues cada una de las partes del barco estaba cargada de ofrendas, desde fastuosas joyas cubriendo el casco, hasta faroles y cabos y gallardetes, e incluso insignias y clavos de madera tallados toscamente pero con mucho amor por los marineros más pobres. De pie sobre la cubierta, con las multitudes del templo como un mar sordo y móvil en la tenue luz a sus pies, Índigo levantó la mirada hacia las imponentes velas y sintió cómo una extraña y estimulante mezcla de respeto y familiaridad corría por su interior. A su lado, también *Grimya* levantó los ojos, y

Librodot

habló con suavidad a su mente:

«Hace que me sienta como si estuviera, de nuevo en el océano. Pero hay algo diferente aquí. Fuerza. Poder. No encuentro la palabra exacta... pero es una sensación agradable, como mando navegábamos con Macee pero aún más fuerte.»

Índigo había pensado en Macee, y recordó su promesa de decir una oración por la diminuta davakotiana y su tripulación. Sonrió a *Grimya,* y cruzó la cubierta hasta la barandilla de estribor, donde otro peregrino antes que ella había colocado una gruesa red de pesca de la que pendían unos flotadores de cristal verde. Phereniq, observó, estaba de pie junto al palo de trinquete, la cabeza inclinada sobre algo que sujetaba entre_ ambas manos mientras sus labios se movían en silencio; Índigo la contempló por un instante, luego se agachó sobre el suelo. Por un momento volvió a su mente el rostro del buhonero ciego, y escuchó de nuevo sus palabras: *Una red para recoger el regalo del mar. ¿Y quién si no la Madre conoce qué otra cosa puede atrapar cuando llegue el momento?*

Un soplo de aire frío pareció atravesarla, como si algo invisible hubiera arrojado su sombra sobre ella por un brevísimo instante. Una red para recoger el regalo del mar... y el ciego se había referido, de forma indirecta, a una leyenda que Índigo había aprendido en su infancia: los Tres Regalos de Khimiz. De todos los muchos tesoros de Khimiz, los principales y de más valor eran tres objetos de oro: una red, un tridente y un áncora. Se decía que la mismísima Madre del Mar en persona había entregado aquellos regalos a Khimiz como símbolos de Su bendición sobre el país; la red como señal de fecundidad, el tridente como señal de fuerza, y el áncora como señal de estabilidad: esas tres cosas eran los cimientos sobre los que descansaría para siempre la paz y la prosperidad de aquella tierra. Durante siglos los Tres Regalos se habían guardado y protegido celosamente en un santuario interior del Templo de los Marineros, del que eran sacados y exhibidos sólo para las ceremonias más solemnes. ¿Qué sería, se preguntó Índigo con un escalofrío interior, de aquellos dones ahora que Khimiz había caído en manos de un usurpador? Y las extrañas palabras del buhonero ¿habrían estado conectadas, de alguna forma sutil, con su propia misión?

«¿Índigo?», preguntó *Grimya* con suavidad en su cerebro. *«¿Qué sucede?»*

Ella sacudió la cabeza.

«No lo sé. A lo mejor nada; fue un pensamiento aislado, una sensación...» Pero no pudo expresarlo en palabras.

«.Haz la ofrenda», siguió la loba. «*Es lo apropiado.»*

«Si.»

Pasó los dedos por última vez sobre la red y sus brillantes peces de bronce; luego, con mucho cuidado, extendió su regalo sobre el cincelado costado del barco, al tiempo que intentaba quitarse de encima y olvidar su inquietud. Cerró los ojos, sintió cómo los pensamientos de *Grimya* se fundían con los suyos, y juntas permanecieron inmóviles por algunos minutos en silenciosa devoción. Poco a poco, la calma invadió a Índigo, las dudas dieron paso a un caleidoscopio de otras emociones: amor, tristeza, temor, esperanza... y por fin un fortalecimiento silencioso de la sensación de paz que había experimentado al entrar en el templo. Cuando por fin abrió los ojos de nuevo, por un momento se sintió como si se encontrara en algún lugar entre la tierra y otra mundo, menos tangible pero inefablemente hermoso; la sensación se desvaneció al instante, pero su imagen tino su visión cuando, muy despacio, se puso en pie y se dio la vuelta.

Phereniq también había terminado sus oraciones, y la esperaba de pie. El rostro de la

astróloga mostraba una expresión de éxtasis como si también ella se hubiera sentido conmovida hasta lo más profundo de su ser por lo que había experimentado. Cuando Índigo irrumpió en su campo visual la mujer parpadeó con rapidez, como si saliera de un trance. Su rostro se iluminó con una sonrisa que era a la vez infantil y triste, y de repente Índigo sintió pena por ella. Pero no dijo nada, se limitó a tomar su mano mientras iniciaban el descenso hacia el suelo del templo.

Ninguna de las dos habló mientras abandonaban el templo.

Salieron a la luz del sol que las deslumbre, y se detuvieron por unos minutos en lo alto de la escalinata para permitir que sus ojos se adaptaran al resplandor. Por fin, Phereniq rompió el silencio.

—Bien, Índigo —dijo en voz baja—. ¿Qué haréis ahora?

Índigo flexionó los desnudos dedos de los pies sobre las «alientes losas, y miró en dirección al puerto y al mar que si extendía más allá.

—Lo que siempre tuve intención de hacer. Buscar otro barco.

Se produjo una larga pausa. Luego la mujer volvió a hablar:

—¿Tan pronto?

¿La estaba sondeando? ¿O era ésta una primera insinuación de la segunda intención que Índigo sospechaba se encontraba detrás de la excursión de aquella mañana? Adoptando una actitud despreocupada, Índigo se encogió de hombros.

—No tengo ningún motivo para permanecer en Simhara. A pesar de lo hermosa que es, *Grimya* y yo tenemos que comer.

—No obstante parece como si lo lamentarais.

Sonrió ligeramente y repuso:

—¿Y quién no lo haría?

Empezaron a bajar la escalinata. Discretamente, Índigo buscó al buhonero ciego; pero parecía que o bien había abandonado la plaza o se había trasladado a otro puesto. Entonces, cuando estaban casi al final de las escaleras, Phereniq dijo de repente:

—Índigo... esta noche va a celebrarse un pequeño banquete en el Patio Blanco del palacio. No se trata de ningún gran acontecimiento; simplemente una pequeña celebración y acción de gracias en honor del Takhan y sus Consejeros más íntimos. ¿Asistiréis como mi invitada?

Puede que se tratara de su imaginación, pero Índigo tuvo la impresión de que la piedra-imán empezaba a palpitar de repente bajo su corpiño. Miró a Phereniq, su expresión tranquila en total contraste con el pulso acelerado de su corazón.

Su instinto le decía que había más detrás de esta invitación al parecer casual de lo que saltaba a la vista, y una vez más percibió la mano de Augon Hunnamek revolviendo el caldero. Aquello podía conducirla, lo sabía, a aguas cenagosas y nada seguras; pero si sus sospechas eran ciertas, no tenía otra elección que nadar hacia donde la corriente quisiera llevarla.

—Gracias, Phereniq —contestó—. Será un gran placer.

—Índigo. —Augon Hunnamek le tendió una mano en un gesto cortés, y le dirigió una sonrisa de depredador—. Esta noche, tu belleza honraría la mesa del más importante de los reyes. Por favor, hazme el honor de sentarte aquí junto a mí.

Desde su lugar a pocos metros de distancia, Phereniq levantó los ojos, y bajo su orlada toca de malla de oro sus ojos brillaron con frío interés, Índigo inclinó la cabeza, no sabiendo cómo

Librodot

contestar a aquel desenvuelto cumplido, y dejó que el tirano la condujera al grupo central de sofás.

Se había dispuesto el banquete a la manera tradicional khimizi, sin una llamativa formalidad pero sin embargo siguiendo un orden estricto. Alrededor del estanque central del Patio Blanco se habían colocado a intervalos unas mesas bajas colmadas de manjares exquisitos, y también se habían sacado sofás y almohadones para que los invitados estuvieran cómodos; sofás para los rangos superiores, almohadones para los menos favorecidos. Brillaban las lámparas junto a la orilla del estanque y entre los arbustos, y el perfume entremezclado de la madreselva y el jazmín flotaba embriagador en el aire inmóvil. En el extremo opuesto del patio, separados de los invitados por un enrejado, tres músicos proporcionaban un melodioso pero discreto fondo musical.

Había unas veinte personas presentes, e Índigo se sorprendió al ver al menos a cuatro khimizi entre ellas, uno de los cuales era el joven de la cicatriz en el rostro. Al parecer, el traidor de Agnethe había progresado con rapidez al servicio de su nuevo amo; de mensajero a cortesano en el corto espacio de tres días. La mirada del joven se encontró con la de ella; su expresión mezclaba especulación con una sensación de sentirse perseguido que ella interpretó como culpabilidad, y, fría y deliberadamente, Índigo le dio la espalda.

Se sentó, extraña y limitada en el formal traje cortesano que Phereniq había insistido en prestarle para la ocasión. Augon le soltó los dedos con un último apretón, luego se volvió para extender ambas manos. Todos lo miraron.

—Ahora que todos mis amigos están reunidos —dijo en khimizi—, podemos dar comienzo a nuestra fiesta. Comed cuanto podáis, bebed lo que queráis, disfrutad de todo lo que os rodea y de la mutua compañía. Y demos gracias a la Madre de todos nosotros por los dones que ha concedido.

Índigo pensó que había sonreído a los reunidos con un toque de arrogante y secreta diversión, a pesar de que la luz de la lámpara era engañosa; luego repitió el parlamento en lo que ella dedujo debía de ser su lengua materna.

Los invitados, khimizi e invasores a la vez, agradecieron con inclinaciones de cabeza la prioridad de idioma. Cuando Augon se sentó, los músicos ocultos cambiaron su melodía por otra más alegre y el banquete dio comienzo.

Durante las siguientes cuatro horas se bebió y comió en cantidad: el primer plato fue seguido de bandejas de frutas y bizcochos traídas por criados que andaban sin producir ruido. Con gran alivio por parte de Índigo, Augon no hizo el menor intento de monopolizarla; sencillamente intercambió con ella algunas bromas intrascendentes antes de volverse hacia el resto de los invitados, y como nadie más reclamó su atención la muchacha pudo concentrarse en sus impresiones personales de la celebración.

Se trataba, tuvo que admitirlo, de una reunión muy civilizada, que corroboraba la defensiva insistencia de Phereniq de que Augon Hunnamek no era ningún bárbaro. Quizá para el criterio de los más rancios aristócratas de Khimiz, la conversación de esta noche sería considerada banal y la vestimenta y protocolo de los invitados algo burdo; pero no había duda de que los invasores, inspirados por su señor, se adaptaban deprisa y con gracia a las costumbres del país que habían conquistado y adoptado.

Se preguntó sobre el país del que procedería Augon. Todo lo que hasta ahora hacía podido averiguar de sus orígenes era que había nacido en una región escarpada y montañosa situada muy al este del desierto del Palor, y que había iniciado su carrera militar como soldado

mercenario en el ejército privado de un señor de gran fortuna. Los conocimientos de geografía de Índigo eran limitados, pero siempre había considerado a las zonas más alejadas del continente oriental como lugares atrasados y desorganizados, una región de agitadores mezquinos y autoproclamados principios hinchados de orgullo. Si eso era así, entonces había dado origen a un caso curioso en Augon Hunnamek; un personaje cuyas ambiciones —por no mencionar habilidades— habían sobrepasado en mucho a las de sus antiguos señores, e ido más allá de lo que su país podía ofrecerle.

Y un anfitrión ideal para un poder diabólico cuyo único propósito era traer el caos al mundo...

La gente empezaba a dar vueltas, observó de repente; parecía como si según una especie de protocolo tácito las formalidades del banquete hubieran finalizado y los invitados empezaran a relajarse. Phereniq se había levantado de su asiento, y mientras los sirvientes avanzaban para llevarse los últimos platos de comida dio un paseo por la terraza para ir a reunirse con Índigo.

—Bien —sonrió Phereniq— ¿Os gusta vuestra primera experiencia de la vida cortesana en Simhara?

Índigo le devolvió la sonrisa.

—¿La *nueva* vida cortesana, queréis decir?

—¡Oh! No es tan diferente de la anterior, según tengo entendido. En cuanto a mí, desafío a cualquiera a que no se sienta seducido por tan elegante opulencia.

Índigo se echó a reír.

—Estoy de acuerdo.

—¿Lo estáis? —Los ojos de Phereniq se avivaron con renovado interés—. ¿Entonces esta vida podría tener algún atractivo para vos?

Índigo vaciló.

—Ésa es una pregunta muy extraña.

—Es posible. Pero mucho depende de la respuesta.

Sin embargo, antes de que Phereniq pudiera decir nada MUS, Augon Hunnamek se puso en pie y dio unas palmadas para solicitar la atención de los reunidos. Los músicos se detuvieron a mitad de la melodía, y en medio del silencio que siguió, Augon tomó la palabra.

—Amigos míos. —De nuevo se dirigió a ellos en khimizi—. En este punto de nuestra celebración, deseo presentaros a un invitado especialmente honrado y querido.

Hizo un gesto hacia la arcada que daba acceso a la terraza, y, siguiendo su indicación al igual que los otros, Índigo vio salir a alguien de entre las sombras de la puerta en forma de arco. Una mujer, vestida con elegancia pero sin ninguna joya, el rostro cubierto por un velo: la manera khimizi de indicar que era la criada, pero de alto rango; llevaba algo en los brazos, e Índigo vislumbró un chal con un reborde dorado, vio un casi imperceptible movimiento y escuchó un gorjeo infantil.

Volvió la cabeza con rapidez hacia Phereniq, y aunque su voz fue un murmullo dejó escapar un agudo tono de sorpresa.

—¿La hija de la Takhina?

Phereniq inclinó la cabeza.

—La Infanta Jessamin, hija de la Takhina *Viuda.*

El énfasis podría haber sido un reproche o una advertencia, Índigo no pudo decidirlo. Contempló cómo Augon se adelantaba y tomaba a una criatura de los brazos de la nodriza.

Librodot

Los invitados se reunieron a su alrededor, y cuando a cada uno de ellos por turno se le permitió contemplar a la niña, Índigo vio que todos habían traído algún pequeño regalo: un suave chal, un diminuto peine de carey, una pelota con pequeñas campanillas en su interior. Se trataba de una pequeña y peculiar ceremonia, informal y sin embargo indefiniblemente cargada de significado; pero Jessamin permaneció impasible hasta el final, para por fin regresar de nuevo a los brazos de su nodriza sin la menor protesta. La mujer hizo una reverencia ante Augon, luego se retiró, y Phereniq la contempló hasta que ella y Jessamin desaparecieron en el interior del palacio.

—Es una criatura de tan buen carácter... —Una débil mueca de tristeza apareció en los labios de Phereniq cuando ésta sonrió—. Ella ha puesto, por así decirlo, el sello definitivo a nuestro triunfo.

Sin comprender nada, Índigo estaba a punto de preguntarle qué quería decir cuando se dio cuenta de que Augon Hunnamek se acercaba a ellas. Inclinó la cabeza —fuera temerario o no, no podía resignarse a hacer una reverencia ante el tirano como hacían los otros— y Augon le sonrió. Bajo la suave luz nocturna, sus ojos brillaban salvajes en el oscuro rostro.

—Bien, Índigo. ¿Te gusta nuestra pequeña reunión?

—Mucho, señor. —Su voz era envarada.

—Me alegro. Mi única pena es que la Takhina Viuda declinó unirse a nosotros esta noche. Esperaba que ahora ya habría aceptado que aún tiene un importante papel a desempeñar en la corte, pero... Bien, no podemos hacer otra cosa que rezar para que el tiempo y el buen trato la hagan ceder. —Se volvió, chasqueó los dedos, y un sirviente se acercó a toda prisa con vino—. ¿Brindarás conmigo por la pequeña Infanta?

A Índigo no le gustó la perezosa familiaridad de su tono, pero difícilmente podía negarse. Augon, sin esperar su aprobación, le colocó una copa en la mano y sus dedos acariciaron ligeramente los de ella.

—Por Jessamin —anunció—. Infanta, y futura Takhina de Khimiz.

—Por Jess... —y las palabras murieron en los labios de Índigo al darse cuenta de lo que él había dicho. Lo miró asombrada—. ¿Futura *Takhina?*

—Pero claro —sonrió Augon—. Cuando Jessamin cumpla doce años, pienso hacerla mi esposa. —La sonrisa se convirtió en una risita apagada—. ¡Mi querida Índigo, tienes todo el aspecto de un fauno asustado! ¿Tan sorprendente es esta revelación?

Índigo se quedó sin habla. Era una maniobra tan evidente, y sin embargo no la había previsto. Una nueva dinastía fundada de la unión entre el intruso y el legítimo heredero del trono. Con el único descendiente del antiguo Takhan entronizado junto a él, era imposible que nadie se atreviera a discutir la legitimidad de las pretensiones de Augon Hunnamek.

Y si Augon era lo que ella creía que era, la idea de una criatura de doce años sujeta, mediante maquinaciones políticas, a todos su deseos y caprichos le provocaba ganas de vomitar. *El sello definitivo a nuestro triunfo,* había dicho Phereniq. Índigo dirigió una rápida mirada a la astróloga, pero ésta se negó a encontrarse con sus ojos, y en lugar de ello se dio la vuelta y, con estudiado aire de despreocupación, se alejó. A la luz de las lámparas su rostro aparecía macilento y envejecido.

Augon posó una mano sobre el hombro de Índigo, y ésta tuvo que ejercitar todo el autocontrol que pudo reunir para no echarse atrás. Aquellos invitados que habían estado cerca se habían alejado fuera del alcance del oído, tomando ejemplo quizá de Phereniq, y ahora Augon condujo a Índigo con suavidad pero implacable lejos del centro del patio, hasta que,

Librodot

con las sombras de las paredes cayendo sobre ellos, quedaron definitivamente solos.

—Ahora comprenderás por qué el bienestar de la Infanta me preocupa tanto —dijo Augon con suavidad—. A la criatura hay que criarla con gran cuidado hasta que esté en edad de casarse. —Bajó los ojos hacia ella, y sus ojos claros adoptaron de repente una expresión astuta—. Y esto me lleva a la cuestión de tu papel en la educación de Jessamin.

—¿El mío? —Índigo estaba perpleja...

—Desde luego. No me gustan los equívocos, de modo que no voy a malgastar palabras. Jessamin necesita una amiga y memora que la guíe durante su infancia y la prepare para su futuro papel. Al parecer, Agnethe ha decidido volverle la espalda a su propia hija, lo cual me apena personalmente. Pero no se pueden forzar estas cuestiones; hasta entonces y a menos que ella ceda, debo buscar a otra persona que ocupe el lugar que es suyo por derecho. —Su mano, que seguía aún sobre su hombro, lo apretó ligeramente; luego la soltó por fin—. Deseo que te quedes en palacio, como compañera y preceptor» de la Infanta.

Índigo lo miró con sorpresa. Cuando finalmente recuperó la voz, contestó:

—*Lo* siento... ¿Es esto acaso una broma que me hacéis?

—En absoluto. —Le sonrió, pero sin frivolidad—. La verdad es que comprendo tu perplejidad, mi querida Índigo; también yo me sentí muy sorprendido al principio. Pero creo que ya sabes que mi gente, al igual que los khimizi, da gran importancia a la ciencia de la adivinación en todas sus formas. Los augurios están perfectamente claros. Indican categóricamente que tú eres la compañera ideal para la Infanta... y ésta es recomendación suficiente para mí.

La muchacha no podía creer lo que oía.

—Pero..., yo no estoy capacitada para una tarea semejante; yo...

La interrumpió.

—¡Oh, pero yo creo que estás *muy* capacitada! Sea lo que sea lo que el destino te haya deparado en los últimos años, resulta evidente que no naciste para ser un vulgar marinero... y no hay necesidad de protestar de tu inocencia: me interesa el futuro, no el pasado. Ahora el destino ha hablado de nuevo, a través de las adivinaciones de Phereniq, y no necesito nuevas ratificaciones. El puesto es tuyo, si estás dispuesta a aceptarlo.

De modo que Phereniq —o, más correctamente, su astrología— estaba detrás de aquel extraordinario e inesperado acontecimiento. De repente, y con una terrible sensación de ironía, Índigo se dio cuenta de que se le concedía una solución a su mayor problema —el de quedarse cerca del palacio de Augon Hunnamek— sin que tuviera siquiera que buscarla. La idea la dejó helada, ya que la coincidencia era desde luego demasiado grande para ser casual. Algo manipulaba los acontecimientos, al parecer a su favor: pero si ese algo era amigo o enemigo era una cuestión sobre la cual prefería no pensar.

Augon volvió a hablar:

—Si crees oportuno rechazar mi oferta, que así sea; no lo tomaré a mal. Pero espero que no la rechazarás. Aparte de lo que las estrellas tengan que decir en el asunto, tu partida sería motivo de pena para mí.

Índigo levantó la vista hacia él y se encontró con sus ojos al tiempo que un escalofrío la recorría por dentro como una lenta y fría caricia. Necesitaba tiempo para tomar una decisión. Y aún más necesitaba desesperadamente el consejo de *Grimya.*

—Me... me siento honrada por vuestra invitación, señor —repuso con cuidadosa formalidad—. Pero necesitaré tiempo para considerarla. Si pudiera solicitaros vuestra indul-

Librodot

gencia por un día más...

—Desde luego: no podría esperar menos. —El carnívoro depredador había regresado a su sonrisa, y levantó la mano como si fuera a tocarla otra vez. Índigo dio un paso atrás involuntariamente, y la mano retrocedió—. Aunque me gustaría pensar, Índigo, que tu respuesta será favorable, y que nos aguarda una larga amistad. —Inclinó la cabeza, un gesto que combinó puntillosa cortesía con algo menos definible y, ella pensó, menos agradable—. Debo pasear entre mis invitados, o la gente empezará a hablar de mi predilección por tu compañía. —Vio cómo el rostro de ella enrojecía ante la burlona implicación, y la sonrisa adoptó una sombra de satisfacción—. Habla con Phereniq mañana. Hasta entonces, me sentiré encantado de extender mi continuada hospitalidad.

Se alejó, mientras ella lo seguía con la mirada y luchaba por contener una mezcla de furiosa bilis y deprimente inquietud. Le resultaba insoportable quedarse más tiempo en la fiesta. Quería huir a la intimidad de su habitación donde *Grimya* la esperaba, bañarse y quitarse la mancha que, de modo irracional, creía que había quedado en ella tras su encuentro con Augon. Y no quería hablar con Phereniq otra vez; no hasta que fuera capaz de pensar con mayor claridad.

Un sendero estrecho y enlosado recorría el extremo del patio hasta llegar a la puerta en forma de arco, Índigo miró por encima del hombro una vez más para asegurarse de que nadie la vería salir; luego empezó a andar a toda prisa, sin hacer ruido, junto a la embriagadora maraña de enredaderas en flor en dirección a la quietud del palacio iluminado por la luz de las lámparas.

Grimya aguardaba su regreso, y una vez Índigo se hubo bañado y cambiado sus vestidos de ceremonia por una amplia túnica, discutieron la proposición de Augon Hunnamek y lo que podía significar. *Grimya* estuvo enseguida de acuerdo con las sospechas de Índigo de que los acontecimientos de aquella noche eran más que una coincidencia, pero no era propio de ella ahondar demasiado en las cosas: prefería, simple y filosóficamente, aceptar los hechos y actuar de acuerdo con los dictados de su propio sentido común.

«No *es una cuestión de "por qué" sino de "qué"»,* dijo, recurriendo al lenguaje telepático para expresarse con más claridad. *«¿Qué es lo que te dice tu buen juicio? Escúchalo y te guiará mejor que cualquier otra cosa.»*

Índigo jugueteó con las cuerdas de su arpa con una mano, sofocando las notas con la otra para evitar que el sonido del instrumento la distrajera.

—Tienes razón, *Grimya.* No puedo discutir tu lógica. Pero no me gusta esta situación. —Se levantó, y paseó por la habitación en dirección al ventanal y al balcón situado al otro lado—. No me *gusta.*

«Nadie te pide que te guste. Ya lo sabíamos. Pero se nos ha dado una oportunidad, y no creo que importe de qué lado ha venido esa oportunidad. Tenemos una tarea que realizar, y debemos hacer todo lo posible por llevarla a cabo. Eso es todo lo que cuenta.»

—¿Entonces crees que debería aceptar la oferta del usurpador?

Grimya hundió la cabeza indecisa.

«No tengo derecho a tomar tal decisión.»

—Pero necesito tu consejo, —Índigo regresó, se agachó, tomó el hocico de la loba entre sus manos y clavó la mirada en sus ojos dorados—. Algunas veces ves las cosas con mucha más claridad que yo. Ayúdame, *Grimya,* por favor.

Grimya lanzó un apagado gañido y lamió los dedos de Índigo.

«Entonces... creo que deberíamos quedarnos. Creo que es nuestra única oportunidad de enfrentarnos al demonio. Pero eres tú quién debe tomar la decisión final.»

Y la amarga verdad era, se dijo Índigo más tarde, mientras yacía en su lecho y contemplaba el techo en sombras de su habitación, que no podía decidirse a tomar esa decisión, para bien o para mal.

En el suelo, junto a ella, *Grimya* dormía. No había habido nada más que decirse después de su conversación; Índigo había decidido pensarlo de nuevo por la mañana, pero secretamente sabía que el dilema no se desvanecería con el alba. Lo cierto era —cosa que no había querido admitir ante *Grimya*— que sentía miedo. No miedo de comprometerse a llevar a cabo la tarea que la aguardaba, sino miedo de quedarse en Simhara y de esta forma verse obligada a vivir con los dolorosos recuerdos que la ciudad le traía. Se sentía terriblemente avergonzada de aquel sentimiento, pero la vergüenza no era suficiente para erradicarlo. Todo lo que deseaba era darle la espalda a Khimiz y a todo lo que significaba, y huir de regreso al mar donde, por un tiempo, había podido olvidar los horrores del pasado y sentirse en paz.

El ventilador crujía monótono; el sonido resultaba irritante pero era preferible al sofocante calor de una noche de verano en Simhara. A lo lejos escuchaba los débiles sones de la música, intermitentes en la perezosa brisa; intentó concentrarse en ella, con la esperanza de que calmara su inquietud y le permitiera, al fin, caer en el sueño. Cerró los ojos, pero le escocían los párpados y uno de los almohadones del lecho le presionaba de forma molesta en la espalda; abrió los ojos otra vez y volvió la cabeza.

Por un momento, la oscura habitación pareció adoptar una dimensión adicional. Era un síndrome que conocía bien; la última alucinación consciente de una mente agotada antes de hundirse en las pesadillas. Pero estaba despierta. Desde luego que tenía que estar despierta.

Entonces, de repente, todo rastro de color en la escena se desvaneció para volverse gris, y su madre apareció en medio de la habitación.

Índigo abrió la boca en un horrible grito, pero ningún sonido salió de su garganta. Intentó incorporarse en el lecho, pero se encontró con que no podía moverse, su mente separada del cuerpo e incapaz de controlarlo. La reina Imogen, gris como una estatua, gris como las cenizas, contempló la forma yacente de su hija, y le sonrió con dulzura. Sus labios se movieron, pero Índigo no logró oír absolutamente nada.

«¿Ma... madre?» Intentó susurrar la palabra pero también ella estaba muda.

Y entonces su sueño consciente se paralizó, al tiempo que los ojos de la reina y su lengua se volvían de un brillante tono plateado, y una risa inhumana, como pedazos de cristal que cayeran sobre un suelo de piedra, surgió de los labios del fantasma. Conocía aquella risa. Dormida y despierta la había escuchado, y era el sonido que mas odiaba por encima de todos.

Némesis.

—Afectuosos saludos, Índigo, hermana mía. —El rostro de Imogen era ahora el del demonio; la pequeña boca depravada de la criatura sonriente, los dientes de gato blancos e iguales en la penumbra, el pelo plateado como una aureola fantasmal en torno a su cabeza— De modo que por fin has encontrado el cubil de la serpiente.

Su voz —o un remedo de su voz; no era real, se dijo Índigo, *no era real*— había regresado, y siseó.

—¡Fuera de aquí, inmundicia! No tienes nada que hacer aquí!

—Donde tú estés es donde yo debo estar, porque somos una y la misma persona. Vigila la

llegada del Devorador de la Serpiente, Índigo. ¿Recuerdas la advertencia? ¿O has caído ya bajo su influjo?

La echadora de cartas en Huon Parita... Aunque su cuerpo estaba muy lejos, sintió el sudor correr por su rostro y su pecho.

—¡Vete! —aulló de nuevo—. Déjame en paz. ¡Te destierro, te maldigo! ¡Déjame estar!

Némesis lanzó una ahogada risita.

—Te maldices a ti misma, hermana. La maldición caerá sobre ti, y toda la humanidad contigo. El Devorador de la Serpiente se alza, y no puedes interponerte en su camino.

La obscena mezcla de su madre y del demonio que tenía delante se contorsionó de repente, y otro rostro reemplazó al de Némesis: un rostro anciano, arrugado, marcado por los narcóticos, astuto. Las desdentadas encías se abrieron, y la voz de una vieja bruja chilló:

—¿Cartas de plata para mi señora y su hermoso perro gris?

E Índigo se despertó gritando.

Librodot

CAPÍTULO 8

Si alguien, incluso *Grimya,* le hubiera preguntado, no habría podido explicar su razonamiento, ya que no tenía sentido. Pero la lógica no había tomado parte en esto: la pesadilla había sido el catalizador. Quizá, pensó Índigo con amargura, eso era exactamente lo que había pretendido Némesis: en cuyo caso era una loca por contestar a su desafío. Pero loca o no, creía firmemente que no le quedaba otra opción.

El sol apenas si se había elevado en el horizonte cuando buscó a un criado y le pidió que le indicara cómo llegar a las habitaciones de Phereniq. Entre la humedad de a noche y el abrasador calor del mediodía, las primeras horas de la mañana facilitaban un pequeño oasis de fresco alivio, pero que no servía de nada para aliviar la obsesiva —¿o sería mejor decir *atosigante?*— sensación de opresión que había sentido desde que despertara de su pesadilla.

Si Phereniq se sorprendió al verla a aquellas horas, no mostró la menor señal de ello, haciendo pasar con gran solemnidad a su visitante a una pequeña antecámara cuyas paredes estaban cubiertas de cartas astrales. La puerta se cerró tras ellas, y Phereniq estudió el rostro de Índigo durante un momento. No hizo el menor comentario sobre lo que vio, pero dijo con suavidad:

—¿Qué puedo hacer por vos?

—Yo... —Índigo vaciló, luego comprendió que se sentía demasiado cansada y confusa para discursos muy elaborados, y repuso con sencillez—: Deseo aceptar la oferta del Takhan.

Phereniq sonrió.

—Sí —replicó—. Ya pensé que lo haríais. Y me alegro.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, Índigo quería sentarse, pero no pudo ver ninguna silla cerca. Entonces, de repente, Phereniq se adelantó y la tomó del brazo.

—¿Índigo? Estáis muy pálida..., ¿os encontráis bien?

—Sí; es... —Índigo se sacudió con un esfuerzo las opresivas imágenes de la pesadilla y de las mofas de Némesis—.

He dormido mal esta noche. Una desagradable pesadilla me ha dejado una persistente sensación de desasosiego, creo —dijo, intentando parecer despreocupada.

—¿Os gustaría hablar de ello? —inquirió Phereniq.

Índigo forzó una sonrisa.

—No. Gracias, se... me pasará enseguida.

Phereniq vaciló, luego se dirigió a una mesa donde había un ornado recipiente de plata sostenido por un trípode bajo el cual ardía una pequeña y gruesa vela.

—Me parece que este clima tiene algo que ver con estas cosas —dijo—. No estáis acostumbrada al calor, y yo tampoco... Bueno, no importa, tal vez no tenga importancia.

Índigo escuchó el sonido de un líquido al verterse, entonces la astróloga regresó con una pequeña copa de cristal en la mano.

—Casi nunca desayuno, pero no puedo pasar sin mi tisana de hierbas. —Hubo un tono de ligera autoburla en su voz; luego se detuvo de nuevo por un instante—. Y tengo algo que puedo añadirle. Un cordial de mi propia invención..., es una gran ayuda para calmar una mente intranquila.

Índigo aceptó agradecida. La pesadilla le había robado el descanso nocturno, y se alegraría de conseguir cualquier cosa que le concediera un respiro. Observó a Phereniq sacar el frasco

Librodot

con su tapón de amatista del bolsillo que pendía de su cintura, y verter con cuidado seis gotas en la tisana. Un vivificante aroma surgió de la cocción, y cuando Índigo bebió un sorbo, percibió un agradable y rico sabor en el trasfondo de la bebida, algo ligeramente parecido al sabor del azúcar quemado.

—Mi cordial tiene muchos usos —le explicó Phereniq—. No dudéis jamás en pedírmelo, si creéis que puede volver a ayudaros.

Aunque dudó de que la bebida surtiese efecto tan deprisa, había una sensación de calor en la garganta de Índigo, una relajación de los tensos músculos, una sensación de calma. Levantó la cabeza.

—Gracias, Phereniq. Sois muy amable.

—Tonterías —Phereniq hizo un gesto con la mano, como de embarazo, y guardó el frasco—. Ahora deberíais regresar a vuestra habitación y descansar un rato. Creo que descubriréis que podéis dormir si lo intentáis, y no tiene por qué haber más pesadillas. —Empezó a conducir a Índigo en dirección a la puerta—. En cuanto a la cuestión de vuestro nuevo cargo, enviad a un criado a avisarme cuando os despertéis, y entretanto informaré al Takhan de vuestra decisión. —Sonrió y palmeó el brazo de la muchacha—. Se sentirá muy contento, Índigo. Igual que yo.

El rostro de Phereniq adoptó una expresión pensativa mientras veía alejarse a Índigo. Sueños... era una peculiar coincidencia, una coincidencia que no estaba segura de cómo interpretar. Había estado a punto de mencionar las pesadillas que ella misma había padecido recientemente pero no lo había hecho al considerar que podían no guardar relación; pero ahora estaba menos segura. Desde que empezaran sus pesadillas había consultado naturalmente los augurios; pero no le habían facilitado la menor indicación sobre una posible causa. Eso en sí mismo resultaba extraño; y ahora parecía que Índigo se veía aquejada de la misma dolencia. ¿El clima? Era cierto, tal y como había afirmado, que ambas eran forasteras, y no estaban acostumbradas al abrasador calor de Khimiz; no obstante, la intuición de Phereniq le hacía sospechar que la respuesta era menos sencilla. Algo no iba bien, y lamentaba que Índigo también se viera afectada por ello. Esperó que pasaría, ya que le gustaba la muchacha, y sus adivinaciones habían dejado muy claro que su presencia en la corte khimizi no traería más que cosas buenas.

Sacudió la cabeza para salir de su ensueño, y vio que el pasillo estaba vacío e Índigo se había ido. Una brisa fugaz hizo tintinear un pequeño móvil de cristal de una ventana con el sonido de diminutas y etéreas campanillas. Phereniq escuchó con atención la dulce y evocativa musiquilla durante un momento, luego se retiró en silencio al interior de sus aposentos y cerró la puerta.

El verano en Khimiz era una estación de días brillantes y lánguidos en los que el sol se abatía sobre la tierra incesantemente desde un cielo azul pero sofocante, y de noches bochornosas en las que parecía que no había suficiente aire en toda la tierra para mantener la vida. Al parecer por un milagro, Simhara continuó siendo un oasis verde en medio de la tierra reseca, irrigado por un millar de arroyos artificiales y estanques, alimentados con agua del mar, destilada para retirar la sal.

En palacio la vida se había adaptado a un régimen tranquilo y ordenado. El nuevo Takhan aún no había hecho sentir del todo su presencia, y consejeros, oficiales y sirvientes por igual

Librodot

empezaban a regresar con cautela pero agradecidos a la familiar y querida rutina. Los únicos signos evidentes de cambio eran la presencia de muchos hombres y mujeres de piel oscura mezclados con los rubios khimizi entre el séquito del palacio, y el hecho de que los ministros de la corte, que por lo general no tenían mucho que hacer en esta época del año, se pasaban la mayor parte del tiempo encerrados en reuniones privadas con Augon Hunnamek.

Pero para Índigo y *Grimya* la vida había dado un gran cambio. Había transcurrido poco más de un mes desde que se trasladaran a sus elegantes aposentos nuevos en el corazón del palacio. Estas habitaciones, que estaban conectadas por un corto pasillo con las del Takhan, eran parte del lujoso apartamento asignado a la Infanta y habían sido las habitaciones privadas de Agnethe, pero los efectos personales de la Takhina Viuda habían sido trasladados a los aposentos vigilados donde ahora se alojaba, y no quedaba el menor rastro de su presencia.

Los deberes de Índigo como acompañante de la Infanta se habían limitado hasta ahora a poco más que a la niñera y a los criados que cuidaban de Jessamin, y a jugar con la niña, en la medida en que es posible jugar con un bebé de sólo tres meses de edad. La mayor parte del tiempo tenía la impresión de que su presencia era superflua, y, a pesar de lo que dijeran augurios y presagios, todavía sospechaba la existencia de un motivo más siniestro detrás del aparente deseo caprichoso de Augon Hunnamek de asignarle aquel cargo. En sus horas más sombrías no podía por menos que preguntarse si el demonio no conocería ya su misión, y sencillamente aguardaba el momento oportuno, jugando con ella como un gato jugaría con un pájaro herido antes de acabar con él.

Durante los primeros días que siguieron a su decisión de superar sus temores y permanecer en Simhara, le había resultado muy duro mantener su resolución frente a aquella insidiosa sospecha. Además, las sombrías pesadillas habían regresado: no soñaba con Némesis esta vez, sino borrosas pesadillas en las que se mezclaban indicios de algo maligno y escurridizo con recuerdos distorsionados de acontecimientos recientes, y que la dejaban agotada y atemorizada.

Pero Índigo había decidido combatir los efectos de sus sueños. Y, gracias a Phereniq, había encontrado por fin la forma de quedar fuera de su alcance.

No sabía los componentes del cordial que ésta guardaba en una pequeña botella dentro de un ornado armarito de su habitación, pero había resultado ser la respuesta a sus fervientes oraciones. La astróloga había insistido en que debía tener su propia provisión: seis gotas en una taza de tisana cada noche, dijo, e Índigo podría descansar tranquila en la seguridad de que dormiría pacíficamente toda la noche. Su receta había funcionado; y ahora, sin pesadillas que la acosaran, Índigo podía volver sus pensamientos con más libertad a la tarea que había venido a realizar a Simhara.

Aquí, no obstante, estaba el problema. Cada noche antes de dormirse, Índigo sacaba la piedra-imán de su bolsa y contemplaba durante un rato el diminuto punto de luz que temblaba en su centro; y cada vez el silencioso mensaje de la piedra resultaba ser el mismo. *Aquí,* le decía. *En Simhara. En el palacio.* En su mente veía el rostro de Augon Hunnamek, y sentía de nuevo la escalofriante y aterradora sensación que había sentido en su primer encuentro, cuando se había encontrado por primera vez con la pálida mirada del usurpador. Y pisándole los talones a esta sensación la envolvía un amargo sentimiento de fracaso; ya que todavía no había encontrado la menor pista, la más mínima indicación, que pudiera ayudarla a derribar las defensas del demonio. Adonde fuera que buscara, no importaba lo mucho que se esforzase, no había nada. Sólo el testimonio de la piedra, y su propia certeza interior. Y esto no era

Librodot

suficiente.

Cada mañana, de acuerdo a las instrucciones de Augon Hunnamek, Phereniq llevaba el horóscopo de Jessamin a la habitación de Índigo, para decir de qué manera podrían servir mejor a las necesidades de la Infanta. Aquello se había convertido en un agradable ritual diario, y en una de aquellas mañanas las dos mujeres compartían el desayuno mientras disfrutaban del breve respiro de frescor que ofrecía aquella temprana hora. Hild, la recién nombrada niñera de Jessamin, iba y venía en la habitación contigua, cantando alegre pero desatinadamente en su propia lengua, y a lo lejos las campanas del muelle habían empezado a repicar, señalando el cambio de la marea matutina, Índigo escuchó distraída las campanadas por unos minutos; luego, cuando empezó a sonar un nuevo repiqueteo, esta vez mucho más cerca del palacio, se sobresaltó.

—¿Qué es eso? —Arrugó la frente, y Phereniq sonrió.

—Hoy es el cumpleaños de la Takhina Viuda —replicó la astróloga—. El Takhan ordenó que se lanzara un himno en su honor... aunque lamento decir que lo más probable es que eso no la anime demasiado.

Índigo echó un vistazo por la ventana al otro lado del patio, donde, a cierta distancia en el extremo más alejado de los límites del palacio, se alzaba un solitario minarete que se recortaba en el cielo sin nubes. Al pie de esa torre, aunque oculto por el revoltijo de las paredes intermedias, se levantaba un anexo de dos pisos del ala norte del palacio, en el que se había instalado a Agnethe desde la caída del antiguo Takhan.

Sintió una punzada de remordimiento al darse cuenta de que, durante todo el mes que había transcurrido, apenas si había pensado en la mujer cuyo lugar en la vida de Jessamin había ocupado de forma tan efectiva. Se había beneficiado de la desgracia de Agnethe, y aunque no le debía ninguna lealtad directa a Khimiz, de pronto sintió el deseo de hacer algo para restablecer el equilibrio.

—¿No ha habido ningún cambio en la actitud de la Takhina Viuda? —preguntó con cierta timidez.

—Ninguno. —El rostro de Phereniq se ensombreció—. Hemos intentado razonar con ella, pero se niega a escuchar a nada de lo que tengamos que decir. No quiere aceptar que no le deseamos ningún mal, y que hay un lugar de honor en la corte reservado a ella. Y cuando intentamos hablarle de Jessamin, se limita a volver la cabeza y a decir que no quiere saber nada. Creo que piensa que si muestra algún interés lo tomaríamos como una admisión de derrota. —Se quedó mirando con atención los gráficos que tenía sobre la mesa frente a ella durante unos momentos, luego meneó la cabeza con tristeza—. No comprendo cómo una mujer puede anteponer su orgullo al amor por su propio hijo. Parece antinatural.

Índigo murmuró su asentimiento, pero en privado pensó que sabía lo que en realidad motivaba a Agnethe. La clave era el odio. Convertida en viuda, arrojada fuera de su querido palacio, su hija arrebatada de su lado, el odio era todo lo que le quedaba a Agnethe; y se aferraría a él, lo alimentaría, sacrificaría cualquier cosa para mantener encendidas sus sombrías llamas. Y la llama más poderosa de todas debía de ser su deseo de vengarse del hombre que se había apoderado del trono de su esposo y ahora, indulgente en su triunfo, le ofrecía la mano abierta de la amistad.

La revelación la sacudió con tanta fuerza que Índigo tuvo que morderse la lengua para no lanzar una exclamación de sorpresa. Todo este tiempo, todos los días de búsqueda de una

Librodot

pista; y no lo había visto. Había sido una estúpida, ya que en todo Khimiz no podía encontrar mejor aliada para su misión que Agnethe...

Phereniq se fue casi enseguida, e Índigo se quedó mirando el gráfico que había dejado durante un rato: el horóscopo de Jessamin para aquel día. Para ella, el entramado de líneas, curvas y círculos de colores no eran más que una pintura; bellamente ejecutada pero sin significado. Sin embargo, para Phereniq, cuyas creencias religiosas y supersticiosas eran tan fuertes como las de cualquier khimizi, el gráfico era una parte vital de la vida, que presidía sobre cualquier otro aspecto de la actividad diaria.

¿Qué era?, se preguntó, lo que Phereniq veía cuando trazaba y leía la carta astral de Augon Hunnamek. Aunque afirmaba no ser clarividente, su dominio de la ciencia de las estrellas no admitía discusión. ¿Pero podía, incluso el mejor de los astrólogos, detectar los signos —si realmente tales signos eran visibles— de un demonio con la apariencia de un humano?

Dejó que el pensamiento se esfumara. La especulación no servía de nada: sin un nivel de comprensión adquirido tan sólo después de años de estudio, no podía responder a tal cuestión. Y además, tenía otras cuestiones más urgentes de las que ocuparse.

Pero, para su total frustración, Índigo no tuvo oportunidad de meditar más profundamente su embrionaria idea con respecto a Agnethe. Jessamin, con inocente perversidad, decidió comportarse de forma caprichosa durante la mayor parte del día, y a Índigo, su conciencia no le permitió dejar que Hild sola se encargara de calmar, acunar y cantar canciones de cuna a la díscola criatura. Al caer la noche se sentía agotada, y no pudo hacer otra cosa que derrumbarse en su lecho y rezar para que el sueño no se hiciera esperar. Jessamin, no obstante, no dejó de despertarse y llorar a intervalos durante toda la noche, e Índigo y Hild sólo consiguieron tranquilizarla cuando apenas faltaban dos horas para el amanecer. Hild, ojerosa y tambaleante, se fue agradecida a sus habitaciones, e Índigo pudo por fin tumbarse en su cama y cerrar los ojos.

Sin embargo, el sueño se negaba a acudir. Había ido más allá del cansancio para penetrar en un inquieto y vigil limbo, y por último se sentó en el lecho otro vez con un suspiro, dándose cuenta de que no tenía la menor posibilidad de descansar. A los pies de su cama una sombra se movió de repente, y *Grimya,* que había sido la única que había dormido sin que la molestaran los lloros de Jessamin, se agitó y levantó la cabeza. Al ver la silueta de Índigo la loba preguntó en voz baja:

—¿Índigo? ¿Estás despierta?

Índigo se incorporó mejor.

—No puedo dormir. Ya no creo que lo consiga ahora.

Grimya se puso en pie, se desperezó y luego se sacudió.

—Entonces acompáñame en mi recorrido. Es muy agradable con las primeras luces. Podemos ir a la playa situada más allá del puerto y contemplar cómo las olas bañan la orilla.

Grimya no podía soportar verse encerrada entre cuatro paredes durante mucho tiempo, y se había acostumbrado a salir cada día antes del amanecer. Unirse a ella en tal excursión resultaría un buen tónico tanto físico como mental, pensó Índigo, y, con una sonrisa, estiró los brazos y echó a un lado la liviana colcha.

—Espérame —dijo—. No tardaré más de cinco minutos.

Los primeros rayos del sol caían sobre Simhara desde el este cuando Índigo y *Grimya*

Librodot

regresaron a palacio. Habían paseado por calles oscuras y desiertas hasta llegar al puerto, luego habían girado al sur en dirección a la playa donde la marea del golfo batía y retumbaba contra una franja de arena en forma de media luna, y donde *Grimya* pudo dar salida a la energía reprimida en una carrera por la orilla que a Índigo le trajo a la memoria los pocos días felices que habían pasado durante el viaje con la caravana de Vasi Elder.

Las lámparas empezaban a apagarse en la ciudad mientras emprendían el camino de regreso bajo la débil luz grisácea que anunciaba la salida del sol. En las puertas del palacio, los adormilados centinelas reconocieron a Índigo y las dejaron pasar con un gesto de cabeza y una sonrisa. Empezaron a cruzar los jardines, aspirando el húmedo perfume de las enredaderas y las flores, cuando de repente *Grimya* se detuvo en seco y alzó la cabeza con las orejas erguidas hacia adelante.

—*¿Grimya?* —inquirió Índigo—. ¿Qué sucede?

«Allá... mucha, gente. Ha ocurrido algo.»

Índigo levantó los ojos. Frente a ellas, se recortaba contra la pared del jardín la pálida silueta de un minarete, y un frío hormigueo la recorrió al reconocer la torre que se alzaba junto a la prisión de Agnethe. Con una terrible premonición, abandonó el sendero y corrió hacia la enrejada puerta norte, con *Grimya* pisándole los talones.

El movimiento de gente y el murmullo de voces apagadas y nerviosas les dio la bienvenida al pasar al otro lado de la puerta, y vieron que unas quince o veinte personas, en su mayoría sirvientes pero también algunos milicianos, se agolpaban en la entrada del anexo. Al otro lado de las dobles puertas abiertas brillaban las lámparas, aunque su iluminación resultaba superflua bajo la luz cada vez más fuerte del sol, y justo cuando Índigo y *Grimya* se acercaban, salió un pequeño grupo de su interior. Dos mujeres cubiertas con velos eran escoltadas por más soldados, y parecían estar llorando; tras ellas salió un senescal con dos ministros de la corte, y con ellos iba Phereniq. Índigo pronunció su nombre; la astróloga levantó la cabeza, la vio, y habló brevemente con sus compañeros antes de acercarse a toda prisa al lugar dónde Índigo y *Grimya* aguardaban junto al pequeño grupo de curiosos.

Índigo contempló su expresión afligida, y se sintió invadida por un escalofrío de temor.

—Phereniq, ¿qué ha sucedido? —inquirió apremiante.

—Es la Takhina Viuda —la voz de Phereniq era inexpresiva—. Está... —Se cubrió el rostro con una mano, e Índigo se dio cuenta de que temblaba—. Un senescal la encontró hace media hora, en el patio trasero del anexo. Debió de escaparse durante la noche mientras sus criadas dormían, y pensamos que... saltó desde lo alto del minarete.

—Madre Todopoderosa... —musitó Índigo.

Los ojos de Phereniq estaban llenos de lágrimas.

—No creo que pueda olvidar jamás la visión de ese pobre cuerpo destrozado —dijo con voz temblorosa—. El Takhan está totalmente anonadado, y lleno de pesar. Está con ella ahora: quería orar junto a ella durante un rato antes de que la saquen... ¡Oh, Índigo, esto es toda una *tragedia!*

Índigo sintió un nudo en la garganta.

—¿No tenía centinelas? —preguntó en voz baja.

—Sí, así era. Y los hombres que se durmieron en sus puestos serán castigados con dureza por su negligencia. Pero ¿de qué sirve eso? Ningún castigo le devolverá la vida. —Sacudió la cabeza con impotencia.

Índigo se quedó mirando la puerta como paralizada. En el anexo había otras figuras que se

movían y de repente la muchedumbre se dividió para formar un pasillo y salió Augon Hunnamek, acompañado por su senescal particular. No habló con nadie y se alejó rápidamente del edificio. Al llegar a donde estaban Índigo y Phereniq, se detuvo.

—Índigo. —Inclinó la cabeza—. Éste es un día muy desdichado para todos nosotros.

—Sí. —Dirigió los ojos al suelo, ya que no quería encontrarse con sus claros ojos o ver lo que había en ellos.

—Un final tan trágico para una vida tan triste. Y era tan joven...

Sus palabras sonaron artificiales a los oídos de Índigo, y un horrible pensamiento empezó a cobrar forma en su mente. Luego dio un brinco al sentir la mano de Augon sobre su hombro.

—¿Quieres verla, para rendirle tu último homenaje?

El horrible pensamiento cristalizó bruscamente y, anonadada, levantó los ojos hacia él al darse cuenta de lo que podía significar. La mirada de él era fría, ligeramente inquisitiva.

—N...no. Gracias, señor, prefiero... no hacerlo.

Augon sonrió.

—Desde luego, lo comprendo. Prefieres recordarla como era en vida, como lo haremos todos.

El rostro de Índigo estaba muy blanco.

—Sí —murmuró.

Augon le palmeó el brazo y añadió en voz muy baja:

—Debes estar doblemente alerta ahora, Índigo, en tu custodia de la pequeña Infanta. Desaparecida su madre, necesitará más que nunca una buena y leal amiga. Cuídala para mí.

Antes de que ella pudiera responder, siguió adelante, y ella se quedó mirando cómo se alejaba.

—¿Índigo? —preguntó Phereniq preocupada al ver que la muchacha empezaba a temblar—. ¿Estás bien?

—Sí, sólo... —Pero no lo estaba—. Es sólo un poco... de frío —repuso.

—Es la conmoción. A veces el efecto tarda en presentarse, pero puede resultar mucho peor entonces.

No era la conmoción: o al menos no en la forma en la que Phereniq se refería a ella. Justo el día anterior se había dado cuenta de que Agnethe podría ser el aliado que tan desesperadamente necesitaba, y ahora Agnethe estaba muerta. Era demasiada coincidencia. Y cuando Augon había preguntado, con tanta amabilidad, si quería ver el cuerpo de la Takhina, sus palabras habían sonado como una sutil mofa...

Phereniq la tomó del brazo.

—Acompáñame a mi habitación. Tengo algo un poco más fuerte que el cordial, que nos animará. Me parece que lo necesitamos.

La mente de Índigo estaba demasiado paralizada para discutir. Con *Grimya* siguiéndolas desconsolada dejó que la astróloga se la llevara de allí, y atravesaron los jardines despacio en dirección al corazón del palacio. Augon iba un poco por delante de ellas, y en una ocasión volvió la cabeza. Por un instante su mirada y la de Índigo se encontraron, y ella sintió como si un quebradizo pedazo de hielo se clavara en su cerebro justo antes de que él le sonriera débilmente antes de volver la cabeza.

Librodot

CAPÍTULO 9

—¡A-na! ¡A-na! ¡Tiu, beba-mi... insa houro! ¿Ay?

Índigo levantó la cabeza cuando Hild se apartaba deprisa del borde del estanque de la piscina mientras se sacudía en vano el agua que salpicaba su falda.

—*Khimizi* por favor, Hild. ¿Cuántas veces se te ha de decir?

La niñera le dedicó su amplia e ingenua sonrisa.

—Perdonar a mí. Aprender.

Un gorjeo de satisfechas carcajadas atrajo de nuevo la atención de Índigo hacia el agua. Jessamin se había dado la vuelta y, agitando las gordezuelas extremidades, nadaba como una pequeña foca hacia el extremo opuesto del estanque, donde un chiquillo de cabellos rubios observaba cómo se acercaba con solemne interés.

El sol se acercaba a su cénit y el calor de principios de verano empezaba a ser demasiado intenso para soportarlo. *Grimya* ya había abandonado el patio por la comparativa frescura de uno de sus secretos oasis de sombra, e Índigo se puso en pie, estirando las piernas entumecidas de tanto estar sentada.

—Trae adentro a la Infanta ahora, por favor, Hild —dijo—. Ya regresará al estanque más tarde, cuando el día refresque un poco.

Hild empezó a ir y venir alrededor del estanque, e Índigo se dirigió al interior del palacio. Esperaba que hoy no hubiera rabietas ni problemas; cada vez resultaba más difícil convencer a la pequeña Jessamin de que había otras cosas en la vida, aparte de pasarse el día entero en el agua, pero la niña era aún muy pequeña para razonar con ella. Le faltaba un día para cumplir un año —demasiado pequeña incluso para andar— y sin embargo se había aficionado al agua como si hubiera nacido en el líquido elemento. Durante los últimos seis meses, desde que los sirvientes que la cuidaban informaran que había aprendido a nadar en su baño, Jessamin se había pasado todo el tiempo que se lo permitían dentro o cerca del estanque de su patio privado. Nadaba perfectamente, sabía flotar, e incluso empezaba a aprender a nadar por debajo como una nutria; y sus extraordinarias habilidades se estaban convirtiendo en legendarias en el palacio.

Al penetrar en el aposento exterior, Índigo se dejó caer en un diván. Sobre una mesita baja había una jarra de zumo de fruta helado, se llenó un vaso y empezó a sorberlo, mientras una parte de su mente permanecía atenta a los sonidos del chapoteo del agua y a las infantiles protestas de Jessamin en el patio.

Resultaba difícil de creer que ella y *Grimya* llevaran ya casi diez meses en Simhara. Para Índigo había resultado seductoramente fácil ajustarse a su papel en palacio; la vida cortesana poseía una sempiterna cualidad idílica, y los días transcurrían con tanta calma que apenas si se daba cuenta de su paso. Pero era una situación que, lo sabía muy bien, había durado demasiado.

En los turbulentos días que habían seguido a la muerte de Agnethe, toda la corte se había visto conmocionada. Se había celebrado una investigación, Índigo supuso que no sería nada más que una formalidad para acallar a los khimizi, pero resulto estar equivocada: Augon Hunnamek se había mostrado concienzudo y tenaz. Pero cuando se hubo recogido toda la información, el veredicto había sido claro y categórico: la Takhina Viuda se había quitado la vida, y no existía la menor posibilidad de que hubiera habido participación ni complicidad del

Librodot

exterior. Así pues, en una tarde dolorosamente perfecta, el gran trirreme real se hizo a la mar desde el puerto para confiar al mar el cuerpo de Agnethe según la antigua costumbre, y el asunto se dio por terminado.

Pero la declaración no había conseguido calmar las sospechas de Índigo. Agnethe había sido su primera y, de momento, única aliada potencial en su misión de desenmascarar al demonio instalado entre ellos, y ahora que había desaparecido, Índigo estaba tan lejos de alcanzar su meta como lo había estado el primer día que había puesto el pie en Simhara.

Y a medida que pasaba el tiempo, una nueva paradoja había hecho su aparición para oscurecer el panorama: ya que, aunque de muy mala gana, Índigo tenía que admitir que Augon Hunnamek había demostrado ser un hombre e honor. Tenía muy poco contacto directo con él (visitaba una vez por semana a Jessamin, pero eso era todo; y sus únicos otros encuentros eran en los infrecuentes banquetes oficiales de palacio) pero Augon se había hecho una reputación como hombre de escrupulosa justicia en cuestiones de estado, y, cuando aún no hacía un año de su subida al poder, estaba demostrando ser un gobernante más popular que su predecesor.

Pero el respeto no era lo mismo que la simpatía o la confianza, y aunque la carismática popularidad del Takhan resultaba seductora, Índigo sabía muy bien que no debía permitir que la sedujera. Si su decisión se tambaleaba, no tenía más que volver la cabeza y mirar al patio, donde una pequeña criatura desnuda gateaba ahora decidida sobre las losas, y dejaba tras ella un rastro húmedo.

Adoraba a la pequeña Infanta. Puesto que no tenía experiencia con criaturas, no había pensado que tales emociones podían aparecer en ella, pero durante aquellas semanas y meses la floreciente personalidad de Jessamin la había cautivado de tal forma que ahora la niña ocupaba un lugar muy importante en el corazón de Índigo.

Y dentro de once años, esa dulzura y esa inocencia, al llegar a la pubertad, serían sacrificadas a las maquinaciones de un demonio con apariencia humana. Allí estaba el meollo de todo, el acicate que le devolvía el sentido de la perspectiva en momentos de duda y le recordaba lo que debía conseguir. Por el bien de la Infanta, aunque sólo fuera por eso, debía descubrir el punto débil en la armadura de Augon Hunnamek que le permitiría destruirlo.

Oyó la voz admonitoria de Hild que se acercaba, y se incorporó en el diván en el instante en que la niñera penetraba en la habitación con Jessamin balbuciendo en sus brazos mientras intentaba tirarle de los negros cabellos. El niño de corta edad las seguía en silencio, e Índigo se detuvo para dedicarle una sonrisa que esperaba fuera tranquilizadora. Luk tenía tres años: demasiado mayor para ser un compañero de juegos para Jessamin, pero a la vez demasiado joven para poderse distraer en la compañía de adultos, Índigo lo compadeció, consciente de que la vida del niño debía de ser de un aburrimiento anormal; no obstante, su simpatía estaba teñida de cautela, ya que Luk, cuya madre había muerto al darlo a luz, era el hijo del hombre del que tenía buenos motivos para desconfiar: Leando Copperguidl, el noble khimizi de la cicatriz en el rostro que había entregado a Agnethe a los invasores.

Había sido decisión de Augon colocar a Luk Copperguild en el papel de compañero de la Infanta, Índigo habría preferido cualquier otro niño del palacio, pero no se había atrevido a decirlo: Leando estaba firmemente establecido entre el séquito del Takhan y al parecer muy decidido a que su hijo estuviera a su vez bien situado, y Luk había sido una elección evidentemente política. Pero castigar a una criatura por las acciones de su padre habría sido terriblemente injusto, y así pues, mientras Hild empezaba a vestir a Jessamin, Índigo habló

Librodot

con el niño.

—¿Quieres un poco de zumo de fruta, Luk? Debes de tener sed.

Unos enormes ojos azul mar se levantaron hacia ella, y el niño ceceó:

—Zi, pod favod.

Le sirvió un vaso, y él lo bebió con cuidado, mirando por encima del borde. Cuando el vaso estaba medio vacío, se detuvo y preguntó vacilante:

—¿Eztá *Grimya* aquí?

Índigo sonrió. Luk había desarrollado una apasionada fascinación por *Grimya,* que la loba aceptaba de buena gana. Algunas veces, Índigo sospechaba incluso que los juegos a los que se dedicaban proporcionaban más placer a *Grimya* que cualquier otro aspecto de la vida de palacio.

—Me parece que duerme —dijo a Luk—. A menudo lo hace a esta hora del día. No le gusta el calor.

—¡Oh!

Su desilusión resultaba evidente, y ella intentó animarlo un poco:

—¿Has tomado tus clases de natación esta mañana, Luk?

—No. —La dorada cabeza realizó un categórico movimiento de negación—. No me guzta mucho el agua. Hild dice que debedía intentadlo, pero yo no quiedo. —Vaciló y luego admitió—: Tengo un poco de miedo.

Antes de que Índigo pudiera replicar, alguien llamó a la puerta. Hild sentó a Jessamin en el suelo y fue a abrir, y al levantar la vista, Índigo vio la familiar expresión acosada y el rostro marcado del padre de Luk.

—Leando. —Lo saludó con una concisa inclinación de cabeza; lo máximo que podía dedicarle.

—Buenos días, Índigo. —La respuesta de Leando Copperguild fue tan cautelosa como la de ella. Luk corrió hacia él, y el hombre lo tomó en brazos—. ¿Se ha comportado bien mi hijo?

—Como siempre.

—Me alegro. —Alborotó los cabellos de Luk con la mano, pero el movimiento no fue más que un mecánico acto reflejo; su mente estaba puesta en otra cosa—, Índigo, yo... —Vio que Hild los observaba, y carraspeó nervioso—. Tengo el permiso del Takhan para llevarme a Luk del palacio esta tarde. —En sus labios apareció una fugaz sonrisa forzada—. Dos de nuestros barcos han atracado con la primera marea, y su cargamento es mucho mayor de lo que esperábamos. Por ello hemos decidido celebrar una pequeña fiesta familiar en casa de mi tío, y me pregunto si no aceptarías una invitación para unirte a nosotros.

Índigo lo miró sorprendida. Durante diez meses ella y aquel hombre habían coexistido, en la medida en que sus caminos se habían cruzado por algún motivo, en fría y educada indiferencia: ella no había ocultado su desprecio por él, y él jamás había intentado ni justificarse ni ganar su simpatía. Y ahora, sin una razón aparente, se encontraba con esto.

—Gracias, Leando —respondió con frialdad—, pero no quisiera entrometerme en una celebración privada.

—Te aseguro que...

Los ojos de Índigo se entrecerraron y atajó lo que el otro iba a decirle.

—No; gracias. Creo que en lugar de ello me gustaría más visitar el Templo de los Marineros, y elevar una oración por la difunta Takhina.

Los labios de Leando palidecieron. Por un instante pensó que le devolvería el insulto, pero

Librodot

el hombre se controló. Entonces dirigió una rápida mirada a Hild y, al ver que había devuelto su atención a la Infanta, dio tres pasos hacia delante. Se inclinó hacia el suelo, y fingiendo recoger uno de los juguetes abandonados de Luk, murmuró con voz ronca:

—¡Piensa de mí lo que quieras, Índigo, pero tienes mucho que aprender! Tengo algo que decirte que debe decirse en privado, y no me es posible esperar eternamente. Vuelve el rostro si eso te satisface. ¡Pero no te dejes deslumbrar!

Y antes de que pudiera reaccionar, se enderezó y, con Luk apoyado sobre su hombro, se dirigió a la puerta a grandes zancadas y salió de la habitación.

—*¡A-na!* —Hild se volvió al escuchar el portazo, su ancho y agradable rostro demostraba su disgusto—. Ése parece siempre tan... *agitado.* —Sonrió a Índigo, satisfecha de haber podido pronunciar una palabra tan compleja—. Tú no gusta él, ¿eh?

Índigo contempló la puerta, e inconscientemente llevó los dedos a la piedra-imán que colgaba de su cuello.

—No, no me gusta, Hild. Pero debemos ser tolerantes.

Jessamin lanzó un «¡bah!», añadiendo su propio comentario, y se echó a reír, Índigo no estuvo segura de si se trataba de su imaginación, o del despertar de una intuición en su interior; pero de repente el calor del sol pareció desaparecer de sus huesos, y sintió tanto frío como si estuviera en la tundra meridional en pleno invierno.

¿Índigo?

Phereniq le tocó el brazo, y la muchacha salió de su ensueño con un sobresalto para clavar los ojos en la lenta y cálida sonrisa de la astróloga.

—Estoy segura de que no has escuchado una sola palabra de lo que he dicho —la amonestó con suavidad la mujer—. ¿Qué es? ¿No has dormido bien últimamente?

Índigo se sacudió de encima el letargo con evidente esfuerzo y le devolvió la sonrisa.

—Lo siento, Phereniq. He pasado algunas malas noches, y Jessamin no se ha portado muy bien tampoco. Por favor, sigue.

Phereniq le dirigió una mirada inquisitiva. Por un instante pareció como si fuera a insistir en la cuestión, luego se lo pensó mejor y volvió su atención al gráfico extendido entre ambas sobre la mesa. Golpeó ligeramente con el dedo un diagrama que mostraba dos círculos concéntricos divididos en dos por una sola línea.

—La conjunción de mañana tendrá lugar precisamente una hora antes del mediodía. Claro está que no será visible: incluso las lentes más potentes de Khimiz no pueden contrarrestar la luz del sol, y resultaría peligroso intentarlo siquiera; pero el saber que tiene lugar es más que suficiente. —Se recostó en su asiento, contemplando el gráfico con expresión de propiedad—. Y se trata de un presagio espléndido. La Estrella del Cazador y el Pacificador se juntan en la constelación de la Serpiente en la hora exacta del nacimiento de la Infanta. No podía haber un momento mejor para la investidura del Takhan.

Algo en su voz: una ligerísima vacilación, nada más, pero Índigo había llegado a conocerla lo bastante bien durante los últimos meses como para percibirla. Con gran suavidad dijo:

—¿Y para los esponsales?

Phereniq arrugó la frente.

—Desde luego. —Sus dedos se crisparon y luego, de repente, volvió a enrollar el gráfico y lo dejó a un lado junto a los otros—. Pero realmente ya está bien. Debes perdonarme, Índigo; tengo tantas cosas de las que ocuparme antes de mañana... Y todos debemos levantarnos

Librodot

temprano mañana si queremos estar en plena forma. —Le dedicó una frágil sonrisa—. Te veré en el banquete, una vez finalizadas las ceremonias oficiales.

Cuando estuvieron solas de nuevo, *Grimya* levantó la mirada hacia Índigo con ojos preocupados.

«Es muy triste», observó la loba. *«Phereniq está muy enamorada, y sin embargo ello no le produce más que dolor.»*

«Lo sé.» Consciente de que Hild podía oírlas, Índigo también se comunicó en silencio. *«Ojalá pudiéramos ayudarla.»*

«No podemos. Y no creo que quisiera que lo hiciésemos. No si ello significa renunciar a sus sueños.»

Índigo se sirvió una copa de vino; luego, tras una breve vacilación, sacó la pequeña botella de cordial de su escondite. Sospechó que no serviría de nada; la noche anterior había tomado la cantidad acostumbrada, pero durante el último mes más o menos, los efectos soporíferos del cordial parecían haberse debilitado. Volvía a soñar otra vez; afortunadamente, nada comparable con las pesadillas sobre Némesis que la habían atormentado al principio de su llegada a Simhara, sino sueños siniestros, informes e inquietantes que, al despertar, no podía recordar en detalle. Pero el cordial seguía siendo un calmante, y el pensar en el dulce calorcillo que recorría su garganta, y el agradable sabor que proporcionaba al vino, tenía su atractivo. Sólo unas pocas gotas; cinco o seis, no más. La ayudaría a relajarse.

El tapón de la botella salió con un débil sonido, Índigo contó con mucho cuidado seis gotas del cordial en el interior de su copa, luego se recostó en su asiento y cerró los ojos, tomando pequeños sorbos de su bebida mientras una sensación de paz se apoderaba de ella en el silencio de la habitación en sombras.

La mañana siguiente amaneció brillante y calurosa, con un ligero viento del nordeste que soplaba del desierto, Índigo y *Grimya* sé despertaron poco después del amanecer, cuando las campanas empezaron a sonar por toda la ciudad; y a los pocos instantes de haberse levantado, Índigo se vio envuelta ya en los febriles preparativos para la fiesta de investidura del Takhan.

Empezó a sentirse excesivamente nerviosa mientras supervisaba el baño, vestido y últimos toques en el atuendo de Jessamin. La Infanta se había despertado llorando varias veces durante la noche, y se necesitó mucha paciencia y el aliciente de su juguete preferido —el pequeño barco de Phereniq— para tranquilizarla. Pero por fin, envuelta en sus vestiduras bordadas en oro y con un diminuto aro incrustado de zafiros en la cabeza, se la llevaron de allí con los ojos muy abiertos y sin lanzar la menor queja hasta donde los más altos dignatarios de Simhara aguardaban junto a las puertas principales del palacio.

Índigo no iba a tomar parte en la procesión triunfal que llevaría al Takhan al Templo de los Marineros para su coronación y confirmación. En lugar de ello, contemplaría la salida de la procesión desde uno de los minaretes más altos del palacio, y esperaría entre los miles de invitados a que Augon Hunnamek regresara con la bendición de la Madre del Mar para presidir el mayor banquete que Simhara hubiera presenciado durante décadas y anunciar su compromiso oficial con la Infanta, Índigo contemplaba el banquete con sentimientos contradictorios: tenía lo bastante de sibarita como para saber que disfrutaría totalmente de la ocasión en sí, pero le preocupaban las implicaciones soterradas que conllevaba. Diez meses, pensaba, desde que Augon Hunnamek se había hecho con el poder. Diez meses, y todavía seguía igual de lejos de la verdad...

A *Grimya* no le interesaban las procesiones ni las multitudes vitoreantes, y tampoco le gustaba la vista antinatural que se contemplaba desde los elevados torreones, de modo que cuando llegó el momento de ponerse en marcha, Índigo la dejó en sus aposentos jugando con Luk Copperguild, y se unió a un grupo de dignatarios de palacio que tampoco tomaban parte en la ceremonia que iniciaba el largo ascenso a la parte alta del minarete para contemplar la salida del Takhan. Se sentía mucho mejor de lo que se había sentido algunas horas antes, gracias en gran parte a una pequeña narguile que Phereniq le había dado hacía algún tiempo, junto con un frasco de un fino polvo cristalino que, al añadirse a una mezcla de tabaco de hierbas, producía un agradable aroma y una gratificante sensación de bienestar. No utilizaba aquel polvillo a menudo; pero hoy, especialmente después de otra noche intranquila, consideraba que era una ocasión especial. Y mientras subía las escaleras de la torre, se sintió agradecida a Phereniq por su amabilidad.

El itinerario de la procesión era una visión espectacular. Todo el camino se había decorado con flores y guirnaldas, y el verdor normalmente pálido de principios de verano se había convertido en un derroche de color. De los árboles colgaban enormes carillones de cristal, que unían sus brillantes voces a las de las campanas, y estandartes de brocado y seda bordados con sigilos de prosperidad y buena suerte ondeaban en el cálido viento. Las amplias avenidas estaban atestadas de gente; al salir al balcón del minarete y bajar la vista hacia ella, a Índigo le pareció casi imposible que una ciudad del tamaño de Simhara pudiera contener a tal multitud, y sabía perfectamente que esa muchedumbre no era nada comparada con el gentío que aguardaría en el muelle.

Una creciente oleada de sonido anunció la aparición de la comitiva, y la multitud se echó hacia adelante, apretándose contra la barrera humana de soldados dispuestos para mantener el orden. Primero aparecieron cuatro hileras de guerreros, hombres de Augon y soldados khimizi mezclados en igual número; luego, un gran carruaje abierto tirado por seis chímelos y que transportaba al Takhan en persona salió de las puertas del palacio a sus pies.

El clamor que saludó a Augon Hunnamek fue ensordecedor, y cuando el carruaje abandonó las puertas, varios millares de diminutas aves multicolores fueron soltados del interior de las hileras de jaulas situadas detrás de los muros. Se alzaron como una tormenta de arena y sus plumas iridiscentes reflejaban la luz del sol y centelleaban, de forma que la procesión se vio momentáneamente eclipsada por lo que parecía un surtidor de joyas. Varios de los acompañantes de Índigo contuvieron la respiración, asombrados, y el clamor de la multitud aumentó aún más. Miles de flores eran arrojadas también al carruaje; cuando la nube de pájaros se dispersó, Índigo vio a Augon extender la mano y coger con gran destreza una guirnalda a la vez que hacía un gesto de saludo a la mujer que la había arrojado. Resplandeciente en los ropajes de ceremonia azul verdosos que simbolizaban el mar, clave de la prosperidad de Khimiz, resultaba una figura magnífica, risueña, exuberante y exótica. Con su piel oscura y sus cabellos tan claros, incluso desde las lejanas alturas del minarete su carisma le proporcionaba una aureola que resultaba casi física. Era, se le ocurrió a Índigo, como si los ciudadanos de Simhara reconocieran y adularan a un semidiós que residiera entre ellos. Y junto al semidiós, diminuta y vulnerable en los brazos de uno de los criados de confianza de Augon, la Infanta Jessamin era sostenida en alto para recibir su parte de la adoración del pueblo.

Índigo volvió la mirada cuando la procesión siguió adelante avenida abajo. Sus sentidos se habían exaltado a causa de la droga, y se sentía profundamente impresionada y excitada por el

Librodot

espectáculo y al mismo tiempo muy inquieta. La reacción de la multitud había desvanecido cualquier duda que le quedase sobre la aceptación del nuevo Takhan a los ojos de su pueblo. Y había mucho más en aquella aceptación que simple pragmatismo, ya que durante los diez meses de su gobierno, Augon Hunnamek no había ahorrado esfuerzos por restaurar la asolada ciudad y demostrar que era más que un generoso señor feudal. Había utilizado a los mejores arquitectos de la ciudad para reparar los edificios dañados; a los más expertos botánicos para restaurar los jardines y ornar las avenidas; los artistas y escultores de más renombre para reemplazar las estatuas y los murales destrozados por su ejército invasor; y todo ello pagado de las arcas privadas del Takhan, sin aumentar los impuestos. Había demostrado ser un hombre religioso al erigir cuatro nuevos altares a la Gran Madre en las puertas principales de Simhara, y había creado una institución benéfica para mantener a los hijos e hijas de los khimizi empobrecidos que desearan entrar al servicio del templo. En el gran puerto se realizaba ya un proyecto para reforzar y ampliar algunos de los muelles más viejos, permitiendo de esta forma que el comercio marítimo aumentara aún más. Y, como una flor perfecta en la vigorosa maraña comercial de la ciudad, el arte y la música y la educación y las conmemoraciones volvían a florecer bajo su generoso mecenazgo.

Con cada nueva innovación, que era recibida con entusiasmo por el pueblo, la misión de Índigo se volvía más ambigua e imposible. ¿Cómo podía destruir al demonio que era Augon Hunnamek, cuando ese demonio no exteriorizaba más que buenas acciones? Había esperado que se comportase como un déspota y un tirano, odiado como el deforme progenitor del culto de Charchad, su primer adversario, había sido odiado; pero en lugar de ello se enfrentaba con un hombre adorado por toda una nación, para la cual representaba la quintaesencia de la generosidad y la buena voluntad. Pero bajo aquella máscara se ocultaba un horror del que sólo ella y *Grimya,* de entre todos los habitantes de Khimiz, eran conscientes. Y si fracasaban en su búsqueda de un punto flaco en su armadura, un buen día la máscara se haría pedazos, y la brillante luz del nuevo amanecer de Khimiz se convertiría en sombría desesperación.

Una repentina explosión de voces agitadas a su alrededor rompió el hechizo. Su mente regresó bruscamente a la tierra y vio que la comitiva estaba ya casi fuera de la vista, y que sus compañeros, que charlaban muy animados, se preparaban para descender de la torre. Se volvió para ir con ellos, y escuchó una voz a su lado.

—¿Índigo?

Un hombrecillo regordete e inquisidor, cuya piel negra casi como el azabache lo señalaba como un noble de la misma raza que Augon, le dedicó una amplia sonrisa. Era un oficial del Tesoro, le pareció recordar, y un músico aficionado de cierto talento; no hacía mucho habían interpretado un dúo improvisado en una fiesta de cumpleaños celebrada en honor de otro miembro del servicio, pero no podía recordar su nombre.

—Un espléndido y propicio comienzo para un gran día, ¿no crees? —Había aprendido a hablar khimizi como un indígena del país.

—Desde luego, —Índigo deseó que su sonrisa no resultara demasiado ridícula. El otro se aclaró la garganta.

—Tenemos varias horas antes del triunfal regreso del Takhan. Yo... ah... sería un gran placer para mí acompañarte en un paseo por los jardines de palacio. Y luego quizás un almuerzo ligero, si te apetece, antes de lanzarnos de nuevo a la refriega.

No era ni mucho menos la primera proposición que recibía desde que se instalara en palacio, pero, inesperadamente, aquello cristalizó los sombríos pensamientos que acechaban

Librodot

en su mente. De forma espontánea, tuvo una nítida imagen mental de un rostro blanco y rígido, unos ojos grises atormentados por el dolor, y unos oscuros cabellos empapados de sudor.

Fenran. Su torturado y perdido amor. Y él estaba en el fondo de todo aquello. Él era el acicate, la esperanza, la razón por la que nunca podía darse por vencida, por la que jamás podía abandonar su compromiso, jamás admitir la derrota...

Índigo escuchó su propia voz, y le sonó como la voz de un extraño.

—Gracias —dijo con frialdad—, pero no.

El hombre del Tesoro se encogió de hombros filosóficamente para ocultar su desilusión. La realidad se materializó de nuevo ante los ojos de Índigo y sintió pena por él. Se obligó a relajarse e intentó dulcificar la negativa.

—La Infanta ha pasado muy mala noche y apenas si pudimos dormir. Siento la necesidad de descansar un rato antes del banquete.

El rostro del hombre se iluminó.

—Desde luego. Entonces, quizá, ¿puedo pedirte que me reserves un baile esta noche?

Índigo se sintió como si de repente la hubiesen sumergido en agua helada. Volvió la cabeza sobre el hombro mientras empezaban a descender las escaleras, y escuchó cómo la multitud seguía vitoreando al Takhan.

—Será un placer —repuso.

Al menos eso sí podía concedérselo a su aspirante a pretendiente, ya que le debía algo, aunque él jamás lo sabría. Por tan sólo un instante le había devuelto los agridulces recuerdos que eran todo lo que le quedaba de Fenran. Y ello le había facilitado el catalizador. Era suficiente.

Era suficiente.

Librodot

CAPÍTULO 10

—¡Ha sido maravilloso! —Los ojos de Phereniq centelleaban bajo la luz de los faroles que habían convertido la enorme sala en una reluciente fantasía, y sus manos se movían animadas en un vano intento de expresar sus sentimientos—, ¡Índigo, debieras haber visto el gentío! Cantaron, ¿sabes?, cantaron en honor del Takhan y de la Infanta. Un coro como jamás había oído, y todo de forma improvisada. Te habría conmovido.

Índigo dirigió una rápida mirada en dirección al estrado donde el Takhan estaba sentado en su trono. Augon se recostaba en el enorme sillón para tomar una nueva copa de vino que le tendía un criado. Su sonrisa parecía abarcar a todos los que lo rodeaban, y la diadema de su cabeza brillaba deslumbrante bajo la luz de una enorme esfera de cristal llena de velas encendidas que colgaba sobre el trono. El banquete había terminado; la fiesta estaba ahora en pleno apogeo, y el baile y las diversiones continuarían hasta bien entrada la noche. Bastante antes, Índigo había salido al gran patio para contemplar el espectáculo de todo el palacio alumbrado por hilera tras hilera de lámparas multicolores que iluminaban los torreones, los muros, los jardines y las fuentes, y su terrible y ensoñadora belleza la había dejado anonadada. Hacia el oeste, las estrellas del cielo nocturno se veían eclipsadas por el llameante resplandor anaranjado de las hogueras encendidas en el puerto a modo de faros, y la celebración continuaba por toda la ciudad con músicos, bailarines, acróbatas y oradores que salían a las calles.

Phereniq había descrito las ceremonias del Templo de los Marineros, donde Augon, postrado ante el gran altar, había recibido la bendición de la Madre del Mar en manos de Sus acólitos. Para aquella ocasión excepcional se habían sacado de su santuario dos de los Tres Regalos de Khimiz: el Tridente, secular símbolo de la autoridad del Takhan, había sido colocado ceremoniosa y solemnemente en manos de Augon, lo cual significaba que el país quedaba bajo su custodia; mientras que se había puesto la Red de oro, el símbolo de la Takhina, sobre la diminuta cabeza de Jessamin, a quien se le concedía a su vez la bendición de la Diosa. Cuando su recién entronizado señor salió a la escalinata de mármol, había dicho Phereniq, la multitud había aullado aclamándolo, y cuando se dirigió al puerto para arrojar guirnaldas de flores desde los muelles antes de su inmersión ritual en el mar, había prorrumpido en un improvisado himno de alabanza, no sólo a la Diosa sino también al hombre que era, para los khimizi, su mejor campeón.

—Incluso los falorim estaban emocionados —añadió Phereniq, con un gran suspiro—. Vi su delegación, y cantaban junto con los demás. ¡Fue un gran homenaje!

Había habido unos quince o veinte miembros de las tribus falorim en el banquete. Al pasear la mirada por la sala, Índigo los vio de nuevo, en un pequeño y relativamente austero enclave, conspicuos en sus severas ropas del desierto. Por un momento, al recordar al grupo que había visitado la caravana de Vasi Elder cuando la invasión, se sintió más que un poco escéptica sobre su pretendida lealtad; pero luego razonó que los falorim no eran más pragmáticos que las doce o más naciones extranjeras cuyos embajadores habían venido también a amontonar regalos y felicitaciones para Augon y a jurarle su amistad.

Se disponía a llenar la copa de vino, mientras escuchaba lo que Phereniq continuaba contándole sobre la investidura, cuando una mano tocó su brazo. Se dio la vuelta, y se encontró cara a cara con el oficial del Tesoro.

Librodot

—Índigo. Los músicos han descansado y están listos para empezar de nuevo, y has prometido que serías mi pareja.

Se iniciaban los primeros acordes de una danza tradicional; las parejas empezaban a colocarse en el centro de la sala, Índigo se puso en pie.

—Phereniq, ¿me perdonarás...?

La astróloga le dedicó una cariñosa sonrisa.

—Claro que sí.

La danza se inició e Índigo, concentrada sólo parcialmente en la charla de su pareja, se dedicó a contemplar a las otras parejas de la habitación. Según pudo observar, un rostro en particular parecía aparecer en su campo de visión más a menudo que cualquier otro. Era la pareja de una mujer menuda de cabellos oscuros, pero a cada momento el giro de la danza los acercaba. Sin duda no era más que casualidad, pero cuando sus miradas se encontraron brevemente por quinta vez, Índigo se dio cuenta de que él la observaba.

Leando Copperguild. Su pensamiento regresó al breve pero extraordinario encuentro del día anterior, y empezó a sentirse claramente inquieta. Resultaba imposible imaginar qué había impulsado a Leando a hablarle de la forma en que lo había hecho después de diez meses de tácita hostilidad. Aunque era consciente del peligro de buscar esquemas donde podía no haber ninguno, parecía una coincidencia muy sospechosa: Leando gozaba de la confianza de Augon Hunnamek, y parecía ansioso por dar prueba de sus aptitudes al servicio de su nuevo señor. Y ahora, este repentino esfuerzo por atraer su interés.

El baile tocaba a su fin. Una educada ovación recibió el acorde final de los músicos, y mientras el oficial del Tesoro la acompañaba fuera de la pista, Índigo vio que Leando, al parecer conversando tranquilamente con su pareja, la observaba de nuevo, y mientras le daba la espalda rápidamente tuvo la desagradable premonición de lo que iba a suceder.

Se inició una nueva pieza de baile el oficial se aclaró la garganta nervioso y se giró hacia Índigo, con la intención de aprovechar su ventaja y pedirle que fuera su pareja otra vez. Pero antes de que pudiera hablar, Leando se cruzó en su camino.

—Índigo. —Leando sonreía—. Me prometiste la segunda pieza de la segunda serie, ¿recuerdas?

Abrió la boca para declarar que no había hecho nada parecido, pero vio la acerada determinación de su mirada y comprendió que estaba dispuesto a provocar una escena si se negaba.

—Muy bien.

Inclinó con frialdad la cabeza y, mientras el hombre del Tesoro los contemplaba desilusionado, permitió que Leando la condujera de nuevo a la pista de baile.

Durante quizás un minuto bailaron sin hablar. Luego Leando le dijo de repente:

—Estás muy bonita esta noche, Índigo.

La mirada de ella lo taladró.

—Supongo que no me has casi obligado a bailar contigo para intercambiar comentarios estúpidos. Si tienes algo importante que decir, dilo, por favor, y no me hagas perder el tiempo.

—Como quieras. —La hizo girar fuera del paso de una pareja cercana, y la muchacha advirtió que su rostro de pronto se había vuelto serio y rígido—. Soy muy consciente de la opinión que te merezco, y me gusta tanto este subterfugio como a ti. Pero tengo que hablar contigo. Tiene que ver con la Infanta.

—¿Jessamin? —Índigo arrugó la frente—. ¿Qué sucede con ella?

Librodot

Leando dirigió una rápida mirada en dirección al estrado situado en el extremo opuesto de la sala.

—Hoy, nuestro nuevo Takhan, todo honor y gloria esté con él, como a los falorim les gusta tanto decir, ha sido entronizado como gobernante de Khimiz y fundador de su nueva dinastía. Y esta misma noche, con toda seguridad, anunciará su compromiso oficial con la Infanta Jessamin, el matrimonio se celebrará cuando ésta cumpla doce años.

—Gracias —repuso irónica Índigo—. Estoy en deuda contigo por la información.

Los ojos de él, llenos de resentimiento, se encontraron con los de ella, entonces su voz se convirtió en un susurro.

—¿Y estás dispuesta a quedarte ahí sentada y ver cómo esa criatura indefensa acude a su lecho y pierde todo derecho a lo que es suyo?

Índigo se detuvo y lo miró boquiabierta sin poder apenas creer que no había oído mal. Leando sonrió sin humor.

—Sí, eso ha sido lo que he dicho. Sigue bailando a menos que quieras llamar la atención. —Empezaron a moverse de nuevo, aunque en el caso de Índigo era por puro automatismo.

—Sientes cariño por la Infanta —continuó Leando—. Te he visto con ella, y he oído todo lo que Luk tiene que decir de ti. De hecho tengo una deuda con Luk, porque me ha abierto los ojos a la verdad. Cualquiera que sean nuestras diferencias, tenemos algo en común: la preocupación por el bienestar de la Infanta. Y su bienestar —por no mencionar el de todo Khimiz— estará gravemente en peligro si continúa gobernando Augon Hunnamek.

Índigo estaba demasiado anonadada para hablar. Sentía la boca seca, y la atmósfera de la sala de pronto le resultó opresiva. Una palabra centelleó en su mente. *Trampa.*

—¿Bien? —siseó Leando—. ¿No tienes nada que decir?

¡Cuidado! advirtió la vocecita interior. Aspiró con fuerza para calmarse.

—No. No cuando las palabras que escucho son traicioneras.

Lanzó una ahogada exclamación cuando Leando la apretó con fuerza contra él y juntó la boca contra su oído mientras la hacía girar, para susurrar con voz ronca:

—¡No existe traición contra un usurpador!

Algo se agrió en el interior de Índigo, produciéndole ganas de vomitar, y le espetó furiosa:

—¿Un usurpador? ¿Esto, de los labios del hombre que traicionó a la Takhina Agnethe? ¡Hipócrita!

El rostro de Leando se tornó blanco a excepción de dos ardientes manchas de color en sus mejillas.

—¡Maldita sea, no...!

Índigo iba a interrumpirlo con una furiosa réplica, pero en ese momento la música cesó, y se dio cuenta de que la danza había terminado. Se tragó rápidamente lo que había estado a punto de decir y lo miro colérica, liberándose de sus manos.

—No tengo nada que decirte.

Vio que una pareja cercana contemplaba su conversación con curioso interés, y susurró sus palabras con una sonrisa, como si diera las gracias a su pareja.

—Oh, pero yo sí tengo más que decirte. Y me escucharás.

Leando fingió una reverencia, luego la tomó con fuerza por el brazo, arrastrándola en dirección a un extremo de la sala. Ella habría podido liberarse de él con bastante facilidad, pero no se atrevió a llamar más la atención hacia ella, y así pues, jadeante de indignación, fue con él.

—Pasearemos por la terraza —dijo Leando, con ferocidad—, y admiraremos la iluminación de los jardines. No te resistas, Índigo. No creo que desees verte involucrada en una escena desagradable, ¿verdad?

Índigo intentó obligar a su palpitante corazón a tranquilizarse lo suficiente como para permitirle respirar libremente. Bajo su cólera una voz de razón empezaba a imponerse. ¿Qué perdería por escuchar lo que Leando tenía que decir? Si, tal como sospechaba, esto era parte de algún tortuoso plan para probar su lealtad, podía defenderse sin correr ningún riesgo.

Y si no lo era...

No tuvo oportunidad de dejar que aquella extravagante noción tomara cuerpo, pues Leando se la llevaba ya de allí. El sonido y la luz se desvanecieron cuando atravesaron uno de los elevados ventanales y salieron a la amplia terraza escalonada que bordeaba el jardín. Descendieron los peldaños, y Leando la condujo a uno de los senderos que discurría por entre los parterres de flores. El agua centelleaba no muy lejos, y se detuvo junto a un estanque cuya fuente central hacía el suficiente ruido como para evitar que alguien los oyera por casualidad y se volvió para mirarla. Lejos del resplandor artificial de las lámparas, su rostro aparecía angular y peligroso.

—Me llamas hipócrita —dijo—. Pero quizá deberías mirarte a tu propio espejo y considerar lo que ves en él. Dime, Índigo; ¿sabes cómo murió la Takhina? ¿O has cerrado los ojos a eso como pareces haberlos cerrado a tantas otras cosas?

La furia de Índigo estalló.

—La Takhina eludió a sus guardianes y saltó de una torre —replicó—. ¡Quizás eso resulte un buen epitafio para tu traición!

—¡Y quizá fue un asesinato! —La sujetó por el brazo de nuevo; entonces, de repente, sus ojos se entrecerraron—. Por la Madre, lo sabes, ¿no es así? ¡Sabes que no se mató! Índigo volvió la cabeza con el corazón martilleándole con fuerza.

—¡No sé nada parecido!

—¡Oh, pero yo creo que sí lo sabes! Está en tus ojos, Índigo, te has hecho la misma pregunta que yo me he hecho tan a menudo. —Un dedo señaló hacia arriba en la oscuridad—. ¿Cómo llegó la Takhina al minarete sin que la vieran? ¿Cómo escapo a sus guardianes? ¿Y cómo es que los centinelas dormían en sus puestos, de manera tan conveniente?

Índigo sintió como si el corazón fuera a estallarle en el pecho, pero no se atrevió a admitir sus sospechas. Resultaba demasiado arriesgado. Y había una evidente inconsistencia. Liberó su brazo de la tenaza de Leando, y dijo incisiva:

—Tu repentina preocupación por la Takhina es conmovedora, Leando. ¡Pero es una pena que no considerases tal posibilidad antes de conducir a los hombres de Augon Hunnamek por el desierto para devolverla a tal seguridad y bienestar!

Leando se quedó en silencio por un momento. Luego, con voz llena de amargura, repuso:

—Tienes toda la razón. Pero a lo mejor, si hubieran tenido a tu propio hijo como rehén para asegurar tu cooperación, también tú habrías encontrado la cuestión menos clara...

Ella lo miró fijo.

—Tu...

—A Luk lo encerraron en una de las habitaciones de palacio, vigilado por un hombre con orden de cortarle el cuello si yo no cumplía con mi compromiso. Tengo entendido que el niño estaba muy asustado y lloró muchísimo durante mi ausencia, pero supongo que no se puede esperar otra cosa de una criatura de dos años.

Librodot

Índigo sintió una especie de nudo en la garganta.

—Leando, yo... —Su agresividad se desmoronó de pronto—. Lo siento, no lo sabía.

—Claro que no lo sabías. Muy poca gente lo sabe. Muchos creen que traicioné a la Takhina por puro pragmatismo, y son lo bastante pragmáticos también ellos para considerarlo como una desgraciada necesidad como consecuencia de la conquista. —Paseó hasta el borde del estanque, luego se volvió para mirarla cara a cara de nuevo—. Así que a lo mejor comprenderás ahora la auténtica naturaleza de mi lealtad para con Augon Hunnamek.

Índigo no sabía qué decir. El relato de Leando la había abrumado, le había dado una nueva perspectiva sobre su carácter. Pero, se preguntó a sí misma, ¿se atrevía a creerle? Los hechos resultarían muy fáciles de comprobar; pero ¿qué había de las motivaciones ulteriores? Una cosa en especial no parecía verdad, y se obligó a dejar de lado la comprensión cuando inquirió:

—Leando, ¿por qué me has contado esto?

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que he dicho. No soy amiga tuya. ¿Por qué contarme esto... y por qué ahora?

—Piensa, Índigo. Piensa en tu propia actitud. Te has pasado los últimos diez meses odiándome porque entregué a la Takhina a sus enemigos. ¿Qué me dice eso sobre tus lealtades?

—No te dice nada... excepto, posiblemente, que cuando veo algo que tan sólo puedo interpretar como traición, no me gusta. Olvidas, Leando, que no debo ninguna lealtad aquí. No soy khimizi.

Leando hundió la cabeza entre los hombros, y clavó la mirada en el jardín.

—No —repuso—. Pero tienes una causa: tu amor por la Infanta y tu deseo de protegerla. Cualesquiera que sean tus otros sentimientos no creo que te atrevas a negar eso. —Hizo una pausa—. ¿Lo harás?

—Pareces muy seguro de que no.

—No lo estoy; no por completo. Pero estoy dispuesto a apostar sobre tu respuesta.

No podía perjudicarse si lo admitía, de modo que Índigo asintió con la cabeza.

—Sí, quiero a esa niña. —Se obligó a parecer calmada y a sonreírle con ironía—. ¿Quién podría no hacerlo?

—Exacto. Y ése es el motivo por el que creemos que se puede confiar en ti.

—¿Creemos? —Índigo lo miró con sorpresa—. Me estás diciendo que...

Leando la interrumpió con un gesto de advertencia de una de sus manos. Al levantar la mirada, la joven vio que se acercaban varios jóvenes por el sendero; con las cabezas muy juntas comentaban algo divertido.

Leando la tomó del brazo.

—Vamos a pasear un poco. Por aquí: es más tranquilo.

Sus pisadas resonaron huecas sobre las losas de mármol del patio mientras los sonidos de la fuente y de los murmullos de los jóvenes quedaban atrás. La música que sonaba en la gran sala resultaba muy débil ahora, y se entremezclaba con los sonidos menos identificables de las celebraciones que tenían lugar en la ciudad. De vez en cuando el cielo se iluminaba por el oeste al ser lanzado un cohete a las alturas desde el puerto, y a Índigo le pareció escuchar un lejano griterío saludando cada explosión. Cuando hubieron pasado junto a la última de las farolas y el jardín ya no era más que una borrosa confusión de sombras, Leando dijo en voz

Librodot

baja:

—No te diré los nombres de mis amigos. Pero has de creer que realmente existen, y se oponen al dominio del usurpador. —Sus ojos brillaron en la oscuridad, salvajes, y le recordaron de forma curiosa la mirada de *Grimya* cuando estaba angustiada o enojada—. Khimiz no tiene un Takhan: tiene una *Takhina.* Y nuestro propósito es que reciba lo que es suyo. No como propiedad de un pendenciero disoluto, sino para sí, por derecho propio. —Dejó de andar y se volvió en redondo para mirarla—. No creo que necesite explicarme más.

Índigo le devolvió la mirada, sin pestañear. Había recuperado el control por completo ahora; el miedo había desaparecido, pero sus pensamientos se movían como la marea creciente. Lo que Leando quería decir estaba perfectamente claro. Le decía que él y otros conspiradores desconocidos planeaban asesinar a Augon Hunnamek. Y si ella pudiera creerle, entonces una puerta que había creído herméticamente cerrada hasta entonces empezaba por fin a abrirse.

Pero no se atrevía a confiar de lleno en él. Podía decir la verdad; pero también podía ser una prueba tortuosa y peligrosa a petición de Augon. Necesitaba más evidencias y tiempo; y no obstante, no se atrevía a apartarlo por completo. Tenía que fingir. Así pues, dijo:

—¿Te das cuenta, no es así, de que si estás equivocado sobre mí corres un gran peligro? Si yo repitiera esta conversación al Takhan, tu vida no valdría nada.

—Desde luego. Y tampoco la tuya. —Ahora no sonreía—. Estás en desventaja, Índigo. No conoces la identidad de mis amigos, ni puedes descubrirlos a menos que ellos decidan dársete a conocer. Si me traicionaras a Augon Hunnamek, morirías antes de que él tuviera tiempo de darte las gracias. Esto no es una amenaza; se trata de una simple exposición de los hechos. Y creo que, al igual que todos nosotros, consideras que vale la pena conservar tu vida.

Ella reconoció la verdad de su afirmación con un lacónico movimiento de cabeza, consciente de que había conseguido acorralarla.

—Muy bien —reconoció—. Nos comprendemos mutuamente. Pero sin duda debes de darte cuenta de que, como mucho, soy neutral en lo concerniente a tu causa. ¿Qué te hace pensar que puedo seros de utilidad?

—Eres la acompañante de la Infanta. Nadie está en mejor posición de protegerla cuando y si se da la circunstancia.

—¿Protegerla? —Índigo arrugó la frente—. ¿De qué?

Leando sacudió la cabeza.

—He dicho todo lo que podía decir por el momento; el siguiente movimiento depende de ti. —Se puso a andar de nuevo despacio, y tras una ligera vacilación Índigo lo siguió.

—Se te invitará a una reunión —continuó Leando—. Cuándo y dónde será, no puedo decirlo aún; pero si te preocupa la Infanta, cosa que yo creo, te recomiendo encarecidamente que asistas. —Volvió la cabeza hacia ella, y su mirada era fría—. Si no lo haces puede que en el futuro te cueste vivir en paz con tu conciencia.

Índigo no respondió. Delante de ellos la pared que rodeaba el jardín se *alzaba* pálida y fantasmal en la oscuridad, ensombrecida por las enredaderas. Leando continuó:

—Te dejaré ahora. Puede que resulte más prudente que no nos vean regresar juntos del jardín, Índigo...

—¿Si?

—No creas que he confiado tan sólo en observaciones mundanas para decidir si debía o no hablar contigo esta noche. Existen otras formas de ahondar en la auténtica naturaleza de las

Librodot

personas. —Vaciló, luego añadió con una sonrisa—: Soy lo bastante inteligente como para saber el valor de tomar tal precaución.

Índigo asintió, preguntándose inquieta qué sería lo que Leando y sus amigos habrían desenterrado mediante sus adivinaciones.

—Recapacitaré sobre lo que me has dicho.

—Eso espero. Buenas noches, Índigo. Disfruta del resto de la fiesta.

Índigo volvió sobre sus pasos en dirección al interior del palacio, haciendo un esfuerzo para no mirar atrás. Se sentía mareada y confundida, y se encontró luchando violentamente contra los esfuerzos que hacía su cerebro para asimilar todo lo que había escuchado. No quería pensar en ello; sólo quería regresar a la fiesta y sumergirse en el baile, la bebida y la diversión. Repentinamente sintió una gran necesidad de una de sus pociones; el cordial quizás, o, mejor aún, la narguile. Cualquier cosa que le permitiera olvidar lo que Leando le había revelado hasta que se sintiera capaz de enfrentarse a ello con más ecuanimidad.

Un gran clamor surgió de repente de la sala que tenía delante y atrajo su atención. Por entre los elevados ventanales podía ver el brillo de las luces, un amontonamiento de gente que se apelotonaba alrededor de algo. El clamor fue lanzado una segunda vez, y también una tercera; y mientras se desvanecía lentamente, una única voz, intoxicada por algo mas que el vino, se elevó por encima del resto.

—Felicidad al Takhan y a la futura Takhina.

Índigo quedó paralizada. Sus ojos se clavaron en la sala, en el resplandor y la alegría y toda la energía que emanaba de ella, y sintió como si algo en su interior se congelara. En la excitación de su encuentro con Leando, había olvidado que el compromiso se anunciaría hoy.

A su garganta subió de súbito un sabor agrio a vino y comida, y junto con él vino un sordo y fútil sentimiento de miseria que no podía precisar. Se oyeron de nuevo los sones de la música; mientras las parejas ocupaban el centro de la sala, un grupo de muchachas jóvenes salieron a la terraza riendo tontamente, Índigo las contempló mientras descendían los peldaños, revoloteando como brillantes y despreocupadas mariposas; luego, con un esfuerzo, se volvió hacia la entrada en forma de arco y pasó al otro lado. La saludó una alegre oleada de calor, luz y sonido; un sirviente se adelantó para ofrecerle una bandeja de copas de vino e Índigo tomó una, la vació de un trago, e hizo una señal para que le acercaran otra, antes de mezclarse entre la multitud.

CAPÍTULO 11

El mensaje estaba tan bien disfrazado como una invitación formal para cenar en casa de los Copperguild, que en un principio Índigo no comprendió su significado.

Ella y Hild estaban con Jessamin, animando sus primeros y decididos renqueantes esfuerzos para andar, cuando un servidor de palacio trajo el pequeño pergamino con su sello en forma de una moneda y un barco, el emblema de familia de los Copperguild, en una bandeja de cristal. Hild, que no tenía el menor sentido del pudor, tomó a la Infanta en su regazo y se inclinó descaradamente sobre el hombro de Índigo mientras ésta leía la invitación, murmurando acto seguido su disgusto por ser incapaz de comprender el khimizi escrito.

—¿Qué es? —preguntó—. Tener aspecto muy importante.

Índigo le sonrió.

—Es una invitación, Hild. Para cenar con la familia Copperguild esta noche al llegar la marea muerta.

—Copperguild, ¿eh? —Hild enarcó las cejas; de repente, su rostro se iluminó con una amplia sonrisa—. ¡El papá del pequeño Luk! Ya sé qué es... él admira a ti, ¿verdad? ¡Ya sabía yo!

Índigo lanzó una carcajada.

—Tonterías, Hild. Es simplemente que... —y se detuvo a media frase al comprender exactamente lo que significaba la invitación.

Lo había olvidado. En los días siguientes al banquete —¿cuántos habían transcurrido? ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¡El tiempo había pasado tan deprisa!— había apartado con deliberación de su cabeza el encuentro con Leando tanto como le había sido posible; prefirió dejarlo de lado hasta que los acontecimientos la obligaran a enfrentarse a él y a tomarlo en cuenta. Ahora, al parecer, ese momento había llegado.

—¡Tú estar roja! —la acusó muy divertida Hild.

Su rostro ardía, sentía un hormigueo por toda la piel, pero no por el motivo que suponía, Índigo enrolló el pergamino y lo guardó en un bolsillo del vestido.

—No he enrojecido, Hild, y tampoco Leando Copperguild «admira» a mí, como dices tú. Imagino que es un sencillo detalle, para darme las gracias por ocuparme de Luk.

Hild no se dejó impresionar.

—*¡A-na!* —repuso—. Irás, ¿sí?

Recordó el rostro tenso de Leando antes de que se despidieran durante la fiesta, y la forma en que le había insistido —casi suplicado, aunque intentara disimularlo— para que asistiera a la planeada reunión. La invitación resultaba prácticamente inocente. Nada podía perder si aceptaba.

—Sí —concedió—. Creo que iré.

—Mi señora Índigo. —Mylo Copperguild, tío de Leando y cabeza de familia, se inclinó sobre su mano y levantó los ojos hacia ella sonriente—. Éste es un gran placer.

—Me siento muy honrada por la invitación, señor, —Índigo devolvió la reverencia, luego se volvió hacia donde Leando aguardaba al lado del anciano.

Leando se limitó a tomar su mano y oprimir sus dedos por un instante.

—Gracias —dijo con suavidad.

Librodot

—Nuestra familia está reunida arriba —le informó Mylo—. Resulta menos formal que nuestro comedor principal, y el aire del mar penetra con más facilidad. ¿Me permitís?

La tomó del brazo, y ascendieron por una escalera que describía una curva desde la sala de recibo con su techo abovedado cubierto de murales, en dirección al primer piso. Con gran alivio por su parte, Índigo descubrió que la sensación de malestar que había embotado sus sentidos durante la mayor parte del día había desaparecido durante el trayecto desde el palacio. Había pasado la noche anterior con Phereniq y había bebido un poco de vino de más, lo cual había hecho que a la mañana siguiente se sintiera desanimada y pesada. Consciente de que precisaría de una mente despierta esta noche, había rehusado el ofrecimiento de Leando de enviar una litera, o cualquier otra forma de escolta, y había andado los más o menos dos kilómetros que la separaban de su destino disfrutando de la temperatura relativamente fresca de primeras horas del atardecer.

La mayoría de las familias de los mercaderes más ricos de Simhara vivían en el lado de la ciudad que daba al mar, en un enclave de mansiones elegantes y recargadas, retirado del gran puerto y con una vista magnífica del golfo. La casa de los Copperguild era una de las más impresionantes, dándole a entender a la joven lo próspera —e influyente— que la familia había llegado a ser a través de los años. Sabía que Mylo no era tan sólo el propietario titular de los enormes intereses mercantiles de los Copperguild, sino que también había ostentado un puesto importante en el Consejo del anterior Takhan. Augon Hunnamek le había ofrecido un ascenso dentro del nuevo régimen, pero Mylo había solicitado que se le permitiera retirarse de la vida de la corte y concentrarse en sus intereses mercantiles, en los cuales, había dicho, estaba mejor situado para servir a la prosperidad de Khimiz.

Llegaron a la parte alta y penetraron en una enorme y aireada habitación con las puertas de la balconada bien abiertas para dejar entrar la brisa nocturna. Había ya otras siete personas presentes, y Mylo presentó primero a Índigo a una mujer de edad, con un perfil que recordaba a un halcón —su madre y abuela de Leando, matriarca de la familia—, luego a su esposa e hijo Elsender, que era quizás un año o dos mayor que Leando. Tras él le tocó el turno a la hermana casada de Leando y a su esposo, y otra joven pareja, primos lejanos cuyos nombres Índigo no pudo luego recordar.

Para cuando se sentaron a comer, Índigo había llegado ya a la conclusión de que Leando el cortesano y Leando el hombre de familia eran dos personas totalmente diferentes. Ésta era la primera vez que lo veía entre los suyos, y el contraste resultaba sorprendente. Aunque el hecho de pasar tanto tiempo en palacio lo había distanciado en cierta forma de su familia, existía una inconfundible cordialidad entre ellos, una sensación de camaradería compartida que revelaba un nuevo aspecto del carácter de Leando. Sus propios padres, según sabía Índigo, estaban muertos; quedaba muy claro, pues, que consideraba a Mylo como a un segundo padre, y Mylo, por su parte, le dedicaba el mismo tratamiento que a su propio hijo.

La conversación durante la cena fue ligera e informal. Se habló de barcos, de_ mareas y del tiempo: en su calidad de antiguo marinero, Índigo se vio muy solicitada, y relató muchas de sus experiencias en el *Kara-Karai.* Luego la conversación giró hacia cuestiones más sociales: acontecimientos en la corte, los progresos de la Infanta, el mecenazgo del Takhan sobre las nuevas inversiones y expansión de la ciudad y el puerto. La abuela de Leando interrogó a Índigo estrechamente sobre lo último en relación a las modas y costumbres de la corte, y cuando por fin se agotaron todos los temas de conversación, la esposa de Mylo se sentó frente a un recargado instrumento musical situado en el extremo opuesto de la habitación, e

Librodot

interpretó algunas melodías tradicionales que los reunidos corearon.

Índigo no pudo evitar sentirse fascinada por aquel instrumento, que parecía estar compuesto por una caja de cristal llena de carillones también de cristal operados por un sistema de pedales y poleas. El sonido que producía era etéreo y de tal belleza que provocaba escalofríos; pero su placer se veía ensombrecido por una creciente sensación de inquietud. Estaban cerca ya de la medianoche, y no se había pronunciado ni una palabra, ni se había dejado caer la más mínima insinuación, sobre el auténtico motivo de la velada. Al parecer no se trataba más que de una reunión social, y empezó a preguntarse si no habría malinterpretado el motivo que se ocultaba tras la invitación.

Pero entonces las campanas que anunciaban las mareas empezaron a sonar en el puerto, situado a los pies de la casa, y su sonido penetró con toda claridad por los ventanales. Como si se tratara de una señal, la esposa de Mylo dejó de tocar y cerró con mucho cuidado el delicado instrumento de cristal antes de ponerse en pie y anunciar su intención de retirarse. La matriarca también se levantó, y pareció como si la hermana de Leando y su esposo, junto con la otra joven pareja, hubieran estado a la espera de su señal, ya que también se despidieron. Se intercambiaron cumplidos y besos, e Índigo se encontró sólo en compañía de Leando, Mylo y Elsender.

Cuando los últimos pasos se desvanecieron detrás de la puerta cerrada, Mylo se volvió hacia Índigo con una sonrisa tirante.

—Mis disculpas por haberte retenido durante tanto tiempo, Índigo. Pero, como ya creo que sabes, todavía no ha concluido lo que nos ha reunido aquí. ¿Podemos persuadirte de que nos acompañes un poco más?

Leando la observaba atento, con el rostro tenso, Índigo le dirigió una rápida mirada; luego asintió.

—Sí. Ya había esperado esto.

Mylo se dirigió hacia las puertas del balcón y las cerró; luego corrió las pesadas cortinas. Leando entretanto bajaba la intensidad de las lámparas, para que desde el exterior la habitación pareciera a oscuras.

—No podíamos decir nada hasta que los demás se hubieran ido —continuó mientras se daba la vuelta—. Ningún otro miembro de la familia sabe de nuestra... ah... preocupación, y, como no dudo que reconocerás, es a la vez mas seguro y justo para ellos que permanezcan en la ignorancia. Elsender, ¿quizás ahora podrás ir a buscar a nuestro otro invitado, por favor?

El joven abandonó la habitación, y durante algunos minutos aguardaron en silencio, hasta que la puerta se abrió de nuevo y Elsender regresó. Con él venía un hombre que andaba un poco vacilante, palpando el camino con una mano mientras que con la otra sujetaba el brazo de Elsender. Índigo lo miró al rostro y contuvo la respiración de modo inconsciente al reconocerlo. Era el buhonero ciego, el tallista de barquitos, a quien había comprado la red de bronce para ofrecerla en el Templo de los Marineros.

—Karim. —Mylo se adelantó para tomar la mano del buhonero y conducirlo a un diván—. Bienvenido a mi casa. Sólo lamento que hayamos tenido que recurrir a tal subterfugio para recibirte en esta casa. Por favor, siéntate, y toma una copa de vino.

El ciego sonrió.

—Hace mucho tiempo que ninguna familia de la nobleza khimizi puede darme la bienvenida abiertamente bajo su techo, Mylo —repuso—. Dudo que pudiera recordar el comportamiento a adoptar en un banquete, en estos días.

Librodot

Elsender le colocó una copa en la mano y él tomó un sorbo, apreciativo; luego volvió la cabeza hasta quedar frente a Índigo. Ella lo había estado contemplando fijamente, y dio un respingo por sentirse culpable antes de recordar que era ciego.

—Percibo la presencia de un invitado desconocido, aunque no totalmente desconocido —dijo Karim—. ¿Está ella aquí?

—Así es. —Mylo hizo un gesto con la cabeza a Índigo, quien se acercó al diván muy despacio—. Amigo mío, ésta es la noble Índigo de las Islas Meridionales, dama de compañía de la Infanta, Índigo: te presento al mago-doctor Karim...

Estuvo a punto de pronunciar el apellido de Karim, pero el ciego alzó una mano anticipándosele.

—No, no, Mylo. Simplemente Karim. Recuerda, no tengo otro nombre estos días; ni tampoco ningún título. Saludos, mi señora. —Encontró los dedos de Índigo y los rozó ligeramente.

—Señor.

Estaba perpleja y convencida de que debía de haber cometido un error estúpido. *Mago-doctor,* había dicho Mylo. Tales hombres eran los más eminentes practicantes de la medicina de todo Khimiz; no sólo médicos muy expertos, sino también maestros en las artes arcanas y de adivinación. Este hombre y el vendedor del templo no podían ser la misma persona.

Karim hablo de nuevo.

—¿Así que eres de las Islas Meridionales? Un país hermoso, tengo entendido. —Una leve sonrisa traviesa iluminó su rostro—. Cuyos hijos tienen el aroma del mar en sus cabellos, y saben qué regalo adornará mejor la nave de la Madre del Mar.

Los ojos de Índigo se abrieron de par en par.

—Entonces vos sois el vendedor ambulante...

Las palabras surgieron antes de que pudiera controlar la lengua; pero lejos de sentirse ofendido, Karim lanzó una carcajada.

—Desde luego, mi señora, claro que soy yo. El buhonero Karim, fabricante y vendedor de ofrendas; ni más ni menos. —Dejó su copa, percibiendo al parecer la proximidad y altura de la mesa situada junto al diván, luego volvió la cabeza hacia Mylo.

—Creo que estábamos en lo cierto, Mylo. Pero me gustaría asegurarme, con tu permiso.

—Desde luego.

Mylo dirigió una rápida mirada a Índigo. Leando y Elsender también la observaban con atención, y Karim se inclinó hacia adelante y le indicó con la mano que se acercara.

—Extiende las manos hacia mí, mi señora. Mírame a los ojos, si es que su ceguera no te desconcierta, y contéstame con toda honradez.

Con una cierta vacilación extendió las manos hacia él. Él no tomó sus manos, sino que por el contrario sus dedos le rodearon las muñecas; sus manos eran firmes y fuertes. La muchacha clavó sus ojos en su mirada inerte, y él le dijo, sin una inflexión especial:

—Háblame de Augon Hunnamek.

Una imagen revoloteó de manera involuntaria por la mente de Índigo. Vio a Augon tal y como lo había visto por primera vez en la habitación llena de humo de incienso del palacio. De un tamaño superior al normal, carismático, arrollador... y repulsivo. Sintió cómo se le ponía la piel de gallina, como sucedía cada vez que Augon tocaba su mano o su hombro; percibió la intensidad de su pálida mirada y quiso cerrar los ojos, suprimir aquella mirada, no fuera a ser que se aferrara a su alma y la extrajera de su cuerpo para dejarla vacía y reseca.

Librodot

Demonio, dijo su mente. *Demonio.*

Pero no pudo pronunciarlo en voz alta.

—Augon Hunnamek es el Takhan de Khimiz. —Su propia voz parecía venir de muy lejos—. Es...

—No.

Karim la interrumpió, y el encanto se rompió de repente. Parpadeando, Índigo vio cómo la habitación volvía a aparecer claramente ante ella, y su total normalidad la desorientó. Karim le dedicó una sonrisa.

—No necesito palabras cuidadosas, mi señora. La palabra es pocas veces el reflejo de la pura verdad.

—Pero yo...

—Por favor. Ten paciencia conmigo durante un poco más. —Se quedó callado, pero siguió mirándola, y aunque Índigo quiso protestar, una fuerza interior la obligó a contener la lengua. Durante algunos minutos más Karim sostuvo sus muñecas, apretando la carne con suavidad algunas veces, presionando una vena o un hueso situados bajo la piel, otras. Su expresión no se alteró hasta que por fin, con un suspiro, la soltó y volvió a recostarse en su asiento.

Detrás de Índigo, Leando dejó escapar un suspiro reprimido.

—¿Teníamos razón? —inquirió.

Karim asintió.

—Sí.

Índigo temblaba. Sentía un hormigueo por todo el cuerpo, y los finos vellos de sus brazos estaban erizados como el pelaje de *Grimya* cuando estaba asustada o enojada. Los de su nuca también se habían erizado, y el corazón le latía con dolorosa rapidez. Karim poseía poder —*auténtico poder,* no como Phereniq y los de su clase— y se asustó al pensar en lo que pudiera haber leído en su mente. El temor, emparejado con la confusión, la volvió agresiva, y se revolvió contra Leando.

—¿Qué quieres decir con que sí teníais razón? —exigió—. ¡No comprendo! ¿Qué intentáis hacer?

—Tranquila, mi señora. —Mylo llenó una copa de vino y se la ofreció—. Karim se limita a salvaguardar todos nuestros intereses. —Miró al ciego, que había vuelto a recostarse contra los almohadones—. ¿Qué hay de las otras comprobaciones, Karim? ¿Quieres continuar?

Karim sacudió la cabeza.

—No hay necesidad: he visto lo suficiente. Ella es la persona.

Índigo recurrió a Leando de nuevo.

—¡Leando, tienes que decirme de qué se trata todo esto! Tu tío habla de comprobaciones, y Karim me dice que yo soy «la persona». En nombre de la Madre, ¿qué significa esto?

Leando y Mylo intercambiaron una mirada, luego Mylo asintió con la cabeza de forma casi imperceptible. Leando se sentó junto a Índigo.

—Lo siento si te hemos asustado —dijo—, pero teníamos que estar seguros de ti antes de atrevernos a ir más adelante, y la opinión de Karim era la única en la que podíamos confiar. Ahora que ha confirmado nuestra creencia, puedo explicar más cosas.

»El año pasado, poco después de la invasión y la derrota de nuestro Takhan, Karim, bajo su apariencia de buhonero en el Templo de los Marineros, se encontró con una extranjera cuya presencia en Simhara, según le dijo su instinto, tenía una gran significación. Utilizó sus poderes de adivinación para ahondar más en la cuestión, y lo que descubrió lo persuadió de venir

Librodot

a vernos. Él y mi tío son antiguos amigos, y Karim conocía nuestro descontento. Nos dijo que esa extranjera, una mujer que ahora vivía en palacio, era vital para nuestra causa. —Se detuvo, volvió a mirar a Mylo y recibió una nueva y leve indicación de que siguiera adelante—. En resumen, que ella tenía la llave para la derrota y destrucción del usurpador.

Boquiabierta, Índigo se quedó mirando a Karim. Estaba perpleja y se sentía mortificada de pensar que el ciego era capaz de adivinar tanto en un breve encuentro casual; y ello le hizo preguntarse de nuevo, llena de inquietud, qué más podría haber descubierto Karim sobre ella.

Se dirigió al ciego, escogiendo las palabras con sumo cuidado.

—Maestro Karim, no soy experta en las cuestiones arcanas, ni en el arte de la adivinación. ¿Podéis explicarme que os llevó a tal conclusión sobre mí?

La mirada que Karim le devolvió fue desconcertante, ya que parecía como si, a pesar de su ceguera, sus ojos la retaran llenos de ironía.

—Otros confían en las estrellas o en los augurios para guiarse, mi señora —respondió—. Pero yo he seguido un camino que me permite ver lo que hay en tu *auténtico corazón.*

Estaba siendo deliberadamente enigmático, pensó ella, y eso le preocupó.

—Señor, yo... —empezó a insistir, pero él la interrumpió.

—No, mi señora; no hay nada más que te pueda decir ahora, aparte de que sé que eres digna de confianza. De momento, date por satisfecha con esto.

Índigo cedió, consciente de que seguir arguyendo resultaría inútil. Karim volvió la cabeza hacia la ventana y olfateó el aire.

—Se está haciendo tarde —anunció—. Huelo cómo la marea regresa al puerto. Deberíamos terminar nuestro asunto deprisa, Mylo; no sería muy sensato enviar a la dama de regreso a palacio a una hora que pudiera despertar demasiada curiosidad.

—Sí. —Mylo se volvió hacia Índigo—: Índigo, te hemos retenido excesivamente. Pero antes de que te vayas, tengo algo que decir. Karim nos ha dicho que podemos confiar en ti, y ésa es toda la garantía que necesitamos. No obstante, me doy cuenta de que no podemos esperar que tú, por tu parte, confíes en nosotros. Leando me ha hablado de tus dudas y las comprendo. Te pido tan sólo que consideres lo que voy a decirte, y que lo que oirás no será repetido fuera de las paredes de esta habitación.

—No lo será, señor —repuso Índigo en voz baja—. Leando sabe que, como mínimo, soy neutral a vuestra causa. Esbozo una ligera sonrisa—. Y ha tenido buen cuidado de explicarme el precio de la traición. Tengo en bastante estima mi vida.

Leando le devolvió la sonrisa un poco avergonzado, y Mylo asintió:

—Mi sobrino carece a veces de sutileza, pero... muy bien; creo que todos comprendemos la posición en que estamos. Creo, Índigo, que estás enterada de nuestras intenciones de sacar al usurpador Augon Hunnamek del trono de Khimiz y poner a la Infanta, la auténtica soberana de nuestro país, en su lugar.

Índigo asintió con la cabeza.

—Eso es lo que me ha contado Leando —dijo—. ¿Pensáis, supongo, asesinarlo?

—Sí. —Mylo sonrió con frialdad—. Un hombre como Augon Hunnamek jamás admitiría la derrota si simplemente se lo depusiera: tiene que morir. Además, tenemos otras razones de índole personal para derribarlo. Es probable que no lo sepas, pero nuestra familia está emparentada en segundo grado con la familia real de Khimiz. —Un tono duro apareció en la voz de Mylo—. El antiguo Takhan, por imperfecto que pudiera haber sido, era nuestro primo, y es por lo tanto nuestro deber, al igual que nuestro deseo, el vengarlo.

Índigo meditó sobre aquello durante unos minutos. No había estado enterada de la conexión de los Copperguild con la familia real, y la revelación confirió peso y convicción a lo que había escuchado esta noche. Pero desear la muerte a Augon Hunnamek era una cosa; matarlo, otra muy diferente.

Les dijo:

—No será tarea fácil, Mylo. El nuevo Takhan está muy bien protegido en palacio, como Leando y yo bien sabemos. Y también está demostrando ser un gobernante popular; considerablemente más popular, por lo que he oído, de lo que fue su predecesor. Si lo asesináis puede que provoquéis la cólera de todo Khimiz.

—Eso es muy cierto —concedió Mylo—. Pero si existe una cualidad que está más inculcada en los khimizi que la superstición, es el pragmatismo. El mismo pragmatismo que aceptó el gobierno del usurpador sin una protesta, aceptará también su muerte, siempre y cuando no suponga ninguna amenaza para la paz y prosperidad de Khimiz. Y —su expresión se suavizó—, te olvidas de la Infanta. A pesar de que no es más que un bebé, el pueblo la adora. Pese a lo mucho que nuestro pueblo finja apreciar al usurpador, en el fondo de su corazón sabe perfectamente que Jessamin es nuestra auténtica Takhina.

Por lógica, lo que decía tenía su sentido, pero Índigo era consciente de que existía un fallo terrible. Mylo creía que trataba con un ser mortal; un hombre poderoso y astuto quizá, pero mortal, y por consiguiente falible. Ella sabía la verdad. Y si la entidad maléfica que era el auténtico Augon Hunnamek sospechara por un solo instante la existencia de un complot contra él, entonces ninguna cantidad de discreción o estrategia protegería de las consecuencias a los conspiradores de las consecuencias.

Sin embargo no podía contarles la verdad a Mylo y a Leando. No se *atrevía:* no hasta que estuviera segura de que podía confiar en ellos. E incluso entonces, se recordó sombría, ¿la creerían? Incluso la superstición khimizi no llegaba tan lejos, y no tenía ninguna prueba con excepción de su intuitiva certeza.

Repuso, con voz ligeramente temblorosa:

—¿Cómo pensáis matarlo?

Se produjo una larga pausa. Elsender se aclaró la garganta nervioso, mientras que Leando clavaba sus ojos en el suelo. Karim sencillamente continuó sorbiendo su vino. Por fin, Mylo respondió:

—Tenemos un plan, pero todavía hay muchos detalles que deben pulirse, y no queremos precipitarnos. Todo debe estar a punto, y pensamos que... perdóname, pero pensamos que es más sensato no revelar más, a menos que estemos seguros de que estás dispuesta a unirte con nosotros. Por tu bien y también por el nuestro.

Ella asintió.

—Comprendo. Pero, ¿entretanto?

—¿Entretanto?

—Me habéis pedido que viniera aquí esta noche para algo más que comprobar mi integridad. Queréis algo de mí.

—Si. Sencillamente tu garantía de que protegerás a la Infanta, hasta que estemos preparados.

Ella lo contempló sorprendida.

—¿Tenéis alguna duda de ello?

Karim se agitó en su asiento. Sus ojos ciegos escudriñaron la habitación y parecieron, de

forma desconcertante, lavarse en el rostro de Índigo.

—No tengas la menor duda de ello, Mylo, viejo amigo —dijo con suavidad—. La dama dice la verdad. Y aunque puede que no se atreva a admitir sus más íntimos sentimientos, nuestra causa es la suya. Puedes estar seguro de filo, y deja que esta seguridad te conceda un descanso tranquilo esta noche.

Su sonrisa fue sólo para Índigo, y ésta se estremeció en su interior.

—Sí —dijo—. La protegeré.

Se despidió de Mylo y Elsender, luego, con cierta inquietud, de Karim, y por último de Leando, quien no iba a regresar a palacio hasta la mañana siguiente y la acompaño hasta el vestíbulo. Las puertas de la calle estaban abiertas, y una litera aguardaba fuera; en el umbral permanecieron solos por un instante, y Leando le tomó la mano.

—Pensarás en lo que has oído esta noche, ¿verdad?

—Lo haré —prometió con seriedad—. Pero...

—¿Qué te inquieta?

Meneó la cabeza, no muy segura de si podía explicarlo o de si tan siquiera deseaba hacerlo.

—Hay tantas cosas que todavía no comprendo... —repuso—. Estáis dispuestos a confiar en mí; dispuestos a aceptar tan sólo la palabra de Karim como garantía. No tiene sentido.

—La palabra de Karim es suficiente. Si lo conocieras, no lo dudarías.

—Pero, ¿quién es? Tu tío se dirigió a él como «mago-doctor», sin embargo...

Leando la interrumpió, con suavidad, bajando el tono de voz.

—Índigo, ninguno de nosotros conoce toda la historia de Karim. Hasta hará poco más de un año era lo que mi tío lo ha nombrado: mago y doctor en la corte del antiguo Takhan. Por qué escogió abandonar la corte y adoptar una nueva identidad como un pobre vendedor ambulante, no lo sabemos; aunque perdió la visión más o menos por la misma época, y creemos que el cambio puede tener algún significado filosófico para él. Lo que sí es cierto, es que desde que se quedó ciego sus poderes de clarividente han aumentado. Pero jamás ha querido explicarlo, y nosotros respetamos ese deseo; de la misma forma que respetamos su deseo de conservar el anónimo con respecto a los demás habitantes de Simhara. Confiamos en él, Índigo. Y confiamos en sus decisiones. Eso es suficiente para nosotros.

No había nada más que ella pudiera decir, aunque sus dudas seguían sin haberse disipado. Acalló las nuevas preguntas que acudieron a su mente; sabía muy bien que no la conducirían a ninguna parte, y se preparó para marcharse; pero entonces Leando la tomó de nuevo de la mano.

—Índigo. —Su rostro era tenso—. En tu preocupación por la Infanta, piensa en Luk, también.

Comprendió al instante lo que quería decir.

—¿Tienes miedo por él?

—Tengo miedo por todos, nosotros. Pero especialmente por Luk. Buenas noches, Índigo.

Y le besó los dedos en una forma que daba a entender algo más que mera formalidad antes de que ella desapareciera en la noche.

Los porteadores de la litera recorrieron veloces y en silencio las tranquilas calles de Simhara y los desiertos bazares, e Índigo, que se había quedado adormecida, salió de su sopor para encontrarse con que ya habían llegado a las puertas del palacio. Los guardas, que la

Librodot

conocían, sonrieron con aire conspirador cuando salió de la litera; y la joven se dirigió a sus habitaciones a través de los jardines en sombras.

Tan sólo unas pocas lámparas de luz muy mortecina ardían en los pasillos. Los carillones de las ventanas se agitaron débilmente y lanzaron un dulce y armónico acorde al pasar junto a ellos; su cerebro cansado registró los aromas del jazmín y la madreselva en el aire en movimiento. Su puerta estaba a pocos pasos de distancia...

Y una sombra que era más que una sombra surgió de la oscuridad para cortarle el paso.

—Índigo.

Unos ojos claros en la penumbra, la sonrisa de un cazador que no tiene prisa... Augon Hunnamek posó ligeramente una mano sobre su hombro.

La sorpresa hizo que el corazón de Índigo diera un brinco; se recuperó no obstante lo suficiente como para hacer una ligera inclinación de cabeza, al tiempo que retrocedía de modo que los dedos de él resbalaron de su hombro.

—Mi señor Takhan.

Augon cloqueó en voz baja.

—De modo que, también tú, eres una criatura nocturna. —La mano se extendió de nuevo y esta vez apretaron su antebrazo con delicada precisión—. Prometo guardarte el secreto, si tú prometes guardarme el mío.

Se obligó a sonreírle.

—Desde luego, señor.

—*Señor.* —Saboreó la palabra—. No sale con facilidad de tus labios, ¿no es verdad, querida Índigo? Lo encuentro muy refrescante, rodeado como estoy de aduladores y egoístas. Me gustaría pensar que en nuestros raros momentos de intimidad no soy el «señor» para ti, ni tampoco el «gran Takhan», sino simplemente Augon, como lo he sido durante todos los años de mi juventud, antes de que la ambición me dominara.

Con el corazón palpitando con fuerza, Índigo apartó los ojos de la intensidad de su mirada.

—Me parece que os burláis de mí, señor.

—¡Ah! Entonces llamemos a esto un encuentro fortuito, y retirémonos a nuestros diferentes sueños. ¿Te atendió bien Leando Copperguild?

Sintió vértigo al darse cuenta de que él sabía dónde había estado; pero se dijo que no significaba nada, que los chismosos abundaban en palacio. Su rostro adoptó una máscara de inocencia.

—Él y su familia han sido unos anfitriones perfectos, señor. Conversamos sobre barcos y el mar, y he tenido el placer de poder evocar muchos recuerdos agradables.

—Me satisface oírlo. Quizá me aprovecharé también yo muy pronto de la hospitalidad de los Copperguild, si es como dices. —Augon sonrió de nuevo, pero esta vez se trataba de una sonrisa reservada y enigmática—. Buenas noches, querida Índigo. Estoy seguro de que la Madre del Mar te enviará sueños agradables.

Intentó permanecer rígida mientras él se inclinaba hacia adelante para besarla en la frente, pero si él notó cómo se encogía en su interior no dio la menor indicación de ello, pues se limitó a darse la vuelta y alejarse con paso tranquilo y solemne. Ella no esperó hasta que se perdiera de vista, sino que se precipitó hacia sus aposentos, cerró la puerta tras de sí y se recostó contra ella por un instante mientras intentaba controlar su desbordado corazón.

Indirectas, insinuaciones, sospechas... no le era posible asimilarlas, se negaba a considerar las implicaciones. Obligándose a avanzar con calma, Índigo atravesó la habitación en

Librodot

dirección a su lecho, con tan sólo la débil luz de la luna para alumbrar su camino. *Grimya* era una forma oscura, dormida; no quería molestarla, no quería enfrentarse a las preguntas que clamaban en su cabeza. Todo lo que quería era sumirse en la inconsciencia de un sueño profundo.

Temblaba cuando se tumbó en la cama. Por un momento consideró la posibilidad de dirigirse hacia el pequeño y adornado armario donde su pipa, el regalo de Phereniq, esperaba dispuesta a traerle la paz. Pero estaba demasiado agotada, exhausta; en aquellos momentos su cuerpo y su mente conspiraban ya para hundirla lentamente en una oscura y silenciosa sensación de descanso.

Estremeciéndose, tiritando a causa de algo que emanaba de lo más profundo de su psiquis, los ojos de Índigo se cerraron y la joven se sumió en la inconsciencia.

Librodot

CAPÍTULO 12

«Me parece que no tenemos elección.» La inquieta mirada de *Grimya* se detuvo en el patio al otro lado de la ventana, donde Jessamin chapoteaba feliz en su estanque bajo la paciente supervisión de Hild. *«Debemos creer que nos dicen la verdad.»*

Índigo suspiró. La loba tenía razón; ya se había perdido mucho tiempo en infructuosa especulación, y seguía tan lejos de tomar una decisión como lo había estado después de la reunión en casa de los Copperguild. Habían transcurrido seis días desde aquel encuentro, y no había sabido nada de Leando. Durante los tres primeros días, Leando había estado por el palacio como siempre, pero cuando recogía cada tarde a Luk evitaba —deliberadamente, sospechó ella— entablar con ella todo lo que no fuera la más trivial de las conversaciones. Luego, al cuarto día, Augon Hunnamek había llamado a sesión a su Consejo, y desde entonces Leando, junto con los otros consejeros, había permanecido encerrado con el Takhan durante casi todas las horas del día.

Estaba también el misterio de Karim, el mago convertido en buhonero. Lo poco que Leando le había contado había despertado su curiosidad en lugar de satisfacerla, y se preguntaba si quizá Karim no habría perdido el favor de su señor en algún momento del pasado. Los magos-doctores eran un grupo reducido y selecto, y Thibavor, el médico de la corte, sabría sin duda de la existencia de algún miembro deshonrado de su hermandad; pero no podía interrogarlo sin atraer una innecesaria atención hacia ella. Si había de averiguar más cosas debía ser por el mismo Karim; y en una ocasión, sin reflexionar, se había llevado a *Grimya* de nuevo al Templo de los Marineros para buscar al mago. Estaba allí, en su lugar de costumbre en la escalinata del templo, pero a Índigo le había fallado el valor antes de poder acercarse a él, y regresó a palacio insatisfecha.

Sin embargo, no podía seguir dándole vueltas al asunto durante mucho más tiempo. De una forma u otra tenía que decidir si iba a comprometerse en la causa de los Copperguild, y, si lo hacía, si debía decir la verdad sobre Augon Hunnamek.

Sobre ese tema, también, *Grimya* se había mostrado muy segura. Si Índigo iba a unirse a Leando y a su tío, dejarlos enfrentarse ignorantes y desprevenidos contra tal poder diabólico sería como condenarlos a muerte sin juicio previo. Por su bien y por el de *Grimya,* igual que por el de ellos mismos, Índigo no podía por más que estar de acuerdo. No obstante, ¿cómo podría convencerlos, sin romper el tabú que el emisario de la Madre Tierra le había impuesto, y revelar su propia historia y propósito?

Se trataba de un dilema que parecía no tener solución, y el tiempo se agotaba. A pesar de su silencio actual, Leando no tardaría en exigir una respuesta, y si continuaba eludiendo la cuestión los conspiradores se lanzarían contra Augon sin ella. Las consecuencias de esto eran demasiado terribles para siquiera considerarlas. Tenía que hallar una respuesta de alguna forma.

Sus desdichados pensamientos se vieron interrumpidos por una vacilante llamada a su puerta, y al tiempo que se volvía, Leando penetró en la habitación. Estaba ojeroso y desaliñado, y llevaba todavía las arrugadas ropas con que lo había visto por última vez tres días atrás. Su expresión era tensa e inescrutable.

—Leando. —Índigo se puso en pie—. ¿Ha terminado la sesión del Consejo?

—Se nos despidió hace apenas diez minutos. Tenía que venir inmediatamente; Phereniq

Librodot

piensa venir a ver a la Infanta en cuanto haya tomado un baño, y tenemos muy poco tiempo, Índigo, hemos sufrido un revés, y se trata de algo serio.

Las orejas de *Grimya* se irguieron, e Índigo sintió cómo un hormigueo recorría todo su ser. Miró por encima del hombro para asegurarse de que Hild no podía oírlos, luego inquirió apremiante:

—¿Qué ha sucedido?

Leando le dedicó una sonrisa cargada de ironía.

—La única cosa que ninguno de nosotros había previsto. A mi tío y a mí nos envían lejos de Khimiz.

Índigo se quedó anonadada.

—¿Os envían lejos? Pero..., por la Gran Madre, seguramente el Takhan no ha...

El adivinó la conclusión a que había llegado ella, y negó rápidamente con la cabeza.

—No; no es eso, al menos no de forma evidente. —Lanzó una risita cargada de amargura—. Hemos sido nombrados embajadores personales del Takhan en las Islas de las Piedras Preciosas.

—¿Qué?

—Es un golpe maestro, ¿no es verdad? Los primeros que inaugurarán una embajada en esas islas e iniciarán un comercio permanente y estable entre los dos países. Una gran jugada para Khimiz, que aumentará su paz y prosperidad. ¡Y por la Diosa que sus razonamientos son perfectos!

Quién mejor que los Copperguild, la más importante de todas las familias de comerciantes de Simhara, para ser sus representantes? —Lleno de ferocidad, sin darse cuenta, Leando había empezado a imitar la voz suave de Augon— quién podría combinar mejor un perspicaz conocimiento del comercio con la habilidad diplomática necesaria para abrir ese nuevo camino? Hemos demostrado nuestra valía, y hemos probado nuestra lealtad. ¡Y es un honor que no nos *atrevemos* a rechazar!

Índigo tenía la boca seca.

—¿Entonces pensáis que sospecha de vosotros?

Leando sacudió la cabeza cansado.

—Honestamente, no lo sé. Resultaría tan fácil llegar a esa conclusión...; pero no puedo negar que sus argumentos son lógicos. Puede que no se trate de otra cosa que una desafortunada coincidencia. —Empezó a dar vueltas por la habitación como un animal enjaulado—. Maldito sea. ¡Maldito sea!

—¿Cuántos meses estaréis fuera?

—¿Meses? —Leando se detuvo y la miró con sorpresa—. No estamos hablando de simples meses, Índigo. Puede tratarse de *años.*

Le fue imposible responderle, no encontraba las palabras. Él volvió a su deambular y se abrazó a sí mismo como si tuviera frío.

—Debemos cambiar todos nuestros planes —dijo macilento—. No nos atrevemos a actuar ahora; no estamos preparados. Aunque me duele tener que decirlo, debemos esperar. —Se detuvo de nuevo y la miró, sus ojos brillaban malévolos—. Tenemos casi once años de gracia hasta que llegue el momento en que esa basura ha decidido casarse con la Infanta. Si hemos de esperar justo hasta la vigilia de la boda, que así sea. No llegará a tanto, claro; pero incluso si es así, ello no alterará nuestra firme decisión. —Hizo una pausa—. Aunque existe una pregunta vital que debo hacerte. ¿Qué hay de ti, Índigo?

—¿De mí?

—Augon Hunnamek nos ha puesto fuera de juego. Zarparemos dentro de siete días... y debemos conocer tu respuesta antes de partir. ¿Estás con nosotros o no?

Era el momento que había estado temiendo, pero de repente había adquirido un nuevo y terrible giro. Él y Mylo podrían estar fuera durante años, había dicho Leando. Y eso significaba años de estancamiento, de seguir manteniendo la charada de su vida en Simhara, mientras aguardaba el regreso de sus únicos aliados. No podía esperar tanto tiempo. Sin embargo, sola, ¿qué posibilidad tenía de poder destruir a Augon?

Desesperada, inquirió:

—¿Y Elsender? ¿Y Karim? Sin duda ellos...

—Elsender nos acompañará, al igual que mi tía. Nuestro venerado Takhan se ha mostrado muy concienzudo. Y sin el resto de nosotros, Karim no puede hacer ningún movimiento, Índigo, ya sé que te pido mucho. Pero por el bien de la Infanta, te ruego que nos ayudes.

Algo parecido al pánico se apoderó de Índigo.

—¡Leando, no puedo prometer algo así! —protestó—. Ni siquiera sé cuánto tiempo permaneceré en Simhara. Si de repente el Takhan decidiese que ya no le soy de utilidad...

—Lo sé, y lo comprendo. Pero si te quedas, ¿podemos confiar en ti? —Vaciló, y sus ojos escudriñaron el rostro de ella—. No pido más que eso.

Índigo se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión. No podía fingir por más tiempo. Y, en conciencia, no podía negarse a lo que le pedía.

—Sí —respondió—. Mientras permanezca en Simhara, podéis confiar en mí.

Leando dejó escapar un suspiro reprimido.

—Gracias. Y en cuanto a Luk...

—Supongo que irá con vosotros, ¿no?

—Oh, no. Él debe quedarse aquí. Para asegurarnos de que su educación y desarrollo no se perjudican por la existencia en un país bárbaro; o al menos, ésta es la razón oficial. Mi abuela será su tutora, pero a Luk se le asignará su propio estudio en el palacio, de modo que pueda beneficiarse por completo de su privilegiada posición. Y una vez más, ¿cómo puedo negarme? —Leando meneó la cabeza entristecido—. Temo por él. Temo que se convierta en un rehén para asegurar nuestro buen comportamiento.

—Yo me ocuparé de él —prometió Índigo—. Y lo protegeré tanto como pueda.

—Simplemente manténlo alejado de las maquinaciones de la corte —repuso Leando—. No dejes que el usurpador lo utilice. Porque lo hará. Presiento que lo hará.

—Haré todo lo posible, —Índigo bajó la mirada hacia *la* loba, cuyos ojos estaban fijos en Leando— Y también G*rimya.*

—Sí... Sí, gracias. —Leando obligó a sus hombros a relajarse, luego se adelantó y colocó ambas manos sobre los hombros de ella.

—Quiero a Luk más que a mi propia vida —dijo en voz baja—. Y saber que está a salvo a tu cuidado hará mi partida soportable, tengo una gran deuda contigo, Índigo. —Y la besó.

Sus labios estaban sobre la mejilla de ella y le daba la espalda a la puerta, por eso no vio cómo ésta se abría de repente. Mirando por encima del hombro de Leando, Índigo se encontró cara a cara con Phereniq, quien se detuvo en el umbral con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¡Phereniq!

Índigo se apresuró a dar un paso atrás, y Leando giró en redondo al darse cuenta,

demasiado tarde, de la comprometida situación.

—Índigo, lo siento en el alma..., no pensé; yo... —La astróloga hizo un desvalido gesto de disculpa—. ¡Qué maleducada he sido! Y Leando..., te pido perdón.

Índigo se echó hacia atrás los cabellos, contrariada porque Phereniq hubiera malinterpretado tan claramente lo que había visto.

—Entra, —invitó con voz tensa—. Por favor...

—Yo ya me iba. —Leando dedicó a Phereniq una mirada de franco desagrado, luego se volvió de nuevo hacia Índigo—. Recogeré a Luk dentro de un rato. Pero no se lo digas aún. Le resultará mucho más fácil si le doy la noticia yo mismo.

—Desde luego.

Lo acompañó hasta la puerta, y en el umbral él hizo como si fuera a inclinarse para besarla de nuevo.

—¡No, Leando! —le susurró apremiante—. Phereniq ya debe pensar que...

—Deja que lo piense —la interrumpió él—. Disipará cualquier sospecha que pueda albergar. Hemos de volver a hablar: te veré mañana, a primera hora.

—Muy bien. —La mano de él sujetaba la suya y ella le oprimió los dedos por un instante—. Ten cuidado.

Leando se alejó a toda prisa por el pasillo, y mientras Índigo cerraba la puerta, Phereniq se le acercó.

—¡Índigo, lo siento muchísimo! ¿Qué debes pensar de mí?

—No has interrumpido nada, Phereniq. —Índigo tuvo cuidado de no dejar que la astróloga viera la expresión de su rostro—. No era nada importante.

—No, no. —Phereniq la siguió por la habitación, deteniéndola al posar una mano sobre el brazo de ella—. Querida mía, no te sientas obligada a esconder tus sentimientos. Las noticias que ha traído Leando deben de haber sido un gran golpe.

Índigo estaba a punto de explicar a Phereniq que su simpatía estaba fuera de lugar, pero la voz mental de *Grimya* hizo su aparición en su mente.

«Deja que lo crea. Leando tiene razón: de lo contrario puede empezar a, sospechar.»

La advertencia le llegó justo a tiempo: Índigo se tragó lo que iba a decir y se llevó una mano al rostro, fingiendo angustia reprimida al tiempo que esperaba que el gesto no resultase excesivamente teatral.

—Se me pasará, Phereniq —dijo—. Como has dicho, ha sido como un golpe... pero no debo ser egoísta. Es un gran honor para Leando.

—Sí. —La voz de Phereniq tenía un dejo irónico—. Y las prioridades de los hombres no son las mismas que las nuestras, ¿no es así? Nosotras valoramos la paz y la estabilidad, pero ellos tienen una sed de aventuras y nuevos horizontes que les resulta muy difícil resistir, aun cuando signifique dejar atrás a los seres queridos.

La total e involuntaria ironía de su aseveración hizo que una amarga carcajada intentara surgir de la garganta de Índigo, pero la reprimió a tiempo. Todavía atenta a no dejar que Phereniq le viera el rostro, se dirigió hacia las puertas abiertas que conducían al patio.

—Me acostumbraré pronto a la idea —dijo, al tiempo que se echó los cabellos hacia atrás y adoptó de forma deliberada un tomo más ligero—. Después de todo tendré muchas otras de las que ocuparme durante la ausencia de Leando.

Phereniq le palmeó el brazo.

—Me alegro de oírte hablar de modo tan positivo. El tiempo pasará deprisa para vosotros

Librodot

dos, estoy segura. Y si alguna vez necesitas a alguien a quien contarle tus preocupaciones, siempre sabrás dónde encontrarme.

—Gracias.

La astróloga fue a reunirse con Índigo en la puerta, y durante un minuto o dos observaron a Jessamin, que seguía aún en el estanque y ni siquiera se había dado cuenta de su presencia.

—Una auténtica hija de la Madre del Mar —comentó Phereniq—. Pronto le quedará pequeño este estanque, y tendremos que tomar medidas para que pueda seguir divirtiéndose. —Se interrumpió—. ¿Sabes una cosa, Índigo? Resulta bastante extraño, pero su carta natal no muestra ninguna indicación de este talento para la natación. No se me ocurre en qué me puedo haber equivocado al hacer mis cálculos.

—No es necesariamente un crítica a tu destreza. Después de todo, ningún sistema de adivinación puede ser totalmente perfecto.

—¿Quieres decir que puede que se trate de un don especial de la Diosa, que ni siquiera las estrellas podían prever? —Phereniq le dedicó una sonrisa forzada—. Eres muy amable, y me gustaría pensar que tienes razón; pero lo más probable es que sencillamente me vuelvo descuidada con la edad. —Salió al patio, extendió los brazos y flexionó los dedos—. ¡Qué día tan hermoso! Cómo me alegro de haber salido por fin de esa calurosa cámara del Consejo. —Su expresión se volvió repentinamente traviesa a medida que todo su buen humor regresaba—. Busquemos un lugar a la sombra en el patio donde podamos disfrutar del aire puro, y pediré que nos traigan un poco de vino. Creo que nos merecemos ese pequeño placer, ¿no crees?

Siete días más tarde, el *Señora de Agantine* zarpaba de Simhara con la marea de la mañana, con Leando, Mylo y Elsender a bordo, Índigo no fue al puerto a despedir el barco. La última despedida era un asunto familiar privado; ya se había despedido de Leando, y su presencia en el muelle habría sido una intrusión.

Fue, al decir de todos, una partida espléndida. La noche anterior Augon Hunnamek había honrado a sus nuevos embajadores con un banquete privado en palacio, y de los chismorrees de los criados Índigo dedujo que el Takhan había sido exagerado en sus alabanzas y en su generosidad: Mylo y Leando habían partido con toda una escolta real, y con el regalo personal del Takhan, de riqueza suficiente para permitirles vivir con sumo lujo durante su estancia en las Islas de las Piedras Preciosas.

A Luk lo trajeron de regreso a palacio al mediodía, con los ojos enrojecidos pero la expresión estoica, y *Grimya,* compadeciéndose de él, se lo llevó a uno de sus lugares favoritos secretos, para jugar con él e intentar animarlo un poco. A pesar de su tierna edad, Luk comprendía muy bien que su padre estaría ausente durante mucho tiempo; al contemplarlo mientras seguía a *Grimya,* Índigo sintió una gran simpatía por él al comprender que el chiquillo debía de sentir con toda la terrible agonía de la infancia aquella pérdida que todavía no había podido aceptar por completo. De momento, ella era impotente para ayudarlo; hasta que el niño no hubiera aceptado a su manera esta espantosa nueva situación, todo lo que ella podía hacer era aguardar en segundo plano, y quedarse allí para cuando la necesitara, si es que llegaba el caso.

Y la situación de Luk ponía de relieve su propio dilema, ya que de una cosa estaba ahora segura Índigo: estando su padre lejos, ella no podía abandonar al niño al capricho del destino. En su último encuentro antes de partir, a Leando lo había abandonado toda reserva y le había suplicado que mantuviera a Luk a salvo. Conmovida por la rebosante y apenas controlada

Librodot

emoción del hombre, Índigo le había hecho impulsivamente una promesa que ahora la atemorizaba, ya que había jurado por su propia vida e integridad que, hasta que Leando pudiera regresar a reclamar de nuevo a su hijo, ella sería la madre que Luk jamás había conocido, y lo protegería con la misma ferocidad que si fuera su hijo. En Khimiz, era raro que un hombre —especialmente un hombre de alcurnia— llorase: pero Leando había llorado cuando ella le hizo su promesa. Y, con una fatalista certeza que le helaba la sangre cuando pensaba en sus implicaciones, Índigo sabía que no habría ningún poder en la tierra que la indujera a romper su promesa.

Estaba atrapada: y era una trampa que ella misma se había construido, a la que se había entregado en voluntario sacrificio. Pero en la floreciente personalidad del pequeño Luk había visto ecos de su propio hermano menor, Kirra, muerto desde hacía ya catorce años y al que sin embargo seguía recordando con mucho cariño. Luk poseía la misma exuberancia, la misma curiosidad vehemente y viva imaginación. Era, pensaba a menudo, lo que el propio hijo de Kirra podría haber sido, si Kirra hubiera vivido para engendrar hijos. O —la idea le producía un dolor salvaje— el hijo que ella misma podría haberle dado a su amor, Fenran. Pero Fenran y Kirra habían desaparecido, víctimas de la trágica estupidez que ella había cometido. Sólo estaba Luk. Y él y Jessamin eran la esencia de las cadenas invisibles pero inquebrantables que la ataban a Simhara.

Sintió el peso de aquellas cadenas mientras contemplaba cómo Luk y *Grimya* desaparecían en las profundidades del jardín del palacio. Jessamin, por una vez sin exigir que la dejaran nadar, jugaba en el suelo, empujando su barquito de juguete arriba y abajo sobre una alfombra al tiempo que lanzaba gritos de alegría al ver cómo las pequeñas hileras de remos subían y bajaban. De repente el sonido de un golpe seguido por una risa infantil atrajo la atención de Índigo, y al levantar la cabeza vio que el barco había volcado. La Infanta, llena de regocijo, dio una palmada con sus manos regordetas por encima de la pequeña nave; luego, de improviso, anunció:

—*¡Bladda!*

Índigo sintió en el estómago algo parecido a como si le clavaran el frío acero de un puñal. Jessamin estaba empezando a hablar, y lo poco que decía resultaba aún ininteligible. Pero a Índigo le pareció que reconocía la palabra.

Se inclinó hacia adelante, extendiendo una mano para atraer la atención de la niña.

—¿Jessamin? ¿Qué es lo que has dicho?

La Infanta le dedicó una amplia sonrisa, mostrando tres dientes de leche.

—¡Bladda! —repitió con gran énfasis.

A los oídos de Índigo, pareció como si la niña intentara decir *plata.* Y el frío acero pareció retorcerse de repente, como si atravesara su carne para seguir más allá, hasta alcanzar el mismo centro de su aterrorizado espíritu.

CAPÍTULO 13

«... Y así pues, mi querida Índigo, nuestra estancia parece que va a continuar todavía por algún tiempo. Resulta difícil creer que han pasado casi tres años desde que zarpamos de Simhara, y nuestro hogar está permanentemente en nuestro pensamiento. Te doy las gracias por tu continuada bondad y diligencia para con Luk. Mi pequeño hijo escribe ya muy bien, y me conmovió el mensaje escrito por él mismo que vino junto con tu última carta. Le he escrito a mi abuela para que encargue un retrato del niño y me lo envíe con el próximo barco de carga. Estoy ansioso por verlo.

»Que la Madre del Mar te bendiga por todo lo que has hecho. Mantén la fe como yo lo hago.

»Tu amigo, lleno de gratitud*»*
Leando Copperguild.»

Índigo dobló la carta y la introdujo en su pequeño bolso, intentando rechazar una sensación de morboso desánimo. Seguía sin poder respirar tranquila, no había ninguna perspectiva de que Leando y Mylo fueran a regresar en un futuro próximo. Esta mañana, al enterarse de que un carguero procedente de las Islas de las Piedras Preciosas iba a atracar, había rezado con fervor para que esta vez hubiera buenas noticias; pero una vez más se había visto desilusionada. Aunque, como siempre, Leando tenía buen cuidado de no revelar el menor signo de disidencia en su carta, ella percibía su frustración e inquietud; y la ocasional insinuación que sólo ella podía comprender —tal como la enigmática frase: *mantén la fe, como yo lo hago*— resultaba una enfática confirmación.

Hacía tres años que Leando había abandonado Khimiz, y ella seguía aguardando la ocasión sin hacer el menor movimiento. También ella sentía con fuerza aquella misma frustración; no obstante, en el fondo de su corazón era lo bastante honrada como para reconocer que una parte de ella no deseaba que aquella tregua terminara. La vida en Simhara era pacífica y agradable, y la ciudad se había convertido en un refugio seguro donde podía sentirse protegida de amenazas y tormentos, Índigo reconocía que podía ser feliz allí, y tan sólo las cartas de Leando le recordaban una y otra vez que aquella flor estaba llena de veneno, cosa que era muy fácil de olvidar.

De alguna manera resultaba irónico la llegada del último carguero procedente de las Islas de las Piedras Preciosas, ya que hoy era el día del cuarto cumpleaños de Jessamin. En ese mismo instante los criados trabajaban con ardor en el patio, a punto de terminar los preparativos para la fiesta de celebración, y muy pronto los invitados —hijos de familias nobles considerados compañeros apropiados para la Infanta, junto con el acostumbrado grupito de cortesanos preferidos— empezarían a llegar. En la habitación contigua, Índigo podía oír cómo Hild distraía a Jessamin con algunos de sus sencillos, pero para una criatura mágicos, juegos de manos; la voz de la niñera era interrumpida de cuando en cuando por los gritos de alegría de la Infanta, que estaba excitada y dispuesta a aprovechar al máximo aquel día. Durante toda la mañana no habían dejado de llegar regalos y mensajes de felicitación al palacio; toda la ciudad estaba en fiestas, y la ocasión prometía ser alegre, entusiasta y divertida, sin nada que la empañara. Nada excepto la carta de Leando, y su oportuno e

incómodo recordatorio.

El sonido de unos pies que corrían en el pasillo al otro lado de la puerta devolvieron los pensamientos de Índigo al momento inmediato, y a los pocos segundos, Luk, sonrojado y sin aliento, entraba deprisa en la habitación.

—¡Índigo! —El rostro del niño se iluminó al verla, y agitó en el aire un pedazo de papel—. ¡Papá me ha enviado una carta! ¡Para mí solo! ¡Y la leeré yo solo!

Se subió al diván junto a ella y extendió la carta sobre el regazo de la joven. La leía en voz alta, con orgullo. Pronunciaba con torpeza las palabras más difíciles pero rehusaba con estoicismo que ella le ayudara a menos que se encontrase en auténticas dificultades, Índigo contempló su inclinada cabeza rubia y sintió que una familiar mezcla de cariño y simpatía la embargaba. La vida no había resultado fácil para Luk desde la marcha de su padre. Echaba mucho de menos a su padre, y echaba de menos, también, la influencia de un padre, que sin duda habría sido el eje de la existencia de un niño de seis años. Sin amigos íntimos de su misma edad, se volvía cada vez más hacia ella y hacia *Grimya* en busca de esa combinación tan difícil de conseguir de mentor y compañero de juegos que de otro modo habría sido Leando. Era una gran responsabilidad, pero Índigo, por motivos que iban más allá de su promesa a Leando, no se permitía esquivar.

Luk llegó al final de su carta, y levantó los ojos.

—Índigo, ¿vendrá pronto a casa?

No se sintió capaz de mentirle, y suspiró:

—La verdad es que no lo sé, Luk. Él cree que no tardará mucho en hacerlo, pero debemos esperar.

Luk asintió, mordiéndose el labio.

—Ojalá estuviera aquí ahora —dijo—. Ojalá pudiera acompañarme a la fiesta de Jessamin.

—Lo sé; y a mí también me gustaría que fuera así. Pero podrás escribirle, ¿no es así?,y contársela.

El rostro de Luk se iluminó un poco.

—Sssí... —Entonces su expresión se animó bruscamente—. ¿Habrá malabaristas? ¿Y narradores? ¿Y juegos?

—Claro que los habrá —y añadió con malicia, ya que conocía el portentoso apetito de Luk—: y más comida de la que podrás terminarte.

Luk lanzó una sonora carcajada.

—Podría comerme un chimelo entero. ¡Podría si quisiera!

—¡No lo dudo ni por un momento!

Índigo se echó a reír con él, consciente de que la sombra de tristeza ya se disipaba y agradecida por aquella juvenil elasticidad que le permitía minimizar las desilusiones con tanta rapidez. Le revolvió los rubios cabellos, luego se volvió al tiempo que se abría la puerta que comunicaba su habitación con la de Jessamin, y vio entrar a Hild con la Infanta.

Jessamin era una criatura casi increíblemente hermosa, con unos cabellos tan dorados como los había tenido su madre, que se enroscaban abundantes alrededor de su pequeño y delicado rostro. Vestida con un traje de seda azul bordado con hilos de oro y con un diminuto chal dorado cubriendo sus brazos regordetes, parecía una delicada muñequita. Su expresión se iluminó con una alegre sonrisa al ver a Índigo y a Luk, y echó a correr hacia ellos.

—¡Luky! ¡Es mi cumpleaños!

Luk saltó del diván y, con adulta solemnidad, le hizo una formal reverencia.

Librodot

—Feliz cumpleaños, Jessamin.

Los ojos de Jessamin, que eran del color de la miel oscura, se abrieron de par en par. Entonces se levantó un poco la falda separándola del cuerpo y le devolvió una reverencia igual de formal antes de cubrirse la boca con una mano y sucumbir a un ataque de risa.

—¡Tonto! —rió—. ¡Tonto!

Luk le sonrió a su vez, luego le mostró el precioso pergamino.

—Papá me ha enviado una carta —dijo—. ¿Te gustaría verla?

Jessamin levantó la vista hacia Índigo y parpadeó.

—Luky y tiene una carta —le informó; luego siguió—: Sí. ¡Enséñamela!

Mientras los dos niños estudiaban detenidamente el pergamino, Hild se deslizó hasta donde estaba Índigo y, con unos movimientos de soslayo de los ojos, le indicó que se retirara a donde Jessamin no pudiera oírlas. Junto a la ventana, la niñera dijo en voz baja:

—Todo va bien ahora, al parecer. Pero anoche, tuvo las pesadillas otra vez.

El pulso de Índigo se aceleró.

—¿La misma pesadilla?

—Sí. Clerri fue la que la cuidó durante la noche, y esta mañana me lo ha contado. La Infanta se despertó dos... no, tres veces, llorando cada una de ellas, y en todas contó que algo oscuro la perseguía. —Hild siseó en voz baja entre dientes, y meneó la cabeza—. No me gusta. No es bueno.

—¿Qué dice el mago-doctor Thibavor?

La niñera se encogió de hombros.

—No sabe. Primero probó una medicina, luego otra, pero nada ha funcionado. Los sueños siguen repitiéndose. —Se interrumpió para mirar con compasión a Jessamin—. *¡A-na!* Pobre *beba-mi.* Esto no puede seguir así, Índigo.

—No; desde luego que no —asintió categórica Índigo—. Si tan sólo fuera lo bastante mayor para explicarnos con más claridad qué es lo que la inquieta...

Hild asintió con la cabeza.

—Pero no podemos esperar a ese momento. Algo debe hacerse, lo que sea.

Algo debe hacerse... Las palabras de Hild persiguieron a Índigo mientras la fiesta de Jessamin discurría a través de la calurosa tarde. La Infanta parecía muy feliz ahora, y, como siempre, el amanecer de un nuevo día había hecho desaparecer las pesadillas por completo; ya que cuando se la interrogaba con gran cuidado y sutileza, Jessamin jamás parecía ser consciente de que hubiera soñado.

De hecho, durante los últimos meses los sueños habían disminuido. Sólo recientemente habían empezado a repetirse; y seguían una inquietante pauta, pues cada año las pesadillas de la Infanta parecían alcanzar su punto culminante durante la época que rodeaba su aniversario. Cuando los sueños regresaban, siempre eran iguales: una oscuridad, algo enorme, informe y negro, que perseguía a la indefensa criatura por pasillos interminables y aterradores que giraban y se bifurcaban sin fin, e intentaba comérsela viva. Ésa, al menos, era la interpretación más clara que Índigo había podido reconstruir a partir de las sollozantes e incoherentes súplicas de ayuda que eran todo lo que, a su temprana edad, Jessamin podía expresar. *Grimya* había intentado utilizar sus habilidades telepáticas para investigar más a fondo, pero había fracasado; existía, había dicho la loba, una barrera en la mente de la niña que era incapaz de atravesar.

Librodot

Y además no tan sólo los sueños de Jessamin sino también los de Índigo habían empezado a seguir aquel peculiar ciclo. Se iniciaban a principios de primavera, alcanzaban su mayor intensidad al acercarse el cumpleaños de la Infanta, e iban desapareciendo de modo gradual a medida que transcurría el verano. Se preguntaba si sus años de constante contacto con Jessamin no habrían generado una especie de empatía entre ambas que llegaba incluso al mundo de los sueños, pero incluso si eso era así, no le proporcionaba ninguna clave útil sobre la esencia o la causa de las pesadillas.

Un torrente de risas y aplausos la sacaron de pronto de su ensimismamiento, y vio que el narrador de cuentos —un hombre de la misma raza de Augon, que había desarrollado una reputación sin par en su profesión— había finalizado su narración de un capitán de barco que zarpara en busca de la legendaria piedra preciosa de una isla mágica. El relato era uno de los más populares entre los khimizi, y tanto los invitados adultos como los niños se habían extasiado con su narración. Los niños arrojaron flores y dulces al narrador, quien recogió los regalos y, con una elegante reverencia, se los ofreció a la Infanta. Empezó a sonar la música, y en medio del animado caos Índigo vio cómo Augon Hunnamek se levantaba y se acercaba a Jessamin. *Le* dijo algo a la niña —aquellos que estaban lo bastante cerca para oírlo rieron y la animaron con la cabeza— y, llena de dignidad, Jessamin se puso en pie, hizo una ligera reverencia y empezó a bailar con el Takhan. La visión de la gigantesca figura de Augon como solemne pareja de la diminuta criatura provocó más risas, pero estaban llenas de cariño, aprobadoras. Sólo tres personas no se unieron a las risas: Índigo, para quien el espectáculo, justo después del sueño de Jessamin, poseía un aterrador trasfondo de mal presagio; Luk, que se limitó a mirar fijamente, inexpresivo, y Phereniq. Mientras los demás, mayores y niños por igual, tomaban ejemplo de Augon y empezaban también a bailar, la astróloga se apartó del grueso de los espectadores y cruzó el patio hasta donde Índigo estaba junto a la ventana abierta. Durante algunos instantes ambas contemplaron a la Infanta, que bailaba muy seria y con gran concentración, luego Phereniq dijo con afecto:

—Mírala; cada paso es casi perfecto. Posee tanta gracia y aplomo, y es tan joven aún... Le envidio su juventud, Índigo; realmente lo hago. —Cambió de posición, y al hacerlo hizo una mueca y presionó los nudillos de una mano contra su región lumbar.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Índigo, solícita.

—No; no. Son sólo mis viejos huesos que protestan, como están haciendo muy a menudo estos días. Es el precio que debemos pagar por la sabiduría que se supone viene junto con la edad. —Phereniq se echó a reír, aunque su risa tenía un cierto tono de inseguridad bajo su jovialidad—. ¿Sabes?, ¡estoy llegando a un punto en mi vida en el que casi temo que se me pida para bailar, por temor a que el cuerpo me traicione con un espasmo justo en el momento en que demuestre lo bien que bailo!

—Has trabajado en exceso últimamente —dijo Índigo—. El Consejo te agota, Phereniq; eres demasiado concienzuda y eso te perjudica.

—Puede que tengas toda la razón. Pero hasta que haya pasado el actual torrente de problemas, no puedo hacer gran cosa para remediarlo.

Índigo la miró.

—¿Entonces no hay señales de que terminen los problemas en la ciudad?

—Ninguna. Y el Takhan está muy preocupado. La gente se vuelve hacia él en busca de ayuda, pero hasta ahora no ha podido encontrar ninguna solución. —Phereniq cambió de nuevo de posición para buscar algún alivio a su dolorida espalda—. Las serpientes son el peor

Librodot

problema, creo yo. La mayoría de ellas no parecen ser venenosas, pero algunas sí lo son; varias personas han muerto ya a causa de su mordedura. —Suspiró—. Y esa gran cantidad de ellas resulta muy inquietante. Pensamos que deben provenir del mar; hasta ahora sólo han infestado la zona que rodea el puerto, pero no podemos estar seguros. Luego están las fiebres. Nadie ha muerto de eso aún, pero de nuevo resultan muy virulentas en el distrito del puerto, y no muestran ninguna señal de disminución. Los médicos no tienen la menor idea de lo que puede causarlas, y por lo tanto no pueden sugerir un remedio.

Índigo meditó sobre esto en silencio durante algunos minutos. El resguardado bienestar de palacio la había mantenido aislada de los problemas de la zona occidental de Simhara. Preocupado de que la Infanta no corriera el menor riesgo de infección, Augon había convertido aquel lugar en zona prohibida a todos los habitantes de palacio que no tuvieran asuntos de esencial importancia allí. A *Grimya* se le había prohibido dar sus acostumbrados paseos por la playa, e incluso Luk no había podido regresar a la casa de su abuela, y se le habían asignado de forma temporal unas habitaciones contiguas ajas de Índigo. Pero no existían barreras para las noticias, e Índigo estaba enterada de las dos inexplicables plagas que provocaban un caos cada vez mayor en toda la zona costera. Unas fiebres que al parecer no tenían un origen conocido, y una plaga de pequeñas serpientes verdes que se introducían en casas, oficinas, almacenes...

—¿Qué dicen los augurios? —preguntó.

La astróloga meneó la cabeza.

—Ahí está la cuestión. No encontramos ninguna clave a este misterio, y eso que nos esforzamos día y noche por desentrañarlo. Te lo confieso, Índigo, mi fe en mis propias habilidades ha sufrido una dura prueba estos últimos siete días. La respuesta está ahí, *tiene* que estarlo, pero se me escapa.

El baile finalizó y se oyó un aplauso, y entonces unas voces infantiles empezaron a pedir juegos a grandes gritos. Phereniq avanzó despacio por la terraza en dirección al estanque de Jessamin, e Índigo la siguió al tiempo que observaba distraída la fiesta mientras consideraba lo que había oído. No era la primera vez, desde que aquellas inexplicables desgracias se abatieran sobre la ciudad, que le volvían a la mente las palabras de la echadora de cartas de Huon Parita. *Cuidado con el Devorador de la Serpiente.* No existía una conexión lógica; no obstante, el significado de aquella advertencia, estaba segura, era algo que no podía ignorar.

Phereniq se detuvo junto al borde del estanque, y dijo:

—Uno de los capitanes del puerto tiene la teoría de que todos estos desagradables acontecimientos puede que estén conectados. Es posible, dice, que vientos y mareas anormales que sucedan más allá del golfo puedan haber traído corrientes extrañas del lejano oeste, puede que de las Islas Tenebrosas. Sólo la Madre sabe qué tipo de cosas habitan en esas aguas: deben de ser terreno abonado de enfermedades totalmente desconocidas para nosotros. Si es de allí tic donde vienen las serpientes, ellas podrían ser las portadoras de las fiebres.

—Es una posibilidad —convino Índigo—. Pero sospecho que no te convence.

—No, así es; por una sencilla razón: ninguno de los capitanes de barco a los que hemos preguntado ha encontrado nada extraño en las rutas marinas durante este año pasado. Incluso las naves escolta davakotianas no han informado de nada, y ellas por encima de todas debieran haber...

—¡Phrenny!

Una vocecita aguda y excitada la interrumpió. Jessamin, levantándose las faldas y olvidada

Librodot

toda dignidad, corría deprisa hacia ellas.

—*Beba-mi.*

El rostro de Phereniq se iluminó con una amplia sonrisa y extendió los brazos en dirección a la pequeña. Jessamin tomó sus manos y empezó a saltar arriba y abajo.

—¡Phrenny! —Era su interpretación más aproximada de Phereniq—. ¿Me has visto bailar? ¿Me has visto?

—Claro que te he visto, mi pequeña Infanta. ¡Has estado magnífica!

Jessamin le tiró de la mano.

—Vamos a jugar al escondite. ¡Yo me escondo! ¡Ven a jugar, Phrenny!

Phereniq se volvió para mirar impotente a Índigo por encima del hombro.

—Se me requiere —anunció con una sonrisa mientras Jessamin tiraba de ella—. Índigo, hablaremos luego.

—¡Índigo, ven también! —exigió Jessamin.

Índigo rió, capitulando, y empezó a seguirlas alrededor del estanque. Delante de ellas, un soplo de aire alteró de repente la superficie del agua, y una pequeña ola se desparramó sobre el borde; la contempló pensativa, aunque no la registró en su cerebro de forma consciente.

Y de repente se dio cuenta de que no se trataba de una pequeña ondulación.

—Phereniq. —La voz de Índigo se dejó oír con fuerza por encima del fondo de voces que reían y charlaban—. Phereniq, detente. Quédate quieta. Exactamente donde estas. ¡En el nombre de la Madre, *no te muevas!*

Las charlas cesaron de repente; todas las cabezas se volvieron hacia ellas. Entonces una mujer lanzó un grito.

Phereniq la vio cuando se deslizaba sinuosamente sobre el reborde elevado del estanque a menos de tres pasos delante de ella, y con un grito ahogado tiró de la Infanta apretándola contra su falda. Escamosa, el húmedo cuerpo reluciente y tan grueso como el brazo de un hombre, la serpiente le cortó el paso, arrollándose como una cuerda que tuviera vida mientras más y más de su longitud surgía del agua. El animal levantó la cabeza, la lengua le sobresalía de entre sus mandíbulas, hasta que sus ojillos malévolos se alzaron al mismo nivel que los de Jessamin.

Un horrible sollozo surgió de la garganta de la Infanta. Se aferró a Phereniq, y por un momento pareció como si la mujer fuera a arrastrarla hacia atrás, fuera del alcance de la serpiente.

—¡No! —exclamó Índigo—. ¡Si te mueves, atacará! ¡Mantente inmóvil!

Phereniq miró por encima de su hombro, con una desesperada y salvaje súplica en sus ojos. Más allá, en el imposible santuario del patio principal, los niños chillaban, las mujeres sollozaban, los hombres gritaban instrucciones, gritos y súplicas se entremezclaban en la creciente algarabía.

—¡Madre Todopoderosa, ayúdanos!

—La Infanta...

—Salvadla... ¡Qué alguien haga algo!

La cabeza del reptil empezó a balancearse de un lado a otro. Jessamin gimió. Y el cuerpo y la mente de Índigo quedaron paralizados y fuera de control, cuando su mentí se dio cuenta del color que tenía la serpiente.

Plata.

—¡NO OS MOVÁIS!

Una nueva voz surgió de entre la confusión, atronadora, y Augon Hunnamek se abrió paso hasta colocarse delante de los reunidos. Los murmullos se calmaron, y por encima de la cabeza de Phereniq, mientras ésta apretaba a la Infanta contra sí, los ojos de Augon se encontraron con los de Índigo.

—Haced lo que Índigo dice. —Había una terrible calma en su voz ahora, un control férreo; pero Índigo pudo ver corno unas gotas de sudor relucían sobre su piel oscura—. Si quieres a la Infanta, no te muevas, no hables. Phereniq: me entiendes?

Le dedicó un movimiento de cabeza casi imperceptible a modo de respuesta. Phereniq había empezado a temblar, y un silencio total había descendido sobre el patio. Incluso Jessamin estaba demasiado aterrorizada como para gemir. La serpiente continuó observándola, inmóvil ahora, implacablemente paciente, al acecho. No atacaría, no aún; no a menos que algún movimiento involuntario disparara su instinto y lo provocara. Pero se necesitaría muy poco para hacer saltar el resorte.

—Índigo —la llamó Augon en voz baja.

Ella volvió a mirarlo. Su intervención había roto la parálisis, pero sabía que la barrera entre el autocontrol y el pánico seguía siendo peligrosamente endeble. Con la boca totalmente reseca, murmuró:

—¿Señor?

—Retrocede despacio, hasta que te hayas alejado lo suficiente, luego corre a buscar a mi guardia personal. Diles...

Y al oírlo titubear, Índigo comprendió que no sabía qué decir, porque no sabía qué hacer. Ninguna habilidad humana podía contrarrestar la velocidad de una serpiente cuando ataca. Un resbalón, un movimiento en falso, y nada podría salvar a Jessamin. No se atrevían a correr tal riesgo.

Se produjo un movimiento junto a las puertas abiertas del palacio, y de repente Índigo percibió una presencia en su mente.

«¿Índigo? ¡Percibo miedo! ¿Qué...?»

«¡Grimya!»

La alarma se apoderó de ella al vislumbrar por el rabillo del ojo la figura gris de la loba.

«¡Quédate ahí! ¡Quédate quieta!»

Había dejado a *Grimya* durmiendo, ya que sabía que no le agradaban las multitudes ni el ruido: ahora, no obstante, el barullo había despertado a la loba y la había instado a investigar, Índigo abrió su mente rápidamente, para mostrar a *Grimya* la naturaleza del peligro. Sintió un hormigueo mental, la rabia compitiendo con la alarma, cuando *Grimya* comprendió. La voz de Augon, entonces ronca por el temor, siseó:

—¡Índigo, tu perra! ¡Impide que se acerque!

«¡No, Grimya!

Índigo proyectó su advertencia apremiante, pero *Grimya* la ignoró. Agazapada sobre el suelo, se deslizaba despacio y con cuidado por la terraza. La cabeza de la serpiente se movió un milímetro. Entonces, *Grimya* se detuvo en seco.

«¡Grimya! *¡Té matará!»*

«No lo hará.»

En la mente de *Grimya* bullía el odio; el odio instintivo de un mamífero de sangre caliente por un adversario hostil, sin inteligencia y letal. Quería matar, proteger su territorio y a su jauría, e Índigo sabía que nada de lo que dijera haría cambiar de intención a la loba.

Librodot

El rostro de Augon tenía una expresión extraviada, los nervios parecían a punto de estallarle en el cuello.

—¡Índigo, en nombre de la Madre del Mar, *detén a ese animal!*

Índigo sudaba también, y en la garganta sentía el nudo tensado por su aterradora impotencia.

—Señor, no... no me hace caso. —Su mirada se encontró de nuevo con la del Takhan, rígida—. Sabe lo que hace. Puede ser la única posibilidad...

Grimya estaba ya a menos de metro y medio de la serpiente, y se había dejado caer sobre el suelo, inmóvil y en tensión. Si el reptil sabía de su presencia no demostraba la menor señal de ello, continuaba con su mirada fija en Jessamin. Índigo supo cuándo se acercaba el momento, ya que percibió la primera oleada de intención en la mente de *Grimya.* Entonces, más rápido de lo que hubiera creído posible, tan rápido que todo lo que vio fue una aturdidora mancha gris, *Grimya* saltó.

Se escuchó un siseo y algo se movió como un latigazo. Cogida por sorpresa, la serpiente se vio obligada a abandonar la presa deseada, y se alzó todo lo que le fue posible para rechazar el ataque de la loba. En el mismo instante en que su cuerpo arrollado se volvía, Índigo se arrojó lucia Phereniq y la hizo girar en redondo; luego la arrastró hacia atrás y a Jessamin con ella, y mientras las tres iban a estrellarse contra el suelo unas sobre otras vio por el rabillo del ojo cómo Augon irrumpía en la refriega. En MI mano brillaba algo metálico, *Grimya* gruñía con ferocidad, el cuerpo de la serpiente se retorcía, mientras ella lo golpeaba contra el suelo. Entonces, de repente, el foco de atención del caos cambió y los invitados empezaron a chillar, la multitud se dispersó como un torrente, cayendo unos sobre otros para apartarse de algo que cruzó veloz entre sus filas. En el extremo opuesto del patio las enredaderas del muro se agitaron con fuerza cuando sus hojas vieron echadas con violencia a un lado; algo plateado centelleó por un brevísimo instante bajo la luz del sol en el remate del muro, luego desapareció.

Poco a poco, el pandemónium se apagó. Los niños, muchos de los cuales no comprendían lo que había sucedido, lloraban a pleno pulmón. A pocos centímetros de Índigo, que se había golpeado la cabeza al caer al suelo, Phereniq se había incorporado sobre los codos y vomitaba Jessamin, sollozando ahora, se aferraba a Augon Hunnamek que se había agachado junto al estanque, su pequeño cuerpo envuelto y casi invisible en sus poderosos brazos. Y *Grimya...*

—*Grimya.* —La voz de Índigo era aguda y distorsionada—. ¿Dónde está *Grimya?* Madre Tierra, ¿acaso está herida?

—Está perfectamente. Era la voz de Augon. Tomó a Jessamin en brazos, se levantó y se dirigió vacilante hacia ella, entonces volvió agacharse.

—Está bien, Índigo. Y ha salvado a la Infanta, Índigo intentó sentarse, pero la escena se tambaleó ante sus ojos medio nublados.

—La serpiente...

—Escapo. Pero no hirió a nadie. Gracias a tu perra, Índigo oyó un suave gemido junto a ella, y *Grimya* apoyó el hocico contra su rostro y le lamió la mejilla. *«Estoy bien»,* le comunicó la loba. *«Pero tú...»* —Me golpeé la cabeza con el borde del estanque. —Índigo se echó a reír ante lo absurdo de aquello, pero entonces se dio cuenta de que, en realidad, sentía ganas de llorar— Cuando caí... —Se interrumpió, preguntándose si no iría a vomitar.

Los criados salían corriendo de todas partes ahora, y, Augon hizo una señal con el dedo a un nervioso senescal; —¡Tú! Lleva adentro a la señora Índigo, y ocúpate de que esté cómoda.

Librodot

—Y a Jessamin, le dijo—: Todo está bien, *chera-mi;* todo está bien. *Chero* Takhan cuidará de ti, no te inquietes.

A través de una neblina de náuseas y desorientación, Índigo lo escuchó, y su mente intentó protestar. Estaba todo al revés. Augon consolaba a Jessamin, la acunaba, la abrazaba, mientras ella se aferraba a él como si fuera su punto de apoyo y su protector...; estaba todo al *revés.* La serpiente —plata, color de los demonios— y el claro terror en los ojos de este otro demonio cuando la Infanta se vio amenazada... No encajaba. No tenía sentido. Era...

El patio se balanceó hacia ella y luego pareció difuminarse, y casi al momento todo se convirtió en oscuridad, como si hubiera descendido una espesa penumbra. Dejó escapar un ahogado sonido de protesta, sintió cómo unas manos la levantaban con mucho cuidado, ayudándola, pero no pudo mantener el equilibrio. Alguien pronunció la palabra «conmoción», y *Grimya* no cesaba de gimotear ansiosa, intentando comunicarse, pero el mensaje no podía atravesar la niebla que iba espesándose en su cerebro...

—Se ha desmayado. —Augon hizo señales urgentes a un criado para que se acercara—. Trae al mago-doctor Thibavor. Cuando haya visto a la Infanta, haz que se ocupe también de Índigo. Y en cuanto a *Grimya...* —Bajó los ojos en dirección a la loba, que lo contempló dubitativa—. No sé cuál es la mejor manera de recompensar a un perro, pero se hará. Simhara tiene desde hoy dos nuevas heroínas. Y les debo a las dos mi eterna gratitud.

Librodot

CAPÍTULO 14

Phereniq se levantó del lugar que ocupaba en la larga mesa y echó los hombros hacia atrás, presionando unos lejos experimentados contra su columna vertebral para aliviar el dolor. El único sonido que se escuchaba en la habitación era el del desigual chisporroteo de las lámparas, que ardían tenuemente pues necesitaban que se las volviera a llenar; también al otro lado de la habitación el palacio estaba en silencio, y el reloj de arena situado en el . entro de la mesa hacía mucho rato que había completado su ciclo sin que ninguna mano le diera la vuelta. Debía de ser muy tarde; en bien de su propia salud hubiera debido irse a la cama hacía ya rato, pero había tantas cosas que poner al corriente, tantas pequeñas cuestiones que exigían su atención personal después de la sesión del Consejo de hoy... Se prometió a sí misma que dormiría hasta muy tarde como compensación.

Empezaba a recoger sus gráficos y cálculos, colocándolos por orden meticuloso, cuando se sobresaltó al oír unas pisadas a su espalda. Se volvió y vio que Augon había penetrado en la habitación, en silencio como tenía por costumbre, y ahora la contemplaba con una leve sonrisa en el rostro.

—Ah, Phereniq. De modo que eres tú el misterioso conspirador que trabaja hasta altas horas de la noche, mientras el resto de nosotros descansa en el cómodo lecho.

Hila desvió los ojos.

—Tengo mucho trabajo, mi señor, como muy bien sabéis. Y puesto que nuestros más recientes esfuerzos han estado dedicados a librar a la ciudad de estas plagas, hay muchas otras cosas que se han visto descuidadas.

—En efecto; y como siempre, estoy en deuda contigo.

Cruzó la habitación y posó sus dedos ligeramente sobre la nuca de ella, allí donde sus cabellos estaban sujetos en una cola. Phereniq sintió cómo los dedos de él se enredaban en un mechón suelto, y se puso rígida ante la ambigüedad que aquella sensación provocó en ella.

—Lo hemos hecho muy bien —repuso Augon en tono práctico—. Las fiebres y esas malditas serpientes del puerto han desaparecido, y todo en el espacio de menos de dos meses.

Ella se aferró agradecida al cambio de humor; la llevaba a terreno más firme.

—Fue vuestra idea lo que lo consiguió, mi señor. Hacer traer a esos animales del desierto para que rastrearan y mataran a las serpientes fue un golpe maestro, por el que toda Simhara os ensalza.

—Y fueron tus augurios los que me condujeron a la solución. Eso, y el ejemplo dado por nuestra heroína de cuatro patas.

—*Grimya* es una criatura de muchas aptitudes.

—Como su dueña. ¿Sabes, querida vidente, que los trovadores han compuesto una canción sobre ellas? Se ve que está causando estragos en el barrio occidental.

Phereniq percibió un olor a perfume en la piel de él. La embriagadora esencia de flores que utilizaba la favorita actual de su serrallo... Ello le produjo un curioso hormigueo, una punzada de relampagueante y celoso dolor.

—Cuando los servicios de Índigo ya no sean necesarios aquí, creo que le ofreceré una buena recompensa —continuó Augon—. Algo de tierra; quizá un título. Imagínate: una mujer a la que se le otorgan tales honores por sí misma. Herirá el sentido del decoro khimizi y tomará al asalto las murallas de unas cuantas tradiciones pasadas de moda, y eso no será una

mala cosa. Aunque para entonces, claro está, puede que la idea resulte superflua.

—¿Superflua? —Phereniq arrugó la frente.

—Quiero decir, querida mía, que cuando Leando Copperguild regrese, Índigo puede que tenga otros planes.

—¿Estáis enterado de su relación?

Se sintió sorprendida, pero sólo por un instante, hasta que recordó que muy pocas cosas en palacio escapaban por mucho tiempo a su atención.

—Claro que sí. Es muy conmovedor.

Phereniq vaciló, dudando de si efectuar o no la pregunta que flotaba en su mente. Luego decidió que nada tenía que perder por utilizar la franqueza.

Se volvió para mirar a Augon, y aspiró con fuerza.

—Mi señor, ¿por qué no hacéis volver a Simhara a Leando Copperguild? Él y su tío han sido vuestros embajadores durante ya más de tres años, y han demostrado su valía a vuestro servicio...

—Que es por lo que se los escogió.

—Sí. Pero cuando existen otros lazos... Leando es joven aún, con toda la vida por delante. E Índigo..., ella no dice nada, pero yo sé que anhela su regreso. Si queréis recompensarla, mi señor, no se me ocurre mejor regalo que pudierais hacerle.

—¡Ah, Phereniq! —Augon le sonrió—. Tu súplica me conmueve, y no desearía otra cosa que complacerte accediendo a ello. Pero sabes que no puedo. Tal y como has dicho, Leando y su tío han demostrado su valía a mi servicio; tanto, de hecho, que actuaría en contra de los mejores intereses de Khimiz si hiciera volver a cualquiera de ellos antes de que hubieran completado su tarea.

Las esperanzas de Phereniq se esfumaron. Bajó los ojos y asintió.

—Desde luego, mi señor. Comprendo.

—Estoy seguro de que una mujer de tantos talentos como Índigo podrá encontrar diversiones suficientes como para hacer la espera soportable. Además, también tiene a la Infanta para ocuparla. —Se interrumpió, y avanzó despacio lacia la mesa para contemplar los gráficos que Phereniq había amontonado—. Esa niña crece en belleza cada día. Tengo entendido que está aprendiendo a escribir, y que la primera palabra que escribió sin ayuda fue «Takhan». Eso me resulta muy agradable.

Phereniq volvió la cabeza hacia otro lado.

—También tengo entendido que sus pesadillas han disminuido —prosiguió él—. Aparte de un extraño incidente el mes pasado, cuando resulto estar tan asustada de los animales que mataban a las serpientes que soñó incluso con ellos, no ha vuelto a padecer terrores nocturnos. Eso, también, me agrada. Temí que el desagradable incidente de su fiesta de cumpleaños tuviera un efecto permanente.

Phereniq no hizo el menor comentario. También ella se sentía aliviada de que las pesadillas de la Infanta hubieran disminuido; pero mientras que Jessamin parecía ahora libre de ese particular tormento, no era ése su caso. No le había hablado a nadie de sus sueños, que se habían iniciado un mes antes de aquella fatídica celebración, y sus esfuerzos por analizarlos o incluso descubrir su causa habían fracasado hasta ahora. El patrón era parecido al de la oleada de pesadillas que había experimentado unos pocos años antes; y sospechaba que, al igual que entonces, no era ella sola quien las padecía. Hild le había contado en secreto que Índigo había empezado a gritar en sueños durante la noche, como si desafiara o se enfrentara a algún

Librodot

temible adversario. Y, por si esto fuera poco, últimamente había empezado a pedir más a menudo nuevas dosis de los polvos que utilizaba en su narguile. No era, desde luego —pensó Phereniq—, un augurio muy saludable.

Inmersa en sus propios pensamientos, no vio cómo Augon se acercaba de nuevo a ella, y se sobresaltó cuando la mano de él se posó sobre su hombro.

—Estás muy silenciosa, querida adivina. ¿Te preocupa algo?

—No. —Sacudió la cabeza en rápida negativa—. Sólo estoy cansada, mi señor.

—Entonces no te entretendré por más tiempo. Vete a la cama y toma una de tus panaceas para asegurar tu descanso. No necesito nada más de ti esta noche.

—¿Nada...? —Se le escapó antes de que pudiera reprimirse, y se sintió avergonzada.

—Nada. —Le sonrió, y ella lo odió por el compadecido y divertido afecto que expresaba su voz—. Dale a esos viejos y sabios huesos unas cuantas horas de tregua.

El dardo —aunque no intencionado— la hirió, y volvió la cabeza a un lado, sin mirarlo de nuevo mientras se apartaba de ella para dirigirse a la puerta. Una voz en su interior le preguntó: *¿Por qué? ¿Por qué he...?,* pero la atajó, la obligó a desaparecer de su mente. Había lágrimas en sus pestañas aunque se odió a sí misma por aquella debilidad, y se las seco con un gesto furioso. En su habitación guardaba una resina negra que le aseguraría un sueño total y sin pesadillas. Muy pocas veces la utilizaba, y sabía que la dejaría incapaz de hacer nada a la mañana siguiente, pero no le importó. Le tomaría la palabra a Augon, pensó con amargura, obedecería su orden de que descansara de la misma forma en que le obedecía en todo lo demás. Era una respuesta infantil y un triste consuelo, pero ora todo lo que tenía.

Apagó las lámparas, y abandonó la habitación despacio y un poco envarada.

Al año siguiente las fiebres regresaron otra vez al distrito del puerto, aunque no fueron tan malignas esta vez, y produjeron menos víctimas. De nuevo, también, las pesadillas empezaron a invadir las mentes dormidas a medida que avanzaba la primavera, y sólo disminuyeron con la llegada del verano. En el palacio, se escucharon secretos suspiros de alivio, y pociones y soporíferos de uso reservado volvieron a dejarse de lado en silencio y con satisfacción a medida que las pesadillas —cada una característica de aquel que la padecía— empezaban a soltar a sus presas. Nadie sabía de la existencia de esta pequeña epidemia, ya que, cosa curiosa en Khimiz que era tan aficionado a los portentos, las víctimas de aquellos sueños no se sentían inclinadas a revelar sus experiencias a un vidente, o ni siquiera a comentarlo con sus más íntimos amigos.

En su habitación de pesados cortinajes donde guardaba sus miles de gráficos, Phereniq quemó incienso en honor de la Madre del Mar como agradecimiento por haberse librado de los horrores nocturnos, guardó la negra resina que había estado utilizando cada vez con más frecuencia, y se bebió una pócima purgante que eliminaría los efectos narcóticos en su sangre y reduciría el peligro de adicción. Jessamin empezó a dormir profundamente otra vez, llenando de sentido agradecimiento al mago-doctor Thibavor, quien cinco días antes había llevado una ofrenda al Templo de los Marineros con la esperanza de que esto tendría éxito allí donde sus panaceas habían fracasado. Incluso Hild descubrió que su inquieto sueño dejaba de verse atormentado por imágenes monstruosas; y en la opulencia de los aposentos privados del Takhan, Augon Hunnamek despidió a la procesión de mujeres agotadas por las exigencias sexuales que eran su único alivio frente a las opresivas pesadillas, y pasó su primera noche de tranquilidad a solas. Mientras que en casa de su abuela, Luk Copperguild no soñaba, pero a

menudo permanecía despierto durante las calurosas horas de la noche en las que no soplaba ni un ápice de viento, con los ojos clavados en el mar que se veía por su ventana, donde la luna flotaba distante e inalcanzable en un cielo negro como boca de lobo, y pensaba en un padre que apenas recordaba, y en unos cabellos dorados y una sonrisa que eran como un rayo de luz, y sentía una sensación de desasosegado anhelo que era demasiado joven para comprender, pero que sin embargo era como el fuego del éxito y el hielo del fracaso y la oscuridad sin estrellas de la desilusión, todo en uno. Y en las habitaciones que lindaban con las de la durmiente Infanta, Índigo ya no chillaba en sueños como un alma en pena, ni tampoco se despertaba temblequeante y atormentada por horrores sin nombre, que incluso *Grimya* no podía borrar. Al igual que Phereniq, al igual que Hild, al igual que tantos otros que callaban, no recordaba nada de sus sueños por la mañana al despertar. Todo lo que sentía era una embotada e inexorable sensación de temor que no podía quitarse de encima, y la convicción de que algo estaba terriblemente mal. Pero la tormenta aún no estaba lista para estallar. Y mientras la calma se mantuviera, dependía de los dos consuelos de su pacífica vida cotidiana y de su creciente colección de hierbas, polvos y cordiales, para mantener a raya sus temores y especulaciones.

El tiempo transcurría, y Jessamin crecía y florecía. A los seis años, poseía todavía el aspecto de muñequita de su niñez, pero debajo de él asomaban los primeros signos de momento tan sólo una promesa— de una belleza más adulta, y junto con ella una rara serenidad innata. Niña de carácter dulce, diligente y obediente, empezaba a mostrar ya un talento precoz para la música, y se pasaba interminables horas en el estudio del arpa de Índigo, con la frente arrugada con decidida concentración mientras arrancaba sencillas notas a sus cuerdas. A causa de su rango muchas actividades le eran vedadas; no podía vagar por la ciudad, no podía mezclarse libremente con otros niños, y los pocos amigos que tenía eran seleccionados con minucia.

A pesar de tantas restricciones, sin embargo, la Infanta parecía siempre contenta. Adoraba a Índigo, que era a la voz su compañera y maestra. Adoraba a Luk, que era de hecho el hermano que jamás había tenido. Y adoraba al hombre al que llamaba *«chero* Takhan», quien le hacía regalos y le permitía todos los caprichos y que, cada vez más a menudo ahora, venía a jugar y a reír con ella y a admitir sus logros. En su quinto cumpleaños, *chero* Takhan le había regalado una nueva piscina, mucho mayor que el pequeño oasis del patio que ya le había quedado pequeño. La pasión de Jessamin por la natación se mantenía constante: cuando se le entregó su regalo cubrió de besos el rostro de su benefactor, declarándolo el hombre más bueno, más querido y más amable del mundo, Índigo había estado presente en la entrega, y había vuelto la cabeza, ya que no quería que la expresión del rostro de Augon Hunnamek se grabara en su mente y pusiera en marcha las viejas ideas siniestras.

Y luego, en su sexto cumpleaños, *chero* Takhan le había entregado un anillo. Un anulo hecho de cinco metales preciosos perfectamente entrelazados, con cinco piedras preciosas engastadas que reflejaban los cinco diferentes estados de ánimo del mar: una esmeralda, un zafiro, un zircón, un ópalo, una piedra de la luna. Muy solemne, colocó el anillo en el dedo anular de la mano izquierda de Jessamin, y le dijo que a partir de aquel momento debería lucirlo siempre.

Índigo no sabía si Jessamin comprendía el significado del anillo. La Infanta sabía que estaba prometida a Augon Hunnamek, pero poseía tan sólo un infantil y simple concepto de lo

Librodot

que era el matrimonio; como si se tratara de un juego especial al que un día le permitirían jugar. Era demasiado joven para comprender la verdad.

Esa noche, Índigo tomó la resina negra que Phereniq le había dado, y durmió sin soñar en absoluto. Pero incluso sin las pesadillas para atormentarla, no podía escapar a la deprimente realidad de que, pese a que el día de la boda de Jessamin estaba aún lejano, el tiempo transcurría. Y finalmente, de una forma lenta, tranquila e inexorable, se les terminaría.

«Querido Leando:

«Esta es la primera carta que he podido escribirte durante bastante tiempo, ya que hasta ahora los cargueros no han empezado a zarpar otra vez del puerto de Simhara desde la epidemia de fiebre que se abatió sobre nosotros hace tres meses y nos puso en cuarentena.

»Puede que hayas tenido noticias de la epidemia y de sus consecuencias por boca de comerciantes de paso. Antes de que te hable más de ella, deja que te asegure que Luk está perfectamente; ni él ni la Infanta contrajeron la enfermedad, gracias sean dadas a la Madre, aunque muchos de los que habitamos en palacio sí la contrajimos. Tu abuela también escapó de ella, según tengo entendido, aunque no la he visto.

»Pero ha habido muchas muertes aquí, y, al igual que con las fiebres más benignas que se apoderaron del barrio occidental hace cuatro años, los magos-doctores no han podido hacer otra cosa que permanecer impotentes y contemplar su decurso. Todos estamos resignados a las pequeñas epidemias que asolan Simhara cada primavera, pero esta enfermedad, que se abatió sobre nosotros, como siempre, el mes anterior al cumpleaños de la Infanta, ha sido mucho peor de lo que habíamos esperado. Sólo podemos dar las gracias porque ya ha pasado al fin y estamos libres de la infección.

»El Takhan ha ordenado nueve días de duelo por los muertos, con ceremonias en todos los templos. Lo más probable es que yo no pueda asistir a ellas, ya que hace muy poco que me he levantado de mi lecho de enferma, y Thibavor me ha advertido que debo descansar todavía un poco.

»Por favor, perdóname si esta carta resulta breve. Volveré a escribir con más noticias cuando esté más restablecida. Entretanto, Luk te escribe también, y te confirmará que disfruta de buena salud si es que queda alguna duda en tu mente.

»Esperamos anhelantes tu regreso, y la llama de la esperanza sigue ardiendo.

»Con mis mejores deseos,

Índigo.-

La recuperación fue un proceso lento. No le quedaban energías, y en un principio no hizo más que dormir; incluso cuando esta fase pasó, su ánimo parecía reacio a recuperarse, faltaba la voluntad de mejorar. Y además de su debilidad física, había surgido otra cuestión que también era motivo de preocupación.

Karim, el mago convertido en buhonero, había desaparecido. Desde que se declarara oficialmente a la ciudad libre de las fiebres y la vida regresara a la normalidad, *Grimya* había empezado a visitar el puerto cada día para buscar al ciego en su acostumbrado lugar en la escalinata del Templo de los Marineros, y cada día informaba que no se lo veía por ninguna parte, Índigo, que sabía el gran número de víctimas que se había cobrado la enfermedad, temía lo peor; y cuando hubo transcurrido un mes y él seguía sin aparecer, se vio obligada a enfrentarse a la posibilidad de que Karim estuviese muerto. Ello la hizo sentir como si un

vínculo vital con sus aliados se hubiera roto. La sensación era irracional, ya que no había tenido contacto con el buhonero desde la marcha de Leando; no obstante, no podía quitarse de encima la aterradora sensación de encontrarse de repente a la deriva y totalmente sola. El talento como vidente de Karim la había convertido, en muchos aspectos, en la columna vertebral de los conspiradores; sin él serían como hombres que pescaran en aguas oscuras y peligrosas, sin saber jamás qué clase de horror podía haber mordido su cebo.

Grimya, a pesar de sus propias aprensiones, intentó tranquilizarla lo mejor que pudo.

—Puede que esté vivo, Índigo —le dijo, cuando hubieron transcurrido treinta y tres días sin que supieran nada del mago—. No estamos seguras de lo contrario.... iré otra vez mañana.

—¿De qué sirve?

Índigo estaba tumbada en su lecho; a través de la ventana abierta contemplaba el patio iluminado por el sol. Se había servido una copa de vino, bien rociado con el cordial, pero apenas si tenía la fuerza necesaria para llevarse la copa a los labios. Pasada la fiebre, la fatiga era aún una compañía constante y parecía haber perdido la voluntad, tanto física como mental, para recobrar la energía.

—¿De qué nos sirve a nosotras, en realidad, que Karim esté vivo o muerto? —continuó sombría—. Sin Leando y sin Mylo, tampoco puede hacer nada. E incluso aunque regresaran mañana, ¿serviría eso de algo?

—¿Qué qui... eres decir?

Se produjo un largo silencio. Luego Índigo respondió:

—Ni tú ni yo podemos dañar a Augon Hunnamek, ni en su forma autentica ni en su forma humana. No tenemos aliados que convoquen poder para que lo utilicemos, como Jasker; ni siquiera tenemos con nosotras la fuerza física de Leando y Mylo. Pero aun cuando Leando y Mylo estuvieran aquí, ¿qué podrían hacer ellos? —Levantó por su copa y bebió un sorbo—. ¿Qué podría hacer cualquiera de nosotros contra un poder como ése?

Mientras lo decía, sabía la respuesta a su triste pregunta. Con o sin Leando y Karim, sólo había una cosa que ella y *Grimya* podían hacer. Debían aguardar en Simhara, Insta que pudieran encontrar una forma de desenmascarar al demonio. Si ello les llevaba toda una vida, tampoco importaba; ellas dos ni podían envejecer ni cambiar. Y si Karim estaba muerto, y si —le horrorizaba la idea, pero no podía descartarla por completo— Leando no regresaba a Khimiz, entonces ella y *Grimya* deberían enfrentarse solas contra aquel poder maléfico, ya que hasta que no fueran destruido no podían seguir adelante.

Volvió la cabeza y apretó el rostro contra los blandos almohadones sobre los que se recostaba. No quería seguir pensando en demonios ni en obligaciones; todo lo que deseaba era darle la espalda a la dura realidad, abortar cualquier pensamiento sobre el incierto futuro, encerrarlo en lugar seguro y escapar al refugio que le ofrecía el sueño inducido por las drogas: su único consuelo desde el mino de la enfermedad.

—No hablemos sobre ello ahora —dijo—. Estoy cansada, *Grimya,* la verdad es que necesito dormir un rato.

Grimya la contempló durante unos pocos instantes, luego se dio la vuelta y salió al patio, desconsolada. Aunque intentaba comprender el letargo y la depresión que habían aquejado a su amiga desde las fiebres, se sentía perdida y le preocupaba que los efectos duraran tanto. Pero parecía como si nada de lo que pudiera decir o hacer sirviera de ayuda a Índigo.

El sol quemaba, y se reflejaba con cegador brillo en la superficie del estanque. *Grimya* se detuvo, y clavó los ojos en las tranquilas aguas mientras consideraba la pregunta que había

Librodot

hecho Índigo. ¿Cómo podían albergar la esperanza de triunfar contra Augon Hunnamek, con tan solo MIS fuerzas mortales para ayudarlas? Parecía tan vano como intentar cazar y matar el viento, y *Grimya* no poseía respuestas.

Alzó el hocico repentinamente, sintiendo la necesidad de aullar su triste confusión al cielo. Su garganta y su pecho temblaron; pero el sonido murió antes de surgir. No podía dar rienda suelta a sus sentimientos, no en esta tierra civilizada y atestada de gente en la que muros elevados la encerraban y presencias humanas la limitaban: y el aullido se convirtió en un suave lloriqueo.

Volvió la cabeza hacia la ventana abierta, pero no pudo ver a Índigo. Vaciló por un instante; luego, con la cabeza gacha, se dirigió despacio y en silencio hacia los matorrales situados en un extremo del patio, donde las hojas eran frescas y húmedas y podía simular, aunque fuera sólo por poco tiempo, que había regresado a los queridos bosques de su hogar.

Librodot

CAPÍTULO 15

—¡Índigo! ¡Oh, Índigo, ven y mira! ¡Ven y mira!

La aguda y clara voz vibraba de excitación, y Jessamin se alejó a la carrera por entre las dunas en dirección a la playa, que se extendía en una enorme medialuna bañada por el mar bajo el sol de la mañana. Con mucho más sosiego, sus acompañantes descendieron de las dos literas cerradas que las habían conducido hasta allí, y Hild, que era demasiado corpulenta para correr tras su joven pupila, gritó con voz aguda:

—*¡Beba-mi!* ¡Al agua no, o te reñiré!

—¡Oh, déjala, Hild! —Phereniq sonrió mientras se quitaba los zapatos y movía los dedos de los pies sobre la cálida arena, con expresión agradecida—. Disfruta tan pocas veces de esta libertad, que nada le puede pasar.

Luk se agitó inquieto y levantó los ojos hacia Índigo.

—Puedo ir con ella —sugirió esperanzado—. La cuidaría.

Índigo sonrió.

—Ve, pues, Luk. A ver si puedes ganar a *Grimya* en una carrera.

El muchacho sonrió de oreja a oreja.

—¡Eso nunca podré conseguirlo!

Mientras Luk y la loba corrían ya en pos de Jessamin, las tres mujeres se quedaron allí de pie, contemplándolos, disfrutando del sol y de la brisa marina y de la espléndida vista que se extendía ante ellas. Aunque la temperatura otoñal en Khimiz era bastante elevada en comparación con muchos otros lugares, el calor era muchísimo más soportable que el horno abrasador en que se convertía el país durante el verano, y el día poseía una deliciosa tonalidad añeja. A lo lejos, al otro lado de la suave arena, el golfo resplandecía cegador; olas enormes retumbaban sobre la lejana marea baja, y el horizonte estaba bañado en una vaga neblina dorada. A Índigo le resulta difícil creer que sólo un promontorio las separaba del puerto de Simhara; y más difícil aún creer que había transcurrido tanto tiempo desde la última vez que pisara la playa. *Grimya* todavía la visitaba con regularidad, casi siempre acompañada de Luk, cuyo amor por la vida al aire libre no mostraba el menor signo de disminuir con la llegada de la adolescencia, pero desde la epidemia acaecida dos años antes, a Índigo le habían faltado tanto las ganas como la energía para unirse a la loba en sus paseos. Ahora, no obstante, mientras contemplaba a las tres figuras cada vez más pequeñas que corrían por la arena, sintió una sensación de renovación física y mental. El cambio de estación, también, resultaba un gran alivio, ya que las febriles pesadillas que había padecido de nuevo se habían reducido, y podía dejar de depender tanto de los narcóticos, su único modo de controlar las pesadillas. Por primera vez en muchos meses se sentía purificada; y sentía de nuevo, también, cómo la tracción de su antigua empatía con el mar regresaba tras una larga ausencia.

—Son tan despreocupados a esta edad..., ¿no crees? —Phereniq había ido a colocarse junto a Índigo, y sonrió mientras se ajustaba el velo que le protegía el rostro del sol—. Debemos mimarlos mientras nos sea posible. La Madre sabe muy bien que ya tendrán bastantes deberes y convencionalismos cuando sean mayores.

Índigo miró por encima del hombro. Más allá del extremo de las dunas podía ver a la guardia de palacio a la que se había enviado para mantener alejados a los mirones. Habían precisado del ejercicio de gran cantidad de subterfugios para preparar esta salida; si hubiera

Librodot

corrido la voz en Simhara de que la Infanta iba a visitar la playa hoy, las dunas se habrían desplomado ante el peso de los ciudadanos llenos de adoración, ansiosos por obtener aunque fuera una muy fugaz visión de la niña.

—Se sintió tan desilusionada cuando su fiesta de cumpleaños se arruinó porque contrajo esa enfermedad —continuó Phereniq—. Esto representará una pequeña compensación. Pobre criatura; otro nuevo cumpleaños estropeado. Parece que hubiese sido ayer cuando empezaba a aprender a andar, a hablar, y ahora ya tiene diez años y es casi una mujer. —Se detuvo, luego rió—: Bien... no desde el punto de vista nuestro que somos personas maduras, pero desde luego sí a los ojos de la ley khimizi. Me serena pensar que dentro de dos años dejará de ser Infanta, para convertirse en Takhina. —Algo intangible como un soplo de aire pero cargado no obstante con un vivido tono emocional nubló sus ojos por un instante—. El tiempo pasa, Índigo. Para todos nosotros.

Detrás de ellas, los sirvientes sacaban cestos de comida *y* bebida. Luego extendieron sobre la arena manteles bordados; la delicada porcelana y la plata tintinearon débilmente. Allá a lo lejos, en la playa, Jessamin y Luk y *Grimya* eran diminutas figuras borrosas sobre la vasta extensión de arena.

—Y tú. —La astróloga tomó a Índigo del brazo y la condujo por la suave pendiente de las dunas, apartándose del alcance del oído de Hild—. Pareces contenta ahora, querida. ¿Se ha esfumado por fin la tristeza?

—¿Tristeza? —Índigo no la comprendió.

—Ante la pérdida de Leando. —Phereniq sonrió con amable simpatía—. Deben de haber transcurrido ya nueve años desde que marchó.

—Ah... —Una sensación de desconcierto se clavó profundamente y con fuerza en lo más hondo de la mente de Índigo. La reprimió, y le devolvió la sonrisa—. Sí. Todavía nos escribimos pero... Bien, ha pasado mucho tiempo, y el tiempo todo lo cura. En realidad, me siento bastante feliz.

—Me alegro de oírla Pocos espíritus se muestran tan filosóficos. —El brazo que rodeaba el de Índigo se apretó con más fuerza—. Pero no debes abandonar toda esperanza, Índigo. Aún eres bastante joven. Cuando Leando por fin regrese... ¿quién sabe lo que el futuro puede deparar?

Sus palabras, dichas con buena intención, estaban inconscientemente entrelazadas de terrible ironía, Índigo no supo qué decir; pero antes de que se viera obligada a responder un grito lejano las llamó desde el otro extremo de la playa. Al levantar la cabeza, Índigo vio a Jessamin que corría hacia ellas.

—¡Índigo! ¡Phrenny! —Jessamin todavía utilizaba su antiguo nombre cariñoso para la astróloga; frenó en seco levantando una nube de arena y se planto ante ellas, jadeante *y* ruborizada de alegría. El borde de su falda estaba empapado—. ¡Las olas son una *maravilla!.* ¡Tenéis que venir a verlas!

Phereniq soltó una carcajada.

—Soy demasiado vieja y digna para retozar por las playas, *chera-mi* —dijo con fingida severidad. Luego sonrió—. Lleva a Índigo a contemplar las olas, y Hild y yo nos sentaremos a miraros.

Jessamin tiraba ya de la mano de Índigo, y ésta capituló con una sonrisa forzada. Phereniq las observó mientras avanzaban hacia la orilla, luego se dio la vuelta y regresó a las dunas.

Librodot

—Es una alegría ver a la *beba* tan feliz. —Hild masticó una fruta escarchada e hizo un gesto con la mano en dirección a las distantes figuras de la playa—. No tiene bastante tiempo para jugar ahora, y digan lo que digan, aún no es una adulta.

Era lo mismo que Phereniq había pensado antes, y la astróloga asintió con la cabeza. Estaban sentadas junto a la merienda ya preparada, protegidas del sol por unas sombrillas y disfrutando del calorcillo que impregnaba su piel y calentaba sus huesos.

—Es una lástima que Índigo no venga aquí más a menudo —añadió Hild—. Le haría bien. No hace el ejercicio que debiera.

—Ah. —Phereniq arrancó un tallo de hierba y lo retorció—. Quería preguntarte sobre eso, Hild. Desde este último ataque de fiebres he estado tan ocupada que he visto a Índigo menos de lo que hubiera querido. ¿Te parece que está algo mejor?

La niñera se encogió de hombros.

—Es posible; es difícil decir. Todavía dormir mucho, más de lo que es bueno. Y bebe, mucho vino pero no se emborracha. Y las otras cosas. Hierbas, polvos, todo el tiempo. Claro que, ha estado tomando menos desde este último mes o así. Pero antes, parecía que necesitarlo para estar normal.

Phereniq arrojó a un lado el tallo de hierba, con rostro preocupado.

—Ésa no es una buena señal. Dime, ¿crees que puede haber estado padeciendo pesadillas?

Hild lanzó un bufido.

—¡No hablar a mí de pesadillas! Ése es el porqué tomaba tantos polvos, para intentar acabar con ellas. Cada año regresan otra vez... y no es sólo Índigo. Yo las tengo, la Infanta las tiene...

Phereniq la miró asombrada.

—Pero yo pensaba que las pesadillas de la Infanta se acabaron hace años.

—*A-na.* ¡Ya lo creo que no! Cada año, como digo, las tiene otra vez. Empezar en primavera, no se van hasta que casi ha pasado el verano.

—¿Y sucede lo mismo contigo y con Índigo?

—Sí. Índigo no dice nada, pero la he oído gritar mientras duerme, y *Grimya* intenta despertarla y sin conseguirlo. *Cada* año.

—¿Qué...? —La voz de Phereniq tenía un tono peculiar; tragó saliva y lo intentó de nuevo—. ¿Qué es lo que sueñas, Hild? ¿Qué clase de pesadillas?

Hild arrugó la frente.

—No lo sé. Nunca puedo recordarlas a la mañana siguiente. Pero son malas. Y la Infanta, suceder exactamente lo mismo con ella.

—¿Quieres decir que ella tampoco puede recordar qué ha soñado?

—Aja, eso eso. —La arruga de su frente se agudizó—. Nunca pensé en ello antes. Es extraño, ¿verdad?

—Muy extraño.

Interiormente, Phereniq hacía sus cálculos, y lo que Hild le había contado se ajustaba perfectamente a sus propias experiencias, ya que tampoco ella había sido nunca capaz de quitarse de encima el ataque anual de terribles pesadillas que la atormentaban desde... Bueno, debía de hacer ya casi una década.

Hild había tomado otra fruta escarchada, pero su entusiasmo por los dulces parecía haberse reducido.

—Hay otra cosa —dijo despacio—. Estos sueños, siempre vienen cuando se acerca el

Librodot

cumpleaños de la *beba-mi.* Y también sucede con las fiebres.

—¿Las fiebres? —Phereniq levantó la cabeza, comprendiendo lo que la otra intentaba insinuar—. No; no creo que las dos cosas estén conectadas, Hild. Tú y yo hemos escapado a las fiebres durante los dos últimos años, pero eso no ha puesto fin a los sueños. Además, la fiebre no es más que un mal endémico de Khimiz. Un riesgo del clima, si quieres llamarlo así.

Ante su sorpresa, Hild negó enérgicamente con la cabeza.

—No. —Repuso—. No lo es. —Y al ver que Phereniq abría la boca para disentir, añadió—: Éste no es el clima apropiado para fiebres. Demasiado seco. Pregunta al viejo Thibavor: él dirá a ti que no había fiebres hasta que nosotros llegamos a Khimiz.

La astróloga la contempló boquiabierta.

—¿Estás segura?

Hild se encogió de hombros de nuevo.

—Yo no lo sé, ¿verdad? Yo no estaba aquí antes, y tampoco vos. Pero es lo que Thibavor dice.

No se había dado cuenta de ello, y de repente le proporcionó una nueva e inquietante línea de pensamiento. La coincidencia era demasiado espectacular para dejarla de lado.

—Deber preguntar a Índigo también —siguió Hild—. Debe saber mucho sobre Khimiz, con toda esa historia que tener que enseñar a la Infanta.

La historia de Khimiz... Sí, pensó Phereniq, quizá valdría la pena hacerlo; ya que el instinto le decía que lo que Hild le había contado podía tener algo en común con el misterio que, sin éxito de momento, llevaba tanto tiempo intentando resolver.

—Gracias, Hild —dijo pensativa—. Desde luego que se lo mencionaré.

Mediaba la tarde cuando por fin se recogieron los últimos restos de la merienda y el pequeño grupo se acomodó en las literas para iniciar el viaje de regreso a palacio. En conjunto el día había constituido un gran éxito: Jessamin, *Grimya* y Luk se habían pasado horas junto a la orilla, buscando los pequeños crustáceos que se enterraban en la arena, y después de la comida todos se quedaron contemplando cómo subía la marea mientras Hild e Índigo se turnaban para contar cuentos. Jessamin daba cabezadas de cansancio cuando se dispusieron a partir, y mientras se los transportaba a palacio también Phereniq se quedó dormida casi de inmediato, Índigo oía apenas la voz de Hild en la otra litera, hablando a los niños, y dejó que su cabeza reposara sobre los bordados almohadones; se sentía adormilada por el fuerte calor y el continuo balanceo de la litera.

Pasaban junto al Templo de los Marineros cuando la voz de *Grimya* interrumpió su duermevela. La loba trotaba a su lado —le resultaba desconcertante que la llevaran en litera— e Índigo se espabiló con un sobresalto al escuchar la excitación que había en su mensaje mental.

«¡Índigo!¡Está aquí!»

Índigo se incorporó en la litera, aturdida, pero antes de que pudiera proyectar ninguna respuesta, *Grimya* añadió:

«En la escalinata del templo: ¡es Karim!»

Índigo se abalanzó hacia adelante y apartó los pesados cortinajes de la litera. Allí, en su antiguo lugar entre los buhoneros y los peregrinos que atestaban la enorme escalera de mármol, estaba sentado el mago ciego.

A duras penas se contuvo para no gritar a los porteadores de la litera que se detuvieran. Eso

Librodot

habría sido impensable: no se atrevía a provocar preguntas no deseadas. Perol mientras se alejaban y el templo se perdía a su espalda, el corazón empezó a latirle sofocante. *¡No había muerto!* Había perdido la esperanza, segura de que Karim había sucumbido a las fiebres y se había ido para siempre. Y ahora...

«Grimya», dijo en silencio, *«debemos regresar mañana ¡Hemos de hablar con él!»*

«¡Sí!», respondió *Grimya* llena de excitación. Luego añadió:

«Índigo... ¿crees que se trata de una señal?»

Índigo cerró los ojos, en un intento por calmar su irregular respiración.

«.Reza, para que así sea», respondió.

Índigo y *Grimya* habían tenido la intención de escabullirse del palacio a primeras horas del día siguiente, perol su plan se vio frustrado por la inesperada llegada de Phereniq. La astróloga tenía todo el aspecto de haber dormido mal o nada en absoluto: tenía que hablar con Índigo dijo, y el asunto era importante.

—Siéntate, y toma un vaso de tisana.

Índigo decidió que su salida tendría que esperar; había una soterrada agitación en la forma de actuar de Phereniq que su evidente cansancio no podía disimular... Hizo un gesto en dirección al diván y forzó una sonrisa.

—¿Algo importante? Suena un poco inquietante.

Phereniq no le devolvió la sonrisa, sino que se limita decir:

—Espero que no.

Se quedó allí sentada en silencio hasta que les trajeron la bebida; luego, cuando la sirvienta salió, miró por encima del hombro para asegurarse de que la puerta había quedado bien cerrada antes de decir:

—Sé que Jessamin tiene hoy una clase a primera hora con su tutor, y quería hablar contigo mientras nadie puede interrumpirnos. —Tomó su tisana y bebió un sorbo— Todo empezó con algo que Hild me dijo ayer; un comentario casual, nada más; pero me hizo pensar, Índigo, ¿no te parece extraño que cada año, en la época del cumpleaños de Jessamin, Simhara se vea atacada por fiebres, y algunas personas de entre los que habitamos en palacio experimenten toda una serie de pesadillas?

Índigo estaba a punto de fingir ignorancia —los sueños eran algo que no deseaba tener que admitir— cuando se dio cuenta de repente de lo que Phereniq quería dar a entender.

—¿Tú, también, las has tenido? —inquinó sorprendida.

—Cada año, como la Infanta, como Hild, como tú. Hild me habló de tus pesadillas. Fue una indiscreción por su parte, pero puede que a la larga se lo tengamos que agradecer. —Juntó ambas manos y se quedó mirándolas—. Pesadillas que luego no pueden recordarse, pero que parecen afectar a la parte más profunda de nuestras mentes. Y siempre en la misma época.

Índigo arrugó la frente.

—Lo siento, Phereniq, pero no lo acabo de comprender. Si, tal como dices, estos sueños coinciden cada año con las fiebres, entonces la conexión es evidente.

—Eso es lo que yo siempre había creído —repuso Phereniq—. Pero no es una cosa tan simple.

Y le relató su conversación con Hild en la playa el día anterior con respecto a la peculiar anomalía de las fiebres y las pesadillas, y la afirmación de la niñera de que no habían existido infecciones veraniegas en Khimiz hasta la llegada de los invasores.

—Le pregunté a Thibavor sobre ello —dijo—. Y también consulté los archivos de palacio. Hild tiene razón: la fiebre era algo casi desconocido en Khimiz hasta hace diez años. —Se puso en pie y paseó por la habitación, inquieta—. Mi primera idea, desde luego, ha sido consultar mis gráficos astrológicos. Y he encontrado algo que sospecho tiene relación con este asunto. Cada año, más o menos por la misma época, dos influencias negativas forman conjunción con la estrella natal de Khimiz. No es en absoluto normal que otros cuerpos astrales encajen con el ciclo anual de nuestro propio mundo de una forma tan exacta; de hecho, sólo me he encontrado con este fenómeno en una ocasión antes de ahora, y se trató de algo sin el menor significado e importancia. Pero esto es algo muy diferente.

Índigo arrugó la frente.

—Perdóname, Phereniq, pero no te comprendo bien —dijo—. No sé nada de astrología, pero tú pareces querer decir que esta... conjunción podría ser el eslabón que buscabas entre las fiebres y los ataques de pesadillas. Si eso es así, entonces no hay duda de que el misterio está resuelto...

Phereniq se volvió para mirarla. Su rostro estaba muy serio.

—Olvidas una pequeña cuestión, Índigo. Estas conjunciones han tenido lugar regularmente durante cientos, quizá miles de años. Pero los sueños y las fiebres empezaron hace sólo una década.

Índigo calló al darse cuenta de repente de adonde quería llegar Phereniq. La astróloga continuó mirándola aún por unos instantes, luego volvió a pasear.

—Dos acontecimientos de gran importancia tuvieron lugar en este país alrededor de esa época —dijo—. Uno: nosotros, mi pueblo, llegamos a Khimiz. Y dos: Jessamin nació. Ya sé que no parece tener sentido, pero no puedo librarme del convencimiento de que de alguna forma, en algún lugar, debe de existir el punto de unión entre uno de esos acontecimientos y el despertar de esta maligna influencia. La coincidencia es demasiado grande, Índigo. ¡Tie*ne* que existir una conexión!

Índigo sentía la boca muy seca. Tomó su copa y bebió un buen trago, a pesar de que ni siquiera notó el sabor de la tisana.

—¿Y cuál de las dos —preguntó con mucha cautela—, piensas tú que es la causa más probable?

—Creo que lo sé —replicó, sombría, Phereniq—. No puedo estar segura, aún no; pero creo que tiene que ver con Jessamin. Verás, hay muchas otras cosas que no te he contado. —Regresó a la mesa, retorciéndose las manos, y se sentó de nuevo—. Necesito tu ayuda, Índigo. Anoche no dormí, y estoy demasiado cansada y confusa para poder ser objetiva. Por favor, escucha lo que tengo que decirte, y dime si piensas o no que puedo estar en lo cierto.

—Adelante —la instó Índigo con suavidad.

Se produjo una pausa durante la cual Phereniq pareció poner en orden sus ideas. Luego empezó:

—Esta conjunción maligna tiene lugar, como he dicho, cada año sobre la misma época. Por lo general, su influencia es relativamente débil: puede provocar epidemias de poca importancia de enfermedades como las que hemos padecido cada primavera, o puede manifestarse en pequeños trastornos en las mentes de aquellos que son psíquicamente sensibles.

—¿En forma de sueños, por ejemplo?

—Exactamente. Pero por dos veces durante los últimos diez años ha coincidido con una

luna negra... o una luna nueva, como la denomina mi gente; lo cual significa que la influencia benéfica de la luna está en su momento más bajo. —Levantó la *cabeza,* con ojos preocupados—. Recapacita. Recuerda lo que sucedió en el cuarto cumpleaños de la Infanta, y cuando cumplió los ocho años. ¿Recuerdas la plaga de serpientes marinas, y la serpiente del estanque? ¿Y recuerdas la epidemia que costó tantas vidas?

Índigo empezó a comprender.

—¿Quieres decir que en ambas ocasiones, esta influencia se vio reforzada por una luna negra?

—Sí. Y ahora llego a la parte peor. —Phereniq tomó su copa de nuevo y bebió; la tisana estaba casi helada ya pero no pareció darse cuenta—. El año próximo, en la primavera, la conjunción tendrá lugar como de costumbre. Pero esta vez coincidirá con algo más: no una luna nueva, sino un eclipse. —Depositó la copa de nuevo sobre la mesa—. Decir que ése no es un buen presagio sería un terrible eufemismo. Para un astrólogo, la luna es una de las fuerzas más poderosas para el bien; es el símbolo más poderoso de la beneficencia de la Diosa, especialmente en un país como Khimiz donde tanto depende de las mareas. La luna también rige la constelación de la Serpiente, que es el signo natal de Jessamin, y por lo tanto ejerce una gran importancia en su vida. De modo que cuando la luna sufra un eclipse durante la misma hora en que tiene lugar la conjunción... —Se detuvo y miró sombría a Índigo—. ¿Empiezas a comprender lo que digo? ¿Ves la naturaleza del presagio para esa hora?

Índigo lo veía. Con voz muy calmada, preguntó:

—¿Y cuándo, cuándo exactamente tendrán lugar el eclipse y la conjunción?

El rostro de Phereniq tenía una expresión macilenta al contestar.

—Una hora antes del amanecer, de la noche siguiente al undécimo cumpleaños de la Infanta. Y estoy demasiado asustada para pensar siquiera en las consecuencias que puede acarrear esta vez.

Índigo se levantó y avanzó despacio hacia la ventana. Su mente estaba totalmente trastornada, pero se obligó a tranquilizarse, en un intento por oponer a los temores de Phereniq un razonamiento más frío.

—A ver si te comprendo con claridad, Phereniq —dijo—. ¿Me estás diciendo que algo extraordinario y maligno ocurrirá en esa hora, y que tienes la sensación de que amenazará a la Infanta?

Phereniq asintió tristemente.

—Ella *tiene* que ser el eslabón. He buscado y buscado otra respuesta plausible, pero cada vez regreso a la misma conclusión. La influencia de la luna en su signo natal, las plagas y las pesadillas que han asolado Simhara cada año en la época de su cumpleaños... La evidencia es demasiado fuerte para ignorarla. Y hay una cosa más. Una insignificancia, pero me pone la carne de gallina cuando pienso en ella.

—¿Qué es?

—La conjunción maligna posee un nombre. No sé dónde se originó ni siquiera por qué apareció, pero los magos khimizi la llaman el Devorador de la Serpiente.

La sangre pareció detenerse en las venas de Índigo para arrastrarse perezosamente, y un sudor helado le cubrió el rostro y el pecho.

—¿El... Devorador de la Serpiente? —musitó.

—Sí. Y Jessamin nació bajo el signo de la Serpiente. —Phereniq se abrazó con fuerza, cerrando los ojos—. ¿Qué le sucederá a la hija de la Serpiente cuando el Devorador de la

Librodot

Serpiente domine los cielos sin una luna para contrarrestar su influencia? Eso es lo que no puedo dejar de preguntarme. ¿Qué cosa maligna se abatirá sobre nuestra Infanta esa noche?

La piel de Índigo pasó ahora de un frío ártico a una pegajosa sensación de calor. Luchando por impedir que sus sentimientos se reflejaran en su expresión, dijo apremiante:

—Phereniq..., si esto es cierto, tienes que haberlo visto en los gráficos de Jessamin. Has hecho su horóscopo casi cada día de su vida, ¡y sin embargo nunca ha salido a la luz con anterioridad!

—Lo sé —reconoció, apesadumbrada, Phereniq—. Y en un principio me dije que mi teoría debía de estar equivocada. Pero ahora creo que conozco la respuesta. He cometido un error, Índigo: un error terrible. —Cruzó las manos con fuerza, una sobre la otra, hasta que la piel quedó bien tirante sobre los nudillos—. Encontré algunos documentos entre los archivos de palacio; registros de insignificantes cuestiones domésticas tan sólo, y sin una utilidad práctica, lo cual es el motivo de que los pasara por alto durante tanto tiempo. Pero datan de algo más de diez años atrás. Y me han llevado a creer que el horóscopo natal *A* partir del cual he preparado todas las cartas astrales durante estos años puede estar equivocado.

Índigo la contempló, anonadada.

—¿Equivocado?

Phereniq asintió.

—Cuando un hijo de la casa real de Khimiz nace, el mago-doctor que ha asistido al parto certifica personalmente la hora exacta y circunstancias del nacimiento. Pensé que valdría la pena comprobarlo por si había cometido algún error, y no existe ningún certificado para Jessamin. Sólo está el testimonio de la comadrona de que Agnethe dio a luz a su hija tras un largo parto; eso y el sello de algún oficial de menor importancia. El único registro de la hora exacta del nacimiento de la Infanta está en el anuncio posterior efectuado por el Takhan y la Takhina.

—¿Estás diciendo que... la información sobre la que siempre has basado tus gráficos puede estar equivocada?

—Sí. —Phereniq levantó los ojos para mirarla y logró esbozar una triste sonrisa—. ¿Cuántas veces no habré bromeado contigo acerca de que perdía mis habilidades, porque no había sabido predecir algún acontecimiento importante en la vida de Jessamin? Sé que no estoy perdiendo mis habilidades, Índigo. Y ésta podría ser la respuesta al enigma. Si la hora del nacimiento de Jessamin no fue anotada correctamente, ello podría explicar un gran número de anomalías. Pero si he de ayudarla, *debo* averiguar cuándo nació realmente.

Índigo frunció el entrecejo. Una imagen empezaba a tomar forma en su mente, pero todavía existían partes del rompecabezas que no encajaban. Le dijo:

—Pero ¿significa eso que ningún mago asistió a Agnethe, entonces? Sin duda Thibavor lo sabría.

—Oh, lo sabe. He hablado con él esta mañana, pero la información que me facilitó me es de poca utilidad ahora. Hubo un mago, pero ya no está en la corte. De hecho parece ser que dejó el servicio del antiguo Takhan sólo dos días después de que naciera Jessamin, y Thibavor cree que debe de haberse ido de Simhara, ya que los magos no han vuelto a saber de él desde entonces.

—¿Y la comadrona? —preguntó Índigo.

—Muerta. Según lo que he averiguado en los archivos se quitó la vida poco tiempo después, tras una pelea de enamorados. —Hizo una pausa—: Una curiosa coincidencia, por

no decir otra cosa peor, ¿no crees? Como si existiera alguna razón por la que el antiguo Takhan no quisiera que se supiera la hora del nacimiento de Jessamin.

Un desagradable pensamiento empezaba a tomar forma rápidamente en la mente de Índigo.

—¿Piensas, pues, que la muerte de la comadrona y la desaparición del mago podrían no haber sido tan inocentes como parecen?

—No resulta una teoría agradable en la que pensar; pero sí, lo pienso.

—El mago. —Índigo sintió como si tuviera alambres al rojo vivo en el estómago—. ¿Sabes su nombre?

Phereniq asintió.

—Thibavor me lo dijo, aunque, tal y como te he dicho, no sirve de nada. Su nombre era Karim Silkfleet.

Karim. Los alambres al rojo vivo soltaron su tenaza, e Índigo experimentó una peculiar sensación de alivio. Lo sabía. Un mago-doctor caído en desgracia, que ocultaba su auténtica identidad... Sólo podía ser Karim el buhonero. Y él debía de ser el único ser vivo que conocía la auténtica hora del nacimiento de Jessamin, y —si Phereniq estaba en lo cierto— el motivo por el cual los padres de la niña se habían mostrado tan ansiosos porque permaneciera en secreto.

Dijo, pensando inquieta en su propia misión:

—¿Has hablado con el Takhan sobre esto?

—Aún no —le respondió Phereniq—. Necesitaba hablar con alguna otra persona antes, para aclararlo todo en mi mente. —Le dedicó una pálida sonrisa—. Perdóname; eso debe de sonar como si te hubiera utilizado como conejillo de Indias para mis teorías...

—Claro que no —la tranquilizó Índigo bondadosamente—. Por el contrario. Me siento muy halagada de que fueras capaz de poder confiar en mí.

—Tú por encima de todos los demás, creo. —Phereniq se llevó una mano al rostro, y suspiró—. Pero ahora que he hablado contigo, y he conseguido poner mis temores y sospechas en perspectiva, me parece que no debo retrasarlo más. —Dirigió una rápida mirada a la ventana abierta—. Tengo miedo por la Infanta y temo también por el Takhan. Debo decírselo, Índigo. Aunque no tenga ninguna prueba definitiva de nada. Debo decírselo.

—La conjunción deberá ser prueba suficiente —repuso Índigo muy seria.

—Eso creo. Pero si tan sólo pudiera llegar al fondo de este misterio con respecto al nacimiento de la Infanta... Me da en los huesos que es muy importante, pero a menos que se pueda encontrar a ese mago desaparecido hay pocas posibilidades de averiguar la verdad. —Se estremeció ligeramente, luego se puso en pie—. Me da la impresión de que nos enfrentamos a algo que supera nuestra comprensión. Suceda lo que suceda, hay que proteger a Jessamin. Debe hacerse. De lo contrario no me atrevo a pensar en las posibles consecuencias.

Cuando Phereniq se hubo marchado, Índigo permaneció completamente inmóvil durante algunos instantes. Luego, bruscamente, se dio la vuelta y agarró su sombrero de paja de ala ancha.

«¿Grimya?»

Proyectó su urgente llamada, y la loba apareció procedente del patio.

«Lo he oído todo.» Los ojos de *Grimya* brillaban ambarinos de inquietud. *«Parece que ese Karim es más importante de lo que pensábamos.»*

«Sí. Y debemos tener cuidado en nuestra búsqueda de él.»

Librodot

Índigo sabía que existían todas las posibilidades de que, cuando hubiera escuchado lo que su astróloga tenía que decir, Augon entablara su propia caza del mago. No quería que a Karim lo encontraran los hombres del Takhan. Debía de avisársele.

Mientras salían al pasillo, *Grimya* dijo:

«¿Qué crees que puede significar esto? ¿Podría estar en peligro la Infanta a causa de esta reunión de estrellas de la que Phereniq hablaba?»

«No lo sé, Grimya. *Pero tengo una intuición de que la verdad no está exactamente en la dirección que ella cree. Dijo, si lo recuerdas, que dos acontecimientos sucedieron en la época en que las fiebres empezaron: el nacimiento de Jessamin y la llegada de los invasores.»*

Grimya comprendió.

«¿Entonces tú crees que estos sucesos tienen algo que ver con el demonio más que con Infanta?»

Eso era precisamente lo que Índigo pensaba. Y si tenía razón, entonces Phereniq, al contarle a Augon Hunnamek sus sospechas, podría de forma involuntaria facilitar el catalizador que habían estado esperando durante tanto tiempo...

Y eso, comprendió, los colocaría no sólo a ella y a *Grimya* sino a todo Khimiz en el mayor de los peligros.

«No está aquí.»

Grimya se volvió desalentada para mirar a Índigo al tiempo que le transmitía su mensaje, Índigo se detuvo, y contempló con atención la gran escalinata que conducía al Templo de los Marineros, que centelleaba cegadora bajo el brillante sol. Y allí, en medio de la constante multitud, estaban los vendedores ambulantes y las echadoras de cartas y los vendedores de ofrendas, y Karim no estaba entre ellos.

Dio un paso en dirección a las escaleras, pero se detuvo de nuevo ya que era un gesto inútil; una mayor proximidad no haría que el mago ciego apareciera milagrosamente de la nada. *Grimya,* que trotaba a su lado, sugirió:

«Puede que no haya venido aún. Ayer, cuando lo vimos, el sol estaba más bajo.»

—Tiene que venir.

Varias cabezas se volvieron curiosas, y la joven se dio cuenta de que había hablado en voz alta. Cambió deprisa al lenguaje telepático.

«¡Tiene que venir, Grimya!»

Empezó a subir la escalinata y se detuvo para mirar fijamente a cada vendedor a medida que pasaba junto a ellos, recibiendo miradas inquietas como respuesta, sin ver nada que le resultase familiar. En la parte superior de la escalinata, sobre la amplia terraza de losas que se extendía frente al templo, una compañía de malabaristas demostraba sus habilidades ante un público atento; Índigo pasó rápidamente junto a ellos en dirección al ornado edificio que se alzaba más allá, sintiendo que algunas gotas de las gigantescas cortinas de agua le salpicaban brazos y rostro. En su mente repetía furiosa el nombre de Karim, apenas si se contenía para no gritarlo en voz alta llena de frustración. Pero él no estaba allí.

Entonces, de pronto, cada uno de sus sentidos volvió a la realidad al divisar un rostro en la puerta del templo. La figura estaba entre las sombras del gran portal, y los reflejos del agua del estanque de la entrada jugueteaban sobre sus facciones y las distorsionaban. Pero los ojos la miraban burlones, y el cabello que le caía sobre los ojos lanzó un destello plateado al caer sobre él un fugitivo rayo de luz. Y la boca sonreía, mostrando los pequeños y salvajes dientes nacarados de un felino malintencionado y perverso.

«¡Índigo!»

El grito mental de *Grimya* se articuló en un gañido que! sobresaltó a las personas que tenía cerca, y el animal echó J a correr tras ella cuando Índigo se precipitó hacia el templo. Un reflejo, nada más que eso, hizo que Índigo se quitara los zapatos justo antes de meterse en el estanque; en un instante dejó atrás el agua y emergió en el enorme, fresco y tranquilo interior del templo.

La atmósfera del templo la golpeó como un mazazo y la detuvo en seco. Las figuras se movían en la tranquila penumbra mezclándose peregrinos y sirvientes del templo; respirando con fuerza, miró a su alrededor, pero la figura de cabellos plateados había desaparecido. Sin embargo no le cabía duda, la menor duda, en cuanto a su identidad.

Némesis. Su *alter ego,* su demonio personal, la maligna criatura que, tantos años atrás, se había enfrentado a ella en la Torre de los Pesares y se había reído llena de satisfacción ante la locura cometida por la muchacha. Una rabia ciega empezó a hervir en Índigo. Tanto tiempo manteniendo a raya a Némesis y su influencia, para de repente verla alzarse como un repugnante fantasma salido de la tumba para burlarse de ella. No dejaría que la ridiculizaran, no se burlaría de ella; y mucho menos en aquel lugar sagrado.

Grimya no había penetrado en el templo, sino que permanecía al otro lado del estanque e intentaba establecer contacto mental, Índigo no le hizo caso, y tras recuperar un poco de su autocontrol, empezó a andar despacio hacia el enorme altar en forma de barco que se alzaba fantasmagórico sobre su cabeza. Encontraría al demonio. Aunque tuviera que desmontar el templo con sus propias manos, lo encontraría. Y cuando lo hiciera...

—¿Puedo seros de ayuda, señora?

La voz la devolvió a la realidad con un sobresalto. Al volverse, Índigo vio a un hombre de mediana edad y rostro agradable, vestido con la túnica verde mar de los sirvientes del templo. Le sonreía con amabilidad y extendió una mano para sostenerla, ya que parecía como si fuera a perder el equilibrio. Ella lo miro desconcertada.

—¿Visitáis el templo por primera vez? —Su voz era tranquilizadora, suave—. El altar puede tener a menudo un efecto inquietante sobre aquellos que no lo han visto antes. Nos gusta pensar que el aliento de la Madre del Mar puede sentirse incluso en una casa construida por la mano del hombre.

Ante su amable sinceridad la furia de Índigo se desmoronó en pequeños fragmentos que ya no pudo recuperar.

—Gracias —dijo con voz temblorosa—, pero enseguida estaré bien. El sol, creo; el contraste. Me...

En el mismo borde de su campo visual, vio un centelleo plateado a la entrada del templo.

La excusa murió en su garganta. Perplejo, el hombre se quedó mirándola mientras la joven corría en dirección a las puertas.

«Grimya, *¿dónde está? ¿Adonde fue?»*

Índigo tuvo que hacer un soberano esfuerzo para no aullar su pregunta en voz alta al tiempo que se detenía tambaleante frente al estanque. Las orejas de *Grimya* estaban echadas hacia atrás, los pelos de su lomo erizados, la boca abierta mostrando los colmillos mientras, también ella, contemplaba con atención el soleado día en el que la impávida multitud seguía con su rutina diaria.

«¡Lo he visto!» Una furia impotente ardía en Índigo. *«Estaba aquí, y luego...»*

«No he visto nada», le informó la loba, deprimida, *«pero lo he notado pasar. Una sensación fría, como el viento invernal de mi tierra, pero no he podido agarrarlo, no he podido seguirlo. Se ha ido, Índigo. Y no sé adonde.»*

Índigo creyó escuchar en su mente un eco de la burlona risa de Némesis. Desvió la mirada de la brillante escena que se desarrollaba ante sus ojos y la clavó en el estanque del templo. Deslumbrada por la luz del sol, unas imágenes danzaron ante sus ojos y se los frotó con fuerza.

Y vio, distorsionada por las sombras de las flores que flotaban en el agua, una absurda forma angular que relucía en el suelo del estanque.

La lógica le dijo que no debía de ser más que algún pequeño objeto que un peregrino descuidado hubiera dejado caer, pero, instintivamente, Índigo supo que no era así. Se inclinó, hundió el brazo hasta el codo en el agua, y sacó de ella aquel objeto reluciente; luego, mientras el agua se deslizaba sobre su plana superficie, se lo mostró a *Grimya* sin pronunciar palabra.

Era una carta de las usadas para decir la buenaventura. El dorso carecía de adornos, pero estaba pintado de color plata y relucía a la luz del sol. La cara de la carta mostraba el mar de noche: la reluciente y fantasmal corona de una luna llena en eclipse brillaba sobre un oscuro y sombrío oleaje, y de ese oleaje se elevaba una pesadilla viviente, ondulante, convirtiendo las olas que la rodeaban en un revuelto caos.

Una serpiente plateada.

Índigo no fue consciente de que vadeaba el estanque, recuperaba sus zapatos, y se los calzaba en los pies mojados. Tan sólo cuando ella y *Grimya* se encontraron sobre el peldaño superior de la escalinata del templo y bajaron la vista en dirección al bullicio del puerto, los ojos de la muchacha contemplaron de nuevo el mundo real. Y cuando lo hicieron, se iluminaron de repente con febril comprensión.

—Un regalo de Némesis. —Lo dijo en voz alta, pero sin alzarla demasiado, y sólo *Grimya* la oyó—. Una señal de su presencia, para desconcertarnos. Y me parece, *Grimya,* que el regalo puede resultar más valioso de lo que le gustaría al demonio.

La loba levantó los ojos hacia ella.

«No *comprendo.»*

Índigo sonrió. Había algo salvaje en su expresión.

—Pero yo creo que sí —repuso—. Se está tramando algo, y Némesis lo sabe: ¿por que si no habría escogido dejarse ver de nuevo ahora, después de permanecer oculta tantos años? Intenta burlarse de nosotros con lo que sabe, pero subestimado nuestra habilidad para ver lo que se oculta en realidad tras sus juegos. —Volvió a mirar la carta de la buenaventura—. El Devorador de la Serpiente y el eclipse de luna... Phereniq tiene razón al temer la maldad que anuncia esta conjunción, pero su origen no está donde ella cree. —De repente, Índigo arrugó la carta con un gesto violento—. Esto es la confirmación de lo que hemos estado esperando, *Grimya.* El demonio empieza a moverse ,al fin.

Librodot

CAPÍTULO 16

Augon Hunnamek se recostó en su sillón. Unió las yemas de los dedos ante su rostro y arrugó la frente mientras Phereniq lo contemplaba atenta pero inquieta. A medida que pasaban los años la mujer encontraba cada vez más difícil descifrar su estado de ánimo, y aún no podía saber cómo reaccionaría a lo que ella acababa de contarle. Le gritó con su mente para que dijera algo, pero no quería ser la primera en romper el silencio de viva voz.

Por fin, él levantó la cabeza, sus claros ojos se encontraron con los de ella a un mismo nivel.

—Estoy en deuda contigo, Phereniq. Parece que otra vez me has hecho un gran servicio.

Sintió que una sensación de alivio la inundaba, y se permitió dejar escapar un suspiro largo tiempo contenido.

—Gracias, mi señor. Tenía... —Se quedó sin voz; carraspeó rápidamente y siguió—: Tenía miedo de que encontrarais mi informe demasiado especulativo.

—De ningún modo. —Augon dejó caer las manos sobre la mesa otra vez, y dio un golpecito sobre la página superior de los archivos que ella había desenterrado—. Esto es más que simple especulación, mi querida vidente. Las epidemias y las plagas..., estoy sorprendido de que hayamos tardado tanto en ver la pauta, aunque puedo comprender por qué se pasó por alto tan fácilmente. Y en cuanto a los interrogantes que has creado con respecto a las circunstancias del nacimiento de la Infanta...

—No tengo pruebas de nada, señor. Pero...

Augon levantó una mano para acallarla.

—No hay pruebas, no. Pero sí suficiente evidencia para sugerir de forma muy convincente que no todo fue como debía de ser. —Había vuelto a dirigir la mirada hacia los documentos mientras hablaba; ahora levantó la vista de nuevo—. ¿Has dicho que la comadrona que atestiguó el nacimiento murió poco tiempo después?

Phereniq asintió.

—Al parecer tomó un veneno nueve días más tarde. De forma oficial consta que se mató al no poder soportar la pena cuando su amante la abandonó.

—¡Ah! Locuras de mujer. Y muy conveniente para aquellos que deseaban deshacerse de ella. Bien, Phereniq. Tú eres mi consejera: ¿qué conclusión sacas de todo este hermoso embrollo?

—Mi señor, a menos que pueda descubrir la hora auténtica del nacimiento de la Infanta, me será imposible seguir adelante para averiguar qué tipo de amenaza es la que esta próxima conjunción puede depararle a ella —repuso Phereniq.

—Pero, con o sin esa información, ¿estás segura de que esa amenaza existe?

—Estoy segura, mi señor. Y temo mucho por ella.

Augon se puso en pie y avanzó hacia la ventana. Esa pequeña sala de audiencias daba a su patio privado; una pesada cortina semiopaca impedía la entrada de gran parte de la luz del exterior, y su figura, mientras permanecía ante el cristal, era poco más que una silueta.

—Yo también he experimentado esos sueños —dijo, de repente—. Cada año, por la misma época. —Se volvió para mirarla otra vez y vio la expresión de su rostro—. ¿Eso te sorprende?

—Nunca me lo contasteis, mi señor.

—No, no lo hice. Thibavor lo sabe, claro; pero Thibavor también sabe lo que le conviene, y

Librodot

ha mantenido la boca cerrada. —Avanzo hacia ella—. Sueño que me persiguen, Phereniq. Sueño con algo siniestro y anónimo que me sigue por los interminables pasillos del palacio, y que se niega a desaparecer no importa lo que yo haga. Continuamente a mi espalda, incansable, cada vez más cerca. —Extendió los brazos y posó ambas manos sobre los hombros de ella—. ¿Es ése también tu sueño?

—Sí. —Se estremeció al recordarlo—. Y el de la Infanta. Y el de Índigo. Y el de Hild...

—Y sin duda el de una larga lista de otros nombres, si estuviéramos enterados. —Augon dio media vuelta, regresó a su sillón y se sentó; por un instante se quedó contemplando el montón de archivos, luego dijo pensativo—: el mago Karim. Creo que no estaría de más iniciar su búsqueda.

Phereniq se sorprendió.

—Pero, mi señor, debe de estar muerto desde hace tiempo.

—Quizá. Pero tengo mis dudas. Conozco a estos sabios khimizi: saben cuidarse, por mucho que digan lo contrario; y apostaría a que Karim no corrió la misma suerte que la comadrona. Existe una posibilidad, aunque muy remota, lo admito, de que aún viva en Simhara. Y sí es así, lo encontraré.

Se produjo un silencio durante algunos minutos. Augon siguió contemplando los documentos, aunque Phereniq tuvo la impresión de que sus ojos miraban sin ver. Entonces él volvió a hablar:

—No obstante, con o sin el mago desaparecido, tenemos la cuestión de la conjunción para considerar. No me gustan las amenazas, Phereniq, sean de los hombres o de los presagios. Y no dejaré que me intimiden. —Tamborileó ligeramente con un dedo sobre la mesa una melodía al azar, sin forma; luego, de pronto, su expresión se iluminó y una lenta sonrisa de depredador empezó a extenderse por su rostro—. De hecho, querida Phereniq, nada me gusta más que un desafío, y experimentaré un gran placer al enfrentarme a éste. La Infanta necesita protección contra las influencias malignas: muy bien; entonces pienso protegerla. —Levantó la cabeza, y sus ojos estaban brillantes y .mimados bajo los pesados párpados—. Quiero que regreses a tus gráficos y a tus manuscritos, vidente, y quiero que me prepares tres augurios: el mío, el de la Infanta y el de la ciudad de Simhara.

Phereniq arrugó la frente.

—¿Para qué día, mi señor?

—Para el día del undécimo cumpleaños de Jessamin. —Había un toque de diversión en su sonrisa ahora, y algo en su mirada que ella prefirió no interpretar—. No tengo miedo del Devorador de la Serpiente. Y cuando se alce de nuevo puede que encuentre que, esta vez, se enfrenta con más de lo que puede devorar.

Recibir el mensaje de Augon Hunnamek en el que ordenaba que se preparase a Jessamin para asistir a un banquete aquella noche, tomó por sorpresa tanto a Índigo como a Hild. Se trataba de algo improvisado, al parecer, con una lista de invitados en la que sólo estaban incluidos los miembros del Consejo de Augon y unos pocos de los nobles de mayor rango. A Índigo no se le pidió que asistiera; pero a Luk, ante su sorpresa y contrariedad, sí.

—Él es el cabeza de familia ahora que su papá no está —indicó Hild mientras ayudaba a Índigo a escoger el traje de Jessamin para la ocasión—. Y ahora ya ha crecido, es casi un hombre. Es evidente que tener que empezar a hacer estas cosas, incluso aunque no gustar.

—Pero esto es tan repentino... —repuso Índigo—. No lo comprendo.

Librodot

Hild se golpeó un lado de la nariz con un dedo.

—Escucha qué digo: algo se trama. Si no, ¿por qué llama el Takhan a tantos consejeros y nobles con esta precipitación, eh? ¿Por qué no esperar mañana o pasado? Algo ha pasado. ¡Espera y verás!

No podía hacer mucho más, ya que los criados de palacio, que por lo general sabían las últimas noticias mucho antes de que efectuaran los anuncios oficiales, no tenían ni idea del motivo de tan repentino e inesperado acontecimiento. Cuando Jessamin se hubo marchado, acompañada por toda una escolta real, Índigo pasó una noche llena de desasosiego mientras jugaba a las cartas con Hild e intentaba no especular sobre lo que pudiera estarse cociendo. Desde su ventana podía divisar el reflejo de las luces de la sala de banquetes; a medianoche seguían encendidas todavía, y Hild, luego de protestar por la hora *en* que la Infanta hubiera debido de acostarse, admitió su derrota y se retiró a su habitación. *Grimya* dormía; y también Índigo dormitó en su sillón, hasta que el sonido de la puerta que se abría la despenó con un sobresalto.

Era Jessamin. Se detuvo indecisa en el umbral; luego, al ver que Índigo se enderezaba en su asiento, fue corriendo hacia ella.

—¡Índigo! —Su rostro estaba ruborizado, y aparecía muy hermoso de forma desconcertantemente adulta—. ¡Oh, me lo he pasado estupendamente!

—*¡Chera!*—Índigo la abrazó con fuerza—. ¿Qué hora es? ¡Debe de ser muy tarde!

—¡Lo es, y resulta tan excitante! —Jessamin corrió a la ventana y miró por ella—. Están apagando las farolas ahora. ¡No me he ido hasta el final de la fiesta! ¡Y he bailado... he bailado todos los bailes con *chero* Takhan! Índigo, ¿sabes lo que ha sucedido?

Una premonición, como una pesada y fría piedra se alojó en el estómago de Índigo.

—No —dijo—. ¿Qué ha sido, querida?

La Infanta se volvió para mirarla, sus ojos color de miel rebosantes de excitación.

—¡No tendré que esperar hasta tener doce años para convertirme en Takhina! —anunció jubilosa—. ¡Me casaré con *chero* Takhan cizaño que viene, el día de mi undécimo cumpleaños! ¡Oh, Índigo: ¿no es eso *maravilloso .*

Augon Hunnamek estaba de pie frente a la ventana de sus aposentos privados. Por una vez las cortinas estaban descorridas, y miraba al otro lado de su patio en dirección al gran salón, donde los criados iban de un lado para otro como hormigas silenciosas desmontando los últimos adornos que quedaban de la fiesta. Otros criados, sus doncellas y ayudas de cámara personales, se apresuraban por la habitación a sus espaldas; preparaban su cama, extendían su camisa de dormir, iban a buscar pasteles y vino por si se despertaba durante la noche y deseaba comer algo. El lecho mismo aparecía prístino y vacío; esta noche no deseaba una concubina que calentara sus sábanas y despertase sus instintos, sino que prefería estar solo.

Saboreó sus pensamientos sobre la decisión que había tomado tras lo que Phereniq le revelara. Los augurios para el gran día no podían ser mejores. Phereniq había terminado sus cálculos y se los había llevado a primera hora de la tarde; y a él le habían parecido intensamente halagüeños. Un día de gran triunfo, eso era lo que decían los astros; para él, para la Infanta y para Khimiz. Un día poderoso, del despertar de un nuevo poder, poder suficiente para contrarrestar la malevolencia de la conjunción astral que amenazaba con malograr la joven vida de la Infanta. Para cuando el Devorador de la Serpiente se alzara en el firmamento, Jessamin y su nuevo señor se habrían unido, y el poder de Augon sería más que suficiente

Librodot

para mantenerla a salvo de todo mal.

Sin darse la vuelta siquiera, hizo chasquear los dedos, una señal para que los criados se fueran. Pudo percibir cómo salían haciendo reverencias, y supo instintivamente cuándo el último de ellos se hubo marchado. Entonces devolvió toda su concentración a la oscura y tranquila escena del exterior.

Jessamin lo había besado antes de partir con su escolta para regresar a sus aposentos. El beso de una criatura, pero tan espontáneo y lleno de adoración como el de la amante más ardiente; y Augon sintió un calorcillo de satisfecho triunfo recorrer todo su cuerpo, como si se tratara del efecto de un buen vino. La niña era muy joven y maleable, una tela virgen a la espera de la primera pincelada del artista experto. Con su arte la educaría, la moldearía a su forma de ser y a sus deseos; mientras aprendía a complacerla devolvería la ilusión a su saciado paladar. Y más que eso. Mucho más. Ya que, despacio pero con firmeza, la niña empezaba a despertar algo más en él; algo que había enterrado hacía mucho tiempo y que había intentado olvidar, creyendo que estaba fuera de su alcance.

Jessamin. Ya era casi lo bastante mujer para él. Y pronto, más pronto de lo que en un principio había pensado, la poseería...

Esta vez no hubo nada que estorbara a Índigo y a *Grimya* cuando abandonaron el palacio a primeras horas del día siguiente. Y mientras recorrían a buen paso las silenciosas calles, los pensamientos de Índigo giraban como un torbellino en su interior.

Seis meses. Ese era todo el tiempo que le quedaba antes de que Jessamin se viera casada con Augon Hunnamek. Seis meses; y carecía de aliados, de pistas. Leando y Mylo seguían aún en las Islas de las Piedras Preciosas, y Karim, el futuro de Karim resultaba ahora muy incierto. La decisión de Augon de cambiar la fecha de la boda sólo podía haber sido inspirada por las revelaciones de Phereniq; por lo tanto, debía de conocer la existencia del mago desaparecido, y existían todas las posibilidades de que ya se hubiera iniciado su búsqueda. Tenía que establecer contacto con Karim; la urgencia se había convertido en un imperativo absoluto. Si ello significaba esperar en el Templo de los Marineros desde el amanecer hasta el anochecer, hasta que Karim apareciera, Índigo lo haría con tal de encontrarlo.

Atravesaron aprisa los bazares, ignorando los halagos de los mercaderes, buhoneros y echadoras de cartas que andaban ya por las calles con la esperanza de conseguir clientes de buena mañana, y fueron a salir al deslumbrante espacio abierto que era el paseo del puerto. Pero cuando el Templo de los Marineros apareció ante su vista Índigo tuvo que hacer grandes esfuerzos para no correr. Entonces, cuando la plaza se abrió ante ellas, la joven se detuvo en seco.

Karim estaba allí, en la escalinata del templo. Por un momento apenas si se atrevió a creer en sus ojos, temiendo que se tratara de un error, de una ilusión. Pero el ladrido excitado de *Grimya,* y el telepático torrente de apasionado reconocimiento que le llegó desde la mente de la loba, fueron toda la confirmación que necesitaba. Corrieron por el paseo enlosado y subieron las escaleras, hasta detenerse frente al ciego.

—Karim... —La voz de Índigo estaba llena de tensión y alivio a la vez.

Karim levantó la cabeza. Aunque no podía verla, ella tuvo la inquietante impresión —no por primera vez— de que la reconocía al instante. Parecía sorprendido, pero no sobresaltado.

—¿La dama Índigo?

Ella se agachó de inmediato junto a él: no había tiempo para preámbulos.

Librodot

—Karim, tengo que hablar con vos. Ha habido cambios en palacio: Augon Hunnamek ha anunciado que piensa casarse con la Infanta el año próximo, cuando cumpla los once años.

—¿El año próximo? —El cuerpo de Karim se puso rígido—. Pero... ¿por qué? ¿Qué lo ha impulsado a ello?

Índigo le contó, de forma concisa, lo que Phereniq había descubierto referente a la conjunción, y su temor de que algo malo le sucediese a Jessamin el día del eclipse. Cuando hubo terminado, se produjo una larga pausa; luego Karim dijo:

—Bien; el usurpador piensa frustrar al Devorador de la Serpiente por el método de apoderarse antes de su presa. —Juntó ambas manos—. Ésta no es una buena noticia.

—No. Significa que sólo nos quedan seis meses antes de que se celebre la boda. Y Mylo y Leando siguen en las Islas de las Piedras Preciosas. —Vaciló, mientras lo observaba con atención, luego añadió—: Pero aún hay mas —se inclinó hacia adelante y le habló al oído— Augon también ha descubierto un misterio referente a un médico llamado Karim Silkfleet, que asistió a la Takhina Agnethe cuando Jessamin nació, y que desapareció poco después.

—¡Ah...!

Karim no pudo ocultar por completo su reacción, Índigo vio la veloz crispación de sus músculos faciales y decidió confiar en su intuición.

—Vos sois ese médico, ¿no es así, Karim? Y existe algo que vos sabéis, pero que el resto de nosotros desconoce. Algo que sucedió al nacer la Infanta, y que el antiguo Takhan no quería que nadie más supiese.

Karim no le contestó al principio; y *Grimya,* que también lo había estado contemplando con atención, observó:

«Existe una gran agitación en su mente. Me parece que está asustado, pero no de Augon Hunnamek. Y también me parece que no estará dispuesto a contarte toda la verdad.»

—Karim. —Índigo extendió las manos y cubrió las del mago con las suyas—. Si existe un secreto en relación con Jessamin, os suplico que me lo contéis. ¿Por qué se destruyeron los archivos de palacio? Y vos, ¿por qué desaparecisteis de la corte? ¡En el nombre de la Madre, por favor, debéis decírmelo!

Karim suspiró y, muy despacio, retiró sus manos de la frenética tenaza de las de Índigo.

—Señora —dijo con calma—. Yo asistí a la Takhina Agnethe cuando nació su hija, y el antiguo Takhan recompensó mis servicios dejándome ciego. Si no hubiera sido por dos buenos amigos de la corte, que me ayudaron a escapar de mi celda, me habrían matado sin ruido pero rápidamente, como le sucedió a la comadrona que me ayudó. Mis dos amigos murieron junto al Takhan durante la invasión; la Takhina, también, está muerta; y así pues, yo soy el único testigo del nacimiento de la Infanta que queda con vida.

—Entonces hubo algo...

—Hubo malos presagios —respondió el mago, y por su tono de voz Índigo supo que le contaba sólo una parte de la verdad—. Pero mis conocimientos son incompletos. Soy, o más bien, he sido, médico y clarividente, no un intérprete de augurios.

—Pero debéis saber por qué el Takhan actuó como lo hizo —insistió Índigo—. Las muertes, la destrucción de los informes: ¿cuál era el secreto que intentaban ocultar?

El rostro de Karim había adquirido un tono macilento.

—Sé lo que era —respondió en voz baja, tras una pausa—. Pero no se lo que significa. —Levantó la cabeza y sus ojos ciegos miraron a la nada—. La ciencia de las estrellas es un libro cerrado para mí, señora. Pero si las cosas están como decís, entonces muy bien puede ser que

Librodot

la Infanta esté en peligro de muerte. E intuyo..., siento, aunque no puedo expresarlo con mayor claridad, que su matrimonio aumentará el peligro en lugar de disminuirlo. —De repente agarró de nuevo los dedos de Índigo con un movimiento rápido y seguro que contradecía su ceguera—. Por el bien de ella, y por el bien de todo Khimiz, el matrimonio no debe celebrarse; sin embargo carecemos del poder para hacer lo que debe hacerse para evitarlo. Necesitamos a los otros: a Mylo, a Leando y a Elsender. Hasta que regresen a Simhara, no nos atrevemos a movernos. Debéis enviar un mensaje, llamarlos de vuelta...

—¡Eso es imposible! —protestó Índigo—. ¡Cualquier cana que envíe puede ser leída por una docena de servidores leales a Augon Hunnamek antes de que llegue a sus manos! —Su voz se elevaba llena de frustración; se controló a duras penas y continuó en apremiante voz baja—. Karim, escuchadme. No podemos estar pendientes de poder avisar a Mylo y a los otros a tiempo. Sabéis que algo maligno se trama, y conocéis su naturaleza, aunque no conozcáis su causa. ¿Cómo puedo aspirar a combatir a esta cosa, o proteger a Jessamin contra ella, si no sé contra qué lucho? ¡En el nombre de la Madre, *debéis* contarme todo lo que sabéis!

—No. —repuso Karim, categórico—. No hay nada más que pueda contaros; no hasta que los cinco volvamos a estar reunidos. Ése debe ser nuestro principal imperativo.

Índigo se echó ligeramente hacia atrás y lo contempló con ojos entrecerrados.

—¿Por qué? —exigió—. ¿De qué tenéis miedo?

—Señora, no puedo contestar a esa pregunta, porque no lo sé. Pero siento algo en mis venas, en mis huesos; y nos amenaza a todos. Vos y yo solos somos demasiado débiles para luchar contra ello. Debemos tener la fuerza de los otros a nuestro lado antes de atrevernos a actuar. ¡Llamadme cobarde si lo deseáis, pero no me arriesgaré a despertar aquello que es mejor que siga dormido hasta que ellos regresen!

Índigo se sintió a punto de explotar de contrariedad: pero también sabía que ni razonamientos ni súplicas harían cambiar de opinión a Karim. Estaba asustado, no sólo por sí mismo sino también por ella, y nada podía derribar esa barrera.

Abrió la boca para protestar y suplicar una vez más, pero antes de que pudiera hablar, *Grimya* lanzó de repente un gruñido de advertencia:

«¡Soldados de palacio! ¡Vienen hacia aquí!»

Índigo maldijo en voz alta y miró por encima del hombro. Dos hombres ataviados con los colores característicos de la guardia personal de Augon avanzaban por entre el gentío, subían ya las escaleras y se dirigían directamente hacia ella. Su presencia podía deberse a una mera coincidencia; pero no se atrevió a correr el riesgo.

Fingió deprisa que examinaba las chucherías colocadas sobre la estera y se dirigió al mago en un veloz susurro.

—Los guardias de palacio están por aquí; puede que os busquen. Debo irme. Si me ven hablando con vos, pueden sospechar algo raro. —Una vez más el sentimiento de frustración la invadió: había tantas cosas que necesitaba decirle...—. ¡Debo hablar con vos de nuevo! —añadió apremiante.

Karim asintió.

—Sí. Estaré aquí.

«¡Índigo, los hombres te han visto!», interpuso *Grimya. «Vienen hacia nosotros.»*

—Los guardias ya están aquí, —Índigo empezó a incorporarse.

—Esperad. —Los dedos de Karim rebuscaron veloces sobre la estera que tenía ante él, y le

tendió un pequeño adorno de estaño que tenía forma de cangrejo—. Tomad esto, y entrad en el templo —musitó—. Esto acallará su curiosidad, ya que dará la impresión de que simplemente comprabais una ofrenda. E, Índigo, os lo ruego, enviad un mensaje a Mylo. Es de *vital* importancia.

No tenía tiempo de discutir con él, así que tomó la baratija, y alzó la voz de repente, de forma que se oyera por entre la multitud.

—Es una hermosa pieza, buhonero. Recomendaré vuestro trabajo.

—El honor es mío, señora. —Karim inclinó la cabeza, entonces añadió, en voz apenas audible—: Tened cuidado. Y que la Madre del Mar os proteja.

Los soldados se habían detenido a pocos pasos y contemplaban la conversación, aunque por lo que parecía, sólo por simple curiosidad. Reconocieron a Índigo, y cuando ella se incorporó y sus miradas se encontraron, ambos la saludaron. Ella devolvió su saludo con un movimiento de cabeza, y terminó de subir los peldaños que faltaban hasta la entrada del templo. La joven no respiró tranquila hasta que la enorme y débilmente iluminada paz del interior se cerró sobre ella y sobre *Grimya.*

No hablaron mientras atravesaban el templo. Varios pequeños grupos de peregrinos elevaban sus miradas hacia el altar mientras los siempre presentes sirvientes del templo revoloteaban discretamente en segundo plano; pasaron junto a ellos, y por último se detuvieron a la sombra de la popa de la enorme nave, que les ofrecía suficiente intimidad.

—Diosa Omnipotente...

Índigo necesitaba articular las palabras, para aliviar un poco su tensión. Luego, cambió al lenguaje telepático.

«¿Qué vamos a hacer ahora, Grimya! *Karim nos ha llevado muy cerca de la verdad, pero todavía no es suficiente.»*

«Por mucho que lo intentes, no lo convencerás de que nos diga todo lo que sabe», repuso *Grimya,* con pesimismo. *«Tiene demasiado miedo. Creo que su instinto sabe, incluso aunque su mente no lo sepa, qué es aquello contra lo que luchamos.»*

«Sí: pero no comprende su auténtica naturaleza.» Índigo empezó a pasear despacio, contemplando sin ver los dibujos de las losas de mármol. *«Si tan sólo confiara en nosotras, de modo que pudiéramos combinar lo que sabemos,* y...» Se interrumpió y sacudió la cabeza, comprendiendo que no ganaría nada quejándose. *«No sé qué pensar,* Grimya, *y mucho menos cómo actuar para que todo vaya bien.»*

«Me parece que debemos hacer Lo que nos ha pedido, e intentar hacerle llegar un mensaje a Leando», repuso *Grimya. «Resultará difícil. Pero puede ser nuestra única posibilidad.»*

«Tienes razón.»

Índigo vio cómo un grupo de visitantes iba a cruzarse en su camino; se dio la vuelta y empezó a regresar a la sombra del altar.

«Pero ¿cómo avisar a Leando sin alertar a los otros? Ése es el problema que no puedo resolver. Si tuviera que navegar yo misma basta las Islas de las Piedras Preciosas lo haría, pero eso es tan imposible como enviar una carta que lleve un mensaje lo bastante explícito. ¡Gran Madre, no sé qué hacer!»

Grimya dijo entonces:

«Índigo...»

Pero ella estaba preocupada, y el repentino cambio en el tono de voz de la loba no quedó registrado en su mente. Entonces el animal la llamó de nuevo, e Índigo se detuvo y se dio la

Librodot

vuelta. *Grimya* no la había seguido, sino que permanecía inmóvil, con los ojos fijos en el otro extremo del templo.

—*¿Grimya?*—preguntó Índigo, en voz alta—. ¿Qué sucede?

«En este mismo instante acabas de mencionar a la Gran Madre», respondió *Grimya. «Me parece que te ha escuchado.»*

Contemplaba a un pequeño grupo que acababa de penetrar en el templo. Habían entrado riendo y hablaban con voces estridentes; una reacción nerviosa que se provocaba a menudo en aquellos que veían el altar por primera vez; pero, a medida que se adentraban, sus voces se fueron apagando hasta convertirse en impresionados murmullos. Por sus ropas, Índigo los reconoció como marineros davakotianos; probablemente la tripulación de alguna nave escolta que atracaba por primera vez en Simhara.

Y entonces vio que casi todos eran mujeres, y que entre ellas había una mujer menuda, robusta y de aspecto severo con los negros cabellos muy cortos y un diamante incrustado en cada mejilla.

Había cambiado, había envejecido: pero no podía haber el menor error. Era Macee, la antigua amiga de Índigo y capitana del *Kara-Karai.*

Librodot

CAPÍTULO 17

—¡Todavía no puedo creerlo! —Macee golpeó con su copa sobre la mesa e hizo que cuchillos y platos se pusieran a bailar y también que se volvieran varias cabezas en la atestada taberna—. ¡Diez años y tienes *exactamente* el mismo aspecto! —Lanzó un cloqueo, y tiró de un mechón de los cabellos de Índigo—. ¿Dónde están las nuevas canas, eh? No como yo: ¡cinco temporadas más y tendré todos los cabellos blancos, y tengo tantas líneas en el rostro que le produciría pesadillas a un cartógrafo! —Tiró hacia abajo de la piel de su rostro con la ayuda de dos dedos, torciendo su expresión de forma cómica—. ¡Fíjate en esto! Así que vamos, ¿cuál es el secreto? ¿Dónde está esa fuente de la eterna juventud que le ocultas a la vieja Macee?

Índigo vació su copa, y no protestó cuando Macee volvió a llenar las dos. Ambas habían bebido una buena cantidad de vino, pero la capacidad de aguante de Macee para la bebida era legendaria, mientras que Índigo, como parecía suceder siempre últimamente, había permanecido totalmente sobria.

Hasta ahora no había habido posibilidad de discutir la cuestión que precisaba ser atendida con urgencia. La hospitalidad davakotiana no se ofrecía jamás a la ligera y no era aconsejable rehusarla; de modo que, cuando tras los primeros incrédulos saludos Macee había insistido en celebrar su reencuentro en una de las mejores posadas del puerto, Índigo no había vacilado en aceptar. El resto de la tripulación del *Kara-Karai se* había unido a ellas durante la primera hora, pero habían regresado a su visita de la ciudad y dejado solas a las dos amigas. Macee quería saberlo todo sobre la vida de Índigo en Simhara, y hubo gran cantidad de chanzas bien intencionadas sobre la riqueza y la debilidad y las elecciones fáciles. Pero la vieja llama de la camaradería seguía allí, e Índigo se sentía optimista sobre las probabilidades de conseguir su ayuda.

Sólo deseaba que Macee no siguiera refiriéndose al hecho de que no había envejecido. Resultaba evidente que la menuda mujer estaba desconcertada; cada dos por tres introducía una sutil pero exploratoria pregunta, y aquellas constantes referencias empezaban a poner nerviosa a Índigo.

—La verdad es que estás hecha un palo —observó Macee, después de tragarse la mitad del contenido de la copa que acababa de llenarse de un solo trago—. ¿Qué te dan de comer en ese palacio?, ¿sesos de chimelo azucarados? —Se echó a reír ante la ocurrencia—. No me imagino a *Grimya* aceptándolo de buen grado. ¿Adonde ha ido, por cierto?

Índigo había visto cómo la loba se escabullía discreta por la puerta pocos minutos antes; el ruido, los olores y la sensación de confinamiento de la taberna no le gustaban nada.

—Regresará cuando le parezca —respondió.

El posadero se acercó a su mesa en aquel momento, pizarra en mano, para preguntarles si querían algo de comer. Tras considerarlo detenidamente, Macee pidió comida suficiente para satisfacer a la mitad de la tripulación de un barco, y cuando se la trajeron empezó a *comer* con voracidad, instando a Índigo a hacer lo mismo, Índigo no tenía hambre —Macee había estado en lo cierto al decir que estaba delgada, ya que últimamente apenas si tenía apetito— pero hizo un esfuerzo, y durante un rato, el silencio medió entre ambas.

Por fin Macee se echó hacia atrás en su silla, se limpió la boca y lanzó un sonoro y satisfecho suspiro.

Librodot

—Lo necesitaba. —Sonrió a Índigo, sentada al otro lado de la mesa—. Tres meses en el mar, y uno acaba por olvidar el sabor de la auténtica comida. Y del auténtico vino. —Levantó la botella, descubrió que estaba vacía, y la volvió a dejar sobre la mesa encogiéndose de hombros con resignación—. Así pues, vieja amiga, ¿no podré persuadirte de que abandones tu sinecura y navegues de nuevo en el *Kara-Karai,* ¿ni por los viejos tiempos?

Índigo sonrió, pero su corazón se aceleró. Ésta podía ser su oportunidad para sacar el tema a colación.

—No lo creo —replicó—. Pero si hablamos de los viejos tiempos, Macee, *hay* algo que quería pedirte.

—Pide. —Macee introdujo un último pedazo de pan en su boca y lo masticó con aire satisfecho—. Bueno —añadió con la boca llena—. Es una comida muy buena. Y este vino de Simhara, de entre los mejores que he probado jamás. ¿Sabes?, empezaba a pensar que iría a reunirme con la Madre del Mar sin haber conseguido jamás ver esta ciudad con mis propios ojos. Y el Templo de los Marineros... —Meneó la cabeza, con perplejidad—. Es tal y como dijeron que sería, y más. Pero claro, no necesito decírtelo, ¿verdad? —De repente su sonrisa se volvió maliciosa—. ¿Dijiste alguna vez esa plegaria por mí en el templo?

Índigo le devolvió la sonrisa.

—Claro que lo hice. En mi primera visita.

La davakotiana lanzó una risita.

—No debería haberlo preguntado. Siempre supe que podía confiar en ti.

—Entonces, ¿confiarás de nuevo en mí? —inquirió Índigo.

Macee notó el cambio efectuado en su voz, la tensión soterrada. Calló, y una ligera mueca reemplazó a su sonriente expresión.

—Has dicho que querías pedirme algo, por los viejos tiempos. ¿Quiere esto decir que es algo serio?

—Sí. —Los ojos de Índigo se encontraron con su franca mirada durante un momento, luego los bajó hacia el plato de comida apenas tocada—. Lo siento, Macee. Éste no es el momento ideal, nos acabamos de encontrar después de todos estos años, y no quiero ensombrecer la celebración. Pero estoy desesperada.

—Adelante —dijo Macee en voz baja.

Índigo asintió, incapaz de poner en palabras la gratitud que sentía por la rápida evaluación y reacción de la menuda capitana.

—Necesito tu ayuda —empezó, bajando la voz—. Tengo que enviar un mensaje a las Islas de las Piedras Preciosas, y no me atrevo a enviarlo por el sistema normal. Es algo vital, Macee; cuestión de vida o muerte... —Se interrumpió al darse cuenta de lo estúpidamente melodramáticas que sonaban las últimas palabras; pero Macee seguía observándola con atención.

—¿Tu vida? —preguntó.

—No. —Índigo no pensaba mentir sobre eso—. No la mía. No puedo explicarte los detalles; pero... hay un hombre en las Islas de las Piedras Preciosas, un khimizi; es el embajador personal del Takhan. Es imprescindible que él y otros dos regresen a Simhara inmediatamente, pero también lo es que nadie más sepa que regresan. Si el Takhan descubriera...

—Espera. —Macee alzó de repente ambas manos, las palmas hacia afuera—. Si esto es un complot político, entonces no quiero oír nada más. La política y mi oficio no se mezclan bien,

Librodot

¡y no tocaría ese tipo de intrigas ni con un arpón dos veces mayor que yo!

—No es eso. —Índigo meneó la cabeza con energía.

—¿Qué, entonces? ¿Algo personal?

Índigo se mordió el labio. Aquello estaba tan cerca de la verdad como ella se atrevía a admitir; tan cerca como la tozuda Macee estaría dispuesta a creer.

—Sí —dijo—. Pero no puedo decirte más que eso. Macee...

—¿Índigo?

La nueva voz la sobresaltó, y al volverse deprisa derramó casi lo que quedaba de su vino.

Luk estaba junto a su mesa, con *Grimya* a su lado. Su mirada se deslizó indecisa hacia Macee para luego regresar a Índigo, y les dedicó una formal y ligeramente torpe reverencia.

—Lo siento. No me di cuenta de que estabas acompañada.

—Luk, ¿qué estás haciendo aquí? —preguntó Índigo.

El muchacho se encogió de hombros, intimidado.

—He bajado al puerto a... —no se decidió a decir «a buscarte», de modo que mintió—: A ver los barcos. Entonces he visto a *Grimya.*

«No he podido esquivarlo», comunicó *Grimya. «Lo siento, Índigo.»*

«No importa.»

Macee miraba a Luk con fijeza, se dio cuenta Índigo, *y* había una expresión peculiar en su rostro. No podía explicarlo, no ahora, de modo que dijo al muchacho:

—Luk, estoy un poco ocupada en este momento. ¿Por qué no me esperas fuera?

El muchacho adoptó una expresión dolida.

—Pero...

—Por favor, Luk. ¿Lo harás por mí?

«Yo iré con él», dijo *Grimya. «Pero, Índigo...»*

«Te lo contaré todo más tarde, cariño. Pero no quiero que Luk lo oiga.»

El muchacho se fue, aunque claramente nada feliz al verse despedido. Cuando él y *Grimya* hubieron desaparecido, Macee se volvió hacia Índigo.

—¿Quién es esa criatura?

Se produjo un silencio. Luego Macee preguntó de nuevo:

—¿No será *tu* hijo?

—No.

La pequeña capitana se relajó visiblemente, y lanzó una carcajada no exenta de cieno embarazo.

—Perdona; eso fue una tontería. Puede que no sepa mucho sobre niños, pero incluso yo debiera de haberme dado cuenta de que es demasiado mayor. —Entonces su rostro recobró la calma—. Pero él tiene que ver con esto, ¿no es así? Llámalo intuición; simplemente lo percibo.

Índigo vaciló por un instante, luego asintió.

—Sí. Su padre es uno de los hombres con los que necesito ponerme en contacto.

Una vez más se produjo un silencio. Macee jugueteaba con un cuchillo, su expresión era pensativa pero aparte de esto inexcrutable. Por fin levantó los ojos y dijo:

—Índigo, tengo que pensar en mi tripulación. Tenemos programado escoltar un convoy hasta Scorva dentro de tres días, y...

—Puedo pagarte —interpuso Índigo—. No lo que ganarías con ese trabajo, pero...

Macee soltó una obscenidad en davakotiano.

Librodot

—No estoy hablando de dinero, cerebro de arenque. Me conoces muy bien para eso. Hablo de reputación. Oye —acercó su asiento más a la mesa y se inclinó hacia adelante—, quiero que me mires a los ojos, y me digas que si acepto hacer lo que me pides, no me encontraré enredada en algo ilegal, deshonroso, o que pueda llevarme a mí y a mi barco ante las autoridades de Simhara. Eso significa nada de conspiraciones, nada de contrabando, nada de trabajo sucio. ¿Bien?

Índigo miró fijamente los brillantes ojos de la mujer y respondió:

—Lo juro. No hay necesidad de ningún subterfugio. Todo lo que pido es que no menciones a nadie la carta que quiero que lleves.

—¿Y no habrá nada en la carta que vaya en contra de los intereses de Khimiz ni de cualquier otro país?

—Nada —confirmó Índigo con gran énfasis—. La verdad... es que podría resultar vital para Khimiz, y muchas otras cosas, además.

Macee lo meditó durante unos segundos. Luego, bruscamente, asintió con la cabeza y golpeó con la palma de la mano sobre la mesa.

—De acuerdo. Acabas de cerrar un trato.

Índigo se sintió inundada por una oleada de alivio; sintió cómo todo su cuerpo temblaba ante aquella tremenda sensación de haberse librado de un gran peso.

—Macee, no sé cómo darte las gracias... —empezó.

—No me des las gracias: nunca he sabido a dónde mirar cuando la gente empieza a expresar su gratitud. Y no me preguntes por qué he aceptado hacerlo; puede que sea por los viejos tiempos, o quizás es por otra cosa. —Lanzó una rápida mirada en dirección a la puerta de la posada—. Ese chico, ¿Luk lo has llamado? Me da la impresión de que esto es muy importante para él a la vez que para ti... ¡Ah, me vuelvo blanda! Puede que empiece a chochear antes de tiempo. No pretendo saber de qué va todo esto, Índigo, pero estoy dispuesta a confiar en ti. Y debido a eso, estoy dispuesta a nacer más que simplemente actuar de mensajera. ¿Quieres que esos amigos tuyos regresen a Simhara, no es eso?

—Sí.

—Entonces, si es tan urgente, y si están dispuestos a confiarse a mi cuidado en un viaje por mar, yo misma los traeré de regreso.

Índigo apenas si podía creer en su buena suerte. No se habría atrevido a pedirle algo así a Macee —una imposición era más que suficiente—, pero esta oferta era la respuesta a sus plegarias. Sólo el temor de atraer la atención de los otros clientes de la taberna le impidió arrojar sus brazos alrededor de la pequeña davakotiana y abrazarla.

—¡Muy bien! —Macee golpeó la mesa de nuevo—. Entonces tengo cosas que hacer. Hay otro barco davakotiano en el puerto y sin nada que hacer; le pasaré el encargo del convoy; a porcentaje, desde luego. —Sonrió, su mueca recordó la sonrisa de un tiburón—. El *Kara-Karai* zarpará con la marea de mañana por la mañana. De modo que lo mejor será que regreses a tus blandos divanes y a tus criados, y te pongas a escribir esa carta, ¿eh?

Índigo intentó darle las gracias, pero Macee hizo a un lado sus muestras de agradecimiento, aunque se sentía conmovida de forma evidente. También intentó convencer a su amiga de que cenara con ella aquella noche en palacio, pero Macee rehusó con energía. La realeza y los capitanes de barco no se mezclaban, dijo, añadiendo maliciosa que si en alguna ocasión podía saborear un poco de la gran vida podría verse tentada a seguir el ejemplo de Índigo y convertirse en un pescado de tierra firme. En lugar de ello, se encontraría con Índigo en el

Librodot

muelle a primera hora de la mañana siguiente.

Se despidieron en la puerta de la posada, y antes de alejarse para reunir a su tripulación, Macee se puso de puntillas y dio un sonoro beso a Índigo en cada una de sus mejillas, al mismo tiempo que le tiraba cariñosamente del pelo, Índigo la contempló alejarse, luego se volvió y se encontró a Luk y a *Grimya* esperándola.

Luk se acercó despacio, y la tensa expresión de desdicha que vio en sus ojos provocó en ella un sentimiento de culpabilidad. Le rodeó los hombros con su brazo.

—Luk, lo siento. No quería ser tan brusca contigo antes.

El muchacho sonrió, algo indeciso.

—No importa. De todas formas, ha sido culpa mía: no debiera haber interrumpido lo que hacías.

—Bien, lo que hacía ya está hecho ahora. ¿Regresamos todos a palacio?

Se pusieron en marcha recorriendo la ciudad. Luk no parecía inclinado a conversar, e Índigo aprovechó la oportunidad para transmitir a *Grimya* los detalles de su conversación con Macee. Cuando oyó lo que se había acordado, la loba meneó la cola con vivacidad.

«Ésta es una buena noticia», comunicó. *«Deberíamos decírselo a Karim tan pronto como podamos. Se sentirá muy aliviado.»*

—Índigo. —Luk, que no era consciente de la conversación que se celebraba entre las dos, empezó a hablar de repente—. ¿Quién era la señora con la que estabas? Parecía un marinero.

Índigo ajustó su mente a toda velocidad.

—Lo es —contestó al chico—. Su nombre es Macee, y manda una nave escolta davakotiana.

—¿Macee? —Los ojos de Luk, se iluminaron al recordar las historias que ella le había contado— ¿Del *Kara-Karai,* el barco en el que navegabas antes de venir a Khimiz?

—Ese mismo. Nos encontramos por pura casualidad, en el Templo de los Marineros. Ésta es su primera visita a Simhara.

Durante unos instantes Luk no dijo nada más. Luego:

—Índigo...

—¿Sí?

Su rostro estaba ruborizado, luego de repente las palabras salieron como un torrente.

—Macee no irá a las Islas de las Piedras Preciosas, ¿verdad? Porque... quería pedirte que escribieras a mi padre, porque es más probable que te haga caso a ti, y tú podrías explicarlo de forma correcta, y... —Se detuvo, tragó saliva y continuó—: ¡Quiero tanto que vuelva a casa!

Índigo dejó de andar y lo miró fijamente. Podía confiarse en él, pensó. Era lo bastante mayor, y lo bastante sensato, para compartir su secreto y no revelarlo involuntariamente. Y odiaba verlo tan triste. Era justo que lo supiera.

Se volvió para mirarlo cara a cara, y dijo:

—Luk, si te digo algo, ¿me prometerás que no le dirás una sola palabra de ello a nadie? ¿Ni a Jessamin, ni a Hild, ni siquiera a tu bisabuela?

El asintió, desconcertado pero con naciente interés.

—Lo prometo.

—Entonces tengo buenas noticias para ti. Macee *sí* que se dirige a las Islas de las Piedras Preciosas. Se va mañana. Y va a traer a tu padre de regreso a Simhara.

Luk se quedó como paralizado, y sus ojos se abrieron de par en par.

—Índigo... —Apenas si pudo pronunciar su nombre—, Índigo, ¿es... es eso realmente

Librodot

cierto? ¿Va a regresar papá?

—Sí, cariño. Regresa.

—Entonces, ¡oh, Gran Madre! —Y Luk arrojó los brazos alrededor de la cintura de Índigo y la abrazó con todas sus fuerzas—. ¡Regresa, regresa! —La soltó, mirándola al rostro con gran excitación—. Él lo impedirá, ¿verdad? ¿Él impedirá que el Takhan se case con Jessamin?

Índigo lo miró boquiabierta, anonadada.

—*¿Qué* has dicho?

Pero él seguía adelante, sin prestar atención a su sorpresa.

—Y entonces ella será libre. Y papá y el tío Mylo nos darán su bendición, y...

—¡Luk, espera! —Índigo lo cogió por los hombros—. ¿Qué quieres decir con su bendición? ¿Qué estás diciendo?

El muchacho le sonrió radiante, y en ese instante ella comprendió la verdad que había estado tan clara delante de ella, si tan sólo hubiera tenido la inteligencia de verla. Luk había adorado a Jessamin desde la infancia; y ahora que era, como él lo veía, casi un hombre, esa adoración se había convertido en algo más grande y profundo. Y sus ansiosas palabras, mientras la agarraba de las manos, eran la confirmación definitiva de lo que ella, en su ceguera, no había previsto.

Luk le dijo:

—Si Jessamin no tiene que casarse con el Takhan, entonces todo irá bien ¿verdad? ¡Y yo podré casarme con ella entonces, que es lo que siempre he querido hacer!

CAPÍTULO 18

El *Kara-Karai* zarpó con la marea de media mañana al día siguiente, con la cana de Índigo bien escondida en el arcón de su capitán.

La carta era breve y explícita. El urgente mensaje que contenía hablaba por sí mismo, e Índigo había puesto hincapié en que podía confiarse por completo en la integridad de Macee: sería suficiente para asegurar que, fuera el que fuese el riesgo a correr, Leando y su tío no perderían tiempo y zarparían en dirección a Simhara inmediatamente. Macee calculó que el viaje de ida les llevaría entre treinta y cincuenta días en esta época del año; a la vuelta, las corrientes otoñales y los vientos estarían a favor y eso les permitiría navegar más aprisa. De modo que dentro de tres meses, si se exceptuaban los caprichos del destino, Leando estaría de vuelta en casa.

Índigo no había tenido intención de tomar los polvos negros aquella noche, pero los acontecimientos la habían sobrepasado. Para empezar, el anuncio de Augon Hunnamek con respecto a la fecha de su boda había sido hecho público, y Simhara lo festejaba en su forma acostumbrada. Incluso en la reclusión del palacio resultaba imposible no enterarse de la presencia de los alegres festejantes que llenaban las calles, ni dejar de escuchar el vuelo de las campanas, ni ignorar el resplandor de los cohetes que estallaban en el cielo con la llegada de la noche; y la celebración le resultaba a Índigo un desagradable recordatorio de lo desesperado de su situación.

Además, se habían producido nuevos acontecimientos entre los muros del palacio.

Se había puesto en marcha la búsqueda de Karim, y Augon también había ordenado una investigación minuciosa de los archivos de palacio, no fuera a ser que se hubiera pasado por alto alguna pista de vital importancia, Índigo, mientras intentaba hacer frente a las exigencias de las lecciones de Jessamin y a la tensa excitación de Luk y a una visita social por parte de Phereniq —que también ella estaba de un humor extraño—, se veía constantemente acosada por pensamientos de lo que podría suceder si los buscadores encontraban al mago y lo llevaban ante Augon para someterlo a un interrogatorio. Así pues, cuando se hizo de noche, y Jessamin estuvo por fin en la cama y Phereniq se hubo ido y la paz volvió a reinar, se volvió hacia el narguile e inhaló satisfecha el humo resinoso que desvanecería por fin los enfebrecidos temores de su mente.

Se quedó dormida en el diván, y casi al instante empezó a soñar.

No era una de las pesadillas estacionales que seguían un ciclo anual, aunque al principio, a la mente dormida de Índigo le pareció como si el esquema se hubiera descompuesto y resurgiera antes de hora. Había la misma sensación de densidad, de falta de color; una sensación de que, en realidad, estaba despierta, y de que el contorno levemente distorsionado de la familiar habitación formaba parte del mundo real y no del reino de las pesadillas. Sobre la alfombra junto al diván, *Grimya* dormía; su tranquila respiración era un suave contrapunto al incesante ronroneo del ventilador. Las luces no estaban encendidas, aunque sabía que ella no las había apagado. Las cortinas estaban corridas, a pesar de que ella las había dejado abiertas. El palacio estaba en silencio.

Y algo estaba sentado en un recargado sillón junto a la puerta, una silueta más sólida que la

Librodot

sombra, anticipándose a cualquier impulso de huida que ella hubiera podido sentir.

Unas piernas flexibles se desenroscaron en la oscuridad cuando Índigo se incorporó, y un radiante resplandor que no tenía un origen aparente iluminó de pronto un rostro pequeño y feroz, y unos ojos que lanzaban unos destellos plateados.

—Hermana —dijo Némesis con dulce voz cargada de veneno—, has cometido un terrible error.

Índigo echó a un lado el ligero chal con el que se había cubierto, y lo oyó deslizarse hasta el suelo en el repentino y agudo silencio.

—Tú... —En su sorpresa no se le ocurrió otra palabra ron la que recibir a la diabólica criatura.

Un brillo nacarado se reflejó en los pequeños dientes de felino cuando Némesis le sonrió.

—¿Estás satisfecha con tu pequeño triunfo, Índigo? —le preguntó—. ¿Te sientes poderosa ahora? ¿Lo bastante poderosa como para enfrentarte a lo que has soltado?

Ella había agarrado una de las lámparas apagadas, lista para arrojársela al demonio, cuando se dio cuenta de la inutilidad de su gesto. La lámpara fue a estrellarse contra el suelo con un repiqueteo de filigrana de bronce.

—Tus mofas no significan nada para mí —le espetó con voz ronca—. No eres nada. Esto no es más que un sueño.

—Quizá. —Némesis se encogió de hombros con indiferencia; luego la sonrisa se volvió más salvaje—. Y sin embargo... ¿qué tal le va al barquito de Macee esta noche, hermana? ¿Duerme profundamente su tripulación en sus hamacas? ¿O sueñan, también ellos, en lo que les puede .guardar al final de su travesía?

—¡Maldita seas! —siseó Índigo—. ¡Sal de mi mente!

Némesis la ignoró.

—Y Augon Hunnamek: ¿en qué sueña él esta noche? —la provocó—. ¿Sueña acaso en su jovencísima novia? Mientras ella, con virginal inocencia, duerme el sueño de los justos. —Una suave risa inhumana tembló en el aire—. ¡Pobre Jessamin! ¿Qué será de ella, Índigo? ¿Quién la defenderá ahora?

Índigo abrió la boca para aullar una obscenidad. Pero el sonido no quiso salir, no quiso tomar forma en su garganta. Némesis se puso sinuosamente en pie, el cuerpo rodeado por una aureola que brillaba con impía fosforescencia. Alzó un brazo en un breve gesto: y algo cayó, revoloteando y girando sobre sí mismo, de su mano extendida, Índigo no necesitó mirarlo para saber lo que era. Un naipe. Una carta de la buenaventura, de dorso plateado. No necesitó ver su parte frontal.

—Presagios, hermana. —Némesis le habló en voz muy baja, silabeante—. ¿Pero sabes interpretarlos correctamente? ¿O tus ojos están cegados por la razón? —Soltó de nuevo su fría y cruel risa—. Has puesto la maquinaria en movimiento, pero ahora que empieza a andar no puedes detenerla, no puedes controlarla. Está empezando por fin, Índigo. Tu adversario está despierto y consciente. El Devorador de la Serpiente se acerca, y tú no posees el poder ni la sabiduría para obligarlo a retroceder. Recuerda esto en los días venideros. ¡Y recuerda que, por el afecto que te profeso, te avisé a tiempo!

La imagen del demonio se estremeció de repente, arrastrando la agitada sensibilidad de Índigo a una momentánea pero aterradora deformación. Su cerebro volvió a la normalidad con una violenta sacudida; sintió el duro contorno real del diván bajo su cuerpo, y algo en su interior se desmoronó.

—¡Sal de aquí! —Su voz se elevó en un enloquecido aullido—. ¡Maldita seas, te maldigo mil veces! ¡Vete! ¡VETE!

Y se despertó, gritando a una habitación oscura y vacía, mientras *Grimya* saltaba desde el suelo para cubrir con su cuerpo cálido y consolador los convulsionados brazos de Índigo.

Los aullidos de terror que sacaron a Índigo de su pesadilla también trajeron a Hild y a una de las sirvientas corriendo desde los aposentos contiguos, y aunque les dijo que no era más que un sueño, Hild casi la obligó por la fuerza a tomar una fuerte poción preparada por ella misma, que la hizo volver a dormir, aunque sin sueños esta vez, hasta media mañana. Cuando por fin despertó, se sentía pesada y desorientada a causa de los efectos secúndanos combinados de la poción y el narguile. Hild insistió ron determinación en que Luk y la Infanta podían pasarse sin sus cuidados durante un tiempo y que debía descansar.

Índigo se sentía demasiado agotada para hacer otra cosa que obedecer; pero aunque su cuerpo se sentía decaído, su mente era un torbellino, ya que sabía que la visita de Némesis no había sido un sueño ni tampoco una coincidencia. En su enigmática chanza, el ser de ojos plateados había confirmado el temor de Karim de que cualquier intento de intervenir directamente en los acontecimientos lo cual, al reclutar la ayuda de Macee, ella había hecho—tendría en movimiento algo fuera de subcentral, y la colocaría a ella y a sus aliados en peligro, Índigo sabía que no había tenido elección, pero de todas formas sentía una profunda sensación de temor. Leando, Luk, Karim, incluso Jessamin: no había manera de predecir dónde atacaría el demonio, ni cuándo; y ella y *Grimya* lamentablemente poseían muy pocos recursos con los que luchar.

Su desagradable ensoñación se vio interrumpida al mediodía por Luk, quien, desafiando las órdenes de Hild de que a Índigo no se la debía molestar, se había deslizado en su habitación mientras la niñera llevaba a Jessamin a que le tomaran medidas para un nuevo vestido. Se detuvo en el umbral, pronunciando el nombre de Índigo en voz baja, luego cerró la puerta con una cautela curiosamente furtiva. Estaba ruborizado y sin aliento, como si hubiera corrido muy deprisa.

—¿Índigo? —Luk cruzó la habitación de puntillas—. ¿Cómo te encuentras?

—Mucho mejor, gracias, Luk.

—Me alegro, Índigo, tengo que hablarte. Es urgente... y privado.

Había aleo en su voz... Se sentó en el lecho con el corazón palpitándole con fuerza.

—¿Qué sucede?

—Tengo un mensaje para ti. —Luk dirigió una rápida mirada primero a la puerta cerrada y luego al patio que se veía por el ventanal antes de agacharse junto a ella.

—No tenía ninguna clase esta mañana, así que fui al Templo de los Marineros para pedir a la Madre del Mar que papá volviera sano y salvo de su viaje. Quise llevar una ofrenda; había un vendedor ambulante en la escalinata del templo, un hombre ciego...

El corazón de Índigo dio una sacudida.

—...y cuando me detuve a examinar su mercancía, de repente me sujetó el brazo y me dijo: «¿Conoces a la dama Índigo?». Así que yo dije sí, que te conocía, y el dijo que debía traerte un mensaje, y que no debía contárselo a nadie más. Índigo, ¿tiene eso algún sentido para ti?

Índigo asintió muy tensa.

—Sí, Luk. ¿Cuál es el mensaje?

—Dijo que debías encontrarte con él en el lugar de costumbre, no dijo dónde era eso, esta

Librodot

noche, cuando suenen las campanas de la marea. Dijo que era de vital importancia, y que tú comprenderías.

Índigo lanzó un juramento para sus adentros. Había subestimado a Karim. ¿Cómo había conocido a Luk, y sabido, también, que se podía confiar en el muchacho? Su talento como clarividente debía de ser mucho mayor del que ella había supuesto.

Luk esperaba a que ella dijera algo; y como ella no habló, el muchacho no pudo contener por más tiempo su curiosidad.

—Índigo, ¿quién es ese buhonero? ¿Cómo es que lo conoces... y qué es lo que puede querer?

Índigo estaba a punto de mentirle cuando pensó que Karim había creído oportuno confiar en Luk, y su decisión había sido acertada. Ella no podía hacer menos.

Muy despacio, contestó:

—No puedo contártelo todo, Luk; aún no. Pero el buhonero es un buen amigo de tu padre, y quiere ayudarnos.

Los ojos de Luk se iluminaron.

—¿Sabe él que mi padre regresa a Simhara?

—Aún no; aunque puede que lo haya adivinado, ya que es vidente. Pero, Luk, es de suma importancia que nadie sepa que voy a reunirme con él esta noche. Suceda lo que suceda, debe guardarse el secreto. ¿Lo comprendes?

—Claro. —Luk asintió con energía. Luego inquirió—: Índigo, ¿puedo ir contigo?

—No, Luk. Lo siento; pero no quiero involucrarte. Es más seguro si voy sola; y además, no estoy segura de que .... ese hombre te quiera allí. Por favor, no discutas conmigo —añadió al ver que el muchacho abría la boca para protestar—. Te lo contaré todo en cuanto pueda, pero hasta entonces tienes que confiar en mí.

Luk vaciló, luego se encogió de hombros a regañadientes.

—Muy bien. Lo siento.

—No lo sientas. —Lo besó en la frente—. Y te lo contare todo en su momento. Lo prometo.

La marea tenía que empezar a subir una hora después, c Índigo y *Grimya* salieron con tiempo sobrado para acudir a su cita. La noche resultaba extrañamente tranquila después de la algarabía de la anterior; una lánguida y cálida sensación de paz emanaba de la ciudad, y la luna, que insto empezaba a menguar, bañaba las calles con una irreal luminiscencia.

Abandonaron el palacio por una de las puertas posteriores, donde no había guardias que las pudiesen ver, y salieron a la avenida en sombras que las conduciría al puerto. Las garras de *Grimya,* que chasqueaban suaves sobre el pavimento, eran lo único que rompía el silencio mientras se alejaban del muro cubierto de enredaderas del palacio...

De súbito, una sombra se separó de su refugio bajo un frondoso árbol y les salió al paso.

—Lo siento, Índigo. —En la oscuridad, los ojos de Luk eran unos pozos sin fondo en el pálido marco de su rostro—. Pero tenía que venir. *Tenía* que hacerlo. —Una sonrisa picara iluminó de repente su rostro, y le hizo una reverencia, al tiempo que sacaba una espada corla de la vaina que colgaba de su cinto y la saludaba con ella—. Una dama sola después de oscurecer necesita de una escolta.

—Luk...

—No interferiré. Me quedaré atrás, sin que él me vea. —El cortesano se convirtió de nuevo

Librodot

en el niño—. *Por favor,* Índigo.

Lo más seguro era que se hubiese escabullido de casa sin que lo supiera su bisabuela, arriesgándose a toda clase de castigos si la severa anciana llegaba a descubrir su ausencia. Ante tan tozuda decisión, Índigo no pudo menos que ceder. Decirle que se fuera habría sido una hipocresía.

—¡Oh, Luk! —Su voz estaba llena de afecto—. Ven, pues. Defiéndeme durante mi travesía de la ciudad. Y... —Se detuvo, pero al final decidió decir lo que sentía—. Y muchas gracias.

El gran puerto de Simhara mostraba una atmósfera tranquila y enigmática muy diferente del ruidoso bullicio de las horas diurnas. Farolas sujetas a altos postes de hierro ardían a lo largo del amplio paseo que flanqueaba el muelle, aumentada su luz por unos cuantos faroles menos potentes que ardían en las ventanas de la impresionante oficina del puerto que jamás cerraba sus puertas. El cielo estaba despejado, y la luna otoñal flotaba hinchada y dorada sobre la ciudad, dibujando formas fosforescentes sobre el mar allí donde éste chapoteaba en silencio contra las paredes del muelle. Algún que otro de los muchos gatos de la floreciente población del puerto pasaba de vez en cuando en busca de comida desechada, pero la presencia humana estaba ausente casi por completo; la marea estaba baja y los barcos que se balanceaban anclados a poca distancia silenciosos, con sus tripulaciones o bien dormidas o de juerga en una de las tabernas situadas detrás de la fachada marítima.

Divisaron la cúpula del Templo de los Marineros mucho antes de llegar a ella, y se detuvieron para contemplar durante algunos minutos el enorme y resplandeciente hemisferio que reflejaba la luz de la luna como una joya reluciente. El faro de la Madre del Mar, que brillaba a través de las aguas para amparar a Sus hijos en su camino o para llamarlos de regreso a casa... Índigo sintió una sensación de ahogo y de presión que le produjo deseos de llorar y reír a la vez, al pensar en el *Kara-Karai* y su misión. Y entonces se pusieron de nuevo en movimiento, y la gran escalinata de ornados peldaños se alzó ante ellos por fin, centelleando como barba de ballena, elevándose en dirección al templo y a la silenciosa y brillante cúpula.

Grimya dijo con voz muy suave a la mente de Índigo:

«Aún no es la hora. Pronto estará aquí.»

La joven contempló la escalinata vacía y sintió que algo se agitaba en su interior. Un gusanillo de inquietud...

—Debe de ser casi la hora. —La voz de Luk era un susurro, un respeto instintivo por el inmaculado silencio de la noche—. ¿Vendrá, Índigo? O...

Ella levanto una mano para acallarlo y escuchar con atención los débiles y apenas perceptibles sonidos de la oscuridad. Un leve siseo de una farola cercana que destacaba nítidamente sus sombras. El monótono murmullo del mar, que rompía contra los muros de piedra de los muelles. El crujido de la madera de un trirreme que se balanceaba en mis amarras. Nada más.

Entonces...

Grimya, cuyos sentidos eran mucho más agudos que los de cualquier ser humano, fue la primera en oírlo, y el pelo se le erizó por todo el lomo al tiempo que levantaba la cabeza con brusquedad. También Luk percibió algo, y se quedo rígido.

No fue más que un leve sonido, apenas audible entre los otros débiles sonidos de la noche, pero resonó con una cruda disonancia. Y surgió de una garganta humana.

Librodot

Índigo percibió la alarma en la mente de la loba un instante antes de que *Grimya* saliera disparada escaleras arriba. Ella y Luk la siguieron, incapaces de competir con la velocidad del animal, y al llegar a lo alto de las escaleras vieron a la loba de pie sobre un oscuro e informe charco que se amontonaba a sólo cinco pasos de la entrada en sombras pero siempre abierta del edificio del templo.

El involuntario grito de Índigo hendió la oscuridad como un cuchillo y fue tragado por el enorme silencio del puerto.

—¡Karim!

Lo supo, lo supo incluso antes de que sus músculos la impulsaran instintivamente junto a *Grimya* y cayera de rodillas sobre el duro mármol, con sus manos, pálidas a la luz de la luna, estiradas en dirección a la acurrucada y marchita forma humana que yacía inerte como la piedra a la sombra del templo.

No hacía mucho que estaba muerto. Su carne estaba caliente, pero la piel que cubría la carne estaba fría, resbaladiza, *húmeda,* como si el mar acabara de vomitarlo unos momentos antes. Sobre sus brazos y su rostro cubierto de cabellos empapados había limo, un limo que recordaba a algas putrefactas. Sus ojos ciegos miraban sin ver. Un brazo se había despegado del cuerpo acurrucado en un último y dramático gesto inútil. Y sus labios dejaban totalmente al descubierto los dientes en un rictus de total demencia.

Una lejana parte de la mente de Índigo, que mantenía a duras penas la cordura, oyó cómo Luk aspiraba con fuerza, cómo sus pies se arrastraban al alejarse tambaleante, cómo vomitaba; pero el resto de ella, el instinto, la corriente que corría al nivel más profundo de su mente, ya se había concentrado en el signo revelador que la intuición le había dicho que estaría allí, que sólo podía estar allí. El cuerpo de Karim estaba blanco como la piel de un pez bajo la luna impasible. Sin sangre: como si algo se hubiera aferrado a él y se la hubiera sorbido toda mientras él aún jadeaba y suplicaba y se marchitaba hasta morir; disecándolo, como una sanguijuela, arrancándole la esencia de la vida de los miembros, del cuerpo y al fin de su corazón palpitante...

Las marcas oscuras se veían con claridad debajo de su mandíbula; los estigmas que revelaban la forma en que había muerto Karim. La sangre había fluido imparable de las dos desiguales heridas gemelas; se extendía sobre el mármol y se mezclaba con el agua de mar, con las huellas resbaladizas de la cosa que había salido del mar para arrollarse y retorcerse y aplastar y, por último, introducir su mortífero veneno en las venas de Karim y segar su vida. Serpiente. *Serpiente, «Índigo...»* La voz telepática de *Grimya* se deslizó en su mente, chocante, irreal. *«Antes de morir, intentó escribir. Sobre la piedra. Su sangre... ¡mira!»*

Su mirada estaba vidriosa, pero sus ojos se volvieron involuntariamente hacia la superficie de mármol de la plata ,a pocos centímetros del rostro rígido y distorsionado del muerto. Símbolos: su cerebro los registró pero no significaban nada para ella. Eran como los pueriles garabatos sin sentido de un chiquillo: y las sanguinolentas señales empezaban ya a desvanecerse y disolverse a medida que se mezclaban con el agua reunida bajo el cuerpo de Karim.

La serpiente procedente del mar. Y el *Kara-Karai navegaba* en esas aguas esta noche, ignorante, confiado, vulnerable...

De repente, desde su achaparrada torre allá en la fachada marítima, las campanas de la marea empezaron a sonar, repiqueteando en la noche y rompiendo el silencio para indicar el punto más bajo de la marea antes de que empezara a subir, Índigo alzó el rostro hacia la vasta

Librodot

indiferencia del firmamento; hacia la lejana y reluciente luna que contemplaba la horrible escena, y su voz restalló con la misma violencia que la de las campanas.

—Gran Madre, ¿qué es lo que he hecho?

Librodot

CAPÍTULO 19

—No sirve de nada, —Índigo aplastó un puño apretado sobre las notas garabateadas que tenía en la mesa frente a ella—. Si intentaba decirnos algo, entonces la verdad es que no puedo ni empezar a desentrañarlo. Podría tratarse de un código, de una fórmula; podría tener una correspondencia de palabras... o podría ser todo una horrorosa coincidencia; nada más que dibujos al azar hechos por su mano cuando... —Su voz se apagó ante la horrible idea y sacudió la cabeza.

Luk seguía mirando todavía por encima de su hombro la copia del último y enigmático mensaje de Karim.

—No es eso —dijo sombrío—. Esto significa algo, estoy seguro de ello. Pero existen tantas posibilidades..., ¿no es .LSI? Los adivinadores utilizan todo tipo de símbolos secretos que la gente normal no conoce.

«y *los magos-doctores aún utilizan muchos más»,* añadió Índigo dirigiéndose en silencio a *Grimya,* que permanecía sentada en el suelo entre ambos.

No le había contado a Luk la historia de Karim, pensando que cuanto menos supiera más a salvo estaría.

Luk dibujó los símbolos, arrugando la frente pensativo.

—Índigo, ¿no podríamos preguntar a Phereniq si significa algo? Después de todo, no tendríamos que decirle por qué lo queremos saber.

Índigo meneó la cabeza.

—Es un riesgo demasiado grande, Luk. Tendríamos que dar alguna explicación, y por todo lo que sabemos, los símbolos pueden contener algún significado que podría revelar nuestro secreto.

Se estremeció interiormente, al recordar cómo, con culpable desgana, se había llevado a toda prisa a Luk y a *Grimya* lejos de la macabra escena de la escalinata del templo, sabedora de que era de primordial importancia que nadie se enterara de su presencia y diciéndose que Karim no yacería mucho tiempo sin absolución. En eso, al menos, había estado en lo cierto; el cuerpo había sido descubierto con las primeras luces del día, y se produjo un gran alboroto en la zona del puerto cuando quedó clara la causa de la muerte del buhonero. La noticia de la muerte había llegado a oídos del Takhan, naturalmente, pero no había nada que conectara la muerte, a pesar de lo extraordinaria y preocupante que resultaba, de un artesano ciego con la búsqueda de un mago caído en desgracia. Karim era un nombre khimizi muy común, y Augon Hunnamek no tenía el menor motivo para sospechar de la existencia de una relación. De modo que el cadáver había sido entregado al mar según la ancestral costumbre, y sus compañeros de oficio habían colocado con gran veneración toda la mercancía que aún le quedaba por vender en el gran altar en forma de barco y dicho sus oraciones por su espíritu en su viaje a los brazos de la Madre.

Y el único legado de Karim era un mensaje breve y arcano, del que nadie a excepción de Índigo y sus amigos conocía la existencia. Sobre esa base, la sugerencia de Luk tenía sentido; pero de todas formas Índigo no estaba muy dispuesta a arriesgarse. Sólo haría falta un desliz, un comentario fortuito, una pequeñísima sombra de interés en la muerte del vendedor ambulante, y las sospechas de Phereniq se despertarían. Debían encontrar la clave sin ayuda exterior.

Librodot

Pero eso pedía una sencilla pregunta: ¿cómo? Y Luk, con la natural franqueza de la juventud, fue el primero en darle voz.

—Entonces ¿qué vamos a hacer, Índigo? No podemos olvidarnos sin más del mensaje.

Unas voces procedentes del patio los interrumpió de repente: Jessamin había estado nadando y regresaba de su piscina con dos doncellas. En los pocos segundos que le quedaban antes de la llegada de la Infanta, Índigo se inclinó hacia Luk y musitó con urgencia:

—Luk, no sé qué es lo que podemos hacer. Tu padre podría comprender qué era lo que Karim intentaba decirnos...

—¡Pero pueden pasar tres meses antes de su regreso!

—Créeme, me doy perfecta cuenta de ello. Pero puede que no podamos hacer otra cosa que esperar. Pase lo que pase, no debemos hablar de esto a nadie más. —Le sujetó las manos con fuerza—. ¡Prométemelo, Luk!

Él asintió.

—Lo prometo.

Por un instante su mirada se encontró con la de ella y sus ojos eran confiados pero indecisos. Luego, precipitadamente, en el mismo instante en que Jessamin penetraba en la habitación y corría entre risas a saludarlo, empujó las hojas de pergamino con sus garabateados dibujos bajo un libro y fuera de la vista.

Entre el invierno de Simhara y los largos meses de hielo, nieve y feroces tormentas con los que había crecido Índigo en las Islas Meridionales, mediaba todo un abismo. Aquí, el cambio de las estaciones era sutil y poco perceptible; gran parte del exuberante follaje se cubría de una pátina dorada y se desprendía de sus hojas marchitas, pero aun aquellos días más cortos resultaban agradablemente benignos, sin apenas otra cosa que la ocasional insinuación de un viento helado procedente de los predominantes vientos del sur. Y al llegar el solsticio de invierno, cuando incluso al mediodía Carn Caille se veía iluminado tan sólo por un vago y espectral reflejo del sol situado bajo la línea del horizonte, empezaban a aparecer nuevos brotes en los árboles y arbustos de Simhara, y los jardines del palacio se llenaban de flores.

Para los khimizi la celebración del cambio de año era un gran acontecimiento, y aunque los festejos eran muy diferentes de las prácticas de las Islas Meridionales que conociera en su infancia, Índigo siempre disfrutaba con aquellas fiestas anuales; se cocinaban y comían de forma ceremonial alimentos especialmente preparados para la celebración, se adornaban aposentos y calles, había canciones y bailes y representaciones que tenían lugar en honor de la Madre de la Tierra y del Mar. Pero este año, parecía que su regocijo se vería amargado ante la revelación de que el regalo de la Madre de un sol renacido iluminaría la resolución definitiva de su mayor esperanza y más profundo temor.

No habían llegado noticias todavía del *Kara-Karai.* Índigo había intentado no contar los días que habían transcurrido desde que Macee había partido en su misión, pero en su subconsciente existía una renovada noción de que el tiempo pasaba y cada vez les quedaba menos. Los preparativos para la boda del Takhan iban ya muy avanzados, y apenas si transcurría un día en palacio en que no se hiciera alguna mención al matrimonio; una nueva golosina inventada para el banquete, una nueva diversión ideada para los festejos. La misma Jessamin estaba llena de ansiedad, muy excitada, inocente e ignorante por completo de lo que le esperaba. E Índigo, a menudo acompañada por un cada vez más tenso y taciturno Luk, iba ahora al gran templo del puerto siempre que tenía oportunidad, para orar en silencio y con

Librodot

fervor por el regreso de Leando.

Por fin acabaron las celebraciones del solsticio de invierno. A pesar de sus dudas anteriores, Índigo se había visto enredada en la alegría y la jarana, lo cual le había permitido olvidar por un tiempo el temor y la frustración que acechaba en su subconsciente. Pero ahora que la distracción había desaparecido, con cada nuevo día tenía que enfrentarse al cada vez más evidente hecho de que el *Kara-Karai* se retrasaba demasiado.

En un principio había sido fácil dejar de lado aquella machacona preocupación. Los vientos y las corrientes eran caprichosos; ni siquiera el mejor de los capitanes de barco del mundo podía calcular más que de forma vaga la duración de una travesía. Y había además otras consideraciones igualmente válidas: Macee podría haber tenido dificultades para ponerse en contacto con Leando; e incluso, si se tomaba en cuenta el tiempo que le llevaría convencerlos de la urgencia de su mensaje, Leando y Mylo no podían simplemente abandonar sus puestos y zarpar en la siguiente marea. Existirían formalidades, historias que urdir para acallar sospechas, arreglos que hacer. Necesitaban tiempo.

Pero cuando hubieron transcurrido casi cinco meses y seguía sin haber señal de la nave davakotiana, toda la lógica razonada del mundo no era suficiente para contrarrestrar la terrible seguridad de Índigo de que algo había ido mal.

La primavera se acercaba a Khimiz, y con ella la primera de las mareas equinocciales que atravesaban el golfo de Agantine como una temible pero benevolente purga, que limpiaba las rutas marinas de los detritus de la estación de la calma y traía vientos y corrientes más puros y poderosos a las costas. El fervor de la nueva estación estaba presente en toda Simhara, y, subrayándolo, existía una corriente de fresco entusiasmo a medida que el día del más magno acontecimiento desde la entronización de Augon Hunnamek se acercaba más y más. Faltaba ahora poco más de un mes y los augurios intervenían en la atmósfera general de anticipado regocijo; ya que, al contrario del patrón seguido en el pasado, hasta ahora no se había producido un resurgimiento de las pesadillas que por lo general se iniciaban en esa época, ni señal de las fiebres y pequeñas plagas que las habían acompañado. Al parecer, la pauta se había roto.

Y entonces, como si algo hubiera estado aguardando, riendo a escondidas aquella calma, el *Kara-Karai* —o más bien lo que quedaba de él— regresó a Simhara.

La noticia del desastre llegó desde los muelles después tic una noche de arrolladores vendavales y una marea particularmente fuerte. Hild, como de costumbre, fue uno de los primeros habitantes de palacio en enterarse, y, con una expresión de pesimista fruición en el rostro, entró en la habitación de Índigo mientras ésta desayunaba, Índigo tenía ojos de sueño, medio dormida todavía, y tardó algunos segundos, mientras Hild iniciaba su relato, en comprender realmente lo que quería decirle. Pero cuando lo hizo, dejó bruscamente su taza de tisana sobre la mesa al darse cuenta de que su mano empezaba a temblar.

—Hild, ¿qué barco era ése? ¿Qué es lo que dices?

Hild se mostró ligeramente ofendida.

—¡Intento explicarlo, pero no escuchas!

Por fortuna, los naufragios eran bastante raros en el golfo de Agantine y la niñera estaba decidida a sacarle el mayor provecho posible a este .dramático suceso.

—Como he dicho, el barco no estaba hundido, pero sí a punto de hundirse, y cómo llegó a puerto otra cosa no es que un milagro de la Madre del Mar.

Librodot

—Pero ¿Q*ué* barco? —Índigo empezaba a sentir una sensación de mareo—. ¿Cuál era su nombre?

Hild, sin hacerle caso, siguió hablando:

—¿Y sabes qué? Dicen que fueron peces los que lo hicieron, grandes peces de la bahía. Se inclinó hacia adelante, conspiradora—. ¡Ballenas, o cosas aún peor!

Índigo la miró fijamente mientras el mareo se convertía en náuseas.

—Las ballenas no son peces —se oyó decir—. Y no atacan a los barcos.

Y pensó: «Pero otras cosas podrían hacerlo...».

—Bueno, si fue o no fue un pez, salió del mar. ¡Oí al mayordomo del Takhan cómo lo decía en persona!

No podía tratarse del *Kara-Karai,* se le ocurrió a Índigo: no podía, no debía...

—¡Hild, *por favor!* —Apretó los puños en un intento por contener su frustración—. ¿Cuál era el nombre del barco?

Hild se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saber? Pero todo va bien; no era de Simhara, de modo que no hay mucha necesidad de inquietarse. Una de las pequeñas naves ésas, las que van con los grandes convoys.

—Gran Madre... —Índigo empujó hacia atrás la mesa y casi volcó la taza de tisana mientras se ponía en pie; y *Grimya* dio un salto tras ella, con las orejas pegadas a la cabeza.

—*¡A-na!* ¿Qué te sucede, Índigo? —La llamó Hild mientras la muchacha se dirigía a la puerta a toda velocidad con la loba pisándole los talones—. ¿Qué haces?

El golpe de la puerta al cerrarse tras Índigo fue su única respuesta.

Al igual que si penetraran en un laberinto, les fueron llegando más y más retazos de información mientras se apresuraban en dirección al puerto. Piratas, decía un rumor; un huracán, advenía otro. Dos buques de guerra de las Islas Meridionales, de los cuales sólo uno había conseguido llegar con dificultad a puerto para contar lo sucedido. La nave escolta de un convoy separada de sus compañeras en la niebla y hundida en unas rocas que no figuraban en los mapas. Pero, poco a poco, un hilo firme empezó a atravesar todos aquellos relatos contrapuestos y los hechos reales empezaron a emerger. Era un barco davakotiano. Gran pérdida de vidas. Y lo había atacado algo que surgió del mar.

El puerto estaba alborotado. Gran número de personas, atraídas como moscas a la miel por la alarma, atestaban los muelles. Observaban, especulaban, chismorreaban, Índigo se dedicó a detener gente al azar, y sus desesperadas preguntas le facilitaron más información. Al parecer había habido un intento de rescate. Otro navío davakotiano había zarpado en respuesta a la bengala de socorro del barco atacado, y, gracias a los esfuerzos de su capitán y tripulación, había algunos supervivientes del naufragio, Índigo y *Grimya* se abrieron paso entre la multitud, y cuando por fin emergieron, desaliñadas, en el malecón barrido por el viento, Índigo vio el casco negro y amarillo y el belicoso morro de un barco escolta davakotiano que se balanceaba y bamboleaba en sus amarras sobre el fuerte oleaje.

El *Sivake.* Este debía de ser... Índigo corrió hacia el muelle y se detuvo junto a la plancha del barco, resbalando sobre la piedra húmeda, luego miró con desesperación a un extremo y a otro de la nave. No había nadie en cubierta: hizo bocina con las manos, y gritó, en el idioma davakotiano que Macee le había enseñado, llamando al capitán, al contramaestre, o a cualquiera. La gente se volvió, curiosa; de entre la masa de gente un hombre con el brillante

Librodot

fajín de oficial de aduanas hizo su aparición y se dirigió hacia ella deprisa. Mientras se acercaba, una cabeza apareció en la cubierta de escotilla, y un hombre atezado, fornido, de mediana edad y de negros cabellos muy cortos y en punta, salió a cubierta. Llevaba una pequeña esmeralda incrustada en cada mejilla, justo debajo de los ojos, y su expresión era desconfiada y adusta.

—¿Qué queréis? —gritó en mal khimizi—. He dicho todo lo que hay que decir más de cinco veces, ¡maldita sea! ¡No hay nada más que pueda contaros!

El oficial de aduanas se abatía ya sobre ella; gesticulaba enojado y le hacía señas para que se alejara. Rápidamente y llena de desesperación, Índigo se dirigió al capitán en davakotiano, y tan pronto como mencionó el nombre de Macee y le habló de su relación, la expresión del hombre cambió de inmediato.

—¿Estuvisteis con Macee? —Volvió la cabeza con rapidez en dirección al oficial y le hizo un gesto con ambos brazos para que se detuviera—. No hay problema, aduanero. ¡Dejad a la señora!

El oficial dio media vuelta, sacudiendo la cabeza con exasperación, y el davakotiano descendió con pasos ligeros por la plancha y saltó al muelle frente a Índigo.

—Amyxl, capitán del *Sivake.* —Inclinó la cabeza en un lacónico saludo formal—. ¿Os habéis enterado de lo del *Kara-Karai?*

Era la confirmación definitiva. Asintió, conteniendo la rabia.

—Macee... está...

—Macee está viva. Pero es una de los pocos supervivientes. Se han llevado a los supervivientes a algún lugar situado detrás del Templo de los Marineros, donde tienen doctores.

El Asilo de los Marineros, Índigo lo conocía; era una parte del recinto del templo: otra de las creaciones de Augon Hunnamek. Macee no podría estar mejor cuidada. Pero los otros...

—Vos fuisteis en su ayuda —dijo apremiante—. Por favor, debo saber lo que sucedió. Había pasajeros en el bario; dos, o quizá tres. No... se trataba de una comisión normal para el *Kara-Karai.*

—Ah. —Amyxl frunció el entrecejo—. Eso explica por qué no iba con un convoy. —Sus ojos la miraron con astucia pero a la vez con amabilidad— ¿Más amigos vuestros?

Índigo asintió.

—¿Y habéis visto los restos?

—No. Tan sólo he oído la noticia.

Amyxl siseó entre dientes.

—Entonces lo mejor será que le deis un vistazo por vos misma a lo queda del *Kara-Karai.* Está en la bahía, al sur de aquí; allí es a donde fue a encallar anoche. Bendita sea la Madre.

Índigo dirigió una involuntaria mirada en aquella dirección, aunque la enorme playa resultaba invisible desde aquella distancia.

—He oído que... que lo atacaron. No piratas, sino algo que... —no pudo terminar, y se volvió de nuevo hacia él en una silenciosa súplica para que lo negara.

El davakotiano clavó los ojos en sus propios pies. En un principio, la muchacha pensó que no le iba a contestar, pero tras algunos momentos pareció tomar una decisión.

—Mirad, señora —dijo—. Si os es de alguna ayuda, os llevaré yo mismo a la bahía, y podréis ver la verdad con vuestros propios ojos. —Levantó los ojos para encontrarse con los de ella de nuevo—. También os contaré lo que vi anoche, y podéis pensar lo que gustéis. Pero

os diré esto ahora. No se qué atacó al *Kara-Karai,* pero en todos los años que llevo navegando jamás he visto nada capaz de hacerle eso a un barco.

—¿Eso...? —empezó Índigo, vacilante.

El capitán hizo una mueca.

—Será mejor que lo veáis por vos misma.

Un gentío mayor que el del puerto se había reunido sobre las dunas que bordeaban la playa. La marea retrocedía, y a poca distancia de las primeras hileras de furiosas olas yacía el *Kara-Karai* de costado, paralelo a la playa, con la parte posterior rota y las olas retumbando y barriendo sobre él. Allí donde la marea ya había bajado se veían desperdigados muchos restos del navío: palos, jarcias, restos desmenuzados de la balista del buque escolta. Los soldados patrullaban las dunas, manteniendo apartados a mirones y —macabro, pero inevitable incluso en la civilizada sociedad de Simhara— buscadores de recuerdos. Y un poco más abajo de la playa, dos hombres permanecían en posición de firmes, custodiando algo que yacía inmóvil sobre la arena.

Amyxl hizo un gesto con la cabeza en dirección a la distante escena que creaban los guardias.

—Si deseáis un indicio de lo que le sucedió al *Kara-Karai* —dijo sombrío—, id y mirad eso.

Índigo arrugó la frente, inquisitiva, pero él había vuelto el rostro hacia otro lado, y así pues, con *Grimya* silenciosa pero inquieta pegada a sus talones, empezó a atravesar la muchedumbre y bajó hasta la playa. Un soldado la interceptó, pero, al reconocerla, vaciló.

—Señora, no estoy muy seguro de que deba de permitiros...

La mentira afloró rápida a los labios de Índigo.

—Soldado, estoy aquí en nombre de la dama Phereniq, la astróloga del Takhan. No hubo tiempo para preparar la documentación apropiada; la dama Phereniq consideró que la cuestión era demasiado urgente para esperar.

—Muy bien, señora. —Estaba claro que no tenía la suficiente fe en su propia autoridad como para discutir—. Pero os aconsejaría que no os acercaseis demasiado.

—¿Por qué no?

El soldado miró impotente a Amyxl, que había llegado ya hasta ellos. Amyxl se encogió de hombros sin comprometerse, y el hombre se dio por vencido.

—Como queráis, señora. —Se dio la vuelta y los condujo por la playa.

Incluso a medida que se acercaban más al bulto informe, resultaba muy difícil discernir ningún detalle. El objeto estaba rodeado por una delgada capa de agua que se había acumulado en la depresión formada por su peso, y a los ojos de Índigo parecía tan sólo otro pedazo de desecho del barco, quizás un fragmento de la madera del mástil, oculta en parte por una maraña de algas. Pero cuando el pequeño grupo se detuvo junto a aquello y los guardias retrocedieron, se dio cuenta de que no eran restos del barco y se giró a un lado con brusquedad, llevándose una mano a la boca en un esfuerzo por contener las ganas de vomitar en el mismo instante en que su cerebro registraba la verdad.

El hombre no podía llevar muerto más que unas pocas horas, pero aun así el mar habría empezado ya a hinchar su cuerpo... si hubiera quedado algo más que no fuera tan sólo la piel y los huesos. Era como contemplar un saco vacío y viscoso, una parodia de pesadilla de un cuerpo humano, completo, pero fláccido, deshinchado, casi como si sólo tuviera dos dimensiones. Un remedo grotesco de un rostro la miraba, las cuencas vacías, nariz y labios

Librodot

aplastados, la mandíbula inferior sobresalía por entre una mejilla desgarrada, los dientes todavía intactos y aquí y allá algún que otro hueso le daba a la envoltura de piel una torturada apariencia de solidez. Ni en la peor de sus pesadillas, Índigo habría podido imaginar algo tan espantoso.

Una mano sujetó su antebrazo, y el capitán Amyxl la echó hacia atrás.

—¿Veis? —dijo, y su voz era fría como el hielo.

La muchacha se dio la vuelta tambaleante, *Grimya* había dado un paso hacia adelante para ver, pero Índigo se recuperó lo suficiente para extender una mano e impedírselo.

—¡No, *Grimya!* ¡No lo hagas! —Se secó la boca y sacudió con fuerza la cabeza antes de encontrarse con la pesarosa mirada del soldado—. ¿Quién era?

—No lo sabemos aún, señora. No ha sido posible... —Carraspeó, y desvió los ojos.

—Puedo deciros una cosa —intervino Amyxl—. Queda lo suficiente de sus ropas para demostrar que no era de la tripulación.

Algo se retorció en el interior de Índigo de repente, como un helado gusanillo en su estómago. No quería hacerlo, pero tenía que mirar de nuevo; y, reuniendo fuerzas, se volvió para mirar a la monstruosidad que yacía en la arena. Una voz en su interior le dijo *no, no puedes juzgar, no puedes estar segura.* Pero lo estaba. Había algo familiar en aquella espeluznante parodia de un rostro humano; y los pocos mechones de pelo que aún colgaban de la destrozada cabeza eran dorados como la miel con hilos de plata.

—¡Oh, Madre Poderosa!

Índigo se apartó tambaleante y empezó a vomitar con violencia sobre la playa. La playa giraba, se retorcía a su alrededor; cayó de rodillas, incapaz de conservar el equilibrio, sabiendo la verdad pero incapaz, incluso mientras la aceptaba, de aceptar también lo que significaba.

Aquel horror envuelto en algas que yacía sobre la playa aquella cosa a la que algo le había sorbido la carne y s órganos, era el cadáver de Mylo Copperguild.

Amyxl la llevó a una de las tabernas de la parte norte del puerto. Tenía que beber algo, le dijo, después de lo que ¡ había visto en la playa, y, en cuanto a él, su segunda visión del cadáver no había disminuido su sensación de repugnancia; deseaba quitarse la bilis que sentía en la garganta. Y mientras permanecían sentados a una mesa en un rincón tranquilo y la conmoción empezaba a alejarse de la mente de Índigo, el capitán le relató su historia.

El *Kara-Karai,* al parecer, se había acercado a Simhara poco después de la medianoche. La tormenta había hecho que la marea entrante resultase gigantesca, y una marinera que estaba de guardia en el *Sivake* se había visto alertada por un lejano destello de fanales de popa a proa en alta mar. La mujer había despertado a Amyxl —toda la tripulación del barco dormía a bordo, en espera tan sólo a que la tormenta amainara para ponerse en marcha de regreso a Davakos— y él había observado el intermitente centelleo, maldiciendo en silencio al capitán del desconocido barco por intentar entrar en puerto con aquel tiempo. Entonces la bengala de sulfuro para pedir socorro ardió en el cielo, y Amyxl había ordenado inmediatamente que todo el mundo fuera a sus puestos. Habían llegado Insta el *Kara-Karai y* lo habían encontrado inclinado de costado sobre las olas y medio hundido, el palo mayor hecho pedazos y la aterrorizada tripulación abandonaba MIS puestos y saltaba —o caía— al embravecido mar. La tripulación del *Sivake* llevó el barco tan cerca como se atreví ó del navío naufragado, intentando recoger supervivientes: y entonces, dijo Amyxl, él había visto algo que no olvidaría hasta el día en que la Madre del Mar se lo llevara con ella. Una enorme forma fosforescente de un color gris

Librodot

plateado, que emergía del hueco dejado entre dos olas para alzarse sobre el navío destrozado. Algo parecido a una cola pero titánicamente macizo, se estrello contra la proa del *Kara-Karai,* haciendo que el *Sivake* girara sobre sí mismo, impotente, en los gigantescos remolinos provocados por aquella monstruosidad al hundirse de nuevo bajo la superficie.

—Una visión momentánea —dijo Amyxl, con los ojos clavados en su copa y como si contemplara un mundo signado más allá del polvoriento silencio de la taberna—. Fue todo lo que tuvimos de eso. Pero huimos. Recuperamos el control del *Sivake,* y los remeros avanzaron en dirección al puerto con toda la energía que les quedaba. —Se pellizcó el puente de la nariz, cerrando con fuerza los ojos por un instante—. No pudimos ni comprender lo que pasaba; sucedió tan deprisa...; y estábamos más preocupados por mantener el rumbo y buscar supervivientes. Siete. Esos fueron todos los que recogimos. Siete. El resto... sólo puedo rezar porque fuera el mar el que se lo llevara, Y no... *eso.*

Índigo repuso con suavidad:

—¿Podría haberse tratado de una serpiente?

—Quizá. —La voz de Amyxl sonaba llena de amargura y cautela—. Pero fuera lo que fuese, la Madre del Mar no creó esa abominación. —Levantó los ojos y los clavó en los de ella—. Todo lo que sé es que vi algo que en realidad no debiera de existir en este mundo. Y que muera en tierra firme si miento: ¡estoy asustado!

Librodot

CAPÍTULO 20

Era casi mediodía cuando Índigo y *Grimya* regresaron al palacio. Amyxl se iba con la siguiente marea; el hombre temía que el desconocido horror de la noche anterior acechará todavía en la bahía, pero no tenía elección: él y su tripulación debían trabajar o morirse de hambre, Índigo deseó haberle podido contar la verdad: que el *Sivake* no corría el menor peligro. La serpiente monstruosa —no le cabía la menor duda ahora sobre su identidad— había hecho su trabajo, y no atacaría de nuevo.

Al menos, no de esa forma.

Después de despedirse de Amyxl, había ido al Asilo de los Marineros, pero su petición de poder ver a Macee había encontrado una amable pero implacable negativa. A los supervivientes del naufragio no se los debía molestar ni hacer preguntar hasta que se hubieran recuperado: no podían hacerse excepciones. Incluso al mismo Takhan, dijo el hermano del templo que atendió su ruego con expresión bondadosa, se le negaría el acceso para preservar el bienestar de los pacientes.

No obstante, el hermano se ablandó lo suficiente como para facilitarle alguna información. Las heridas de Macee eran de poca importancia; con buenos cuidados se recuperaría enseguida. Había habido siete supervivientes en total: el capitán, cinco miembros de su tripulación y un pasajero. No, no sabían el nombre del pasajero en el Asilo, ya que éste no estaba a su cuidado. Un comerciante khimizi, era lo que tenía entendido el hermano, al que se habían llevado a su propia casa en la ciudad.

Índigo se sintió dividida entre el horror y el agradecimiento. Dos muertos, pero uno todavía vivo: ¿Leando o Elsender? Apartó la pregunta de su mente, le dio las gracias al hermano, pidió que se le avisara a palacio cuando Macee estuviera en condiciones de recibir visitas, y se alejó triste mientras la puerta del asilo se cerraba.

Debiera ir a la mansión de los Copperguild. Debiera ir a pedir noticias, averiguar quién había sobrevivido y quién había muerto; sin embargo, le era imposible enfrentarse a las perspectivas de lo que pudiera oír. Cobardía, quizá; pero encontraba aquella desesperante incertidumbre más fácil de sobrellevar; ya que con la incertidumbre había lugar también para la esperanza.

Así pues, paralizada hasta el punto de ser incapaz de sentir nada que no fuera el sordo dolor de la pena y el sentido de culpabilidad, se escabulló a través del portillo, sonriendo de forma automática a los guardias, y penetró en los aposentos de la Infanta... encontrando a Phereniq y a Augon Hunnamek con la Infanta en el patio ajardinado.

—Índigo. —Phereniq se levantó nada más verla, y fue hacia ella con los brazos extendidos—. ¡Oh, querida mía, me apena tanto la noticia! Cuando Hild dijo que te habías enterado intenté encontrarte, pero ya te habías ido.

Augon la observaba, el oscuro rostro solemne, los ojos llenos de compasión. *Hipócrita,* dijo una voz silenciosa , y violenta en el interior de Índigo. *Hipócrita —y asesino—;* apartó la cabeza de la fija mirada del hombre y dejó que ; Phereniq la abrazara sin ofrecer resistencia.

—¿Te han permitido ver a Leando? —inquirió la astróloga.

—No; yo... —Entonces las palabras se registraron totalmente en su cerebro—. ¿Leando...?

—¿No sabías que estaba a bordo? —Phereniq la miró asombrada, luego horrorizada—. ¡Claro... cómo podías haberlo sabido! No pensé...

La esperanza, un destello agonizante en el negro miasma, contrajo la garganta de Índigo.

—Vi... vi el naufragio. Y fui al asilo; pero no pudieron decirme nada.

—¡Oh, querida...! —Phereniq dio un paso atrás—. Lo siento tanto...; no debiera habértelo dicho de esa forma. Estaban todos a bordo, Índigo: Leando, Mylo y el hijo de Mylo. No su esposa, demos gracias a la Madre del Mar; ella iba a seguirlos más tarde... Pero Leando vive, Índigo. Fue uno de los pocos a los que salvaron del mar. Está herido, pero se recuperará.

Índigo asintió con la cabeza, apenas capaz de comprender lo que oía.

—Luk —dijo—. ¿Se lo han dicho?

—Lo acompañan a casa en estos momentos. Fue muy valiente, aunque está muy trastornado. Pobre criatura: perder a su tío y a su primo de esta forma... —Meneó la cabeza, incapaz de expresar lo que sentía.

La mente de Índigo empezaba a funcionar con más claridad pasado el sobresalto, y el significado de todo aquello le provocó una gran sorpresa. ¿Cómo podía saber nadie que los tres Copperguild estaban en el *Kara-Karai.* Era imposible: el viaje había sido un secreto...

Sus aterrorizados pensamientos se vieron interrumpidos por Augon Hunnamek.

—Índigo, me culpo a mí mismo por esta tragedia —dijo con voz grave, Índigo alzó la cabeza deprisa y vio que se acercaba a ella con Jessamin detrás—. Su llamada debía ser una alegre sorpresa para Luk, y también para ti. No sé cómo expresar mi pena.

—¿Su llamada? —No comprendía.

Augon sacudió la cabeza entristecido.

—No se te informó de mi decisión. Puedes llamarlo un impulso romántico; un deseo de compartir mi felicidad ante mi inminente boda con aquellos que han sido mis leales amigos... Envié un mensaje a las Islas de las Piedras Preciosas hace dos meses, mediante el cual liberaba a Mylo de sus deberes y lo convocaba a él y a sus parientes de regreso a Simhara con todos los honores. Su regreso debía de ser mi regalo para ellos, y para ti y Luk.

Índigo continuó mirándolo fijamente.

—Nadie podía prever este terrible suceso, pero me siento muy responsable —siguió Augon—. Una pérdida tan tan terrible.

Índigo se había quedado sin habla.

—Me estáis diciendo que...

—Que Mylo y su hijo Elsender perdieron sus vidas en el naufragio. —Malinterpretó lo que ella quería decir, comí fundiendo su repentino temblor por conmoción ante aún! más malas noticias; un error que, cuando ella tuvo tiempo de recapacitar sobre ello más tarde, agradeció—. Sí. No tenemos confirmación aún, pero creemos que así debe ser. —Posó una mano sobre el hombro de ella, un gesto con el que hacía tiempo estaba familiarizada y que odiaba—. Que una tragedia así sea producto de mi acción! me apena más de lo que puedo expresar. Rezaré con todo fervor para que sus almas vayan rápidamente al encuentro de la Madre.

Los temblores de Índigo amenazaron con convertirse en estremecimientos incontrolados mientras el Takhan apartaba, y todo su ser clamaba ultrajado ante la completa y patente hipocresía de sus palabras. Esta criatura, este *monstruo,* por cuya mano inhumana tantas víctimas inocentes habían muerto, hablaba tranquilamente de dolor y pena y responsabilidad... Como si de un cuchillo al rojo vivo se tratara, su furia se comunicó a *Grimya* en una silenciosa pero feroz protesta:

«¿Por qué idiota me toma?»

Librodot

Pero no podía decirlo en voz alta; no podía expresar su salvaje repugnancia. Todo lo que podía hacer, aunque el esfuerzo estaba casi más allá de sus posibilidades, era volver la mirada, dirigirla sin ver al otro extremo del cada! vez más verde jardín, y susurrar con los dientes apretados:

—Gracias, mi señor.

—Índigo...

Era Jessamin, sus ojos color miel abiertos de par en y llenos de emoción mientras se acercaba con timidez y deslizaba una pequeña mano en la de Índigo. El contacto apartó bruscamente a Índigo del borde del abismo: tragó saliva, miró a la Infanta y vio que había estado llorando.!

—Índigo, ¿crees que Luky estará bien? Su cara estaba *blanca...* —Su mano se crispó—. Oh, ¿por qué tuvo que suceder una cosa tan horrible?

«Pregúntale a tu chero Takhan, pobre criatura inocente», pensó Índigo con renovada furia. Pero no dijo nada, se limitó a besar la frente preocupada de Jessamin, y añadió una promesa silenciosa al odio que se agitaba en su interior.

«Morirá por esto. De una forma u otra, morirá.»

El esperado mensaje del Asilo de los Marineros no llegó hasta al cabo de cuatro días, Índigo había intentado contener su nerviosa impaciencia enfrascándose lo mejor que pudo en las cuestiones cotidianas; pero era difícil, en especial porque para la Infanta, casi cada una de las horas que pasaba despierta estaba dirigida a pensamientos que Airaban en torno a su próximo matrimonio.

Luk no había regresado a palacio; ni había llegado ninguna noticia de casa de los Copperguild con excepción de la definitiva confirmación de lo que Índigo había temido: que Mylo y Elsender habían perecido en el naufragio. Leando estaba fuera de peligro, pero no llegaron otras noticias de él; y_ así pues, cuando le fue entregada la breve nota del asilo, Índigo estaba a punto de estallar, y se sintió terriblemente agradecida por tener algo que rompiera d vacío.

Ella y *Grimya* encontraron a Macee en el patio del asilo, sentada en un sillón de junco y envuelta en una manta, a pesar de lo caluroso del día. Su rostro estaba pálido y cansado; había unas marcadas ojeras bajo sus ojos. Cuando vio acercarse a Índigo intentó sonreír, pero el esfuerzo era demasiado grande.

—Macee, —Índigo se agachó junto al sillón—. No me dejaron venir a verte hasta hoy... No sé qué puedo decirte.

—Me alegro de que vinieras. —La voz de Macee era sepulcral, sin vida, inerte. Se sujetó los antebrazos por un instante, como si sintiera frío—. Te contaron lo sucedido, ¿no?

—Amyxl lo hizo. Lo vi al día siguiente.

—Ah, sí. Yo también quería ver a Amyxl, pero me dijeron que había zarpado. —Cerró los ojos—. Que la Madre del Mar lo proteja. El *Sivake* sacó a seis de nosotros del mar, ¿lo sabías? Seis. Y a uno de tus amigos, también.

—Lo sé.

—En realidad debería estar muerta. Todos nosotros deberíamos estarlo. Después de lo que sucedió...

—Macee. —Índigo tomó las manos de la menuda mujer. Lo que quería saber era duro, pero la pregunta debía! ser hecha—. Amyxl me contó que... al *Kara-Karai* lo atacaron. Él vio

algo... no pudo describirlo realmente, pero...

Macee la interrumpió.

—Una serpiente —dijo categórica—. Fue una serpiente. Y si alguien te dice algo diferente, está mintiendo. —De repente su expresión se volvió feroz—. La gente anda diciendo que fue mi culpa. Dicen que la tormenta lo hizo encallar, y que la culpa es mía por intentar llevar el barco a la orilla. ¡Pero no es cierto! ¡Si nos hubiéramos mantenido alejados de la costa, nos habríamos hundido con todos los tripulantes y no habrían quedado ni los huesos para que los buscaran esos buitres con forma humana! Amyxl lo sabe... ¡pero incluso él no sabe ni una décima parte de lo que sucedió, ni una *centésima.*

Las manos de Índigo sobre las suyas se cerraron con más fuerza.

—¿Qué quieres decir?

Un terrible escalofrío recorrió el cuerpo de Macee.

—Nos sucedió de todo en ese viaje de regreso. Corrientes donde no debería haberlas habido; huracanes; niebla; falta de viento. Avistábamos ya el puerto, y esa abominación surgió del mar y atacó mi barco, y lo hizo pedazos, como si fuera leña. —Liberó con violencia sus manos de entre las de Índigo y golpeó con los puños apretados los brazos del sillón—. ¡No era posible! ¡Cosas así no existen! Era como... como algo conjurado mediante hechicería. O peor... como si fuera un demonio.

—¡Oh, Madre Todopoderosa...! —Las entrecortadas palabras salieron antes de que Índigo pudiera detenerlas—. Si lo hubiera sabido habría...

—*¿Qué?* —La voz de Macee la atravesó como una cuchilla afilada.

Índigo levantó la mirada y sus ojos se encontraron. La expresión de su rostro la delató; sus ojos mostraban un sentimiento de culpa, y Macee comprendió al momento lo que podía significar. Por un instante se produjo un silencio tenso, palpable. Entonces Macee dijo, en un tono de voz diferente:

—Un demonio... Tengo razón, ¿verdad? Eso es exactamente lo que era. Y tú... tú conocías su existencia todo el tiempo. *¡Lo sabías!*

—Macee, yo... —Una rápida mentira acudió a los labios de Índigo, pero su conciencia se rebeló—. ¡Oh, por la Diosa, yo no pensé que estuvierais en peligro! No pensé que pudiera tocaros... Sólo me di cuenta una vez que hubisteis zarpado, y entonces ya era demasiado tarde. Y pensé...

—*¡Pensaste!* —La voz de Macee tembló llena de amargo desdén—. Me dices ahora que había algo maligno y tú lo sabías. Sabías lo que podía sucedemos a mi tripulación y a mi barco. Sin embargo me dejaste marchar, sin siquiera avisarme...

—¿Cómo podía hacerlo? —suplicó Índigo—. ¡No me habrías creído!

—¡No me diste la oportunidad de creerte! ¿Qué crees que soy; una *estúpida?* ¡Puede que no sea una khimizi supersticiosa, pero sé lo suficiente para darme cuenta de que los demonios existen!

Con un violento ademán, Macee arrojó a un lado la manta y se puso en pie. Cojeando, empezó a alejarse, luego se detuvo y se volvió para mirar a Índigo, esta vez con infinito desprecio.

—Pero, oh, no; tú no pensabas ponerme en antecedentes de tu pequeño secreto, ¿no es así? ¡Porque sabías muy bien que si lo hacías, existían las mismas posibilidades de que yo arriesgara a mi tripulación y a mi barco en ese maldito viaje que de que me crecieran agallas y me lanzara al mar!

Librodot

—Macee...

—¡No me vengas con «Macee», maldita perra! —La garganta de la menuda capitana enronqueció—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho? ¿Te das cuenta de que si no hubiese sido por ti, mi tripulación estaría con vida, y tus amigos mercaderes de cabellos dorados también? Sinceridad, Índigo. *Sinceridad.* Eso era todo lo que te pedía. ¡Pero no, me mentiste, me engañaste, me empujaste a conducir a mi gente al peligro sin siquiera tener la humanidad de decirme que ese peligro existía! —Sus hombros se estremecieron, víctima de una profunda y violenta convulsión—. ¡Aunque llegue a vivir hasta los cien, espero no tener que volver a verme cara a cara con una cobardía tan egoísta y total!

Índigo sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos, y tuvo también la total certidumbre de que, aunque podía discutir, arrastrarse, suplicar en su defensa, cuando se arrancara la capa de barniz no podría negar que lo que Macee había dicho era la verdad. El *Kara-Karai* había navegado a ciegas y totalmente ignorante hacia el desastre; y la responsabilidad de la tragedia era toda suya.

Se incorporó, apartando el inquisitivo hocico de *Grimya* cuando la loba intentó consolarla. Nada podía consolarla, y tampoco lo merecía. Por lo menos, Macee le había abierto los ojos.

—Me iré ahora, Macee —dijo en voz baja—. No creo que haya nada más que pueda decirte.

—Las palabras no devolverán a los muertos. —Macee la contempló, impasible.

—Lo sé. Si pudiera ofrecer alguna reparación...

—No puedes. Y no me pidas que te perdone, porque no lo haré. Pero tengo una última cosa que decir.

Permanecía inmóvil, el rostro rígido como el granito, y envejecido, repentinamente envejecido. El abismo que mediaba entre ellas era inconmensurable, toda su amistad se había hecho añicos, toda la confianza defraudada. Entonces, Macee siguió con voz calmada:

—Si fueras la persona que yo una vez creí que eras, te darías cuenta que ofrecer una reparación significa más que echarte a llorar sobre tu vaso de vino y elevar oraciones por los desaparecidos. Pero no creo que seas esa persona, ya no. Y no quiero conocer a la criatura en la que te has convertido. Adiós, Índigo.

Índigo pensó largo y tendido en aquellas últimas palabras de Macee mientras se alejaba despacio del asilo con G*rimya* tras ella. *Ofrecer una reparación significa más que echarte a llorar sobre tu vaso de vino y elevar oraciones por los desaparecidos.* El disparo de despedida había sido malicioso, pero había dado en el blanco. Como resultado de mi inactividad, había muerto mucha gente: Karim, Mylo, Elsender, la mayor parte de la tripulación de Macee. Ella podría haber evitado sus muertes. Pero no había hecho absolutamente nada; y ahora había perdido a casi todos sus aliados, mientras que el triunfo de Augon Hunnamek estaba casi completo.

Se detuvo bruscamente al darse cuenta de que sin haber tomado aquella decisión de forma consciente, sus pasos la conducían hacia el Templo de los Marineros y a hacer precisamente aquello que Macee había condenado con tanto desdén. No podía rezar a la Madre del Mar por las almas de los muertos; no era digna de rezar por ellos. Macee tenía razón: si podía ofrecerse alguna reparación, el camino a seguir era haciendo algo, no en arrepentirse llena de contricción de todo lo que no había hecho.

Muy bien pues, tomaría ese camino. La autorrecriminación era un lujo que ya no podía permitirse; el momento de languidecer en una sensación de culpa había pasado. Debía *actuar.*

Grimya, al percibir el brusco cambio de humor de su amiga, alzó la cabeza. No había nadie cerca que pudiera oírlas, de modo que la loba habló en voz alta.

—¿Índigo? Tus pensamientos son de re... repente más claros.

Índigo bajó los ojos hacia ella.

Querida y leal *Grimya:* ella nunca condenaba, jamás volvía la espalda.

—Sí —dijo—. Creo que acabo de comprender con exactitud lo que Macee quería decir cuando dijo lo que dijo, y pienso hacerle caso.

La cola de *Grimya* empezó a moverse.

—¡Eso está bien! Hemos pe... perdido demasiado tiempo espe... esperando, incapaces de hacer... nada.

—Un tiempo excesivo.

Y empezaría, pensó Índigo, contándole a Leando la verdad. Cómo reaccionaría él ante aquella información no lo sabía, pero se lo debía, y también a Karim y a J " ce y a todos los demás.

Y, quizá más que a nadie, a sí misma.

Los diez días siguientes pusieron a prueba a Índigo más allá de lo que podía soportar. Aguijoneada por su cien tomada decisión, probó todos los medios que pude encontrar para ver a Leando, y a cada paso encontraba barreras en el camino. Cartas enviadas a la mansión de lo Copperguild quedaron sin respuesta; tres visitas encontraron tan sólo el rostro solemne de un criado que le dijo que, por órdenes estrictas de la abuela de Leando, estaba cerrada a todos los mensajes y visitantes hasta que terminara el período de duelo por Mylo y Elsender y joven señor hubiera recuperado las fuerzas, Índigo protestó y suplicó, pero no le sirvió de nada; como correspondía a una noble familia khimizi, los Copperguild cumplían con el tradicional ritual del duelo, y nada pe romper la barrera hasta que llegara el momento.

Pero el tiempo se les acababa ya. Faltaban tan sólo quince días para la ceremonia de la boda, y casi cada hora que pasaba traía un nuevo recordatorio de que el receptáculo del reloj de arena estaba cada vez más vacío. Llegaban dignatarios de todo el mundo para asistir a las celebraciones y el palacio no dejaba de recibir una constante oleada de visitantes que presentaban sus respetos al Takhan y a novia. Cada uno de los barrios de la ciudad era adornados con flores y banderines y gallardetes; nuevos murales brillantes colores habían aparecido en las paredes de le bazares, farolillos de colores colgaban entre los árboles; entre los edificios, y las amplias avenidas estaban cubiertas de hierbas aromáticas. Todo ello recordaba en gran manera el bullicio y la excitación que habían rodeado la coronación de Augon diez años antes, y para Índigo era vino amargo, ya que le recordaba la enormidad de su fracaso. Había vivido en Simhara durante casi once años, y el demonio aún vivía y medraba. En unos pocos días, tomaría primero la mano y luego el cuerpo y el alma de Jessamin: y durante la noche siguiente a la ceremonia, el devorador de la Serpiente se alzaría bajo la luna en eclipse para devorar a su presa; y eso sería el principio del fin para todos ellos.

Jessamin por su parte estaba gloriosamente ignorante de los temores de Índigo. Permanecía inmersa, día y noche, con la excitación del gran día que se acercaba, y su vida era un torbellino de recepciones oficiales y de lo que parecían interminables ensayos de la ceremonia. Sus estudios estaban ya a punto de terminar, y debido a ello Índigo se encontraba con gran cantidad de tiempo libre, que no le servía más que para aumentar su nerviosismo.

Y entonces, diez días antes de la boda, estaba sola en MI habitación cuando alguien llamó a

Librodot

la puerta. Volviéndose, vio que la puerta se abría y Leando apareció en el umbral.

Índigo abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Había cambiado tanto... Estaba más corpulento, sus cabellos color miel estaban más cortos y mostraban ya signos de escasear en las sienes, su rostro mostraba unas finas líneas: la juventud empezaba a dar paso a la madurez. Pero sus ojos tenían la misma intensidad, y su voz, cuando pronunció su nombre, era la voz que tan bien recordaba.

—¿Índigo...?

La muchacha no pudo decir nada, ni siquiera una palabra con la que saludarlo después de diez años de separación. Pero de repente se encontró corriendo por la habitación hacia él, los brazos extendidos para abrazarlo, apretarlo, sujetarlo con fuerza contra ella como si fuera un talismán viviente.

—Índigo, Índigo. —La abrazó tan fuerte que casi la dejó MU respiración; luego, bruscamente, se apartó manteniéndola a cierta distancia, contemplando con fijeza su rostro— Pero... ¡si estás exactamente igual! ¡Ni una cana más, ni una arruga, nada! No puedo creerlo.

Ella recuperó el habla por fin.

—¡Tú no puedes creerlo! —Las lágrimas amenazaron con ahogar sus palabras mientras el alivio inundaba su mente y se mezclaba con un torrente de afecto que no había sabido que poseía—. Había empezado a pensar que nunca te vería, que el que estuvieras de regreso era sólo un sueño, que no había sucedido...

—No he podido venir hasta hoy. Nuestra familia ha estado de luto. —Involuntariamente volvió la vista hacia la cinta gris que llevaba atada alrededor de un brazo; la señal de luto.

Índigo se llevó una mano al rostro.

—¡Oh, Leando! ¿Qué puedo decirte? Cuando me enteré de lo sucedido...

—Hay tantas cosas que decir, y tampoco yo sé por dónde empezar. La terrible y amarga ironía de todo esto, Índigo: eso es lo que más me duele. Cuando recibimos el mensaje de Augon Hunnamek llamándonos de regreso...

—¿Qué? —Los ojos de Índigo se abrieron de par en par—. Quieres decir... ¿él os llamo?

—Oh, sí. Lo calculó a la perfección. El llamamiento llegó el día anterior a la entrada del *Kara-Karai* en el puerto. Estábamos haciendo ya los preparativos; pero cuando leímos tu carta, pensamos que lo mejor era darse prisa en lugar de esperar al paquebote... —Las palabras se fueron apagando y sacudió la cabeza tristemente—. ¡Incluso ahora, la dulce Madre lo sabe, me es imposible empezar a asimilar lo sucedido! Pero, Índigo, existe algo más, algo que es vital que te cuente sobre ese viaje...

El sonido de unos pies que corrían lo interrumpió antes de que pudiera decir más, y Luk irrumpió en la habitación, con *Grimya* a sus talones.

—Índigo, has... —El muchacho se interrumpió al tiempo que sus ojos se iluminaban—. ¡Papá; la has encontrado!

—Pues claro. —Leando extendió un brazo en dirección a su hijo, el rostro ruborizado de orgullo. Entonces vaciló, mirando detrás de Luk a la loba, y su expresión cambió—. Ésa no puede ser...

—Es *Grimya* —repuso Luk alegremente—. ¿Ya te lo dije, verdad, que estaba todavía viva y bien? Ahora puedes verlo tú mismo.

Leando pasó la mirada con rapidez de *Grimya* a Índigo y de nuevo al animal.

—Pero... Índigo, ¿cuántos años tiene?

Índigo sabía lo que pensaba. Leando había regresado tras una ausencia de diez años

encontrándose con que su hijo había crecido hasta convertirse en casi un hombre, con que todas sus amistades habían cambiado. Era algo natural, como lo era el hecho de que él, también, hubiera envejecido con el paso del tiempo... y sin embargo en Índigo y en *Grimya* no veía la menor señal de cambio: ambas tenían exactamente el mismo aspecto que el día en que había zarpado de Simhara.

Índigo recordó el furioso desafío de Macee, y comprendió que debía contarle la verdad.

—Leando. —Tomó su mano y lo acercó a ella—. Tengo muchas cosas que explicarte, y parte de ellas tienen que ver con el enigma sobre *Grimya* y yo. Pero el relato necesita tiempo. —Miró a Luk, no queriendo decir demasiado mientras él pudiera oírla—. Si, esta noche, pudiéramos...

—Esta noche se me ha invitado a cenar con el Takhan. Entonces Leando le dedicó una agria sonrisa—. ¿Ves con qué facilidad sale ahora de mis labios el título? Me he pasado diez años refiriéndome con todo respeto al usurpador como «Takhan» en mi trato con los habitantes de las Islas de las Piedras Preciosas, y la costumbre ha arraigado. Pero no puedo rehusar la invitación; Luk tiene que venir conmigo, y tengo entendido que a ti también te incluirán entre los invitados.

—¿Para completar el feliz cuadro de los amigos reunidos de nuevo?

—Sin duda. Siempre ha tenido un muy afilado sentido do la ironía. Pero cuando esa prueba haya concluido, podemos regresar aquí a charlar.

Significaba retrasarlo más de lo que a Índigo le habría gustado, pero no había otra elección. Asintió.

—Pero, Índigo, antes de ese momento debo hablarte del viaje; advertirte...

—No, Leando. —Una vez más su mirada se deslizó por un instante, de soslayo, hacia Luk—. No aquí; no ahora. Además, creo... Creo que sé lo que quieres decirme. —Vaciló, luego añadió—: Quieres decirme que estamos en peligro, y que en todo esto hay hechicería.

Él la miró sorprendido.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Lo he sabido desde hace mucho tiempo; y muchas otras cosas además. Y Karim...

—¿Karim? —siseó Leando, ansioso—. ¿Lo has visto?

Claro: no sabía nada de la muerte del mago porque Luk había prometido no decir nada, Índigo levanto ambas manos, con las palmas hacia afuera.

—Por favor, Leando. Esta noche te lo contaré todo, pero no me atrevo a empezar ahora. Ambos debemos tener paciencia, unas pocas horas más.

—Pero eres consciente del peligro...

—Sí. Y no voy a hacer nada para exponerme a él, no temas.

Se dio la vuelta y contempló la habitación. Su cálida opulencia le hizo sentir de repente una sensación de claustrofobia, como si otras paredes, invisibles pero palpables, se fueran cerrando a su alrededor y amenazaran con sofocarlos a todos en un mortífero abrazo.

—Esta noche debemos representar nuestros papeles, y reír y llorar según sea necesario. No debemos hacer nada que levante sospechas.

Se escucharon unas débiles voces en el pasillo al otro lado de la puerta, el sonido de pies calzados con sandalias y el tintineo de los móviles de cristal mientras los sirvientes se dedicaban a sus tareas. No podían decirse nada más; el riesgo de que alguien los oyera era demasiado grande. Leando tomo las dos manos de Índigo y se las llevó a los labios para besar sus dedos.

Librodot

—Hasta esta noche, pues. Ah, Índigo... —Se detuvo y sonrió—. No: puede esperar.
La besó de nuevo, en la frente esta vez, y acompañó a Luk fuera de la habitación.

Librodot

CAPÍTULO 21

Leando bajó la mirada a las manos que apretaba con fuerza y dijo, con voz llena de emoción:

—Me resulta imposible asimilarlo, Índigo. Es demasiado... —Se quedó sin palabras.

—¿Increíble? —sugirió Índigo, con suavidad.

listaba sentada en su diván, las piernas cruzadas bajo MI cuerpo y la cálida presencia de *Grimya* a su lado, contemplando a Leando sentado al otro lado de la mesa. Luk estaba sentado en otro diván, apoyado sobre almohadones; había luchado por mantenerse despierto pero iba perdiendo la batalla, y la cabeza se le inclinaba.

—No. —Leando lo había considerado, y ahora sacudió la cabeza con energía—. Ésa es una de las cosas que me desconciertan... te creo. Por lógica sé que no debería hacerlo; pero no puedo ignorar la evidencia, especialmente a la luz de mi propia experiencia. Y la historia de Karim... Sabíamos que había abandonado la corte de forma repentina, y que quería que se olvidara su antigua identidad: nuestra familia lo había conocido durante muchos años, y es por eso por lo que confiaba en que mantendríamos MI secreto. Pero jamás nos quiso decir *por qué* se fue, ni la causa de su ceguera. Pensamos, decidimos, que se trataba de una decisión personal; no sabíamos nada de los archivos de palacio. Ahora es cuando empiezo a entender muchas más cosas.

«Pero en lo que respecta a lo que me has contado sobre ti misma... —Forzó una rápida y pálida sonrisa—. También lo creo. Llámalo instinto si quieres; no tengo una palabra mejor. Pero... por la Gran Madre del Mar, no había previsto *esto.*

Ella no dijo nada más, consciente de que él necesitaba tiempo para dejar que los hechos se acomodaran en su agitada mente. Una conversación larga y seria con *Grimya* bastantes horas antes había reforzado su decisión de contárselo todo a Leando, incluida la verdad sobre su propia misión. Eso, sospechaba, era lo que lo había conmocionado por encima de todo: se había quedado mirándola durante un largo rato cuando ella hubo terminado su relato, el rostro inexpresivo pero los ojos en una lucha silenciosa para equiparar lo que veían con la terrible revelación de la muchacha. Incapaz de envejecer, de cambiar, de morir, hasta que su búsqueda hubiera terminado y el mal arrancado de raíz y destruido: era cosa de leyendas, de los cuentos que se contaban a la luz de las velas a niños adormilados. Pero lo creía. El instinto que había mencionado le decía que no podía hacer otra cosa.

A lo lejos, Índigo escuchó sonar las campanas del puerto que anunciaban las mareas. Debía de ser muy tarde; pero dudó de que ella o Leando pudieran dormir aquella noche. Habían cenado en la sala de recepción privada del Takhan, un raro honor; y el grupo había sido pequeño y selecto. Ella y Leando, Jessamin, hermosa y recatada, al lado de Augon, Luk y Phereniq. Era, había dicho muy solemne Augon a Leando, una acción de gracias por haber regresado sano y salvo y a la vez un recuerdo personal a Mylo y Elsender; e Índigo se había visto obligada a admitir, aunque no sin cierto cinismo, su aparentemente genuina demostración de dolor cuando, sin ostentación ni teatralidad, había mencionado con discreción su respeto por Mylo y cómo se sentía en deuda con la familia Copperguild. Leando había soportado el breve discurso con rígida compostura y había dado las gracias a su anfitrión con toda cortesía. Tan sólo Índigo —y, a ella le dio la impresión, Luk— habían observado el destello de odio en sus ojos mientras ocupaba su lugar en la mesa.

La reunión había transcurrido bastante bien; aunque Phereniq llamó la atención por su silencio. La astróloga tenía mal aspecto; su mirada era vidriosa y carecía de coordinación; su mano temblaba al comer, y en una ocasión volcó una copa de vino produciendo una gran mancha rojiza sobre el mantel adamascado. Puesto que la conocía de antiguo, Índigo se dio cuenta de que la mujer se había drogado casi hasta la inconsciencia, y sintió lástima por ella. Ella y *Grimya* y los Copperguild no eran, al parecer, las únicas personas de Khimiz que no deseaban ver casado a Augon Hunnamek; y éste era el único consuelo de Phereniq.

Y luego, cuando la pequeña recepción hubo terminado y llegó el momento de las despedidas, Augon tomó las manos de Índigo y, con Leando esperando sólo a un paso de distancia dijo:

—Espero, mi querida Índigo, que aún pueda surgir la alegría de la tragedia. Me satisfaría en gran manera saber que mi felicidad y la de la Infanta pudieran verse reflejadas sin demora en la tuya propia.

Las mejillas de Índigo se tiñeron de rojo, y no se atrevió a encontrarse con la mirada de Leando. Ninguno de los dos dijo una palabra mientras regresaban con Luk a la habitación de ella; y ella había dado por supuesto que el tenso silencio de Leando emanaba, como el de ella, de la perplejidad y la cólera. Pero ahora, mientras lo contemplaba y veía su batalla interior para asimilar y aceptar lo que le había contado, la muchacha comprendió que había cometido un error fundamental.

Él levantó la cabeza bruscamente y clavó sus ojos en los de ella, y el rostro de la joven debió delatarla.

—¡Oh, Diosa de misericordia! —Se puso en pie, hizo como si fuera a avanzar hacia ella y luego cambió de idea—. ¿*Qué* he de hacer, Índigo? Había ensayado lo que iba a decirte hasta la última sílaba. Se ha estado desarrollando todos estos años en las Islas de las Piedras Preciosas, y parecía tan justo... Todas tus canas, y las cosas que Luk me ha contado... —Dirigió una rápida mirada a su hijo como para disculparse, pero Luk se había dormido—. Había pasado mucho tiempo planeando nuestro futuro juntos. —Una aguda carcajada irónica se escapó de su garganta antes de que pudiera evitarlo—. Debes de encontrar esto difícil de creer de mí. Pero...

—Por favor, Leando. —Sentía un nudo en la garganta—. No digas nada más.

Él aspiró con fuerza.

—No. Tienes razón; no debiera haber dicho nada. Pero lo adivinaste, ¿no es así?

—Sí —le respondió con suavidad—. Lo adiviné.

—Y tú... —Era él ahora el que luchaba por encontrar las palabras, queriendo salvar las apariencias y sin embargo en busca al mismo tiempo de alguna seguridad—. Si as cosas hubieran sido diferentes, Índigo, ¿crees que podía haber sido posible que...?

Índigo cerró los ojos. No quería mentir; pero había veces en las que la verdad sólo hacía daño sin que sirviera para nada. Y quizá, pensó, si las circunstancias hubieran sido diferentes...

—Creo que podría haber sido posible —respondió.

Durante lo que pareció un largo espacio de tiempo se produjo un gran silencio y quietud en la habitación. Leando contemplaba el oscuro jardín del exterior en actitud tensa. Luego, de forma tan brusca que tanto Índigo como *Grimya* se sobresaltaron, unió las manos dando una palmada. Era un gesto de ritual, el cerrar de un libro, de una persiana; y cuando se volvió de nuevo hacia ella su expresión volvía a ser de calma.

Librodot

—Es una máxima favorita de mi abuela que el pasado, al ser una acción pretérita y por lo tanto inmutable, es algo que es mejor dejar tranquilo. —Regresó a su asiento, se sentó y se sirvió una nueva copa de vino—. Y tenemos el futuro en que pensar; incluso aunque no sea exactamente el futuro que yo tenía en mente.

Le dedicó una leve y forzada sonrisa, e Índigo supo de forma intuitiva que no volvería a mencionarle nunca más sus frustradas esperanzas, que a partir de aquel momento sería simplemente Leando su camarada en la conspiración y su amigo; nada más. Esperaba tan sólo su definitiva confirmación: la joven le devolvió la sonrisa, y con ella un apenas perceptible gesto de asentimiento con la cabeza.

Leando suspiró con una mezcla de pesar y alivio, y cuando habló de nuevo su tono había cambiado: era enérgico y práctico.

—Hemos sufrido un gran revés —dijo—. Parece inhumano considerarlo de esta forma, y ser tan prácticos cuando deberíamos estar llorando la pérdida de nuestros parientes y amigos. Pero el tiempo no se detendrá ante nuestros delicados sentimientos. Y no creo que Karim ni Mylo ni Elsender habrían querido que perdiéramos el poco que nos queda, Índigo, sólo tenemos once días para acabar con el usurpador. Debemos encontrar una forma de matarlo antes de que sea demasiado tarde...

Era lo que Índigo había temido que dijera, y sacudió la cabeza en enérgica negativa.

—Leando, eso no es factible. Si es lo que yo creo que es, entonces ¿qué armas poseemos que puedan sernos de alguna utilidad? El veneno o una espada no le harían daño: pueden herir su forma humana, pero de nada sirven contra lo que existe bajo ella. ¡Nos enfrentamos a un *demonio,* no a un hombre mortal! ¿Tienes... perdóname pero, nenes alguna idea de lo que eso significa?

La miró entristecido, inseguro de sí mismo, y con una amarga punzada Índigo se acordó del primer demonio con el que se había encontrado, años atrás en el valle de Charchad, y el terrible poder que se había necesitado para lograr su destrucción.

—Sólo sé una forma de luchar contra este tipo de mal siguió ella con calma—. El fuego con el fuego: a la hechicería se la derrota con la hechicería. Pero tú y yo no somos magos, Leando. Y si intentamos ir en contra de Augon Hunnamek sin ayuda, la única cosa que conseguiremos destruir será a nosotros mismos.

—Pero ¿qué otra alternativa tenemos? —contraatacó Leando—. Karim sabía algo de magia, y eso nos habría ayudado, pero...

—Pero Karim está muerto —lo interrumpió Índigo—. , No te dice eso ya más que suficiente? El talento de Karim no pudo salvarlo cuando lo atacaron. ¿Cómo habría podido vencer en una confrontación cara a cara?

Leando reconoció que tenía razón.

—Muy bien. Acepto eso; y no soy tan estúpido como para despilfarrar mi vida sin que sirva para nada. Pero si no podemos matar a Augon Hunnamek, ¿quién puede?

—No lo sé.

Índigo sintió cómo la frustración se apoderaba de ella al tiempo que el ya bien conocido razonamiento circular empezaba de nuevo a dar vueltas en su mente. Sin un arma lo bastante fuerte no se atrevían a atacar a su enemigo. No obstante, si no lo atacaban, el poder diabólico llegaría a su plena manifestación dentro de once días justos, y entonces toda esperanza habría desaparecido. Estaban, al parecer, en un callejón sin salida.

Leando contemplaba su copa con el entrecejo fruncido, dando vueltas a su pie entre las

Librodot

manos y observando la agitación del vino en el recipiente como una diminuta marea. De repente dijo:

—Existe una posibilidad. Años atrás, cuando Mylo, Karim y yo hicimos nuestros planes por primera vez, incluimos una eventualidad. No pensamos que jamás necesitaríamos utilizarla, y ahora, con sólo dos de nosotros para llevarla a cabo, no será fácil, pero puede darnos algo de tiempo.

Índigo se inclinó hacia adelante ansiosa.

—Cuéntame.

Alzó los ojos hacia ella.

—No puede haber boda si no hay novia. Si la Infanta desapareciera, ¿qué podría hacer el usurpador entonces?

—¿Quieres decir... secuestrarla?

—Exactamente.

Índigo consideró la idea.

—Sería peligroso, Leando. Ya sabemos lo que les ha sucedido a aquellos que han intentado oponerse a la voluntad del matrimonio.

—Cierto. ¿Pero qué riesgo sería mayor? ¿Ése, o quedarse *a* un lado y contemplar la celebración de la boda?

Índigo observó a *Grimya,* que yacía con el hocico sobre el regazo de su amiga. Los ojos de la loba brillaban ambarinos en la habitación en penumbra, y le dijo en silencio:

«Creo *que puede ser el único camino. Y él tiene razón: u» hacer nada sería peor.»*

—No sé cómo podríamos conseguirlo, o a dónde podríamos llevarla —continuó Leando, bajando la voz aunque no había nadie que pudiera oírlos—. Pero no son problemas insalvables: podríamos huir por mar o ir al desierto. Y aunque Augon pudiera perseguirnos físicamente, creo que se contendría de llevar a cabo cualquier otra acción por temor a hacer daño a la Infanta. Luego, una vez la conjunción haya pasado, podemos decidir qué hacer para que todo salga bien.

Se trataba de un proyecto insensato, pero a pesar de ello Índigo empezó a sentirse excitada. Leando tenía razón al decir que Augon no se arriesgaría a poner en peligro a Jessamin: y si ellos conseguían llevársela, llevársela lejos lo Simhara, al menos tendrían un respiro. De momento a ella no se le ocurría nada más allá de aquel punto, pero no importaba: habrían alejado el inminente desastre. Y, va que al parecer no había otros caminos abiertos a ellos, era una posibilidad que no podían permitirse despreciar.

—Necesitamos planear cada paso con el mayor cuidado —contestó ella—. Pero... creo que podemos hacerlo.

IJQS ojos de Leando se iluminaron.

—¡Sé que podemos, Índigo! —Entonces vaciló—. Sólo hay una condición que debo poner. —Dirigió una rápida mirada al otro diván, en el que Luk seguía durmiendo—. No quiero que Luk se vea involucrado en esto. Es demasiado joven y demasiado vulnerable. Yo arriesgaré mi propia seguridad, pero no arriesgaré la suya.

—Puede que tenga que verse involucrado —indicó Índigo—. No podemos arriesgarnos a dejarlo en Simhara; eso lo pondría aún en mayor peligro.

—Lo sé; pero de momento no debe saber nada de nuestros planes. Lo dejaré con mi abuela, y una vez que tengamos a Jessamin a salvo lejos de la ciudad, enviaré a buscarlo.

—Existe una complicación —repuso Índigo.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has dado cuenta? ¿Luk no ha dicho nada?

El rostro de Leando estaba totalmente en blanco, Índigo suspiró.

—Leando, Luk está enamorado de Jessamin. Hace meses, cuando se enteró de que regresabas a casa, me dijo que todo se arreglaría, porque tú detendrías la boda y le darías tu bendición para que se casara con Jessamin en lugar de Augon Hunnamek.

Leando la contempló, aturdido.

—Madre del Mar... —dijo al fin, y miró rápidamente de nuevo en dirección al diván y a su hijo dormido— Pero si no es más que un niño...

—Tiene trece años —le recordó Índigo—. Lo bastante mayor como para considerarse casi un hombre. —Y añadió suavemente—: Has estado fuera durante mucho tiempo.

—Sí. —La frente de Leando se arrugó—. Sí; es cierto... y resulta tan fácil de olvidar... Pobre Luk... —Aspiró con fuerza apretando los dientes—. Esto no va a ser una tarea sencilla, Índigo. Pero todavía pienso que es la única elección que tenemos.

—Quizá deberíamos no decir nada más de momento —indicó Índigo y se puso en pie—. Nos veremos de nuevo tan pronto como podamos, y entretanto estudiaré el programa de las actividades de la Infanta para los próximos días y veré si puedo encontrar el momento más propicio para nosotros. Cuando...

Y se interrumpió a mitad de la frase cuando *Grimya* de repente proyectó una muda y silenciosa advertencia. Hubo un movimiento en la periferia de su visión. Su cabeza giró a toda velocidad, y vio a Jessamin de pie en la puerta que conectaba sus aposentos con los de Índigo.

—*¡Chera!*

Índigo sintió cómo sus mejillas se ruborizaban de sorpresa y contrariedad. ¿Cuánto tiempo había permanecido la niña allí, sin que nadie lo advirtiera? Sin duda no habría podido oír...

Jessamin se frotó los ojos.

—Me he despertado y he oído vuestras voces —dijo; luego.

Movió una mano a la boca para ahogar un bostezo—. Lo siento. No quería interrumpir. —Miró tímidamente a Leando y sonrió, luego miró detrás de él al diván— ¿Duerme Luk?

Aliviada, ya que parecía que nada se había estropeado, Índigo se acercó a la Infanta y la rodeó con su brazo, echándole hacia atrás los despeinados cabellos.

—Sí, querida mía, y tú también deberías hacerlo. ¿Qué es lo que te ha despertado?

—No lo sé. No creo que estuviera soñando, Índigo, ¿puedo tomar un poco de ponche de frutas?

—Desde luego.

Se volvió hacia la mesa y Leando le tocó el brazo.

—Nos iremos ahora, Índigo. Te vendré a ver mañana, si me lo permites...

—Sí..., por favor.

Observó mientras cogía a Luk en sus brazos —el muchacho ni se movió— y se dirigía a la puerta que daba al pasillo, Índigo lo acompañó y, en el umbral, Leando vio que Jessamin los contemplaba por encima del borde de su copa, y fingió besar a Índigo en la frente.

—Hasta mañana.

La puerta se cerró tras él. Jessamin se terminó su ponche y depositó la copa sobre la mesa, luego dejó que Índigo la condujera de nuevo a su dormitorio. Mientras se acomodaba entre las sábanas de seda, dijo.

—Me siento muy feliz por ti, Índigo.

Librodot

—¿Feliz por mí?

—Ahora que el padre de Luk ha vuelto, *chero* Takhan me ha dicho que te vas a casar con él pronto.

—Yo... —No, pensó; lo mejor era no decir nada—. Gracias, *chera.* —Su voz sonaba un poco forzada.

—Yo seré Takhina entonces, de modo que no podré ir detrás de ti y arrojar la red de la Madre del Mar sobre tus cabellos. Pero te haré un regalo muy especial. Cualquier cosa que yo quiera, dice *chero* Takhan. Pensaré muy bien ni ello.

Índigo sintió como si el corazón se le partiera. Tanta dulzura, tanta inocente alegría. Debían tener éxito en lo que habían decidido hacer, se dijo con *fiereza.* La alternativa era impensable.

—Eres un encanto y muy buena, Jessamin —repuso, intentando no dejarse dominar por la emoción—. Y siempre te querré.

—Yo también te quiero, Índigo.

Jessamin tendió los brazos hacia arriba y la abrazó. Mientras Índigo salía en silencio de la habitación se acostó de nuevo, y sólo sus satisfechos ojos color miel tostada quedaron visibles como tenues lámparas brillando en la oscuridad.

Estaban listos. Aunque se veía constantemente atormentada por la incertidumbre, perseguida por temores de que algo saldría mal en el último instante, Índigo comprendía que no se podía hacer otra cosa que rezar a la Madre Tierra para que el plan saliera bien.

Había resultado fácil preparar frecuentes encuentros con Leando durante los cuatro días que siguieron a aquella primera reunión. Con pocas obligaciones en palacio que la limitaran, había estado libre de hacer casi por completo lo que deseara, y aunque la sonriente aprobación de Augon; le repugnaba, era, no obstante, una bien recibida cortina de humo para el auténtico motivo de sus citas.

Escoger el momento oportuno para el secuestro de Jessamin había sido, afortunadamente, cosa fácil. Dos noches; antes de la boda, Augon Hunnamek planeaba observar una tradición khimizi según la cual la novia y el novio celebraban ambos, por separado, su inminente paso del estado de soltería al de casados. Las dos celebraciones tendrían lugar de forma estrictamente separada, los hombres se reunirían todos en uno de los jardines de palacio mientras que las mujeres se reunirían en otro; y todo el mundo, desde el principal consejero al más bajo de los sirvientes, debería estar presente. Hacia la medianoche más o menos casi todos los celebrantes estarían ya desenfrenadamente borrachos —eso, también, era parte de la tradición— y no habría mejor oportunidad para hacer desaparecer a Jessamin.

La parte de Índigo en el plan era relativamente sencilla. Sólo tenía que asegurarse de la conformidad de Jessamin, y eso lo podía conseguir con facilidad. Una dosis de un cierto polvo en el vino aguado que se le permitía beber a la Infanta en ocasiones especiales, y la niña dormiría profundamente hasta el día siguiente. Le administraría la droga durante la fiesta, y el cansándole la Infanta se achacaría un sólo a la sobreexcitación; Índigo se la llevaría a sus aposentos, lejos de la concurrencia, y allí la esperaría Leando. Luk había sido instalado a buen recaudo en casa de su bisabuela; *Grimya* vigilaría en los tranquilos jardines exteriores; las puertas del palacio estarían mal custodiadas debido a la fiesta, y podrían deslizarse fuera sin que nadie se diera cuenta hasta la mañana siguiente, en que fuese a buscar a Jessamin.

El día de la fiesta prenupcial, los nervios de Índigo estaban a punto de estallar. Exteriormente, realizó sus deberes con tranquilidad, pero su mente era un torbellino, al igual

Librodot

que su estómago. Daba un brinco al menor ruido, se veía incapaz de concentrarse en nada por más de cinco minutos seguidos, y una y otra vez regresaba al ornado armarito de su habitación para dar una mirada a los polvos que había preparado y asegurarse una vez más de que los componentes y la dosis eran correctos.

Pero por fin el sol empezó a ponerse, y se encendieron los faroles y los músicos empezaron a tocar y comenzaron a llenarse las primeras copas de vino; y con Hild a su lado, Índigo condujo a Jessamin por el sendero de losas hasta el jardín de las mujeres a recibir a sus invitadas.

La Infanta estaba radiante. De acuerdo con el significado de la celebración —su última aparición pública como doncella— llevaba un sencillo vestido azul celeste, y sus únicas joyas eran su anillo de compromiso y un sencillo aro de perlas marinas que le ceñía la frente. Sus cabellos estaban sueltos, cayendo en forma de cascada sobre sus diminutos hombros, y se movía con solemne dignidad mientras, con sus acompañantes, avanzaba por entre la multitud.

Índigo permitió que Hild la distrajera por un tiempo, con sus últimos chismorreos palaciegos. Se sintió agradecida por aquel respiro, y asintió y rió y expresó su sorpresa según requería la ocasión mientras Hild le relataba nuevos escándalos y anécdotas. Pero durante todo ese tiempo parte de su atención estaba fija en Jessamin, y su mente aguardaba, calculando el momento oportuno.

Cuando ese momento llegó resultó demasiado fácil, casi como si la misma Jessamin estuviera confabulada en la conspiración. Se acercó a Índigo sonriente y le pidió otra bebida: ¿podría beber tan sólo *un poquito* de vino sin agua, ya que ésta era una noche especial? Índigo fingió dejarse convencer, incapaz casi de creer en su buena suerte: el vino sin agua disimularía mejor cualquier sabor que pudieran dejar los polvos, y le sirvió a Jessamin una copa de la mejor cosecha de palacio. La droga pasó inadvertida a todo el mundo, disolviéndose rápidamente en el rojo líquido, y la Infanta sorbió con expresión satisfecha, mirando de soslayo a Índigo con el ilícito y compartido placer de aquella aventura en el mundo de los adultos.

Los polvos no tardaron en hacer efecto. Al cabo de quince minutos, Jessamin había encontrado una silla y se había sentado, y aunque se resistía obstinadamente, Índigo vio los bostezos que intentaba ocultar. Hild los vio también y arrugó el entrecejo.

—*Ana.* La pequeña *chera* está cansada, creo. Demasiada excitación: ¡se olvidan de que no es más que una niña!

—Le he dado un poco de vino puro —le confió Índigo—. Sé que no he debido hacerlo, pero deseaba tanto sentirse como una mujer adulta... —Se encogió de hombros fingiendo un impotente sentimiento de culpabilidad, y Hild sonrió.

—Probablemente una buena cosa para ella. Tiene otro ensayo de la ceremonia mañana, y luego al día siguiente... Bien, todos sabemos lo que sucederá. Quizá es mejor que duerma un poco.

Índigo le dio las gracias en silencio a la Madre Tierra.

—Sí; estoy de acuerdo. —Sonrió—. La llevaré a su habitación. No se sentirá demasiado desilusionada.

—¡Ah; eso está bien! ¿Quieres ayuda?

—No, no; me las puedo arreglar.

Jessamin se tambaleaba ya cuando Índigo la ayudó a salir, sacándola del jardín y acompañándola por el sendero. Pocos advirtieron su marcha; tal y como había previsto, el

Librodot

vino era de bastante graduación y las mujeres cedían alegremente a sus efectos. Cuando alcanzaron el silencioso refugio de las habitaciones, la cabeza de la Infanta se Balanceaba contra el brazo de Índigo; Índigo no la desvistió, se limitó a colocarla sobre su lecho, con el ligero edredón sobre su pequeño cuerpecito y vigiló luego hasta asegurarse de que la niña estaba profundamente dormida.

Hasta ahora, todo iba bien. Regresó a sus habitaciones y miró el reloj que tenía sobre una mesita. Faltaba una hora para que llegara Leando; se habían dado un ancho margen para mayor seguridad. Todo lo que tenía que hacer ahora era regresar a la reunión, y esperar el momento indicado.

Cuando éste llegó, el baile se había iniciado. Libres de las limitaciones de ocasiones más formales, algunas de las mujeres habían persuadido a los músicos para que desempolvaran de su memoria algunas de las antiguas danzas marineras, y una alegre danza estaba en todo su apogeo Cuando Índigo levantó la mirada y vio que la parte inferior de la luna rozaba apenas las enredaderas que cubrían el muro este. Se levantó, dejando su copa —no había bebido otra cosa que zumo de frutas y agua durante toda la noche, aunque nadie se había dado cuenta— y, colocándose detrás de un grupito de sirvientas que acompañaban la danza con sus palmas, se deslizó fuera del círculo de luz de los faroles, y marchó a sus habitaciones.

Leando la esperaba. La habitación estaba iluminada tan sólo por una lámpara; pero incluso en la penumbra la joven pudo apreciar la tensión de su rostro.

—Están bailando. —Mantuvo la voz apenas en un susurro—. Y dudo de que haya una sola que esté sobria de entre ellas.

—Ocurre lo mismo con los hombres. Incluso Augon Hunnamek acusa los efectos de la bebida, demos gracias por ello a la Gran Diosa. ¿Y Jessamin?

—Dormida desde hace una hora. No se despertará.

—Bien. —Leando miró a su alrededor—. ¿Has recogido todo lo que quieres llevarte contigo?

—Solo necesito ropa de viaje para mí y para Jessamin, y mi arpa. Todo está listo.

—Entonces lo mejor es que no perdamos tiempo.

Fueron juntos hacia los aposentos de Jessamin. Los lejanos sonidos de la fiesta penetraban débilmente por la ventana abierta, aunque apenas si soplaba una ligera brisa, Índigo dedicó una última y prolongada mirada a la habitación que había sido su hogar durante más de diez años. No sentía dolor, ni pena; sólo una sensación de vacío mientras el abismo de un futuro desconocido se abría ante ella. Contuvo esa sensación con un esfuerzo, abrió la puerta de Jessamin, y entró.

No había ninguna luz en la habitación de la Infanta, pero un leve resplandor procedente de la luna se filtraba por la ventana, arrojando una pátina metálica sobre las lujosas colgaduras y el lecho. Era suficiente para poner de manifiesto que la cama estaba vacía.

—¡Leando! —El frenético siseo de Índigo hizo que él se acercara deprisa a la puerta, mientras ella empezaba a volverse excitada en su dirección.

Y de detrás de la cama, una forma se movió con una sinuosa convulsión.

La intuición le gritó una advertencia, pero la mente consciente de Índigo reaccionó con más lentitud. Durante un instante crucial la advertencia no se registró, y en esa fracción de segundo la serpiente plateada se alzó con furia de entre las sombras, volcando la cama, una mesa, una silla, mientras su enorme y desenrollada longitud surgía como un trallazo de una oscuridad situada más allá de los planos físicos y se abalanzaba a través de la habitación en

Librodot

dirección a su garganta.

Librodot

CAPÍTULO 22

El alarido de horror de Leando coincidió con el enloquecido, insensato siseo de la gigantesca serpiente en el mismo instante en que ésta se lanzaba contra ellos, Índigo tuvo una fugaz visión de los dos venenosos colmillos centelleantes ante su rostro, y se echó a un lado, se golpeó contra el quicio de la puerta y rebotó, perdiendo el equilibrio, hasta el suelo. La serpiente se alzó ante ella, su cabeza tocando casi el elevado techo, y mientras siseaba de nuevo, la muchacha vio chorrear agua de sus sinuosas escamas; las gotas brillaban como joyas que hubieran salido despedidas. Con horror, comprendió que aquello no era una criatura mortal sino una manifestación de una fuerza diabólica, su existencia abarcaba a la vez el mundo físico y el astral. Gateó para ponerse en pie, mientras alzaba una mano en un instintivo movimiento para cubrirse...

Y de repente la figura de Leando se interpuso entre la serpiente y ella. La hoja de un largo cuchillo centelleó en su mano derecha levantada, con los músculos en tensión para golpear...

—¡Leando, no! —aulló Índigo— No es mortal, ¡no puedes matarla así!

Sus últimas palabras se vieron eclipsadas por un ruido que pareció estallar de la nada y vapuleó sus sentidos en una gigantesca sacudida sonora. Era el rugir del agua, una catarata, un maremoto que retumbaba por la habitación y lanzaba su frenético grito al vacío. Llameó una luz azul verdosa, y con ella vino una sensación de retorcida distorsión —las paredes se doblaban, las formas conocidas; se deformaban, se ondulaban como si un mar furioso se hubiera abierto paso con violencia y hubiese ahogado al mundo. Jadeante —sabía que respiraba aire, pero tenía que combatir la ilusión queje decía que sus pulmones se estaban llenando de agua—, Índigo intentó lanzarse hacia Leando, con la intención de hacerlo a un lado antes de que la monstruosa serpiente pudiera caer sobre él. Pero sintió como si intentara luchar con una enorme pared de agua, que la presionaba hacia atrás, la hundía, ralentizaba cada momento convirtiéndolo en fragmentos nebulosos que se movían a la deriva. No podía coordinar el movimiento de sus brazos y piernas; sus brazos parecían flotar, y todo sucedía tan despacio, *tan despacio...*

—¡Leando! —gritó de nuevo.

La palabra se fraccionó en sílabas arrastradas y atronadoras, y su tono bajó, distorsionándose, desvaneciéndose; muy por debajo del espectro audible mucho antes de que pudieran llegar a su destino. Una traicionera luz de las profundidades cruzó ondulante el rostro de Leando mientras éste se volvía con insoportable lentitud hacia ella, los brazos extendidos como un nadador que se hunde, los ojos desorbitados por la incomprensión, Índigo empujó con todas sus fuerzas para vencer la terrible resistencia del aire, agitaba los brazos, se esforzó por ir hacia él en un intento por avanzar antes de que fuera demasiado tarde...

La serpiente atacó. Libre de la ilusión que tenía atrapados a Índigo y a Leando, pareció moverse con la velocidad del rayo, desdibujándose en un haz de energía color gris plata al tiempo que se lanzaba en picado, Índigo se echó a un lado en un movimiento reflejo totalmente involuntario, y al hacerlo, la imagen de la habitación estalló en mil pedazos, cayendo sobre ella como una lluvia de cristales. La ilusión se rompió, el tiempo encajó de nuevo en su lugar, y escuchó el alarido de dolor y terror de Leando cuando el cuerpo sinuoso de la serpiente se arrolló alrededor del suyo, sujetó sus brazos, e hizo que el cuchillo cayese de su mano inmovilizada. Cayó hacia atrás, el demonio se estrelló junto con él contra el suelo;

entonces su grito se convirtió en un espantoso y estrangulado sonido cuando los plateados anillos se estrecharon a su alrededor y le quitaron el aire de los pulmones al tiempo que intentaba aplastarlo.

Los nervios y los músculos de Índigo parecieron arder cuando la conmoción producida por la liberación del encantamiento que la sujetaba sacudió su cuerpo. Perdió el equilibrio y salió despedida a través de la habitación para chocar contra un diván; luego giró hacia atrás, tropezó con una alfombra y cayó cuan larga era, los miembros incapaces de ajustarse al cambio con la rapidez suficiente. Vio corno Leando y la serpiente se debatían en el suelo, la enorme cabeza del reptil salió disparada hacia adelante, las mandíbulas bien abiertas intentaban asestar el golpe mortal definitivo; escuchó el sonido del hueso al quebrarse...

Se impulsó por la habitación, en un intento por alcanzar el cuchillo caído que se había deslizado debajo de una silla. Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura; intentó llamar a *Grimya* mentalmente, pero no había tiempo de reorganizar su mente más allá del grito de alarma. No se detuvo a pensar, sino que se puso en pie de un salto y se arrojó contra el caos de miembros humanos y anillos viperinos. El cuchillo se hundió y se clavó a través de las escamas plateadas hasta alcanzar carne palpitante; un líquido repugnante que no era ni sangre ni agua marina pero que poseía elementos de ambas y apestaba a algas podridas brotó de la herida y le salpicó rostro y brazos. La serpiente siseó y el siseo se convirtió en un gruñido que resultó asombrosamente humano: su gran cabeza se volvió y durante una décima de segundo Índigo se encontró cara a cara con sus diminutos y estúpidamente malignos ojillos. Luego, con tal rapidez que de ninguna manera hubiera podido esquivarla, la cola plateada le asestó un golpe terrible, estrellándose contra ella con tremenda fuerza. Se vio arrojada al otro extremo de la habitación como si no pesara nada, y cayó sobre una mesa a la que convirtió en astillas mientras la jarra, las copas y los adornos que había sobre ella salían disparados en todas direcciones. La parte posterior de su cabeza se golpeó con algo que no cedió, e Índigo cayó aturdida entre pedazos de madera y cristal y vino derramado.

El golpe hizo que todo se volviera rojo ante sus ojos. Su boca se abrió pero no salió ningún sonido; sus sentidos parecían haber enloquecido: imágenes y sonidos se precipitaban sobre ella en enloquecida confusión. Vio a la serpiente que sangraba todavía pero sin que la herida que le había infligido pareciera molestarla demasiado; se retorció de nuevo y el pecho de Leando quedó al descubierto por un instante, torcido en una contorsión imposible entre los destructores anillos. Su cabeza dio una sacudida, girándose hacia ella; y la muchacha vio su lengua, negra e hinchada, que sobresalía de entre unos labios salpicados de espumarajos sanguinolentos, y sus ojos que parecían a punto de saltar de las órbitas. Escuchó de nuevo el nauseabundo sonido de los huesos al romperse, y un chirrido espeluznante brotó de la garganta de Leando al redoblarse su terrible agonía. Entonces la serpiente levantó la cabeza de nuevo, apuntó, abriendo más y más las mandíbulas...

La parálisis de Índigo se disolvió en un incipiente alarido de protesta, una suplica desesperada a cualquier poder benigno que pudiera escucharla. Extendió los brazos, las manos daban zarpazos en dirección a Leando como si quisiera arrancarlo físicamente de la monstruosidad que le exprimía sus últimos restos de vida, pero una nauseabunda sensación de vértigo hizo su aparición como una oleada, la habitación se hinchó y balanceó ante sus ojos, no le era posible llegar hasta él...

La cabeza de la serpiente descendió a toda velocidad, y el sonido más espeluznante que Índigo había oído jamás atravesó sus tambaleantes sentidos cuando la serpiente desgarró la

Librodot

garganta de Leando, le partió la columna vertebral, hizo pedazos los huesos del cuello y la mandíbula y casi le arrancó la cabeza de los hombros. Un surtidor rojo estalló sobre los convulsionados cuerpos y la última y aterradora visión que tuvo Índigo fue la de la diabólica serpiente que se retorcía y avanzaba hacia ella antes de que el color rojo se transformara en negro y luego en vacío cuando ella perdió el conocimiento.

Por un momento, pasada la confusión, la habitación quedó totalmente en silencio, Índigo yacía inmóvil; Leando —desgarrado casi en dos y apenas reconocible como ser humano— era un despedazado resto que flotaba en el mar de su propia sangre. Y entre ambos, la enorme serpiente permanecía suspendida en el espacio como una espada supernatural en equilibrio, la cabeza meciéndose de un lado a otro, los ojos brillando tan duros, fríos e insensibles como diamantes mientras su mirada se trasladaba del uno al otro. Siseó una vez más, un sonido estremecedor en aquella repentina quietud. Luego, despacio, muy despacio, empezó *a* doblarse hacia adelante, su maligna mirada clavada ahora en la figura inmóvil de Índigo, mientras que las mandíbulas empezaban a abrirse, preparada, anticipándose...

Se produjo un sonido fuera, en el pasillo. No era audible para el oído humano, pero la plana cabeza del reptil se alzó bruscamente y el cuerpo giró en dirección al lugar del que provenía la perturbación. Unos sentidos inhumanos investigaron más allá de la puerta, y encontraron calor, movimiento, la conciencia de un animal de sangre caliente...

La serpiente lanzó un nuevo siseo y esta vez se reflejaba rabia frustrada en el sonido. Abandonó su nueva presa y se revolvió con rapidez, enroscando de nuevo su cuerpo sinuoso en el destrozado cadáver de Leando. Los miembros del hombre se agitaron en una espasmódica y horrible imitación de vida cuando los anillos se cerraron con más fuerza; entonces, las figuras tanto del reptil como del hombre se estremecieron como un espejismo en el desierto. Por un instante el contorno de la habitación brilló a través de la solidez de sus cuerpos; luego se produjo un sonido que no era un sonido, una potente entrada de aire, y, llevándose con él los restos de Leando, su sangre, toda señal de su existencia física, el demonio se desvaneció del inundo en el mismo instante en que *Grimya* se abalanzaba contra el otro lado de la puerta.

«—¡Índigo! ¡Índigo!—»

La loba proyectó su frenético grito una y otra vez mientras arañaba la puerta de los aposentos. La madera mostraba las profundas marcas de sus uñas, pero la puerta permanecía obstinadamente cerrada; el pestillo estaba corrido en la parte interior, y nada de lo que hiciera *Grimya* la obligaría a abrirse. Empezó a dar vueltas a un lado y al otro angustiada al darse cuenta de que sus esfuerzos eran inútiles, y contuvo el impulso de aullar.

El grito de horror de Índigo cuando la serpiente asesinó a Leando había llegado hasta la loba, que aguardaba junto a una puerta lateral en sombras en los jardines palacio, penetrando en su mente como un cuchillo en silenciosa agonía telepática. La loba había tardado menos de un minuto en abandonar los matorrales a toda velocidad y penetrar en el palacio en ayuda de su amiga: pero ahora había encontrado este obstáculo, e Índigo no quería o no podía contestar a sus desesperados intentos de comunicarse.

Se preparó para lanzarse con todo su peso contra la puerta con la esperanza de demostrar ser más fuerte que el pestillo; pero justo cuando empezaba a retroceder para tomar impulso, escuchó voces y pasos a su espalda, y entonces J alguien dijo:

—¿Grimya?

Jadeante, la loba se volvió en redondo, y vio a Hild con dos de las criaditas de la Infanta

que se acercaban por el pasillo. *Grimya* empezó a mover la cola, ansiosa, luego lanzó un gemido y volvió a arañar la puerta.

—¿Qué sucede? ¿Tu dueña no ha regresado de la fiesta, y no puedes entrar?

Hila se adelantó y posó la mano sobre el pequeño pomo redondo que hacía funcionar el pestillo desde el exterior, y que *Grimya* no había podido manipular. La puerta se abrió de par en par; *Grimya* se escurrió en el interior del la habitación, derribando casi a la niñera, y vio la mesa rota, el vino derramado, y una forma oscura e inerte que yacía entre los restos.

Hild había empezado a dar la vuelta, pero el aullido estrangulado de la loba la sobresaltó y la hizo regresar a la puerta. En la semioscuridad pasaron algunos segundos antes de que pudiera visualizar la escena, pero cuando lo hizo lanzó una ahogada exclamación de espanto.

—*¡A-na!* —Corrió hacia la figura inerte de Índigo mientras sus acompañantes se agolpaban en la puerta. Su mano empezó a gesticular frenéticamente—. ¡Luz, traed más lámparas! ¡Está demasiado oscuro para ver bien!

Más calmadas, se apresuraron a obedecer, y cuando la habitación pasó de la penumbra a un relativo resplandor. Hild se agachó junto a Índigo, recorriendo con dedos expertos su cabeza, cuello y miembros. Luego levantó la cabeza y paseó la mirada por la habitación. Nada estaba fuera de lugar; nada a excepción de la mesa que Índigo había roto al caer.

—Debe de haber bebido demasiado. —Había un tono irónico en su voz—. Regresó aquí, tropezó y se golpeó la cabeza. Clerri —agitó una mano para llamar a una de las doncellas que contemplaban la escena con vivo interés—, ve a buscar a un médico, ¿sí? No creo que Índigo tenga mucho daño, pero es mejor estar seguro. —Entonces, mientras la muchacha se iba a toda prisa, Hild se detuvo— G*rimya?* Eh, ¿qué sucede?

Grimya estaba inmóvil en medio de la habitación, los ojos fijos en un punto del suelo. No había nada visible allí, ni escombros, ni líquido derramado, pero los pelos «leí lomo de la loba se habían erizado y sus hocicos temblaban. Un gruñido sordo resonó en su garganta.

—*¡Grimya!—repitió* Hild—. ¡Todo está bien..., no seas tonta!

Los ojos ambarinos se volvieron parpadeantes hacia ella, y *Grimya* se lamió el hocico. La mujer tenía razón: no había nada que ver, ningún peligro, ninguna amenaza. Sin embargo había olido algo, lo había percibido... Su hocico se ensanchó de nuevo y comprendió que la aberración se había marchado. No obstante había habido *algo.*

Gimió y se acercó a Índigo. Hild se puso en pie con un esfuerzo y empezó a acariciar el cuello del animal.

—Así; todo va bien. Lo mejor será que vea a la Infanta.

Tomó uno de los faroles y, cruzando la habitación, abrió la puerta contigua. La luz de la lámpara iluminó una escena llena de tranquilidad; el mobiliario en su sitio, la colcha de la cama apenas arrugada; un destello dorado como la miel reveló el cuerpo enroscado de Jessamin, dormido bajo las sábanas de seda. Hild sonrió y se retiró, cerrando con cuidado la puerta detrás de ella. —Todo está bien —dijo—. Creo que no ha pasado nada. Las otras mujeres suspiraron aliviadas. Tan sólo *Grimya,* agachada ahora como un guardián vigilante junto a la figura inconsciente de Índigo, experimentó un escalo* frío interno que le dijo que Hild no sabía ni una mínima parte de la verdad.

—Calma, *Grimya;* calma.

Augon Hunnamek alzó las manos para apaciguarla cuando la loba se levantó inquieta, las orejas echadas hacia atrás y los ojos llenos de celo protector. Se tranquilizó, aunque no le

Librodot

resultó fácil; y el mago-doctor Thibavor apretó los rechonchos labios en una sonrisa.

—Es un animal extraordinario, mi señor. Ha velado a su dueña durante toda la noche y todo el día; se niega a comer e incluso a beber a menos que se le traiga aquí.

Mientras el médico se inclinaba para examinar a Índigo, Augon continuó mirando a *Grimya.* Sus ojos claros, la miraban con simpatía, lo cual desconcertó a la loba.

—Tu dueña no está malherida, *Grimya* —le dijo—. Es tan sólo una conmoción, y mi buen médico le ha administrado una poción para asegurarse de que duerma tranquilamente.

Vaciló, para luego echarse a reír algo cohibido—. Qué te parece, Thibavor: le hablo a este animal como si pudiera comprender lo que le digo. Los excesos de anoche me han ablandado el cerebro.

—Si se me permite decirlo, mi señor, vuestros poderes de recuperación han demostrado ser mucho mejores que los del resto de nosotros —repuso Thibavor, con agudeza— Hoy, mis aprendices han tenido que ir a asistir a muchas cabezas doloridas en palacio; incluso a la Infanta le costó un gran esfuerzo levantarse esta mañana.

Augon lanzó una risita ahogada.

—Entonces lo mejor será que les des instrucciones para que repongan sus existencias de curalotodos. Sospecho que habrá unos cuantos cientos más de pacientes con los que vérselas pasado mañana.

—Ya lo creo, mi señor. —El médico se incorporó, satisfecho—. No detecto la menor señal de complicaciones. Con tranquilidad y descanso, se recuperará con rapidez.

—Me alegro de oírlo. —Los claros ojos se deslizaron obligadamente hacia el hombre—. Gracias, Thibavor.

Dándose cuenta de que se lo despedía, Thibavor hizo una inclinación y se marchó. Augon hizo intención de seguirlo, luego se detuvo y regresó junto al lecho en el que yacía Índigo. *Grimya* se puso en tensión, pero no hizo otro movimiento, se limitó a vigilar atenta mientras el Takhan tomaba la fláccida mano de Índigo y la apretaba suavemente entre las suyas.

—Pobre Índigo. —Hablaba pensativo y de nuevo *Grimya* se sintió desconcertada con lo que sonaba como genuino afecto—. ¿Qué hay detrás de este pequeño misterio, eh? ¿Bebida? No, no lo creo. Aguantas la bebida tan bien como cualquier hombre que yo haya conocido. ¿Y qué hay de tu amado Leando? Ausente de la fiesta la mayor parte de la noche pasada, y no hay ni señal de él en palacio ni en su casa. —Suspiró y al fin soltó la mano de a muchacha, meneando la cabeza despacio— Ah, Índigo, tenía tantas esperanzas con respecto a ti y a Leando Copperguild; y ahora esto. Has sido una buena amiga para mí, y me entristece ver que mis amigos sufren cuando mi propia felicidad es completa. Encontraremos la forma de repararlo, mi futura esposa y yo. Encontraremos la forma.

Grimya lo siguió con la mirada mientras abandonaba en silencio la habitación, y su mente empezó a correr confundida. ¿Leando? ¿No sería él el responsable del accidente de Índigo? Y, aún más sorprendente, a ella le daba la impresión de que la preocupación de Augon Hunnamek por Índigo era auténtica. Sus sencillas palabras se habían visto reforzadas en los niveles superficiales del cerebro del hombre que sus poderes telepáticos le permitían sondear. *Grimya* no sabía nada de lo sucedido la noche anterior, excepto que el plan de Índigo y Leando había salido mal de una manera muy drástica; y hasta que Índigo no despertara no podría averiguar la verdad. Había sacado la conclusión de forma precipitada de que había tenido algo que ver con el demonio; pero parecía que se había equivocado.

Desconcertada, *Grimya* lanzó un débil e indeciso gañido. Cualquiera que fuese el riesgo,

Librodot

por muy apremiante que fuera la urgencia, no había nada que pudiera hacer hasta que consiguiera comunicarse con Índigo. Hasta entonces, no podía hacer otra cosa que esperar.

A causa de los fuertes somníferos administrados por Thibavor, que había considerado prudente que se la mantuviera bajo el efecto de sedantes el mayor tiempo posible, Índigo no recuperó el conocimiento hasta primeras horas de la mañana siguiente: el día del planeado matrimonio del Takhan. Aunque apenas si había amanecido, el palacio era ya una colmena de frenética actividad, y cuando los primeros rayos del sol dispersaron las neblinas procedentes del mar, augurando un día soleado, las primeras campanadas de fiesta empezaron a resonar por la ciudad.

El regreso al mundo vigil fue lento y letárgico mientras la muchacha arrastraba de mala gana cuerpo y mente hacia la superficie para sacarlos de entre las pesadas capas; de efectos secundarios producidos por la droga. Cuando por fin abrió los ojos, haciendo una mueca a pesar de que había muy poca luz en la habitación, lo primero que vio fue el rostro ansioso de *Grimya,* que la miraba por encima del borde de la cama.

—¡Índigo, estás des... pierta por... fin! —Había un intenso alivio en la voz de la loba—. ¡Has dormido tanto, que estaba pre... preocupada!

—¿Cuánto...? —Su voz se quebró y tragó con fuerza, en ¡ un intento por mitigar la sequedad de su garganta—. ¿Cuánto tiempo he estado aquí?

—Dos noches y un día —le contestó *Grimya.*

Por un momento, Índigo no comprendió lo que aquello significaba; luego sus ojos se abrieron de par en par.

—¡Madre Todopoderosa! *¿Qué día es?* —El día de la bo... da.

—¡No puede ser! ¡Oh, por el amor de la Diosa!, ¿dónde está...? —Y las palabras se interrumpieron cuando los recuerdos que las drogas de Thibavor habían contenido se despertaron de repente—. ¡Oh, no! —musitó—. Leando... —No se lo en... cuentra —interpuso *Grimya—.* Los he oído decirlo, Índigo, ¿qué sucedió esa noche? ¿Qué fue... mal?

Índigo no respondió. Miraba al otro lado de la habitación, pero sin ver, y sus ojos reflejaban un inmenso horror. La loba repitió su pregunta, apremiante, y por fin la muchacha pareció regresar a la realidad.

—Leando está muerto —respondió con voz cavernosa—, el demonio lo mató. —Se cubrió el rostro con las manos. *Grimya* gimoteó y sus cabellos se erizaron. —¿Cómo? ¿Qué su... cedió?

Las imágenes estaban totalmente nítidas en la mente de Índigo. Recordaba cada uno de aquellos espantosos momentos; pero de forma remota, como si no le hubiera sucedido a ella sino a otra persona. Y en esa terrible forma objetiva descubrió que era capaz de describir todo lo que había sucedido: la aparición de la serpiente, el ataque, la espeluznante muerte de Leando. Y a medida que la historia iba surgiendo, *Grimya* se iba poniendo más y más nerviosa, hasta que por fin ya no pudo contenerse más.

«¡Pero, Índigo, hay algo que está mal!» Cambió al lenguaje telepático, consciente de sus limitaciones vocales. *«Cuando te encontré, no había rastro de Leando, ni de sangre. Sólo la mesa que debiste romper al caer. ¡Y la Infanta estaba en su habitación, profundamente dormida!»* Índigo empezó a temblar.

—Esa monstruosidad era más que física, *Grimya.* De alguna forma consiguió existir en el mundo de los demonios y en el nuestro al mismo tiempo.

Librodot

¿Y a qué espantosa dimensión, se preguntó, se había llevado el cadáver destrozado de Leando? Los temblores culminaron en un formidable estremecimiento al darse cuenta de que había escapado de milagro.

—Tenemos que detenerlo —dijo con voz ronca. La manta que la cubría cayó al suelo al tiempo que ella se ponía en pie algo tambaleante—. Ahora que sabemos con seguridad lo que es, ahora que he visto lo que es capaz de...

Grimya la interrumpió:

—¿Él? —preguntó en voz alta.

—¿Qué te crees que era esa serpiente? Era cosa del usurpador; ¡era Augon Hunnamek!

—No —repuso *Grimya—.* No creo... que lo fuera.

Índigo se interrumpió y la miró fijamente.

—Grimya, ¿qué quieres decir?

Grimya se encrespó.

—Estuvo *aquí,* Índigo. Mientras dormías, vino a verte. No había nadie más en la habi... tación excepto yo.

Y le relató lo que había sucedido, lo que Augon había dicho mientras contemplaba a Índigo y le acariciaba la mano, Índigo la escuchó en tenso silencio, y cuando la loba finalizó no reaccionó hasta pasado un buen rato; tan sólo una pequeña arruga apareció en su frente, agudizándose a medida que pensaba.

Por fin habló:

—Pero... si él no envió a esa criatura...

—No tenía ningún motivo para fingir —le dijo *Grimya—.* No... podía sa... saber que yo comprendería.

Muy despacio, Índigo volvió a sentarse, lo que decía *Grimya* tenía su lógica: ¿por qué tendría que haber mentido Augon cuando, por lo que él sabía, no había nadie que pudiera escucharlo? No tenía el menor sentido. A menos que hubiera otro factor involucrado; algo que ni siquiera se le había ocurrido.

El último mensaje de Karim. Era el único camino que no se había explorado. Tenía que haber una clave allí...

Se puso en pie de nuevo, entonces se tambaleó cuando la sensación de vértigo se apoderó de ella. El armarito: había escondido la copia que había hecho de los sigilos de Karim en un pequeño cajón. Debía encontrarla...

—¿Índigo, qué su... sucede? —le preguntó inquieta *Grimya* mientras Índigo se acercaba dando tumbos hasta el pequeño armarito—. ¡No estás... bien, no debes can... cansarte!

—¡Tengo que encontrarla!

Índigo se desplomó sobre un sillón, y, con manos que no parecían seguir unos movimientos coordinados, abrió el cajón y rebuscó entre lo que contenía. Se sentía mareado, débil; sus dedos encontraron el pergamino, lo sacaron a duras penas...

Y un naipe de dorso plateado salió junto con el pergamino y cayó sobre su rodilla.

Los ojos se le nublaron mientras contemplaba el naipe, pero no necesitaba una visión clara para saber lo que era. Y ello confirmaba sus crecientes temores.

—Oh, por la Diosa... —Se puso en pie con un esfuerzo, sujetándose al respaldo del sillón para no caer mientras la sensación de mareo se redoblaba—. *Grimya,* ésta es llave. Es, es...

Antes de que pudiera terminar, la puerta se abrió.

—¡Índigo! —Las cejas del mago-doctor Thibavor se enarcaron llenas de asombro—. ¿Qué

es esto? ¡Deberías estar en tu la cama!

—Tengo que encontrar...

Índigo se tambaleó de repente. El mago cruzó la habitación en unas pocas y rápidas zancadas y la sujetó antes de que perdiera por completo el equilibrio.

—Pero mujer, no estás en condiciones de hacer nada excepto regresar a la cama. Así; apóyate en mí. —Empezó a conducirla lejos del sillón.

—No comprendéis —farfulló la muchacha—. Es urgente, es vital...

—Nada es más urgente que proteger tu propia salud.

Otra persona, un hombre más joven —su aprendiz— había seguido a Thibavor al interior de la habitación y permanecía junto a la puerta. El mago hizo chasquear los dedos autoritario.

—Merim, el frasco azul de mi bolsa por favor. Me temo que nuestra joven paciente no se ha recuperado tan deprimí como yo había esperado.

Índigo se sentía demasiado desorientada para discutir mientras la colocaban, con suavidad pero con firmeza, de nuevo en la cama. La cabeza le dolía terriblemente, y la habitación parecía dar vueltas muy despacio a su alrededor; intento concentrarse en el rostro de Thibavor y fue imposible.

—Por favor —dijo con voz confusa—. Yo... —Pero no le salían las palabras; le era imposible pensar con claridad.

Thibavor chasqueó la lengua.

—Recuéstate. Eso está mejor. Ahora; mira mi mano, dime cuántos dedos... —Y se detuvo, arrugando el entrecejo al ver lo que Índigo apretaba en la suya.

—¿Qué es esto?

Le quitó el pergamino, sin ver el naipe que revoloteó hasta el suelo. Estudió los sigilos durante un momento luego la arruga de la frente se acentuó.

—¿Cómo es que tienes este papel?

Índigo cerró los ojos.

—Lo... encontré...

—¿Un fragmento de escritura en la criptografía particular de los magos? ¡Alguien ha sido muy descuidado! Contempló el pergamino de nuevo—. De todas formas, no es nada importante. Simplemente una fecha. Bien. —Toma el frasco que le tendía su ayudante, vertió algunas gotas en una copa y la llenó con agua.

—Bebe esto, querida. Eliminará la náusea y te permitirá dormir. El sueño es el mejor remedio de todos.

Después de su lento girar, la habitación parecía palpita ahora, las paredes abombándose hacia adentro y hacia fuera; y cuando Índigo intentó abrir los ojos otra vez, la luz refulgió con terrible fuerza y su cabeza volvió a marearle. No habría podido levantarse ni aunque lo habríase intentado; se sentía demasiado enferma, y ya le costó un gran esfuerzo tragar el sedante sin vomitar.

Grimya gimió confusa cuando la cabeza de Índigo inerte y su conciencia cayó de nuevo en el sopor de sueño profundo; cuando el mago se echó hacia atrás loba levantó los ojos hacia él llena de preocupación, metida entre las patas.

—Buen perro. —Thibavor se inclinó y, con cuidado con amabilidad, acarició la parte superior de su cabeza Mira; tu dueña duerme ahora. —Y volviéndose a su ayudante siguió—: Pensé que la conmoción era menos severa, pero nunca se puede prever el tiempo que pueden durar los efectos de un golpe en la cabeza. —Suspiró—. Y resulta bastante mala suerte que

sea hoy precisamente; sin mencionar la inconveniencia para todos los involucrados.

¿Dormirá mucho rato, señor? —preguntó el aprendiz.

¡Oh, algunas horas, al menos! —Thibavor se alisó la túnica verde oscuro, y arregló los pliegues de nuevo en mi lugar con manos nerviosas—. Y cuando despierte el malestar habrá disminuido de forma considerable. Ahora, Menim, lo mejor será que sigas adelante sin mí; tengo que confiarme y prepararme, o de lo contrario llegaré tarde a la procesión. Oh, y lo mejor será que informes a los influyentes de palacio que uno de los invitados de honor de Takhan se encuentra indispuesto, y no podrá asistir a la ceremonia de la boda.

Librodot

CAPÍTULO 23

—Y así, en el amado nombre y bajo la refulgente luz de la Gran Diosa, Reina del generoso mar, Progenitora de la buena tierra, Señora del firmamento benefactor, pedimos todo tipo de alegrías y bendiciones para estos tan devotos servidores de Su elección, y nos consideramos afortunados por nuestra parte ya que ellos nos alimentarán, guiarán y gobernarán fructíferamente y llenos de dicha iluminados por la sabiduría y los conocimientos de la Madre de todos nosotros.

Una cascada de sonido procedente de un centenar de diminutas campanas descendió de la enorme cúpula del templo al tiempo que trece muchachas, vestidas todas ellas con los colores irisados del mar, levantaban la antigua Red de oro que era, de los Tres Regalos de Khimiz, el símbolo de la Takhina, y, desperdigándose en un amplio semicírculo, se pusieron de puntillas para sostenerla sobre la cabeza inclinada de la menuda pero serena figura de pie entre ellas. La luz de un sinfín de lámparas caía sobre los sueltos cabellos color miel de la figura, que relucían como una cascada de fuego; los miles y miles de piedras preciosas que cubrían su vestido y la larga capa que se arrastraba por el suelo resplandecían también con fuerza, de modo que por un emocionante momento todo el cuerpo de Jessamin brilló como una estrella terrena. Muy despacio, se hizo descender la Red; en el momento en que tocó sus cabellos la Infanta se volvió con solemne dignidad para mirar a su nuevo esposo, magnífico en su traje de seda color verde cromo y azul cobalto, la personificación de un rey del mar, quien le tendió el Tridente de oro que le confería su poder y autoridad. Sus manos se tocaron, se cerraron la una sobre la otra; entonces Augon Hunnamek besó a su novia, primero en la boca, luego en cada uno de sus pechos en ciernes, luego en el estómago, y por fin en los desnudos pies cubiertos de anillos. Un acallado susurro lleno de emoción contenida recorrió el templo cuando los embelesados espectadores murmuraron su aprobación, y allá en lo alto, donde el altar en forma de barco J se elevaba iluminado por las lámparas, las enormes velas blancas se abombaron ligeramente como si musitaran su propia bendición sobre la escena.

En medio de los allí presentes, detrás de los nobles extranjeros pero ocupando un lugar de precedencia por encima de muchos nobles khimizi, Luk Copperguild permanecía rígido junto a su bisabuela y sentía cómo las lágrimas corrían por sus mejillas al tiempo que una profunda tristeza se apoderaba de él. Esto era el abandono definitivo. Su padre, que tan poco tiempo hacía que le había sido devuelto, se había marchado de nuevo y nadie quería o podía decirle a dónde, Índigo, la persona en quien más confiaba, no estaba allí. Y Jessamin, su adorada Jessamin, volvía su querido rostro hacia el hombre que había jurado amar y servir durante el resto de su vida, y quedaba totalmente fuera de su alcance. Tantas promesas rotas, tantas esperanzas hechas pedazos..., y todo lo que Luk sentía era un dolor amargo, muy amargo, ante la magnitud de la traición que lo corroía por dentro hasta el fondo del alma.

Inclinó la cabeza e intentó contener las lágrimas; aunque en realidad no le importaba si alguien se daba cuenta. Se sentía vacío, una cáscara, todo el amor y toda la confianza muertos en su interior. Tan vacío como los lugares donde debiera haber estado su padre, donde Índigo debiera haberse colocado, donde Phereniq tampoco estaba, faltando a este acontecimiento trascendental. No le preocupaba disimular su dolor y mostrarse adulto y estoico. Ya no importaba. *Nada* importaba ya. Lo único que deseaba era morirse.

Librodot

Cuando Índigo despertó por segunda vez, la habitación estaba a oscuras. En un principio la penumbra la desorientó; pero al cabo de unos momentos comprendió que habían de haber pasado muchas horas desde que cayera *m* aquel forzado sueño. Era de noche, y el pánico se apoderó de ella al darse cuenta de lo que eso significaba.

—*¡Grimya!* —Se sentó en la cama de un salto—. *Grimya* ¿dónde estás?

—¡Estoy aquí! —Un cálido hocico se restregó contra la mano que se movía a tientas—, ¿Índigo, es... tas bi... bien?

La muchacha vaciló. Quedaba un resto de náusea y se sentía débil; pero la cabeza ya no le dolía, y su visión era normal. Al parecer las drogas de Thibavor habían hecho bien su trabajo y se había recuperado. Pero su sueño se había visto plagado de pesadillas que ahora regresaban a su mente en fragmentos inconexos. Había soñado que volvía a estar en el desierto, con Agnethe y la pequeña Jessamin, y de nuevo Agnethe le había suplicado que huyera...

Y, de una forma tan repentina que fue como un choque físico, un antiguo recuerdo encajó por fin cuando las ultimas palabras que Thibavor le había dicho antes de que se durmiera se mezclaron con el sueño de Agnethe.

—*Grimya,* ¿qué hora es? —El pánico hizo que su voz sonara aguda—. ¿Cuánto tiempo he dormido?

Los ojos de la loba lanzaron un triste destello.

—Es dem... masiado tarde —repuso en tono lúgubre—. Todo ha terminado.

—¡Oh, por la gran Diosa...! —Índigo se puso en pie torpemente—. ¿Sigue todavía la fiesta?

—E... eso creo —repuso *Grimya—.* Hay luces en la gran sala, y he oído mu... música.

Phereniq. Debía encontrar a Phereniq. Pero estaría en la fiesta, no podía llegar hasta ella...

—No está. —*Grimya* captó lo que pensaba—. Oí a una ... criada decir que no quería ir, y que está en su habitación.

Por un helado segundo, Índigo se quedó mirándola fijamente, esperanza y temor luchaban por obtener prioridad. Luego se dirigió hacia la puerta.

—Rápido, *Grimya.* —Maldijo los efectos secundarios del sedante que convenían sus movimientos en algo tan lento y torpe—. Debemos encontrarla... ¡Oh, he sido tan estúpida!

Grimya salió deprisa tras ella mientras la muchacha abandonaba la habitación, tambaleante. Los pasillos del palacio estaban iluminados pero vacíos: todo el mundo, desde el ministro de mayor importancia al más humilde de los sirvientes, tenía un papel que desempeñar en la fiesta de la boda, y no había nadie por allí que pudiera ver y hacerse preguntas ante el vacilante avance de Índigo mientras ésta y *Grimya* se dirigían hacia los aposentos de Phereniq. Por las ventanas penetraban los lejanos sones de la música; su acicate junto con el aire más fresco de los pasillos disipó los restos del sopor de Índigo, y al llegar a la puerta de la astróloga golpeó con fuerza y urgencia. Se veía luz por debajo de la puerta; una sombra la atravesó pero nadie contestó a la llamada, Índigo giró el pomo y empujó, pero la puerta no se abría; la palanca del otro , lado estaba bajada y la madera se movió sólo un centímetro antes *de* resistirse..

—¡Phereniq! —siseó Índigo, con fuerza, a través de la; rendija—. Phereniq, soy Índigo, tengo que verte. ¡Abre la puerta!

Las orejas de *Grimya* se irguieron alertas.

«Está ahí», comunicó. *«He oído unos pasos.»*

—Phereniq... —Índigo se mordió con fuerza el labio inferior, luego decidió dejar a un lado

las preocupaciones—. Phereniq, sé que estás ahí, y tengo que hablar contigo. ¡Si no abres la puerta, la derribaré! —Para dar más énfasis a sus palabras, empujó con fuerza el hombro contra el resistente panel.

«Espera», dijo *Grimya. «Creo que...»*

Antes de que pudiera terminar se escuchó el sonido de. algo que se deslizaba en el otro extremo, seguido por un «clic». Índigo aspiró con fuerza, volviendo la cabeza rápidamente en dirección al pasillo, luego empujó. La puerta se abrió mostrando una habitación en caos. Copas volcadas, almohadas y adornos desparramados por el suelo, y el suelo estaba cubierto con los gráficos que eran el orgullo de Phereniq, rotos y pisoteados.

Phereniq se dirigía despacio y rígida de vuelta al sillón donde había estado sentada. No miró a Índigo, y cuando habló su voz era borrosa y apenas reconocible.

—¿Qué quieres?

Índigo penetró en la habitación y cerró con cuidado la puerta a su espalda.

—Phereniq, tengo que hablar contigo. Es muy urgente.

—No quiero verte. No quiero ver a nadie. —Phereniq llegó hasta el sillón y se derrumbó sobre él, manteniendo el rostro vuelto—. Vete, y déjame sola.

En una mesa cercana estaba el narguile y una colección de frascos, algunos tumbados que derramaban su contenido sobre la brillante superficie de la mesa, Índigo cruzó la habitación en tres rápidas zancadas, hizo girar por la fuerza el rostro de Phereniq —ésta no opuso resistencia— y la miró a los ojos. Estaban vidriosos, las pupilas grotescamente dilatadas, y llenas de una terrible mezcla de veneno y dolor. A Índigo se le cayó el alma a los pies. Sólo la Madre Tierra sabría qué combinación de bebida y drogas había tomado Phereniq en un esfuerzo para dejar fuera la realidad de lo que sucedía en otro lugar del palacio. Debía de haberse pasado todo el día encerrada en su habitación, con un sólo su vino y sus pociones para consolarla...

Empezó a gritarle.

—¡Idiota! —Pero se interrumpió cuando la cólera se vio reemplazada por la piedad—. ¡Oh, Phereniq...! —terminó, desesperada.

Los ojos de Phereniq centellearon y volvió la cabeza a un lado con un brusco movimiento.

—No quiero tu compasión. No quiero *nada.* Déjame sola. —Presionó el rostro contra el respaldo del sillón, mientras un brazo colgaba fláccido a un lado.

Índigo la contempló. No quería ser cruel, pero la necesidad tenía que anteponerse a la piedad. Regresó a la mesa y revolvió entre el desorden hasta que encontró lo que quería, entre los montones de hierbas y brebajes. Un poderoso purgante: fuera lo que fuese lo que Phereniq había utilizado para colocarse en aquella situación, sería un antídoto seguro. Midió una dosis triple en un vaso que llenó apresuradamente de agua y lo acercó a los labios de la mujer.

—Phereniq, bebe esto.

Phereniq lo apañó de un manotazo con gesto irritado.

—No. —Respondió testaruda.

—¡Rebelo!

Índigo era la más fuerte de las dos; obligó a Phereniq a volver la cabeza de nuevo y le abrió la boca por la fuerza sujetándosela luego hasta estar segura de que se había tragado la pócima. Luego, mientras la astróloga se volvía a recostar depositó la copa sobre la mesa y se dirigió a la ventana, apartó a un lado los pesados cortinajes y la abrió para contemplar el patio y dejar entrar el fresco aire nocturno.

Desde el sillón le llegó un murmullo de protesta.

—¡Oh, Madre bendita...!

Phereniq intentaba ponerse en pie. Índigo regresó junto a ella y la condujo hasta el ventanal. Dejó que saliera tambaleante a la noche, sin ayuda; luego oyó los patéticos sonidos que producía al vomitar entre los matorrales. Pasado esto se produjo un silencio durante algunos minutos; luego, vacilante pero erguida, la mano temblorosa mientras se aferraba al marco del ventanal para mantenerse en pie, Phereniq penetró otra vez en la habitación, muy despacio. Sus ojos se encontraron con los de Índigo, mientras el sudor perlaba su frente y le resbalaba por la mandíbula.

—Madre del Mar... —murmuró—. Me duele tanto la cabeza...

Había otras dos jarras sobre la mesa, que por milagro no habían sido volcadas, Índigo encontró zumo de frutas en una y llenó una buena copa. Mientras ayudaba a Phereniq a mantenerse en pie se sintió avergonzada por su tozudez, que no le dejaba lugar para expresar su simpatía, le pareció. Pero era de vital importancia que anulara los efectos de las drogas: Phereniq tenía que estar sobria.

La astróloga se dejó caer en el diván más cercano. Esta vez, cuando Índigo le acercó la copa a los labios no intentó discutir sino que bebió agradecida, mitigando la sensación de ahogo de su garganta. Entonces, su voz confusa pero un poco más fuerte, masculló:

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué no podías... no podías dejarme en paz?

Índigo dejó la copa en la mesa y la sujetó por los hombros.

—Phereniq, lo siento. No quería lastimarte, pero tengo que preguntarte algo, y debo tener una respuesta ahora.

Phereniq sacudió la cabeza despacio.

—No puedo decirte nada. No puedo decirle nada a nadie, ya no. —Dejó escapar un largo y entrecortado sollozo—. No puedo ayudarte.

—Puedes... ¡eres la única persona que puede! —insistió Índigo—. Phereniq, por favor...

—¡Por la Diosa!, ¿quieres dejar de atormentarme?

Phereniq liberó con un gesto brusco el brazo que Índigo había sujetado en su agitación.

—No es bastante con que hayas penetrado aquí cuando yo quería estar sola, que hayas... —Su voz se apagó, y de repente lanzó un desdichado suspiro—. Maldita seas. ¡Malditos seáis todos! De acuerdo, de acuerdo: no tendré paz, ¿no es así?, hasta que te haya dado lo que quieres. —Se pasó el dorso de una mano por la boca, luego añadió con furia—. Pregunta.

Reprimiendo una nueva punzada de culpabilidad, Índigo rebuscó en el pequeño bolso que colgaba de su cintura y sacó un pedazo de pergamino. Lo desenrolló y se lo mostró a Phereniq.

—¿Puedes decirme lo que significan estos símbolos?

Phereniq miró con atención el pergamino. Aún tenía dificultades para ver con claridad, y se balanceó hacia adelante y hacia atrás en un intento de ajustar su visión. Por fin levantó sus ojos medio nublados para mirar el rostro de Índigo.

—Es una fecha, escrita en la escritura de los magos. ¿Qué pasa?

—¿Puedes entender lo que pone?

—¡Claro que puedo! —Phereniq golpeó el pergamino con una mano que carecía de coordinación, y casi lo hizo caer de la mano de Índigo—. ¿Es ésa la pregunta que era tan urgente, que hace que vengas a molestarme?

—Sí —le respondió Índigo, implacable.

Librodot

Los latidos de su corazón se habían acelerado: Phereniq había confirmado lo que Thibavor le había contado sin darse cuenta, y la sospecha se convirtió en certeza.

—Pero hay más, Phereniq. Por favor: quiero que prepares una carta astral a partir de estos sigilos. —Se detuvo, y se pasó la lengua por los labios al tiempo que se preguntaba si podía arriesgarse a ser brutalmente sincera. Sin duda, se dijo, no tenía nada que perder—. Sé que amas a Augon —continuó—, sé lo que su boda significa para ti, y cómo te duele. Pero si de verdad lo quieres, tienes que ayudarme ahora, porque si no lo haces, puede que lo pierdas; ¡no tan sólo porque tenga una esposa, sino de forma irreparable y para siempre!

Un destello de inquieta comprensión, como una vela apenas encendida, regresó a los ojos de Phereniq mientras los alzaba de nuevo.

—¿Qué... quieres decir?

—No lo se; no de forma segura. Pero...

A lo lejos se escuchaba todavía la música procedente de la gran sala de banquetes del palacio. Una hora más, quizá menos, y el Takhan y su nueva Takhina atravesarían el largo arco de brazos unidos y levantados mientras los invitados los enviaban con una canción a su cámara nupcial. Y entonces.

—Phereniq. —Índigo hizo un último y desesperado esfuerzo para penetrar a través de la neblina de desdicha e intoxicación que tenía atrapada a la mujer—. Puede que me equivoque; de hecho ¡ojalá sea así! Pero podría ser que Augon Hunnamek estuviera en un gran peligro.

Un agudo silencio siguió a sus palabras. Phereniq continuó mirándola, aturdida aún; pero algo empezaba a abrirse paso hacia la superficie de su mente. Una sensación de alarma; sin forma todavía, pero creciente. Instinto, intuición...

—Dame eso.

Phereniq se inclinó hacia adelantó con brusquedad y agarró el pergamino que Índigo sujetaba. Con expresión ridícula, se puso en pie tambaleante, Índigo se movió para ayudarla, pero ella la despidió con gesto malhumorado y atravesó la habitación hasta su mesa de trabajo situada contra una pared. Frente a la mesa había una silla sencilla y sin almohadón. Phereniq se instaló en ella y empezó a sacar libros y gráficos de una estantería que colgaba sobre la mesa.

Índigo sintió renacer la esperanza.

—Phereniq, vas a...

—Estáte callada —la interrumpió la otra con voz áspera—. Quiero silencio.

Índigo y *Grimya* intercambiaron una mirada, y se hizo d silencio mientras Phereniq empezaba a trabajar. ¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que volviera a levantar la cabeza? Índigo no podía decirlo; no había reloj en la habitación, y desde allí no podía ver el lento paso de la luna. Se moría por una copa de vino, pero se resistió furiosa a la tentación, forzándose a beber zumo de frutas en su lugar. El sedante de Thibavor acechaba todavía por sus venas, y por encima de todo necesitaba una mente despejada.

Phereniq terminó por fin. Se recostó en la silla, apartando la carta astral que había preparado; y cuando se volvió hacia Índigo su rostro estaba descompuesto.

—Dónde... —La voz se le quebró; el silencio se convirtió en algo parecido a una descarga eléctrica—. *¿De quién* o *esta hora de nacimiento?*

Índigo se puso en pie muy despacio.

—¿Qué es? —susurró.

La astróloga también se levantó, y durante un momento las dos permanecieron la una frente

Librodot

a la otra como adversarias separadas por un abismo insalvable. Entonces Phereniq habló de nuevo. Su voz había cambiado: los efectos de la droga habían desaparecido, siendo reemplazados por energía y violento temor.

—Este gráfico...es el augurio más espantoso que jamás haya visto.

Las orejas de *Grimya* se alzaron atentas, e Índigo empezó a sentir una sensación de mareo.

—Cuéntamelo —dijo con voz muy tensa.

Phereniq bajó la mirada hacia el gráfico que había dibujado, e Índigo vio cómo un escalofrío de repugnancia recorría el cuerpo de la mujer.

—Lo que fuera que naciera en esta hora de este día no era humano —dijo, y ahora había un peculiar tono frío en su voz—. La mismísima Madre del Mar se apartaría llena ¡ de repugnancia de una monstruosidad así, ya que presagia aleo desalmado, de implacable malignidad. La sexta hora del decimocuarto día bajo la constelación de la Serpiente... en el mejor de los casos no es un buen augurio. Pero en el año al que se refiere este nacimiento, el año del Azul... —se estremeció de nuevo, luego levantó los ojos hacia Índigo—. En esa hora, ocurrió una conjunción que fue casi idéntica a la que ocurrirá esta noche. Hubo un eclipse de luna. Y el Devorador de la Serpiente se había alzado...

—Has dicho *casi* idéntica... —La voz de Índigo era muy tensa.

—Sí.

La mirada de Phereniq se deslizó de mala gana de nuevo hacia el gráfico y su mano paseó sobre él sin tocarlo, como si temiera entrar en contacto con el papel.

—Índigo, esto fue peor. *Infinitamente* peor. Hubo un tercer aspecto maléfico que participó en la conjunción, y estaba retrógrado. No puedo explicártelo con claridad; es demasiado complejo, ¡pero si alguna criatura nacía en esa hora, esa criatura sería la quintaesencia de la maldad!

—Espera —la interrumpió Índigo, deseando con fervor haber sido una alumna más atenta—. El año del Azul: ¿qué quieres decir con esto?

—Es un modo que tienen los magos khimizi de enumerar los años; un ciclo de colores, aunque apenas si se usa ahora. El último año Azul fue... —consultó de nuevo su carta astral— ... hace once años. —Y de repente el rostro de Phereniq quedó rígido al comprender lo que había dicho.

—Once años —repitió Índigo, con voz sorda.

La certeza aumentaba, aunque se rebelaba contra ella, diciéndose que no podía, no podía ser cierto.

—No—dijo Phereniq—. Eso no..., no es lo que estás pensando, Índigo. La Infanta nació el día *decimotercero,* y en la hora undécima, no...

Índigo no la dejó terminar.

—¿De veras?

[.os ojos de Phereniq se abrieron de par en par.

—¡Oh, por la Diosa, los archivos de palacio...! —Se volví ó en redondo, clavando los ojos de nuevo en el gráfico—. ¡ No! —exclamó vehemente—. ¡No es posible! No habrían dejado vivir a una criatura así; lo habrían *sabido,* la habrían *matado...*

Índigo recordó de nuevo a Agnethe en el desierto del Falor; una mujer asustada e indefensa que intentaba proteger a su bebé, a la que no le importaba nada excepto que su pequeñina se salvara. Mientras dormía bajo los efectos de la droga, había revivido ese momento con terrible claridad. Y ahora sabía que se había tratado de mucho más que un sueño.

Librodot

La mataran. Matarán a mi hija... Había permanecido dormido en su memoria, olvidado y arrinconado mucho tiempo atrás. Pero ahora sabía lo que la Takhina había intentado decirle.

—¿Índigo? —Phereniq la contemplaba, repentinamente tensa al darse cuenta de la terrible expresión de horror del rostro de Índigo—.¿Qué sucede?

—Agnethe —repuso Índigo.

—¿Qué pasa con ella? Índigo...

—Cuando la encontré en el desierto, años atrás... —Índigo empezó a respirar agitada; pronunciaba las palabras con dificultad—, me dijo... lo había olvidado, todo este tiempo lo había *olvidado...* me suplicó que la abandonara y me llevara a Jessamin de allí. ¡Me dijo que matarían a su hija, porque había nacido el día *decimocuarto* de la Serpiente, la hora anterior al amanecer! —Sus ojos se encontraron con la estupefacta mirada de Phereniq, su rostro blanco y descompuesto—. ¡Oh, Phereniq...! —Y la verdad, la horrible, inquebrantable verdad que se burlaba de más de diez años de búsqueda y esfuerzos, brotó en su mente como una oleada brutal—. *¡Jessamin es un demonio!*

Echaron a correr, Phereniq forzando cada músculo del su envejecido cuerpo, jadeando de dolor por el esfuerza! pero impulsada por un miedo y un horror que eclipsaban a toda otra consideración. Corrieron por los sinuosos pasillos, bajaron escaleras de mármol; en una ocasión Phereniq dio un paso en falso y cayó; Índigo tiró de ella para ponerla en pie y, sin aliento para dar las gracias, la astróloga siguió corriendo tambaleante en dirección a; la sala de banquetes, desde la cual los alegres sones de la música, una obscenidad ahora, parecían burlarse de ellas. Llegaron al amplio y largo vestíbulo de acceso, la doble J puerta sólo a unos metros de distancia delante de ellas; y con un ululante gemido de desesperación Phereniq se detuvo en seco.

Índigo también se detuvo y se volvió para mirar a mujer.

—¡Phereniq! ¿Qué sucede?

Phereniq se limitó a gemir de nuevo y señaló el suelo, Índigo miró a donde le indicaba y comprendió. El mármol veteado estaba cubierto de pétalos de flores. En su frenética carrera no los había visto, pero comprendió al instante su significado. Según la tradición, a una pareja recién casada se le arrojaban pétalos en el momento de abandonar la fiesta de su boda. Phereniq y ella habían llegado demasiado tarde: el desfile triunfal hasta la cámara nupcial ya se había realizado.

Corrió hasta Phereniq, quien permanecía como paralizada.

—¿Dónde está el dormitorio? ¡Dímelo, deprisa!

Phereniq levantó una mano temblorosa, señalando.

—Al... al final de este pasillo. Pero estará...

Índigo no espero a oír el resto, sino que echó a correr por donde habían venido, con *Grimya* a su lado. Volvieron una esquina y se detuvo al encontrarse con la puerta engastada en oro delante de ella, con el sello del Takhan en el centro y dos soldados de librea que montaban guardia a una discreta distancia del portal.

Al verla, uno de los centinelas se adelantó y extendió una mano para detenerla.

—¡No sigáis, señora! Este pasillo está prohibido a todos excepto...

—Por favor —jadeó Índigo—, ¡dejadme pasar! ¡El Takhan está en peligro!

Los dos guardias intercambiaron una mirada, y uno sonrió irónico, llevándose dos dedos a la cabeza en una señal que significaba *borracha.* El otro se volvió de nuevo hacia Índigo.

Librodot

—¿Por qué no regresáis a la fiesta, señora? ¡Ya hay bastante diversión allí sin tenerse que arriesgar a sufrir la cólera del Takhan por la mañana!

—¡No lo comprendéis! —suplicó—. Esto no es una broma: ¡la vida del Takhan puede estar en peligro! —Se oyeron pasos a su espalda, y al volverse vio a Phereniq que se acercaba precipitadamente. Una sensación de alivio la invadió—. La dama Phereniq os lo dirá; ella ha visto el augurio: ¡Phereniq, no quieren escucharme! ¡Díselo; por la Madre, díselo!

Los guardias empezaron a preocuparse. Phereniq no era de ningún modo una bromista, y la expresión de su rostro parecía apoyar los ruegos de Índigo. La astróloga había recuperado su compostura; dirigió una mirada terrible a la puerta cerrada, luego se aferró con fuerza al brazo del centinela más cercano.

—¿Cuánto tiempo hace que el Takhan y su novia se han retirado?

El hombre vaciló.

—Una hora, señora; quizás un poco más.

Phereniq se quedó rígida.

—Abre la puerta —ordenó.

—¡Señora, eso no es posible! De nin...

—He dicho: abre la puerta. Tomo toda la responsabilidad. *¡Por la Madre del Mar, haz lo que te he dicho!*

Dividido entre el deber y el miedo, el guardia iba a intentar ganar tiempo cuando otro sonido los silenció a todos. *Grimya,* sin que nadie la viera, absortos como estaban todos en la discusión, se había deslizado por detrás de los dos hombres y corrió hasta la cámara nupcial. Había bajado la cabeza para olfatear por la rendija inferior de la puerta; y de repente, dejándolos a todos consternados, lanzó un aullido que atravesó a sus oyentes humanos hasta clavarse en lo más profundo de sus almas.

—*¡Grimya!* —Índigo empujó a un lado a los soldados y corrió en dirección a la loba—. ¿Qué es?, ¿qué...?, ¡oh, no, *no!* ¡Phereniq!

Rezumaba agua por debajo de la puerta, procedente de la habitación situada al otro lado. No era más que un hilillo, que se acumulaba en una pequeña depresión del mármol; pero era salobre, bordeado de una espuma amarillenta. Como el agua que bordea un charco que el mar ha dejado atrás al bajar la marea...

Oyó cómo los guardias lanzaban un juramento cuando, también ellos, la vieron. Uno de los hombres la apartó de un codazo, arrojando todo su peso contra la puerta; se escuchó el débil sonido del pestillo al ceder, y la puerta se abrió por completo.

Una luz suave, teñida de ámbar y rojo de los tubos de cristal de colores de las lámparas medio apagadas, apareció ante sus ojos, realzando el enorme y magnífico lecho, con su dosel abovedado y sus cortinajes de tisú de oro. Bandejas de oro y plata que contenían un festín de deliciosos bocados brillaban intocadas en una mesita lateral. Sobre una silla estaba el maravilloso traje de novia de Jessamin, cuidadosamente doblado.

Y el lecho estaba vacío.

O eso pareció, en aquellos primeros segundos.

Índigo fue la primera en advertir la nota disonante en la confortable opulencia del dormitorio. Una masa informe, que desentonaba con los fastuosos cortinajes, caía desde un lado del lecho... y un fuerte y familiar olor acre asaltó su nariz. *Algas marinas.* Había restos de ellas enredados en las cortinas, una enmarañada y viscosa trama enrollada alrededor de uno de los postes del dosel. Las bordadas ropas del lecho, arrugadas por el reciente uso, aparecían

oscuras. Húmedas. Enrojecidas y húmedas. Y en la parte más en sombras, donde los cortinajes caían casi sobre los almohadones de seda, había *algo* inmóvil, informe...

Entonces, un chillido inhumano rompió el silencio, y una figura pasó corriendo junto a Índigo. Los guardias intentaron detener a Phereniq, pero fueron demasiado lentos; ella los evitó y se arrojó sobre el umbral, cayó sobre la gruesa alfombra y sus manos arañaron el suelo, se arrastraron intentando alcanzar algo que yacía más allá. Lo agarró por fin, y sus gritos se elevaron aún más agudos y fuertes, enloquecidos, aullando como si ella también fuera una loba, mientras se balanceaba con fuerza hacia adelante y hacia atrás acunando su trofeo y el rostro desfigurado hasta resultar casi irreconocible, Índigo dio un paso hacia adelante instintivamente, con la intención de sacarla de allí, pero entonces los gemidos de los guardias, el desagradable pero terriblemente humano sonido de alguien que vomitaba, y el gañido horrorizado de *Grimya* asaltaron sus sentidos a la vez. Se detuvo, y entonces se quedó petrificada, los ojos a punto de saltarle de las órbitas, la boca se le abría y se le cerraba, jadeando impotente como un pez fuera del agua, al observar que los brazos desnudos de Phereniq estaban manchados de rojo desde las muñecas a los codos, y que lo que acunaba entre sus brazos, como si de una dorada criatura se tratase, era la cabeza ensangrentada, sin ojos y parcialmente devorada de Augon Hunnamek.

CAPÍTULO 24

—Lo quería. Lo quería tanto..., aunque él nunca me quiso, no en esa forma. Pero yo lo amaba. Y ahora está *muerto y* lo he *perdido, y* podría haberlo salvado, y... y... oh, Índigo, ¿qué voy a hacer?

En la habitación de Índigo, a salvo del alboroto y la contusión que había convertido el palacio en un manicomio, Phereniq se abrazaba con fuerza a Índigo y sollozaba como una criatura abandonada. La habitación era un oasis en medio del caos. A su alrededor, las luces ardían en todos los pasillos y grietas y por todos los jardines; hombres armados corrían de un lado a otro, gritando órdenes que se contradecían entre ellas mientras que las mujeres lloraban y se lamentaban; y casi todos aquellos que estaban en condiciones de hacerlo se habían lanzado a la búsqueda de su querida Infanta secuestrada.

Índigo había intentado hacerles comprender, pero sus súplicas y protestas habían sido inútiles. Para aquellos que habían sido testigos de la carnicería cometida en la cámara nupcial no existía más que una posibilidad: un asesino desconocido, humano o no, había asesinado al Takhan mientras éste estaba con su nueva esposa, y la novia misma —de la que no había, desde luego, el menor rastro— había sido secuestrada por el asesino de su esposo. Había que encontrar al asesino, y, si aún no había corrido el mismo destino que su esposo señor, había que salvar a Jessamin. Obstaculizada por la sollozante Phereniq, sus propios gritos y argumentos ahogados en el alboroto, Índigo se había dado finalmente por vencida e, incapaz de conseguir que nadie escuchara la verdad, se había llevado a Phereniq a un lugar donde pudiera descansar.

Ahora, a solas con la astróloga que seguía llorando e incapaz de ayudarla de otra forma que no fuera tratar de consolar sus desesperadas efusiones de dolor, Índigo sentía su propia desdicha como un peso muerto en su interior mientras, una y otra vez, se maldecía por su ceguera, por su incapacidad de descubrir la auténtica identidad del demonio. En su interior una vocecita le decía que no debía culparse; sólo había sabido que el demonio estaba en

Librodot

Simhara, y sin otras pistas para guiarla la hipótesis de que Augon Hunnamek era el origen del mal había resultado demasiado atractiva. Pero eso no era ningún consuelo ahora, ni para ella ni para Phereniq. Había habido pistas: si tan sólo hubiera tenido la inteligencia de verlas... Pero había estado tan segura del camino a seguir que había ignorado la evidencia que tenía ante los ojos, y ahora era ya demasiado tarde para corregir el terrible error cometido. Leando estaba muerto, al igual que lo estaban Karim, Mylo, Elsender, la tripulación de Macee y, por una terrible ironía, el hombre que ella había pasado diez años planeando matar y que sin embargo habría sido, si ella lo hubiera sabido, su aliado más poderoso y valioso. Ella no había amado a Augon Hunnamek como lo había hecho Phereniq, muy al contrario; pero ahora que el velo había caído de sus ojos podía verlo como en realidad había sido: terriblemente humano, imperfecto, pero no peor que la mayoría de los hombres.

La sombra acusadora de Macee se alzó ante ella por centésima vez. *Echarte a llorar sobre tu vaso de vino y elevar oraciones por los desaparecidos.* Pero ni siquiera podía hacer eso; no podía expresar sus sobrecargadas emociones en ninguna forma que tuviera sentido. Se sentía vacía, seca; un fracaso total.

El llanto de Phereniq empezaba por fin a apaciguarse, primero en sollozos hipados y luego en un vacío silencia Por fin, llena de dignidad, se irguió en su asiento, se separó de los brazos de Índigo, y se volvió hacia una mesita auxiliar donde había una jarra con agua y otra con vino. Su mano tocó la del vino, vaciló, luego siguió adelante y se sirvió temblorosa un vaso de agua, Índigo había preparado un suave calmante; se lo ofreció sin decir palabra, y con una débil sonrisa agradecida Phereniq vertió un poco en su vaso.

—Perdóname —dijo en voz baja y calmada—. Hubiera... hubiera debido controlarme mejor. Debiera de haber aprendido al menos eso durante todos estos años... —las palabras se le atragantaron y cerró los ojos al sentirse invadida por una nueva oleada de dolor.

Índigo le apretó con suavidad el brazo, consciente de que la mujer había sufrido un tremendo shock y ansiosa por no provocar una nueva crisis.

—No, Phereniq. No temas afligirte.

Phereniq sacudió la cabeza.

—No es eso. Es sólo que me siento... tan desconsolada. —Tomó un sorbo de agua en un intento por calmarse—. Él lo era... todo para mí. Pero tú ya lo sabes, ¿no es así? He intentado ocultarlo, pero tú has descubierto la verdad. —Hizo una larga pausa—. No había tantos años de diferencia entre nosotros, ¿te habías dado cuenta? Entre Augon y yo. No tantos. Menos de los que dirías al contemplar mis cabellos grises y mi cuerpo pintarrajeado. Pero nuestros caminos eran diferentes: tan diferentes...

—Phereniq...

—No... no, por favor; déjame decirlo. Ayuda un poco —aspiró con fuerza—. Yo lo amaba. Incluso desde el primer día que lo vi, y de eso hace mas años de lo que a ninguno de nosotros le hubiera gustado recordar. Pero él... Bueno, era diferente, ¿sabes?. En aquellos tiempos era un guerrero; era todo lo que sabía. Y tal y como sucede con los guerreros, se hizo más fuerte con la edad; casi más joven incluso. Pero yo... —Un estremecimiento le recorrió la espalda, entonces se volvió para mirar a Índigo a la cara; sus ojos eran suplicantes—. Fui muy hermosa en una ocasión. ¿Puedes creerlo?

—Sí —le respondió Índigo con dulzura.

La mujer sonrió, fue una mueca sin alegría.

—Muchos hombres, de entre mi gente, me encontraban hermosa. Pero él me quería de otra

Librodot

forma: quería mi talento, mis poderes. Los *necesitaba* para que lo ayudaran en su ambición, y yo se los di de buena gana. Y él... —Hubo otra vacilación, más larga esta vez— Él me estaba agradecido. Sabía lo que había hecho por él, y siempre me lo agradeció. Pero yo no quería su *gratitud.* Yo quería... —Sacudió la cabeza en muda afirmación de la inutilidad de sus palabras—. ¿Qué importa ahora? ¿Qué importa nada? Está muerto. No hago más que decirme que no es cierto, pero lo es. Está... *muerto.*

Índigo se puso en pie y se dirigió despacio a la puerta abierta que daba al patio. *Grimya* estaba sentada en la entrada, la cola se agitaba inquieta mientras observaba la oscuridad; cuando Índigo se acercó levantó la cabeza, pero su mente no envió ningún mensaje. Al igual que Índigo, no sabía qué decir o hacer; la pena de Phereniq sólo servía para incrementar su sensación de impotencia.

Y sin embargo, pensó Índigo, debía de haber algo que pudieran hacer. Macee otra vez: la amarga burla de la menuda davakotiana sobre ofrecer una reparación se había clavado profundamente. Debía de haber *algo.*

Empezó a volverse de nuevo hacia Phereniq, que había caído en un tenso y desdichado silencio, pero antes de que pudiera hablar, la puerta interior se abrió, Índigo levantó los ojos y vio a Luk en el umbral.

El rostro del muchacho tenía una palidez mortal, y era evidente que había llorado. Entró, cerrando la puerta tras sí, y vaciló al ver a Phereniq, que estaba acurrucada en el diván y no había reaccionado ante su llegada, Índigo le hizo una rápida señal, indicando que Phereniq no quería que se la molestara, y Luk atravesó la habitación con rapidez hacia la muchacha. Su voz era un susurro tenso.

—Índigo... ¿has oído algo? ¿Hay alguna noticia? ¡He estado ayudando en la búsqueda en los jardines del sur, y nadie ha querido decirme nada!

El, al igual que los otros, no sabía nada de lo que en realidad había sucedido, recordó Índigo con una sensación de frío temor. Ni siquiera sabía lo que le había sucedido a su padre, y ella no sabía cómo contarle la verdad.

—Luk. —Lo apartó del diván y de Phereniq—. Luk, tengo algo que decirte, y debes ser valiente...

La expresión del muchacho se heló.

—¿Jessamin? La han...

—No es eso, Luk. No la han encontrado. Y... no creo que lo hagan porque... —Hizo una pausa para aspirar con tuerza—. Hay algo sobre el pasado de Jessamin que tú no sabes. Ella... ella no es la persona que nosotros siempre hemos creído que era.

—No comprendo. ¿De qué hablas? —La voz de Luk aparecía bruscamente teñida de un tono agresivo.

No podía expresarlo con suavidad: no había más remedio que ser cruelmente honesta.

—Por favor, Luk —dijo—, escúchame. Han asesinado al Takhan. Todo el mundo cree...

«¡Índigo!»

El aviso de *Grimya* estalló en su mente antes de que pudiera decir nada más, y con él vino una violenta sacudida de temor, Índigo se volvió en redondo y... se quedó helada.

Bajo el dintel de la puerta del jardín, encuadrada entre las cortinas que se movían suavemente, estaba Jessamin.

Llevaba un camisón color azul cielo que dejaba al descubierto la suave piel de sus brazos. La prenda estaba empapada por completo, el agua chorreaba hasta el suelo y formaba charcos

Librodot

bajo el dobladillo, y en la falda se veían restos de algas marinas. Por una obscena ironía la reluciente Red, el Regalo de Khimiz, adornaba todavía sus cabellos, que se enroscaban debajo en suaves mechones alrededor de su rostro. Sus ojos, grandes y oscuros, eran pozos de completa inocencia. Y dulcemente, con cierta timidez, les sonreía.

—¡Jessamin! ¡Oh, Jessamin!

El rostro de Luk se iluminó lleno de amor y alivio. Hizo intención de ir hacia el ventanal y extendió los brazos hacia la Infanta, pero entonces se detuvo en mitad del paso al tiempo que la expresión de alivio se trocaba por una de desilusión y luego, de pronto, de horror.

Jessamin seguía sonriente. Pero también ella extendía ahora los brazos, y las palmas, vueltas hacia arriba, estaban rojas y viscosas y chorreaban. Y sus labios se abrían, su boca se ensanchaba hasta el límite de lo imposible para convertirse en unas enormes fauces inhumanas, descubriendo dos colmillos curvos, delgados como agujas, y una lengua negra y bífida que se agitaba y agitaba incesante.

Luk salto hacia atrás, chocando contra Índigo con tal fuerza que estuvo a punto de derribarla. Su cuerpo jadeaba violentamente mientras luchaba por recuperar el aliento; intentaba hablar, trataba de negar lo que sus ojos y oídos le decían; pero todo lo que pudo lanzar fue un mudo lloriqueo. Por el rabillo del ojo Índigo vio a Phereniq, todos sus músculos paralizados, que miraba con ojos enloquecidos a la sonriente criatura; mientras que *Grimya,* con el estómago pegado al suelo y las orejas gachas, retrocedía, gruñendo su miedo. Y la cosa que era Jessamin empezaba a metamorfosearse. El empapado camisón centelleó y desapareció, y bajo él había no el cuerpo de una niña, sino el de una enorme, sinuosa serpiente de escamas plateadas. Sólo permanecían los brazos y las manos teñidas de sangre, y los dorados rizos, aunque la cabeza situada bajo ellos era la de una serpiente. Y desde aquella cabeza plana, sobre la sonriente boca, los ojos color miel tostada de Jessamin los contemplaban con espantosa calma. Esos ojos giraron en sus_ órbitas lentamente, hasta que *se* posaron sobre el rostro de Índigo. Y una voz que siseaba y susurraba como el agua, extraña, viperina, cruel, dijo:

—¡Ah, mi amiga y educadora! He regresado para darte las gracias, y despedirme por fin de ti.

Índigo contempló la monstruosidad en que se había convertido la Infanta, con nauseabunda sensación de repugnancia. No podía responderle: el demonio se burlaba de ella, se mofaba de su estupidez y su fracaso. Y no había nada, nada que pudiera hacer contra él.

—Tengo un regalo de despedida para ti —continuó la serpiente—Jessamin—. Un regalo por el que podrás recordarme en el futuro. Porque tendrás mucho tiempo para lamentar tus errores, ¿no es así? Toma, Índigo. Un recuerdo mío. Y del hombre al que, por desgracia, juzgaste tan mal, cuyo amor estúpido e impropio fue el catalizador que me liberó de mi crisálida mortal. Arroja esto sobre la tumba marina de Augon Hunnamek, porque su esposa ya no la necesita.

Levantó una de sus manos de niña hacia la Red que cubría sus cabellos dorados. La Red se soltó, y sus peces de piedras preciosas brillaron con fuerza a la luz de las lámparas; y descuidadamente, con desprecio, el demonio retorció la preciosa reliquia hasta convertirla en una bola informe antes de arrojarla a los pies de Índigo.

—Estoy casi completa ahora —siguió la susurrante voz con dulce y malévolo tono triunfal—. Esta noche me dedicaré a descansar en la oscuridad y el silencio, de modo que pueda reunir toda mi energía para que mi poder alcance su cénit. Pero regresaré. En esa fría

Librodot

hora que hay antes del amanecer, la Serpiente Devoradora se alzará: no el Devorador de Serpientes como has creído durante tanto tiempo, sino la Serpiente que Devora. Y en esa hora, me volverás a ver. Porque entonces se iniciará un nuevo reinado... ¡y entonces todo Khimiz conocerá mi auténtico nombre!

Un sonido espantoso y apenas humano brotó de la garganta de Phereniq, pero el demonio la ignoró. La maligna cabeza giró, despacio, sinuosa, recorriendo por última vez desdeñosa la habitación. Entonces los dorados cabellos se marchitaron, cayendo como hojas muertas de su cabeza, y los oscuros ojos se encogieron y palidecieron hasta convertirse en dos diminutos e inhumanos puntos de luz inexpresivos. Los brazos de la criatura se secaron, la carne se arrugó, se disecó, hasta que no quedó más que el hueso y entonces empezó a oscurecerse, ennegrecerse, y por fin se deshizo, convirtiéndose en polvo que la brisa nocturna barrió. Repugnante en su forma completa la serpiente se alzó, desenroscándose, reluciendo con una luz nacarada. La luz que la rodeaba brilló con más fuerza, Índigo vio cómo la escena se distorsionaba violentamente, como si la hubieran arrojado de repente bajo el agua, y el sonido de una enorme ola al estrellarse resonó en sus oídos. Lanzó un grito...

Y la serpiente había desaparecido.

La muchacha estaba en el suelo, barrida y derribada por la terrible pero silenciosa conmoción que había acompañado a la desaparición del demonio. Vio cómo *Grimya se* levantaba con un esfuerzo, a Phereniq de rodillas agarrada al borde del lecho, a Luk...

Luk se ponía en pie. Sus ojos estaban salvajemente dilatados, su mirada clavada en el ventanal abierto donde la cosa que era Jessamin se había balanceado y mofado de todos ellos, Índigo extendió la mano hacia él; el movimiento lo alertó y su cabeza giró en redondo. Por un instante sus miradas se encontraron, se clavaron la una en la otra. Entonces Luk lanzó un terrible grito inarticulado de dolor y agonía, y salió corriendo, como si otros mil demonios lo persiguieran, fuera de la habitación y lejos de allí pasillo adelante.

Índigo se puso en pie despacio. *Grimya,* los pelos del lomo todavía encrespados, se deslizó hacia ella. La voz de la loba al penetrar en su mente estaba llena de temor.

«Índigo, ¿qué vamos a hacer?»

El susurro sibilante e inhumano del demonio resonaba aún en la cabeza de Índigo. *En esa fría hora que hay antes del amanecer... me volverás a ver.* La monstruosidad había regresado al mar, a esperar la devastadora conjunción que completaría su transformación y daría vida a todo su potencial. No les quedaban más que unas pocas horas antes de que regresara. Y cuando lo hiciera, nada ni nadie podría contra ella. Tal y como el demonio-serpiente había pronosticado, empezaría un nuevo reinado; e Índigo sabía que eso representaría el fin de toda esperanza para Khimiz, y la ruina de su misión.

Pero ¿qué podía hacer? No tenía poder, ni armas, nada con que luchar contra un demonio así. No obstante, todas las fibras de Índigo le gritaban que actuara, que hiciera algo, *cualquier cosa.* No podía aceptar la derrota. Debía de existir una forma...

Un repentino movimiento la alertó, se volvió y vio a Phereniq, todavía de rodillas, que se arrastraba hacia el arrugado bulto que era la Red que el demonio había arrojado, burlón, al interior de la habitación. Al llegar junto a él, la astróloga lo recogió y empezó, con manos temblorosas pero decididas, a desenredarlo, alisando los aplastados pliegues, liberando con veneración los diminutos peces hechos de piedras preciosas. Sus lágrimas centelleaban como si también fueran joyas al caer entre la reluciente malla.

—Phereniq.

Librodot

Índigo llegó junto a ella, se agachó, y posó una mano sobre sus dedos que se movían febriles.

Phereniq levantó la cabeza, el rostro lleno de desdicha.

—Phereniq, escúchame —dijo Índigo, apremiante—. Tenemos muy poco tiempo. ¡Hemos de encontrar una forma de destruir a este demonio!

Phereniq desvió la cabeza a un lado.

—No hay nada que podamos hacer —respondió, desolada—. Deja que venga. Deja que nos destruya a todos, si es eso lo que planea. Ya no me importa.

—¡Tiene que importarte! ¡No podemos rendirnos ahora..., hemos de hacer algo para detener esto!

—¿Por qué? —inquirió Phereniq, llena de tristeza—. ¿Qué importa nada, Índigo? No queda nada; todo ha terminado.

Índigo apretó los labios. No quería ser cruel, pero tenía que sacar a Phereniq de su apatía. Con los pocos aliados que tenía, no podía arriesgarse a perder otro.

Le dijo:

—¿Es eso lo que habría dicho Augon? ¿O lo que habría esperado oír de tus labios? ¡Yo pensaba que tú eras su campeona, Phereniq, pero parece que tu lealtad no va tan lejos como siempre has querido dar a entender!

Phereniq volvió con violencia la cabeza y sus manos se cerraron sobre la maraña de la antigua Red, casi desgarrándola.

—¡Tú no sabes nada!

—¡Oh! Me parece que sí. ¡Lo bastante, al menos, para darme cuenta de que fuera lo que fuese, Augon Hunnamek no era un cobarde!

La cólera centelleó en los ojos de la astróloga.

—¿Cómo te atreves...?

—Venganza, Phereniq —la interrumpió Índigo, haciendo caso omiso—. Venganza por lo que le ha sucedido. ¿No quieres eso? ¿No sería eso un último tributo, si de verdad lo amabas tanto como dices? —Le dedicó una lúgubre sonrisa—. Y si tu propia vida ya no te importa, entonces seguramente el riesgo vale la pena.

El aguijón había dado en el blanco; pudo verlo, vio el destello de incertidumbre, luego de esperanza. Pero la esperanza murió pronto.

—¿Cómo? —dijo Phereniq con voz hueca—. ¿Cómo puedo vengarlo? No soy ni una hechicera ni un mago. Y aun si lo fuera, ¿de qué me serviría? ¿Crees que incluso la mayor hechicera del mundo podría contra esa... esa *cosa?* Está más allá del poder de cualquier ser humano. Sólo la Madre del Mar en persona podría detenerla ahora.

Volvía a ocuparse de la Red, aturdida, sin darse cuenta de lo que hacía, y de repente algo se encendió en la mente de Índigo. Se quedó totalmente inmóvil cuando las últimas palabras de Phereniq dieron en el blanco. Sólo la Madre del Mar en persona...

—Phereniq —dijo en una peculiar voz tirante—. ¿La Red es uno de los Tres Regalos, no: los regalos que la Madre del Mar le dio a Khimiz, siglos atrás? —Se detuvo, luego siguió— ¿No recuerdas la leyenda?

Las manos de Phereniq dejaron de moverse y contempló con atención los pliegues de la malla, dejándolos resbalar de sus dedos en relucientes puñados.

—¿La leyenda...?

—¡Sí! ¡Los Tres Regalos son más que símbolos: fueron entregados por la propia mano de la

Diosa, y son los cimientos sobre los que se construyó Khimiz! ¿No te das cuenta de lo que significa? ¡Tienen poder, *auténtico* poder! —El corazón le palpitaba enloquecido de excitación, temor y esperanza—. ¿No se podría recurrir a estos regalos para que nos ayudaran ahora?

La expresión de Phereniq empezó a cambiar.

—Por la Diosa... pero *¿cómo?*

—¡No lo sé: pero tiene que existir una posibilidad! Phereniq, los otros dos Regalos, ¿sabes dónde están?

—El Tridente está en el palacio —repuso Phereniq, sin respiración. Empezaba a contagiarse rápidamente de la excitación de Índigo—. Se trajo desde el templo durante la *procesión,* lo expusieron en la gran sala.

—¿Y el Áncora? ¿Dónde está el Áncora?

La astróloga meneó la cabeza.

—Según todos los archivos, está, o estaba, guardada en algún lugar del templo, pero no sé dónde. Nunca la he visto, ni conozco a nadie que lo haya hecho. *,* —El altar en forma de barco tiene un áncora —replicó Índigo con vehemencia—. Podría...

—No, no. Al igual que la Red y el Tridente, el Áncora está hecha de oro macizo. La del altar no es más que una copia en madera; no es el Regalo. Pero la auténtica Áncora está en el templo.

—¡Entonces debemos encontrarla!

—Sí. —Phereniq volvió la mirada hacia el patio, donde la luna avanzaba lentamente por el firmamento, y se estremeció—. Nos queda tan poco tiempo... Índigo, adelántate tú al templo. Llévate la Red; empieza a buscar el Áncora. Yo recogeré el Tridente, y te seguiré tan deprisa como pueda.

Índigo estaba ya a medio camino de la puerta cuando la astróloga volvió a hablar de repente.

—Índigo...

La muchacha se detuvo y volvió la cabeza.

—Incluso si encontramos el Áncora —dijo Phereniq, con voz tensa—, no sé cómo despertar cualquier poder que las reliquias contengan. Pero me da en los huesos que es lo único que podemos hacer. Y al menos debemos intentarlo. —La sombra de una triste sonrisa apareció en sus labios—. Has hecho que lo comprenda. Y también me has hecho comprender que realmente quiero vengar a Augon. Me gustaría pensar que él... él lo hubiera deseado. —La voz se le quebró: se llevó una mano al rostro, luego sacudió la cabeza, con energía—. No; éste no es el momento ni el lugar para seguir lamentándolo. Ve, Índigo, date prisa. ¡Y reza para que la Madre del Mar nos dé su favor esta noche!

Librodot

CAPÍTULO 25

La gran cúpula del Templo de los Marineros brillaba como una espectral luna terrena, reflejando una pálida luz sobre los peldaños de mármol mientras Índigo y *Grimya* subían a toda velocidad la escalinata. La auténtica luna flotaba alta y remota, ahogando con su luz a las estrellas y dando al cielo la intensidad del terciopelo negro; el eclipse aún no se había iniciado, pero era muy fácil imaginar el primer reborde de sombra empezando a deslizarse sobre el frío y resplandeciente disco. Tras ellas, el mar murmuraba incesante: esta noche su voz sonaba amenazadora, siniestra; e Índigo tuvo que dominar un impulso de mirar continuamente por encima del hombro. Su mente se veía asaltada por imágenes del cuerpo acurrucado y desangrado de Karim, y resultaba fácil imaginar que cualquiera de las alargadas y distorsionadas sombras que se extendían por la plaza pudiera no ser en absoluto una sombra, sino algo que de súbito pudiera empezar a moverse y deslizarse sin ruido sobre las losas para cortarles el paso. Se sintió agradecida cuando, sin ningún incidente, llegaron por fin al asilo de la entrada del templo.

El Templo de los Marineros jamás cerraba sus puertas. Después de oscurecer había pocos encargados por allí, pero las lámparas permanecían encendidas constantemente, y casi a cualquier hora del día o de la noche podía verse al menos a un peregrino absorto en privada meditación ante el enorme y silencioso altar. Tras atravesar el estanque de entrada y penetrar en el oscuro interior, Índigo experimentó una cierta mortificación al ver a dos figuras junto a la proa de la enorme nave, de pie bajo la sombra del mascarón de proa de madera tallada que resultaba tan desconcertantemente real. No había esperado aquello... pero al contemplar con frustración a las dos figuras, las orejas de *Grimya* se irguieron bruscamente. La loba empezó a avanzar e Índigo escuchó el alivio presente en su exclamación mental.

«¡Índigo, es Luk!»

Sobresaltadas por el sonido de sus patas sobre el suelo de mosaico, las dos figuras levantaron la cabeza. El rostro de Luk era un óvalo mortalmente pálido; desde aquella distancia, Índigo no podía ver su expresión a causa de la penumbra, pero su postura era rígida. La otra figura también se había quedado rígida, y los pasos de Índigo vacilaron de repente al reconocer al acompañante del muchacho.

—Macee...

Su voz resonó curiosamente en la vasta sala vacía; parecía como si hubiera sido alguna otra persona la que hubiera hablado.

—Lo encontré aquí. —Macee pasó un brazo alrededor de los hombros de Luk, como para protegerlo de alguna amenaza posible—. Me... lo ha contado. Todo. —Se produjo una pausa—. ¿Es cierto?

—Es cierto —confirmó Índigo.

—¿Todo? ¿Lo de la Infanta, el demonio? ¿Y que han asesinado al Takhan?

—Cada palabra.

Grimya, consciente de la tensión, retrocedió y gimoteó en voz baja, pero sus pensamientos no eran claros. Durante algunos instantes se produjo un silencio, mientras Macee e Índigo se estudiaban con cuidado y Luk contemplaba el suelo. Luego, bruscamente, Macee habló.

—Creo que lo mejor es que hablemos, Índigo. Sé lo que dije la última vez que nos vimos, pero las cosas han cambiado, ¿no es así? —Intentó sonreír, pero la sonrisa no se reflejó en sus

Librodot

ojos— No creas que me retracto de nada de lo que dije entonces; no es así. Pero comprendo ahora más cosas y aunque no pueda aprobar lo que hiciste en el pasado, al menos comprendo el dilema al que te enfrentas ahora. —Dio una ligera y reconfortante sacudida a los hombros de Luk, luego lo soltó y se dirigió despacio hacia donde estaba Índigo. Bajando la voz, añadió—: Y me da pena el muchacho. Quiero ayudarlo, si puedo. Si algo puede hacerlo.

A pesar del hecho de que el acercamiento de Macee era cuando menos cauteloso, Índigo se sintió reconfortada por el simple hecho de tener a otro ser humano que sabía la verdad y, por muy poco que fuera, comprendía. Al menos le daba la ilusión de una mayor fuerza.

—No sé si puede hacerse nada ahora —dijo—, tenemos tan poco tiempo... Pero existe una esperanza, aunque es muy débil.

Y le contó a Macee cómo había descubierto la auténtica naturaleza del demonio; las espantosas muertes de Leando y de Augon Hunnamek, y la leyenda del templo y su desesperada necesidad de encontrar el Áncora que completaría la tríada de los Tres Regalos de la Madre del Mar. Cuando terminó, la menuda davakotiana se encogió de hombros, y echó una mirada en derredor del tranquilo templo en penumbras.

—Incluso sólo tres días atrás habría dicho probablemente que estabas loca —repuso—. Aun después de lo que vi en ese viaje, hubiera... no; no importa. —Su dura mirada se encontró de nuevo con la de Índigo—. Pero después de lo que el muchacho me ha contado...

—No sabe todavía que su padre está muerto —dijo Índigo, sombría—. No... no sé cómo decírselo.

—Ah. Dulce Madre del Mar, ésa es una tarea que no te envidio. —Macee contuvo un estremecimiento—. Y el Takhan muriendo de esa forma... Bien, lo mejor será que me crea lo que me has contado, ¿no es verdad? Y me da la impresión de que necesitas toda la ayuda que puedas conseguir. Vale más asegurarse que tener que lamentarlo, ¿eh?

Índigo desvió la mirada.

—Macee, yo...

—No. No hay tiempo para eso; y tal y como he dicho antes, tu remordimiento no me sirve de nada. Si el Ancora está aquí, lo mejor será que empecemos a buscarla. E Índigo: habla con Luk. No le digas lo de su padre; pero mira si puedes tranquilizarlo. Está terriblemente asustado, y una gran cantidad de cosas en las que creía le han sido arrebatadas de repente dejándolo sin nada. Pero todavía confía en ti, y si puedes darle algún punto de esperanza ahora, puede serle de ayuda.

Índigo asintió.

—Comprendo. Y... gracias.

Macee soltó un bufido de disgusto.

—Dame las gracias si soy yo la que encuentra el Áncora, Índigo. Sin eso, parece que vamos a estar perdidos.

Para cuando Phereniq llegó al templo, aún no tenían la menor pista de la localización del tercer regalo perdido, Índigo, que era la que estaba más cerca de la entrada, vio a la astróloga mientras ésta atravesaba con cuidado el estanque, y salió a su encuentro. Phereniq sudaba a causa del esfuerzo físico, y llevaba en los brazos un paquete cuidadosamente envuelto que le entregó agradecida.

—Perdona que tardara tanto —dijo sin aliento—. Es una caminata más larga de lo que recordaba, especialmente con este peso. Y la luz en el exterior empieza a resultar engañosa.

Librodot

—Se estremeció—. El eclipse ha empezado: nos queda muy poco tiempo. Tienes... —Se interrumpió al ver por vez primera a los compañeros de Índigo—. ¡Luk! —La sorpresa y el alivio se mezclaron—. Lo encontraste, ¡me alegro tanto! Pero ¿quién es la mujer?

Índigo le explicó rápidamente la presencia de Macee y su creencia en su causa, aunque sin contarle toda la historia. Macee y Luk la habían visto ya y se acercaban; Luk vaciló por un instante de pie ante Phereniq; luego, sin decir una palabra corrió hacia adelante y la abrazó, en un intento por expresar lo que le era imposible decir. Phereniq estaba visiblemente emocionada, igual que le había sucedido a Índigo cuando, siguiendo el consejo de Macee, había hablado al muchacho con calma y en privado antes de iniciar la búsqueda. Ahora que la conmoción inicial causada por el descubrimiento de lo que Jessamin era en realidad se había mitigado un poco, Luk luchaba con todas sus fuerzas para aceptar y enfrentarse a aquella cruel revelación. Aunque una parte de sí mismo protestaba llena de desesperación contra lo inevitable, se sentía impelido a ayudar en la desesperada misión de destruir al monstruo en que se había convertido su adorada Infanta.

Índigo presentó brevemente a Phereniq y Macee, y la davakotiana comunicó el resultado, hasta ahora infructuoso, de su búsqueda.

—No hay nada en el lado este que resulte ni meramente prometedor —explicó con tristeza—. Esculturas y decoraciones en cantidad, pero ni un áncora entre todo ello. De hecho empiezo a sospechar que la única áncora de todo el templo es esa de madera del altar, y eso es muy curioso de por sí.

Índigo miró de nuevo el áncora de madera tallada. Sostenida por una delgada cadena que colgaba del costado del enorme barco, sus uñas descansaban sobre el suelo debajo de la quilla, creando la ilusión de que ella sola anclaba la nave-altar dentro del templo. Era casi tan alta como ella, y a diferencia de la mayoría de los objetos del altar su superficie estaba sin adornar, aunque años de diligente limpieza habían dado a la vieja madera un cálido brillo que hacía que resplandeciera como el bronce. Despertada su curiosidad por el comentario de Macee, Índigo regresó junto al áncora, esquivando con cuidado la Red que había dejado doblada junto a ella, y posó una mano sobre la dura y brillante superficie.

En su garganta, la piedra-imán que colgaba de la correa palpitó como si una brasa ardiendo hubiera tocado por un instante su piel.

Los otros levantaron la cabeza asustados al escuchar el grito de sorpresa de Índigo, y *Grimya* se le acercó a toda prisa.

«¡Índigo! ¿Qué sucede?»

La ansiosa pregunta de la loba fue repetida en voz alta por Phereniq.

—No... lo sé. —Índigo retrocedió, aferrando con fuerza la piedra-imán, que notaba caliente aunque la sensación ardiente había desaparecido—. He tocado el áncora, y... —Extendió la mano de nuevo, vacilante, luego la retiró, temerosa de repetir el experimento; era como si la piedra-imán hubiera intentado decirle algo.

Luego bajó la mirada, y vio que los pliegues de la red de oro estaban revueltos. Debía de haberles dado un golpe con el pie al acercarse al áncora.

—¡Phereniq! —Su voz estaba ronca de excitación—. ¡Trae el Tridente aquí, rápido!

La astróloga se apresuró a acercarse, con Macee y Luk pisándole los talones. El Tridente estaba todavía envuelto; Índigo tomó el paquete y le quitó la tela que lo envolvía y alzó la reliquia; Macee dejo escapar un débil silbido de admiración.

—¡Qué hermosura! —Llena de respeto extendió una mano y lo tocó—. ¡Qué obra! ¿Es

Librodot

realmente tan antiguo como cuenta la leyenda?

—Nadie lo sabe seguro.

También Índigo contemplaba el Tridente, haciéndole girar despacio en su mano de modo que reflejara la pobre luz. Era, como había dicho Macee, muy hermoso. El elegante mango era de oro macizo, y se estrechaba hasta tomar la forma de un estilizado pez de oro de cuya boca surgían tres lengüetas terminadas por diamantes tallados en forma de punta de flecha. Joyas verdes y azules rodeaban el mango y la cola del pez, donde adoptaban la forma de una ola.

Pero había más que belleza en aquel antiguo objeto, Índigo lo sentía ahora, segura y claramente; el Tridente parecía vibrar en sus manos —o a lo mejor eran sus manos las que temblaban— y la piedra-imán palpitaba de nuevo, como un diminuto corazón vivo. Se volvió hacia el áncora de madera y extendió la mano para tocarla otra vez, con creciente excitación.

—Está aquí —anunció—. De alguna forma, esta áncora y la que buscamos están conectadas. Pero no sé... —Y lanzó una ahogada exclamación cuando, bajo la palma de su mano, sintió cómo el áncora se movía.

—¡Se ha movido! —siseó Macee—. Lo he visto; se ha *movido.*

Y ella sostenía el Tridente, igual que antes había estado tocando la Red...

—Phereniq... —Índigo gesticuló frenética en dirección a la astróloga—. La Red...

Un destello de esperanza y comprensión apareció en los ojos de Phereniq. Recogió entre los brazos una brazada de la reluciente malla, avanzó y tropezó casi al enredarse con la Red en su precipitación, Índigo tomó su mano, en un intento por evitar que perdiera el equilibrio.

Y el áncora de madera se balanceó como si algo la hubiera golpeado con terrible fuerza.

—*¡Madre Todopoderosa!* —Phereniq se quedó helada.

—¡Tócala! —gritó Índigo. De repente, llena de satisfacción, supo lo que iba a ocurrir—. ¡Toca el áncora..., completa la cadena!

Sujetando todavía la Red, Phereniq dio un paso hacia adelante. Sus dedos entraron en contacto con la pulida madera, y una luz resplandeció de súbito en el templo e hizo que Macee y Luk dieran un salto hacia atrás y que *Grimya* lanzara un ladrido de protesta. El resplandor duró tan sólo un instante antes de desaparecer, y mientras sus ojos luchaban por ajustarse de nuevo a la penumbra, Índigo sintió cómo la madera se partía bajo su mano, se desmenuzaba. Oyó la exclamación ahogada de Phereniq y supo que también ella experimentaba el mismo fenómeno. Entonces, con un ruido seco, toda la estructura del áncora de madera tallada se agrietó y se desplomó en el suelo.

Brillante en la penumbra, el tercer Regalo de oro de Khimiz, guardado durante tanto tiempo en el interior de su estuche de madera, se balanceó ligeramente al extremo de la temblorosa cadena.

Macee murmuró un juramento en davakotiano, que ahogó inmediatamente al recordar dónde se encontraba. Luk y *Grimya* se veían incapaces de hacer otra cosa que mirar, mudos de asombro; mientras que Índigo y Phereniq sentían la emoción del éxito y el resarcimiento recorría sus cuerpos como un vino embriagador.

—Estaba aquí —musitó Phereniq—. Estaba aquí, pero nadie lo sabía. Y tú... —Dirigió una rápida mirada a Índigo—. Cómo pu... —no pudo terminar la pregunta.

Índigo ni siquiera intentó responderle. Sus manos estaban aún unidas, ella sujetaba el Tridente, Phereniq aferraba la Red; y pensó: los Tres Regalos están juntos. ¿Pero ahora qué? Diosa, ayúdame, *¿qué hemos de hacer ahora?*

En lo alto, por encima de sus cabezas, un suave sonido rompió el silencio, pero nadie le

Librodot

prestó la menor atención, Índigo cerró los ojos, con un afán desesperado de obligar a su confundida mente a pensar con claridad. Tenían los Regalos, los talismanes protectores de la Madre del Mar. Pero ¿cómo utilizarlos? En el interior del templo empezaba a despertarse el poder. Lo sentía como electricidad contenida en el aire; por el momento ya se había abierto paso a través del letargo de muchísimos años para sacar el Áncora de su antiquísimo escondite. Pero algo lo contenía aún. Faltaba algo.

El sonido que había escuchado antes pero sin prestarle atención se repitió. Un suspiro, como si algo enorme hubiera exhalado débilmente en lo alto. Sin querer, Índigo levantó la cabeza, más allá de la enorme masa del casco de la nave-altar hasta donde las blancas velas se alzaban fantasmagóricas en dirección a la cúpula. Había una luz en el palo mayor; no el resplandor de las lámparas del templo sino algo más apagado, frío; un brillo difuso y remoto. Unos reflejos apenas perceptibles jugueteaban sobre la tela de las velas y se dio cuenta de que se movían con agitación pese a que no había la menor brisa que pudiera balancearlas.

Y sin previo aviso, una voz habló en su mente. Una voz enorme, amable pero a la vez feroz, e impresionantemente poderosa, que pronunció una sola palabra:

ARRIBA.

El grito involuntario de Índigo colisionó con un aullido inarticulado procedente de algún lugar a su espalda. Aturdida, se volvió en redondo, y vio que todo el templo parecía brillar con el mismo resplandor frío y difuso que había vislumbrado entre las velas de la nave. De pie y totalmente rígida frente a la proa, su figura espectral bajo aquel brillo nacarado, Macee la contemplaba con ojos desorbitados.

—*¡Ha hablado!* —En la voz de la menuda mujer había terror puro—, ¡Índigo, ha hablado! ¡No lo he podido oír, pero lo he visto, he visto cómo la boca se movía! —Y al ver que Índigo no comprendía, se tambaleó hacia adelante y señaló por encima del hombro de la muchacha—. ¡El mascarón! ¡La imagen de la Madre del Mar... oh, que la Diosa se apiade de mí, *he visto cómo sus labios se movían.*

Presa del pánico había abandonado la lengua khimizi por la suya propia, y ni Phereniq ni Luk entendieron lo que decía. Pero Índigo sí. Sintió como si se le revolviera el estómago, y volvió a dirigir la mirada a toda prisa hacia las blancas velas que se alzaban sobre ellas. Se hinchaban, la luz que relucía a través de ellas aumentaba y, como en definitiva confirmación de la insensata e imposible idea que había penetrado violentamente en su cerebro, se escuchó un fuerte crujido procedente de uno de los viejos maderos bajo su corteza de piedras preciosas.

—*¡Corred!*—gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. *¡Las escaleras... corred!*

Y sin esperar a ver si los otros la seguían, corrió en dirección a la escalera que conducía a la cubierta de la nave-altar. Mientras corría sintió que el aire se espesaba, se cargaba de poder estático a medida que el poder latente en el interior del Templo de los Marineros empezaba a agitarse. Todo estaba rodeado de una aureola del frío resplandor azul verdoso; centelleaban las chispas en sus cabellos *y* en el pelaje de *Grimya* que corría a su lado; y el Tridente que Índigo sujetaba en su mano brillaba con una potente y deslumbrante luz, como si estuviera al rojo vivo.

Llegaron a la escalera y *Grimya* se le adelantó, con más aspecto de un fantasma de color azul-gris que de un ser vivo mientras se precipitaba escaleras arriba hasta la cubierta. Al llegar a la batayola, que brillaba con una corona de colores en movimiento, Índigo miró hacia atrás y vio a Luk que la seguía y ayudaba a Phereniq con la Red. Sólo Macee se había quedado atrás,

mirando hacia arriba con el rostro lívido y atemorizado y apareciendo de repente muy vulnerable desde el suelo del templo, Índigo sintió que la embargaba un tórreme de simpatía y cariño, y la llamó, extendiendo una mano como si pudiera coger la de Macee y darle confianza.

—Macee, ¿no te das cuenta? ¿No ves lo que la Madre del Mar nos ha concedido, y lo qué quiere que hagamos? ¡Te necesitamos, Macee!: necesitamos tus conocimientos ahora más que nunca!

La menuda mujer vaciló por un instante; pero una emoción más fuerte y profunda empezaba a reemplazar al temor de sus ojos. Entonces el barco crujió de nuevo y Macee se puso en movimiento: se lanzó hacia adelante y subió los peldaños de tres en tres, para saltar sobre cubierta y a los brazos de Índigo, Índigo la abrazó como si se tratara de una hermana largo tiempo perdida, luego se vio apartada con cariño pero con energía mientras Macee se giraba y examinaba la cubierta con una rápida mirada. Su expresión seguía siendo frenética, pero ahora, además, excitada.

—¡A las velas! —aulló, indicando las cuerdas que aseguraban la parte inferior de las velas en medio del barco—, Índigo, tú sabes lo que hay que hacer: enséñaselo al muchacho, y...

El resto de sus palabras quedaron ahogadas cuando el viento penetró como un aullido a través del templo surgiendo de alguna parte y las enormes velas sobre sus cabezas se llenaron e hincharon con su fuerza, crujieron como titánicos látigos. Unos relámpagos atravesaron la proa de la nave, y con ellos llegó el sonido de la piedra al partirse, al tiempo que las enormes pilastras sobre las que descansaba el altar se derrumbaban. La cubierta dio una sacudida bajo los pies de Índigo; aferrada a la barandilla, con los cabellos ondeando al fuerte viento, se dirigió a trompicones a cumplir la orden de Macee tras llamar a Luk para que la ayudara. Macee, su cuerpo sorprendentemente iluminado por el resplandor azul-verdoso que brotaba ahora de las paredes del templo, parecía estar en todas partes al mismo tiempo: gritaba órdenes, chillaba palabras de ánimo... Incluso Phereniq, con su falda que ondeaba enloquecida bajo el vendaval, estaba de pie y manejaba con habilidad las cuerdas, con una energía que jamás hubiera creído poseer. Y el mismo barco empezaba a cambiar. Los mástiles perdían su antiguo brillo y adquirían el aspecto de maderos saturados y casi petrificados por años de exposición a los efectos del mar; las cuerdas y las jarcias se volvían más gruesas, convirtiéndose en maromas ásperas y alquitranadas y terriblemente poderosas; las velas ya no eran de seda sino de resistente lona, manchadas por la sal del mar y tensándose con atronador ruido contra sus amarras. Por todas partes, las joyas y los metales preciosos y las delicadas maderas talladas se transformaban en latón y bronce y hierro y maderos resistentes, al tiempo que el altar y las incontables miles de ofrendas que la adornaban se metamorfoseaban, una bestia dormida que se despertaba por fin, para convertirse en una auténtica nave. Y llenando los oídos de Índigo por encima del aullido del viento y el crepitar y crujir de las hinchadas velas llegó un nuevo sonido: el incesante y estimulante rugido del mar.

Macee, que también lo había escuchado, corrió a la barandilla. Las escaleras apoyadas al costado del barco se desprendían y se estrellaban contra el suelo, e incluso mientras la davakotiana miraba abajo, el suelo pareció alzarse como si se convirtiera de mármol en agua.

—¡LEVAD EL ANCLA!

Su estentóreo bramido se elevó por encima del creciente clamor e Índigo vio cómo empezaba a tirar de la cadena a la que estaba sujeta el Áncora. Corrió junto a Macee y añadió sus propias energías a sus esfuerzos; a los pocos instantes Luk se unió a ellas y sujetó también

Librodot

la cadena, y los tres tiraron a la vez, los pies bien apuntalados para contrarrestar el peso del Áncora que poco a poco, muy despacio, empezaba a subir. Macee, sudorosa, con los bíceps a punto de estallar por el esfuerzo, empezó a entonar una canción davakotiana; su mirada se encontró con la de Índigo y ésta hizo una mueca y se unió a la saloma, al tiempo que su cuerpo se adaptaba de forma inconsciente a su continuado e hipnótico ritmo mientras tiraba. Su mente se llenó de embriagadores recuerdos, de su época a bordo del *Kara-Karai,* con la cubierta cabeceando bajo sus pies y el mar y el viento y las olas zumbando en su sangre... Y entonces el Ancora apareció, se alzó sobre el costado del barco, y ya no era delgada y dorada sino un enorme peso de hierro, incrustado de bálanos y chorreando agua.

—¡TODOS A LAS MAROMAS! —rugió Macee al tiempo que un violento estremecimiento hizo que la nave se balanceara de proa a popa—. ¡SE MUEVE!

De repente la nave dio un tremendo bandazo, tirando al suelo a Luk y a Phereniq. Y de la proa surgió un nuevo sonido, tembloroso, estremeciéndose a través del tambaleante templo, Índigo miró al frente y agarró el brazo de Macee con una exclamación ahogada al ver que los brazos extendidos del enorme mascarón empezaban a alzarse, las manos a abrirse, los cabellos ya no estaban esculpidos e inmóviles sino que eran reales, ondeaban al viento en torno a aquel rostro sereno. El salvaje canto de sirena que surgía de la sonriente boca de la imagen aumentó de volumen, vibró con la corriente de energía que recorría el templo mientras las paredes parecían caer, disolverse, hundirse en la caótica oscuridad, y el barco empezaba a moverse. Delante de ellos las puertas se iban ensanchando cada vez más, y cuando el barco tomó impulso se hicieron añicos dando paso a la noche. El puerto había desaparecido, Simhara había desaparecido; en su lugar, a través del gran abismo en el que habían estado las puertas, el mar tronaba y hervía en dirección a ellos, y sobre el mar colgaba, tétrico y fantasmal, no el familiar disco blanco de la luna llena, sino un disco negro y maligno, rodeado por una aureola de espectral luz plateada, Índigo tuvo una última visión de la auténtica forma del templo desvaneciéndose en la distancia como un sueño roto, y entonces se abrieron paso a través de las dimensiones, a través de las barreras incognoscibles que existen entre los mundos, y el reluciente barco, un enorme y fantasmal avalar, zarpó con la marea que corría a su encuentro.

El viento se llevo el aullido de triunfo de Macee cuando la nave cortó la primera ola y un chorro de agua cayó sobre la cubierta. También Índigo gritaba llena de excitación mientras la espuma azotaba su piel y le empapaba los cabellos, y Luk y Phereniq se aferraban a la barandilla, acurrucados para protegerse del ataque de la espuma pero a la vez contagiándose de la excitación. *Grimya,* con las cuatro patas bien apuntaladas para no perder el equilibrio, permanecía en la cubierta de proa con el hocico levantado hacia la galerna, Índigo percibió sus pensamientos, llenos de recuerdos que habían vuelto a despertarse —*el* rugido del mar, el gemido del viento contra las velas, el crujido de los maderos y jarcias— mientras el barco se abría camino sin que se precisara de ninguna mano humana para guiarlo y el enorme mascarón de proa seguía entonando su desafío a la noche.

Y entonces, por encima de todo aquel ruido, se escuchó la voz de Macee.

—*¡Ah-hey-ya!* —Era el grito de advertencia de los marineros davakotianos, soltado con toda la potencia de sus pulmones—. *¡A estribor, quince grados al norte!*

Índigo se volvió, apartándose los empapados cabellos que el viento había arrojado contra su rostro, y entrecerró los ojos para atisbar en la oscuridad más allá de la cabeceante barandilla. Agua blanca... estaba cerca, aunque era imposible saber cuánto; unas crestas de ola desiguales formando una larga hilera, que destacaban con fuerza del negro oleaje que los rodeaba por

Librodot

todas partes, y el instinto marinero de Índigo hizo que la adrenalina del miedo empezara a correrle por las venas. Rocas —un arrecife— empezó a volverse hacia Macee; entonces, de repente, lanzó un grito cuando la nave, sin previo aviso, se inclinó violentamente. Las maderas crujieron en señal de protesta, las velas se soltaron y chirriaron enfurecidas mientras luchaban contra el cambio de rumbo, y el golpeteo del mar bajo el casco se convirtió en un movimiento caótico al tiempo que la proa empezaba a virar, inexorable, a estribor.

—¡Vira hacia eso! —bramó Macee—. ¡Hazla girar! ¡Hacedla girar!

Índigo corrió por la cubierta, esquivando por poco una maroma que se había soltado y se bamboleaba violentamente y que pasó a pocos centímetros de su cabeza, y se lanzó hacia las dirías. Pero antes de que pudiera hacer nada, Phereniq gritó con todas sus fuerzas:

—¡En, mirad! ¡Mirad!

Índigo y Macee se detuvieron en seco cuando, también ellas, vieron lo que Phereniq había visto. Las blancas aguas se separaban, mientras algo que no era un arrecife ni una roca aislada salía a la superficie. Una enorme masa ondulante, viscosamente fosforescente, surgió de las aguas; dejó atrás las olas que batían incesantes, y la cabeza monstruosa de una gigantesca serpiente plateada emergió de las aguas levantando un chorro de espuma.

El remolino que provocó al salir golpeó al barco de costado con gran fuerza, haciéndolo cabecear y bambolearse, Índigo se vio lanzada al otro extremo de la cubierta y se estrelló contra *Grimya,* que también había perdido el equilibrio; una vez en pie, tambaleante, vio el rostro enloquecido de Macee en la fantasmal luz, vio cómo su boca se contorsionaba en un grito... pero al cabo de un instante todo ruido se vio eclipsado por un alarido ululante que helaba la sangre que brotaba de los labios del mascarón de proa viviente, un grito de odio y de salvaje desafío. La serpiente marina se elevó hacia el cielo, mientras el agua chorreaba de su cuerpo como ardiente nácar plateado; y de repente, superpuesto en su mente, Índigo vio de nuevo el naipe de la echadora de cartas que hacía encontrado en el templo y que había sido el burlón desafío de Némesis. Esa misma escena resucitaba ante ella, completa en cada uno de sus espantosos detalles, y mientras la serpiente se elevaba más y más, recortándose contra la siniestra forma de la luna en eclipse, la inspiración le llegó como un mazazo.

—¡Macee! —aulló el nombre de la menuda capitana—. ¡Phereniq, Luk..., la Red! ¡Ayudadme!

Phereniq comprendió antes que los demás lo que pensaba hacer, y se precipitó al lugar donde permanecían la Red y el Tridente, milagrosamente en su sitio a pesar del caos, junto a la barandilla de babor, Índigo y *Grimya* llegaron allí segundos más tarde, y entre las tres empezaron a tirar de la Red. La malla se extendía en más y más pliegues a medida que tiraban y, perpleja, Índigo percibió que la Red crecía, que se volvía más espesa y pesada; y los peces hechos de piedras preciosas también se transformaban, convirtiéndose en las esferas de cristal que servían de peso a la tradicional red de pescador. El olor acre y fuerte del alquitrán pasado les penetró en la nariz, e Índigo comprobó que había alquitrán en sus manos, que entre sus dedos pasaba el áspero contacto del mejor y más resistente cáñamo a pesar de que la Red aún despedía un brillo dorado. Se puso en pie de nuevo, arrastrando un extremo de la pesada masa con ella: Phereniq tomó el otro extremo con *Grimya* entre ambas en el centro, y empezaron a avanzar con dificultad hacia la proa.

—¡Índigo, no!

Una figura se separó del palo mayor, las interceptó y aferró el brazo de Índigo. La muchacha se detuvo y clavó la mirada en el rostro convulso de Luk. Las lágrimas corrían a

Librodot

raudales por las mejillas del muchacho y sacudía la cabeza en frenética negativa.

—¡No, Índigo, no puedes hacerlo! ¡Todavía es Jessamin! ¡Por favor..., debe de haber otro modo!

—¡No hay otro modo! —le gritó Índigo por encima del rugido del mar y los agudos alaridos de la propia voz del barco—. ¡Ayúdanos, Luk, o mantente a un lado: no intentes interferir!

—¡Pero, es *Jessamin!*

Se arrojó contra ella, agitando los brazos, y un puño fue a estrellarse en el ojo izquierdo de la muchacha, Índigo retrocedió tambaleante; de pronto, otra figura apareció en la refriega, y Luk lanzó una airada protesta cuando los musculosos brazos de Macee lo separaron de su contrincante.

—¡Atrás, muchacho! —rugió la pequeña davakotiana—. ¿Es que estás loco? ¡Maldito sea tu testarudo pellejo, *estamos intentando vengar a tu propio padre!*

Los ojos de Luk se abrieron de par en par y su boca se abrió.

—¡No! Eso...

—¡Sí! —rugió Macee—. ¡Tu padre está muerto, y esa cosa lo asesinó, de la misma forma que asesinó a su tío y a su primo y a mi tripulación, que la Madre proteja sus almas! Ahora, ¿quieres apartarte?

Índigo no tuvo tiempo más que para dedicar una momentánea mirada de desesperación a Luk, con el ojo dolorido aún, se incorporó y siguió adelante seguida de Phereniq y *Grimya.* El demonio-serpiente se alzaba ahora ya sobre el barco, tapando la luna y arrojando su gigantesca sombra sobre las tensas velas. Era gigantesca hasta extremos imposibles, y un momento de desesperación se apoderó de ella. No podrían atraparla; incluso la Red en su nuevo estado no sería suficiente. El demonio era demasiado poderoso ahora, no había nada que pudieran hacer, estaban perdidos...

¡ÍNDIGO!

Era la voz de Macee; y de repente recordó sus primeros días a bordo del *Kara-Karai,* mientras la tripulación luchaba por avanzar en medio de una furiosa tormenta. Había cometido un error, un pequeño error, el resultado de la inexperiencia; y el furioso ataque de su capitán había sido peor que la furia de la tormenta, quitándole el pánico y devolviéndola a la ciega e incondicional obediencia que era su única esperanza de sobrevivir.

Aquella misma reacción instintiva la impulsó ahora, la sacó de la parálisis para llevarla a la acción. Estaban en la proa, el mar bullía vertiginoso bajo ellas, y la Jessamin-serpiente-demonio era una refulgente y palpitante pared delante de ellos, Índigo alzó la Red, sintió cómo Phereniq hacía lo mismo, y entonces *Grimya* salió a toda carrera en busca de lugar seguro; Macee ocupó su lugar, y juntas levantaron la enorme y brillante masa de malla. Sus brazos se alzaron hasta el límite, los músculos listos para lanzarla... y de repente aparecieron otras manos, enormes y poderosas, sujetando la Red de oro y elevándola, más y más, al tiempo que los brazos del gigantesco mascarón de proa se alzaban para unirse a los de ellas en un terrible torrente de pura y furiosa energía, Índigo sintió que una nueva fuerza fluía por sus músculos, sus arterias, sus huesos, oyó cómo sus compañeras gritaban al unísono y gritó con ellas... Entonces la Red voló sobre la proa y hacia el cielo, arriba y lejos como un reluciente pájaro; se extendió y giró y descendió de nuevo para engullir la convulsionada cabeza y el cuerpo de la serpiente.

Un alarido ensordecedor y sibilante llenó la noche, eliminando incluso a la rugiente canción

del mascarón. La serpiente se revolvió cuando la malla cayó sobre ella y la enredó, y los enormes anillos gris plata se agitaron fuera del agua, se retorcieron, se revolvieron, golpearon las aguas y la lanzaron hacia el cielo. *A* través del revoltijo de malla dorada y escamas plateadas Índigo vio que la enorme boca de la serpiente se abría desmesuradamente como presa de furia, de dolor o de ambas cosas, y vio, también, que allí donde la Red la tocaba, la piel del demonio parecía arder. Al cabo de un instante la imagen quedó borrada junto con toda otra imagen cuando lo que parecía una sólida masa de agua cayó estrepitosamente sobre la nave, Índigo se vio derribada y echada hacia atrás cuando la enorme oleada provocada por los movimientos de la serpiente se estrelló sobre la cubierta; su mano se agitó frenética y consiguió agarrarse a un cabo, frenándolo con brusquedad, y se incorporó como pudo, empapada por completo y escupiendo agua; comprobó que los demás estaban bien, agarrados con manos y dientes a maromas, barandillas, mástiles, mientras la ola proseguía su curso y desaparecía por la popa. Pero su alivio duró tan sólo un instante. Macee, todavía en la proa, empezaba a ponerse en pie, pero de repente se quedó paralizada, mirando hacia arriba. Entonces lanzó un aullido de advertencia que pudo oírse incluso por encima de la cacofonía de sonidos.

—¡Cuidado arriba! —indicó desesperada—. ¡Cuidado!

Enloquecido por el dolor y la rabia, el demonio-serpiente se alzaba más y más hacia el negro cielo, mientras la monstruosa cabeza amenazaba con desgarrar la Red que la tenía atrapada y liberarse. Su cuerpo, ahora tan próximo al barco que Índigo tuvo la horrible sensación de que si estiraba la mano podría tocarlo, surgió de las aguas, una enorme mancha borrosa de macilenta fosforescencia que ocupó todo su campo visual mientras se elevaba hacia el cielo; y entonces, con una tremenda torsión que envió una nueva sarta de olas contra la nave, la gigantesca cabeza se dobló hacia delante y hacia ellos.

—¡Índigo! ¡Índigo! —Era la voz de Phereniq, aterrorizada y acompañada por un aullido de *Grimya—.* ¡El Tridente! *¿Dónde está el Tridente?*

Las palabras fueron como una estocada en la mente de Índigo que rompieron la parálisis provocada por el horror que por un momento precioso y vital la había inmovilizado. Se volvió y corrió hacia la barandilla de babor, pero antes de poder llegar escuchó el estruendo de la madera al astillarse cuando la serpiente golpeó el barco. El palo mayor se rompió, y una avalancha de palos rotos se abalanzo sobre la cubierta. El barco se inclinó con un terrible gemido y arrojó a Índigo, patinando de costado, hasta su meta. La muchacha empezó a rebuscar con desesperación entre el revoltijo de maderos rotos y aparejos destrozados. No lo encontraba..., si el Tridente había desaparecido, si se había perdido...

—¡Aquí, Índigo!

El grito provenía de muy cerca de ella, y vio a alguien que intentaba acercarse a gatas por entre los restos de madera y velas. Se trataba de Luk, y su mano se aferraba al Tridente, Índigo tuvo tiempo de dar una mirada a su expresión macilenta, angustiada pero a la vez decidida antes de que otro atronador estrépito zarandeara la nave, y la vela mayor, sujeta todavía a su botavara, se desplomó sobre cubierta, Índigo le gritó a Luk para que retrocediera, y la enorme superficie de lona cayó entre ambos, separándolos.

Un grito agudo e insensato hendió el aire. La muchacha levantó la cabeza. Allí donde había estado la vela mayor no había más que un espacio negro, y recortada contra el cielo vio la cabeza de la serpiente echándose hacia atrás, echando a un lado los destrozados restos de las velas y los palos que sus mandíbulas habían desgarrado de sus amarras antes de que la enorme

Librodot

fauce se abriera de nuevo, una retumbante caverna negra con colmillos parecidos a mortíferas estalactitas, y se lanzara sobre el destrozado barco para asestarle el golpe de gracia.

—¡Luk! —aulló Índigo.

Lo veía pero no podía llegar hasta él; el muchacho tenía los ojos levantados, hipnotizado, y su rostro estaba contorsionado por terribles emociones, Índigo se lanzó contra la barrera que los separaba, arrancando los maderos que le interceptaban el paso, al tiempo que se daba cuenta de que no lo conseguiría...

La cabeza del demonio golpeó el mástil que quedaba, lo hizo pedazos, atravesó los ondeantes jirones de las últimas velas y se lanzó en picado. El Tridente que Luk sujetaba brilló de repente como si se le hubiera prendido fuego. Una luz dorada centelleó por todo el mango, y las lengüetas acabadas en diamantes ardieron como salvajes llamaradas de magnesio. Luk echó el brazo hacia atrás, y mientras el monstruo plateado se lanzaba sobre él, arrojó el Tridente con todas sus fuerzas directamente al profundo abismo de sus fauces.

El Tridente se convirtió en una bola de fuego, un meteoro terrestre, dejando una potente llamarada tras de sí al estrellarse contra el interior de las fauces del demonio y estallar. Una explosión de luz recorrió la nave de parte a parte, y la serpiente lanzó un ensordecedor aullido. La monstruosa cabeza se irguió, volviéndose hacia un lado, y el mar se agitó embravecido mientras los anillos de la criatura se revolvían fuera del agua, la golpeaban, se retorcían. El aullido se transformó en un grito. Destacado contra el cielo negro, Índigo vio brotar fuego de la boca del demonio y llamaradas en las cuencas de sus ojos al tiempo que se retorcía por encima del barco. La cubierta cabeceaba, el navío se bamboleaba enloquecido; oyó chillar a Macee, aullar a *Grimya,* y se aferró con desesperación a la barandilla mientras una ola tras otra barría la cubierta. La serpiente se había convertido en un enorme fantasma, y mientras Índigo luchaba por no ser barrida por la borda, vio asomar unas líneas de fuego dorado por entre las escamas plateadas de la cabeza del monstruo, una delicada red de estrías. Se extendieron y ardieron por todo su cuerpo, como si una enorme fuerza lo resquebrajara; y el demonio aulló víctima de un terror mortal. Por última vez intentó erguirse y proyectarse fuera de las aguas, entonces la enorme forma reptiliana reventó, como una cáscara de huevo que se hiciera añicos, y un relámpago de cegadora luz blanquiazulada surgió de la convulsa figura y salió despedido hacia arriba con un sonido que hendió la noche. El barco se encabritó cómo si fuera un caballo salvaje; Índigo vio cómo *Grimya* salía despedida hacia ella, vio cómo Macee se estrellaba contra el roto tocón del palo mayor, vio cómo el rayo de energía atravesaba el firmamento y desafiaba a la misma luna mientras gotas de fuego azul, que eran todo lo que quedaba de los restos mortales del demonio, caían sobre el agua, sobre la cubierta, sobre los jirones de las destrozadas velas. Entonces el mar se alzó, como unas gigantescas espaldas, grandes como un continente, que se encogieran de hombros, y sintió cómo una ola enorme levantaba la nave y la enviaba hacia arriba siguiendo la luz, cada vez más alto, a través de brillantes colores y rugientes vórtices y rompiendo dimensiones y...

Librodot

CAPÍTULO 26

La noche había implosionado. Esa fue la única forma en que Índigo pudo definir después, incluso para ella, lo que había sucedido, aunque eso estaba muy por debajo de lo que realmente había ocurrido. Era como si el mar y el cielo se hubieran estrellado, aplastando a la nave y a sus aterrorizados pasajeros entre dos inmensos muros de total oscuridad. El sonido y la visión desaparecieron... y luego se encontró boca abajo sobre la cubierta con charcos de agua a su alrededor, en un mundo inmóvil y silencioso por completo.

Durante algunos instantes no se atrevió a levantar la cabeza. Tenía demasiado miedo de lo que pudiera ver, de dónde pudiera encontrarse. ¿Qué le había sucedido al mar? ¿Y a los otros? ¿Seguían vivos? ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Gimió sin querer: y entonces dio un respingo cuando algo respiró ruidosamente junto a su oreja izquierda, y una lengua áspera y caliente lamió sus cabellos mojados.

«¡Índigo!»

La ansiosa voz mental de *Grimya* reflejaba una mezcla de alivio y asombro.

«Índigo, todo está bien. Puedes mirar. Creo... ¡Creo que estamos de vuelta!»

Mareada, se incorporó sobre los codos, parpadeando ante la desacostumbrada luminosidad que emanaba con suavidad de todas partes. Algo enorme y blanco se movió lentamente cerca de ella y la sobresaltó; pero no era ningún demonio, ninguna amenaza. Simplemente un enorme y destrozado montón de seda que se balanceaba lentamente movido por el viento. Seda... El corazón le dio un brinco y levantó la cabeza.

Sobre ella, los mástiles rotos se destacaban con claridad entre los pocos jirones de vela que aún permanecían sujetos a ellos. Y más arriba aún, más allá de los palos dentados, se apreciaba un resplandor suave y difuso que, descubrió con sorpresa, no era otra cosa que la cúpula del Templo de los Marineros.

Habían regresado. Alrededor, las paredes del templo brillaban con la suave luz de sus eternas lámparas. Delante de ellos, las puertas estaban abiertas mostrando una silenciosa oscuridad mitigada por un pequeño número de estrellas y el débil resplandor de las farolas del muelle. Oía el murmullo del mar, profundo y feroz pero sin embargo reconfortante a la vez. Y el barco...

Se volvió en redondo, muy despacio, mientras su aturdida mente asimilaba de forma paulatina lo que veían sus ojos. El barco había cambiado otra vez. Volvía a estar sobre sus pilastras de mármol, era una vez más el altar que había embellecido el Templo de los Marineros durante siglo. Incrustaciones de filigrana centelleaban sobre la cubierta. Una corteza de piedras preciosas brillaba en la barandilla. Una driza, que pendía suelta y golpeaba con suave ritmo contra los restos del palo mayor, estaba ensartada de brillantes cintas y adornada con tallas, chucherías, incontables ofrendas diminutas. Abollada, destrozada, sus velas desgarradas, sus mástiles rotos y su cubierta agujereada en varios sitios, la nave-altar descansaba en su antiguo lugar, su trabajo terminado y su promesa cumplida.

Y el demonio...

Índigo miró de nuevo en dirección a las puertas y al puerto que se veía desde ellas, y supo la respuesta a su pregunta. El cielo empezaba a palidecer, las estrellas a desvanecerse mientras los primeros atisbos de los rayos del sol se abrían paso por el este. La conjunción había pasado, el eclipse había terminado, y el demonio no había regresado... porque estaba muerto.

Librodot

Los años de espera, de búsqueda, de prueba, habían terminado; y la cosa que había nacido de la oscuridad bajo una luna negra había sido por fin destruida.

Se volvió hacia *Grimya,* que permanecía sentada contemplándola con ojos que le comunicaban su comprensión sin necesidad de palabras. Sin decir nada abrazo a la loba, apretó su rostro contra el espeso y húmedo pelaje, presionó con tanta fuerza como sus agotadas energías le permitían. Aunque la llama del triunfo ardía ahora, había aún una sensación de vacío detrás de ella, el saber que, para ellas, éste sólo era un paso más de un largo, largo camino. Y se sintió tan cansada. Unas suaves pisadas le hicieron levantar la cabeza, y vio a Phereniq de pie a pocos pasos de distancia. Al igual que Índigo y *Grimya,* los cabellos y las ropas de la astróloga estaban empapados de agua de mar; pero su rostro estaba sereno y sus oscuros ojos tenían una expresión de afecto.

—Índigo... —Parecía incapaz de encontrar más palabras para expresar lo que sentía; entonces una leve y triste sonrisa apareció en sus labios—. Ha sido vengado —añadió en voz baja.

Índigo se puso en pie. Quería abrazar a Phereniq de la misma forma que había abrazado a *Grimya,* pero cuando dio un paso adelante Phereniq retrocedió un poco, y comprendió que éste no era el momento adecuado.

—Los otros están bien —dijo Phereniq. Su voz era trémula, pero entonces cambió a cuestiones más mundanas y su autocontrol regresó—. Macee se ha hecho daño; creo que se ha roto el brazo, pero he encontrado una tablilla provisional y de momento le servirá. Luk no ha sufrido el menor daño pero... sospecho que preferirá estar a solas durante un rato. —Su mirada se encontró de nuevo con la de Índigo—. ¿Sabes lo que hizo?

—Sí. Debe de haber necesitado más valor para ello que... —Se detuvo, sacudió la cabeza, y luego añadió en voz muy baja, casi para sí:

—Leando habría estado orgulloso de él.

Un poco más tarde, Índigo y *Grimya* descendieron las escaleras, recuperadas ahora y vueltas a colocar en su sitio al costado del barco. Phereniq atendía a Macee, haciendo que se sintiera lo más cómoda posible hasta que hicieran venir a hombres para ayudar a bajarla, y Luk, por el momento, estaba mejor a solas.

Índigo y Macee no habían intercambiado más que algunas palabras, pero fueron suficientes. La amplia sonrisa de la menuda davakotiana, acompañada por un juramento ahogado al intentar imprudentemente mover el brazo roto, había borrado pasadas enemistades, y ya no se iba a hablar más de remordimiento o de perdón. Macee había hecho tan sólo una petición que Índigo estaba ahora a punto de cumplir.

—Ve y dale las gracias de mi parte —había dicho, y sus ojos se arrugaron con una familiar mueca traviesa—. Tú sabes cuáles son las palabras adecuadas; yo no soy más que un marinero vulgar y no sé nada de rituales. Dale las gracias. ¡Y dile que Ella es el mejor miembro de mi tripulación que he tenido jamás!

El gigantesco mascarón del barco no era más que esto ahora: una talla de madera exquisita pero inmóvil y sin vida. Pero cuando se colocó a la sombra de la proa y levantó la mirada, Índigo lanzó una sorprendida exclamación. El hermoso rostro y la ondulante mata de cabello del mascarón continuaban igual, pero sólo a pocos centímetros de los hombros de la figura la madera estaba astillada y rota, nada excepto pedazos rotos, quedaban allí donde habían estado sus elegantes brazos y manos.

Dio un paso hacia adelante, todos sus instintos protestaban contra aquella profanación...

Librodot

Luego se detuvo al recordar. En su mente volvió a escuchar el extraño y escalofriante canto del mascarón, y recordó también a las enormes e inhumanas manos que habían recogido la Red de oro cuando ella y Phereniq y Macee luchaban con su pesada mole, y con un poder y una energía muchísimo mayores que su insignificante mortalidad la había levantado y lanzado para atrapar al demonio-serpiente.

Y entonces, por primera vez, vio el rostro del mascarón.

La Diosa del Mar ya no cantaba. Los gruesos y hermosos labios tallados con tanto amor por un artesano desaparecido hacía ya muchísimos años en una época anterior, no estaban fijados en su familiar forma de grito con la boca abierta, sino que por el contrario sonreían con una serena y sagaz sonrisa de beatitud. Durante un buen rato, Índigo contempló el semblante magnífico, y una inmensa sensación de paz se apoderó de ella. Inconscientemente, sus propios brazos se extendieron hacia donde debieran de haber estado los de la figura, y le pareció como si tocase una cálida corriente de agua, curativa, amorosa, que prometía un futuro sin dolor. Cerró los ojos y sintió cómo las lágrimas corrían por sus mejillas, un desordenado caos de emociones, pero a la vez una liberación, una seguridad, algo en lo que podía apoyarse, aferrarse y que nunca la negaría.

—Índigo...

La suave y tímida pronunciación de su nombre la devolvió a la realidad. Parpadeó, se dio la vuelta y vio a Luk. Había descendido del barco sin que lo vieran y estaba de pie frente a ella; con los hombros erguidos, el rostro inexpresivo, los ojos...

Todo estaba reflejado en sus ojos. Todo el dolor, toda la pena, toda la traición. Y sin embargo, bajo el peso de sus emociones se acurrucaba una chispa que encendió una llama parecida en Índigo. Había esperanza.

—¡Oh, Índigo!

Y de repente el muchacho adulto volvió a ser un chiquillo, al tiempo que se arrojaba en sus brazos y sollozaba su desolación y su alivio con el rostro hundido en la cabellera empapada y endurecida por la sal del mar de la muchacha.

La atmósfera en la antecámara del palacio era tensa, pero sin aquel toque helado que tan a menudo acompañaba a las ocasiones formales. Macee, que odiaba las despedidas, se removía inquieta en su ornado sillón, consiguiendo capturar la atención de Índigo de vez en cuando y sonriendo tímidamente. Su brazo, aunque todavía en cabestrillo, curaba bien según el mago-doctor Thibavor, y no le causaría molestias en el viaje que la esperaba; la verdad es que se sentía ansiosa por sentir de nuevo el movimiento de una cubierta bajo sus pies, Índigo sabía que sus impacientes pensamientos se desviaban constantemente al recién puesto en servicio *Orgullo de Simhara,* que aguardaba en su punto de atraque con una tripulación completa. El barco era un regalo en señal de gratitud del nuevo Takhan de Khimiz, y durante la sencilla ceremonia de aceptación celebrada seis días atrás Índigo había visto cómo Macee, casi por primera vez en su vida, se quedaba sin palabras.

Para ella no había habido regalos. El Takhan había protestado, igual que lo había hecho Phereniq; pero Índigo había sido tajante. No quería nada: ni tierras, ni títulos, ni riquezas. ¿Qué haría un sencillo marinero, había preguntado con una dulce sonrisa, con tal botín? Y aunque la habían lisonjeado, rogado, suplicado, les había dicho que no podía permanecer en Simhara, que debía seguir su viaje.

Deseó haberles podido explicar el motivo. Deseó que las punzadas de dolor se hubieran visto mitigadas por la comprensión. Pero el secreto que compartía tan sólo con *Grimya* la

Librodot

llamaba; el diminuto y reluciente punto de luz de la piedra-imán mostraba ya la ruta hacia el oeste que debía tomar, al otro lado del mar, a una nueva tierra y a un nuevo peligro. Esta despedida, lo sabía muy bien, sería para siempre.

La voz de Macee interrumpió su triste ensoñación.

—¿Sabes, Índigo? Me satisface verte de nuevo dispuesta a volver al mar después de todos estos años. —La diminuta mujer sonreía de oreja a oreja—. Igual que en los viejos tiempos, ¿eh?

—Sí. —Índigo le devolvió la sonrisa—. Igual que en los viejos tiempos.

—Y un barco nuevo bajo nuestros pies, y un buen viento del nordeste para empujarnos en nuestro camino —añadió Macee—. ¡Habrá mucho que contar cuando lleguemos a Davakos! —Paseó la mirada por la habitación, y al jardín que desplegaba las mejores galas del verano al otro lado de los abiertos ventanales, y sus ojos adquirieron una expresión soñadora—. Voy a regresar el año próximo, para ver el Templo de nuevo cuando las restauraciones hayan finalizado. Se lo prometí a Ella. Y le traeré una ofrenda como jamás se habrá visto en Simhara, ten presente mis palabras, porque lo haré. Y veré a nuestros amigos de nuevo, y les diré que llegaste perfectamente: he prometido también eso. Y... —Se interrumpió, y se llevo una mano con gesto impaciente a las mejillas adornadas por sendos diamantes—. ¡Oh, maldición! —Sollozó.

Se vio salvada de una mayor turbación al abrirse las puertas damasquinadas situadas al otro extremo de la habitación y penetrar en la sala un pequeño grupo de personas. Todos llevaban ropas de ceremonia, y el Takhan, en el centro, resplandecía con sus vestiduras verdes, con una capa de ceremonias en hilo de oro bordeada de esmeraldas echada sobre un hombro. A su lado iba Phereniq, el torques de oro de la Regente de Khimiz destacando vivamente sobre el azul oscuro de su vestido, Índigo y Macee se pusieron de pie... y Luk Copperguild dejo a un lado su dignidad y echó a correr para abrazar a ambas en un abrazo que no le debía nada al protocolo pero sí todo al amor.

—¡No sé qué deciros! —confesó cuando por fin las soltó—. Había preparado un discurso, pero no puedo quedarme aquí y decir adiós de una manera tan formal; no me parece nada bien. ¡Lo que... lo que yo deseo es que no os tuvieseis que ir!

Macee retrocedió unos pasos, consciente de que las palabras del joven Takhan eran más para Índigo que para ella, e Índigo y Luk permanecieron con las manos cogidas, ambos intentando sonreír.

—Nunca te olvidaré, Índigo —dijo Luk—. Todo Khimiz jamás olvidara lo que hiciste.

Ella lo contemplo, orgullosa de su juvenil fervor y profundamente conmovida por la energía interior que veía bajo la incertidumbre de su mirada. Sabía que LUK había sido reacio a aceptar el manto de su nueva posición; pero también sabía que el Consejo de palacio había hecho una elección acertada. Como primo en primer grado del antiguo Takhan al que Augon Hunnamek había depuesto, y el miembro varón superviviente de más edad de la familia Copperguild, el trono de Khimiz le pertenecía a Luk por derecho de nacimiento. Y aunque el tiempo no borraría por completo sus tristes recuerdos, los dejaría a un lado por el bien de su gran responsabilidad. Sería un buen gobernante. Y Phereniq ayudaría a que sus heridas cicatrizasen.

Luk siguió:

—Intentarás regresar, ¿verdad? ¿Algún día?

—Eso espero, Luk. —Realmente lo pensaba—. No existe nada que me guste más.

Librodot

—Te recordaré en todas mis oraciones a la Madre del Mar. ¡Oh, Índigo, que Ella te proteja siempre! —Y le arrojó los brazos alrededor del cuello otra vez, las lágrimas centelleando en sus ojos.

La muchacha se había despedido en privado de Phereniq a primeras horas del día, de modo que mientras se abrazaban por última vez ninguna de las dos pudo encontrar palabras para expresar sus sentimientos., Al tiempo que besaba la arrugada mejilla de la astróloga, Índigo le murmuró:

—Cuida de él, Phereniq.

—Lo haré, como si fuera mi propio hijo. —Calló un instante—. Podemos hacer mucho para consolarnos el uno al otro, Luk y yo; porque ambos sabemos lo que es perder a aquello a lo que amamos. Con el tiempo dejara de llorar a Jessamin.

—¿Y tú...?

—¿Yo? ¡Yo pasaré el resto de mis días como quiera la Gran Madre! ¿Qué más puede pedir cualquiera de nosotros? Pero creo que habrá buenos momentos junto con los tristes. —Sonrió, parpadeando rápidamente, y oprimió los antebrazos de Índigo—. Será mejor que zarpes, querida amiga, o perderás la marea. Adiós. Y que la Diosa te bendiga.

En la litera cerrada que las condujo al puerto, ninguna de las dos tuvo nada que decir. Incluso *Grimya,* tumbada junto a Índigo, con la cabeza apoyada en el regazo de su amiga, parecía absorta en sus propios pensamientos. Recordaba el último abrazo que había recibido de Luk y de Phereniq, y deseaba haberles podido decir palabras de despedida en lugar de limitarse a lamerles manos y rostros. Macee se había negado en redondo a llorar pero había estado peligrosamente cerca de ello; mientras Índigo, que sí había estado preparada para llorar, por el contrario había experimentado una sensación de intenso fervor, aunque eso sí, teñida por una profunda pena, que mantenía las lágrimas bajo control.

En el muelle se había reunido un gran número de personas. Macee había esperado poder zarpar sin una multitud que las despidiera, pero había corrido la voz de que las tres heroínas de Khimiz zarpaban con la marea de la tarde, y cuando descendieron de la litera, parpadeando bajo la potente luz del sol, fueron recibidas con vítores entusiastas. Algunas personas arrojaron flores, y Macee recogió un ramillete de madreselvas y enterró su nariz en él para disimular su embarazo mientras recorrían los pocos metros que las separaban del extremo del muelle y de la plancha que las aguardaba. El *Orgullo de Simhara,* espléndido bajo su capa de pintura fresca y velas recién estrenadas y con su nombre esmaltado en brillantes colores a ambos lados de la proa en khimizi y en davakotiano, se balanceaba sobre el oleaje como si estuviera ansioso de ponerse en marcha, y su tripulación —la mayoría davakotianos, la mitad de ellos mujeres, y todos escogidos personalmente por Macee de entre la población marinera itinerante de Simhara— recibía con gritos y saludos a su capitán desde la cubierta.

Mientras subía a la plancha, *Grimya* levantó la cabeza y olfateó los aromas entremezclados de alquitrán y salmuera y madera y pintura que eran una mezcla familiar a bordo de cualquier nave. Luego lanzó un suave y satisfecho gañido, y se sacudió antes de mirar a Índigo.

«Me gusta el mar», le comunicó, y había una nueva nota en su voz mental, un toque de anhelo. *«Será bueno volver a navegar.»*

Índigo sonrió.

«Sí», repuso. *«Creo que es probable que así sea.»*

Y habría tiempo suficiente durante el viaje para recuperar aquella evasiva paz que en una

Librodot

ocasión había conocido, aunque sólo fuera durante un corto espacio de tiempo. En cuanto al futuro... Bien, no pensaría en el futuro todavía; no hasta que el pasado quedara realmente atrás.

Mientras Macee empezaba a gritar sus órdenes a la tripulación del barco y las velas se elevaban ruidosas por los mástiles, Índigo contempló por última vez el gran puerto de Simhara. La luz del sol reflejada en los elevados y elegantes edificios; el distante resplandor de la gran cúpula coronaba el Templo de los Marineros. Las imágenes de Leando, Karim, Augon Hunnamek, incluso la de Jessamin en su forma humana, se alzaron en su mente, y sintió una gran tristeza. Pero la maldición estaba rota: los negros nubarrones habían desaparecido de Khimiz, y después de la tragedia habría un nuevo principio.

Un grito estentóreo procedente del centro del barco le hizo volver la cabeza, y escuchó gritar a Macee:

—¡Levad el ancla!

La gruesa cadena chirrió mientras tiraban de ella, y luego llegó el grito:

—¡Ancla levada! ¡Soltad amarras y vamonos!

La cubierta cabeceó y se balanceó bajo los pies de Índigo; las velas crepitaron y se hincharon, y un nuevo clamor de alegría se elevó desde el muelle cuando el *Orgullo de Simhara* empezó a virar y dirigió la proa a mar abierto. Se agitaban las manos, la gente chillaba sus adioses y bendiciones... y al fondo de la multitud, Índigo vislumbró de repente un destello que no parecía encajar con la colorida escena. Un destello plateado; se quedó rígida, entrecerrando los ojos; y entonces, cuando una parte de la muchedumbre se movió, pudo verlo con más claridad.

Una pequeña figura solitaria detrás de la masa de gente. No podía ver sus facciones con claridad, pero no era más alta que un niño. Y la cabellera plateada que brillaba como un halo bajo el sol fue la confirmación definitiva.

Separada de las buenas gentes del muelle, que ni siquiera eran conscientes de su presencia, Némesis miraba en dirección a la nave que partía, e Índigo percibió el odio que emanaba de su mente, como un helado soplo de aire que atravesara la distancia cada vez mayor entre la nave y la orilla. Luego la siniestra figura desapareció, como si no se hubiera tratado más que de una alucinación momentánea, y el sol brilló sobre el espacio vacío que había ocupado.

La muchacha miró a *Grimya,* y se dio cuenta de que la loba también la había visto.

«No le gusta que la derroten», dijo *Grimya,* serena. «*¿La próxima vez tenemos que estar aún mas atentas.»*

Índigo introdujo la mano en su bolsa, y sacó un arrugado cuadrado plateado. Había guardado el naipe de la cenadora de cartas, la burla de Némesis y su error, pero ahora ya no le servía de nada. Con un rápido movimiento, curiosa, desarrugó el pedazo de cartulina, la capa plateada empezaba a desconcharse. Le dio la vuelta...

La parte superior del naipe estaba en blanco, Índigo sonrió.

—Sí —dijo a *Grimya—.* Realmente habrá que estar muy alerta. Pero me parece que, de momento, tendremos un respiro.

El arrugado naipe giró hacia lo alto y hacia el mar cuando ella lo arrojó y centelleó por un breve instante antes de caer al agua. Durante algunos segundos lo vieron balancearse sobre las olas; luego el oleaje levantado por el costado del *Orgullo de Simhara* lo cubrió, y se perdió en la alborotada estela de la nave.

Librodot